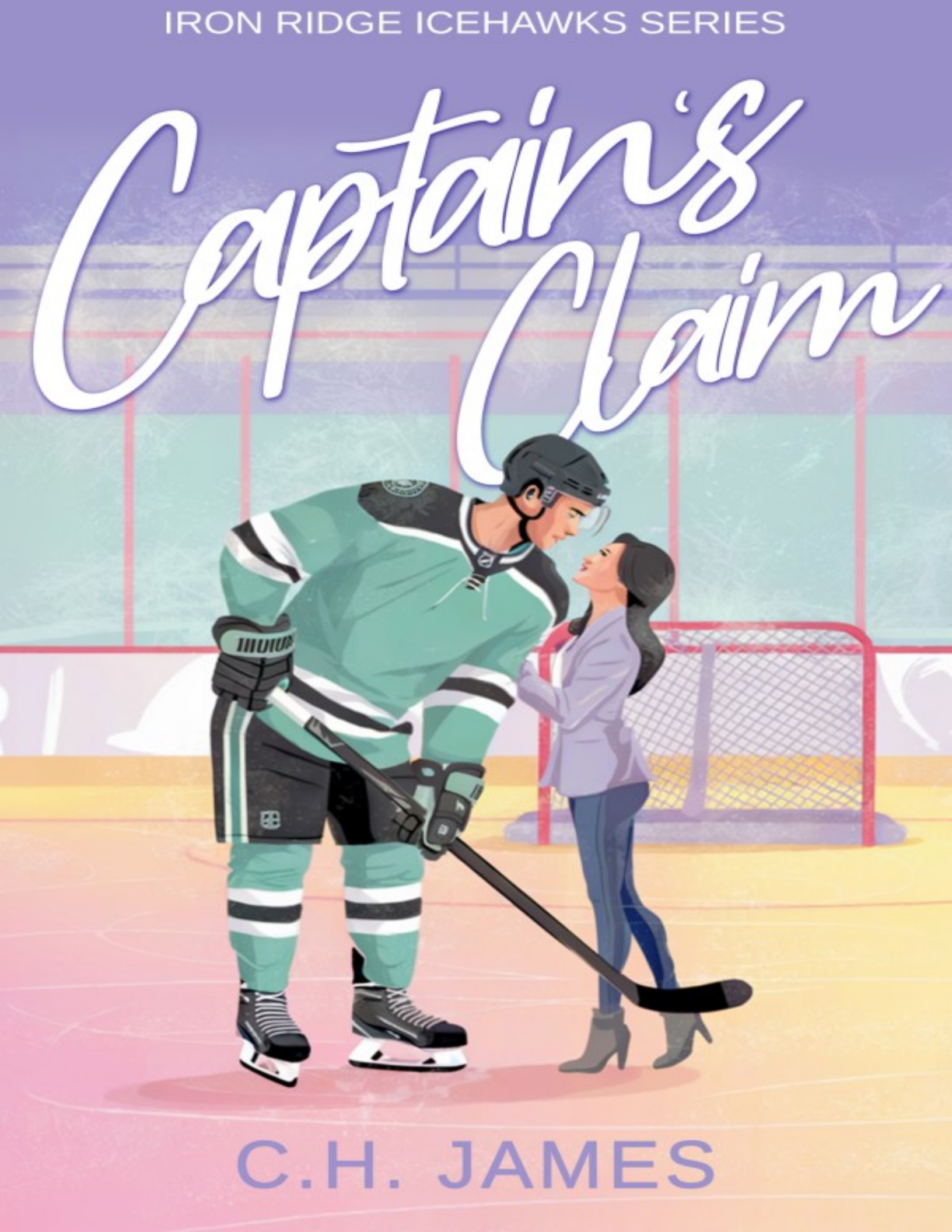
IRON RIDGE ICEHAWKS SERIES

Captain's Claim



C.H. JAMES

Captain's Claim (Español)

C.H. James

Contents

Copyright
1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince

16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve
20. Capítulo Veinte
21. Capítulo Veintiuno
22. Capítulo Veintidós
23. Capítulo Veintitrés
24. Capítulo Veinticuatro
25. Capítulo Veinticinco
26. Capítulo Veintiséis
27. Capítulo Veintisiete
28. Epílogo I
29. Epílogo II
30. Siguiente en la serie...
31. Muestra gratis:

Copyright © C. H. James 2026

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas o eventos reales es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción o el uso de cualquier parte de este libro sin la autorización escrita del editor, excepto por parte de un revisor, quien podrá citar breves pasajes únicamente con fines de reseña.

Diseño de portada: Golden Storm Publishing

Capítulo Uno

Blake

Aquí estoy otra vez.

El tercer puto partido consecutivo. Enjaulado como un animal, obligado a ver a mi equipo patinar sin mí.

Los cánticos del público *retumban* contra el cristal, la vibración fluye bajo mis pies mientras me agarro al borde del banquillo en la zona de penalización.

«¡Maddox! ¡Maddox! ¡Maddox!».

Mi nombre resuena a mi alrededor como un puto grito de guerra. Las gradas del Icehawk Stadium vibran con un mar de verde bosque y gris marengo; dieciocho mil personas puestas en pie. Incluso los estirados de los palcos de empresa se aprietan contra el cristal, con su habitual compostura olvidada en la electrizante atmósfera.

Una sonrisa burlona se dibuja en mis labios.

No hay ningún lugar como este.

Mi mirada recorre el Nido del Halcón, donde nuestros incondicionales golpean sus tambores con una furia que iguala el estruendo de mis venas. Bufandas verdes y blancas se agitan en el aire como banderas de batalla.

Es un frenesí. Un puto carnaval.

Un destello de movimiento me llama la atención. Sección 214, un crío con mi camiseta golpea el cristal, sus ojos oscuros arden con el

mismo fuego que solía arder en los míos a esa edad. Cuando yo era ese adolescente peleón que miraba desde el gallinero, soñando con el día en que llevaría esta C en el pecho.

El cronómetro de la zona de penalización avanza con una lentitud agónica.

Mi equipo necesita a su capitán. Y en exactamente un minuto y diecisiete segundos, lo van a tener.

Ese golpe bajo nos ha costado caro, y mi equipo va perdiendo por uno a falta de cinco minutos para el final del tercer tiempo.

El árbitro suelta el disco. Los cuerpos chocan. Los *sticks* crujen unos contra otros. Me tiembla la pierna de energía contenida mientras observo cómo la primera línea de Denver intenta mantener la posesión. Están jugando a mantener el disco, quemando preciosos segundos del reloj.

—¡Treinta segundos! —La voz del cronometrador atraviesa los atronadores cánticos.

Me levanto, estiro las piernas, muevo los hombros. Un rugido amenaza con arrancar el puto techo de este sitio.

—¡Veinte segundos!

Me abrocho de nuevo el casco y, al otro lado del hielo, veo al extremo de Denver: Isaak Roberts. Se desliza de nuevo, golpeando su *stick* contra el cristal, atormentándome, intimidándome como ha hecho durante todo el puto partido.

Me hierve la sangre.

Fuerzo una sonrisa fría. *El gilipollas no sabe lo que le espera.*

Llevo en este juego el tiempo suficiente para saber que la venganza se sirve mejor en el marcador. Puede que me duela la mejilla, el moratón de su golpe demoledor que me obligó a estallar en un momento de pura emoción, pero sé lo que hay que hacer.

La cuenta atrás del público resuena por todo el estadio.

«¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!».

Flexiono los dedos dentro de los guantes, el familiar dolor en los nudillos me recuerda por qué estoy aquí. En el banquillo de penalización. Otra vez.

Los medios dicen que estoy perdiendo fuelle. Que he malgastado la primera elección del *draft* de los Icehawks hace diez años. Le

están diciendo al mundo que no he cumplido, que no he estado a la altura de las expectativas y que he hecho que la marca de la franquicia de mi ciudad fracase antes de que tuviera la oportunidad de florecer de verdad.

«¡Siete! ¡Seis!».

Pero aún no he terminado. Ni de lejos. Diez años de sangre y sudor he dedicado a este equipo, a esta ciudad, y todavía tengo mucho más que dar.

Estoy junto a la puerta, el brazo del árbitro me retiene mientras el estadio *tiembla* a nuestro alrededor. El rugido de miles de aficionados hace que el cristal traquetee en su marco, enviando vibraciones directamente a mis huesos.

Roberts tiene el disco junto a la valla. Exactamente donde lo quiero. El cabrón engreído ha estado soltando bravuconadas toda la noche, dando golpes bajos cuando los árbitros no miraban.

Entrecierro los ojos, fijándolos en mi objetivo. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, listo para saltar.

«¡Cinco! ¡Cuatro!».

Cree que tiene el partido ganado, pero no conoce Iron Ridge. No me conoce a mí. No entiende lo que significa luchar por algo más grande que uno mismo, llevar el peso de los sueños de toda una comunidad sobre tus hombros.

Soy Blake Maddox. El corazón y el alma de esta maldita ciudad. El chaval que solía barrer estas mismas vallas mucho después de que se apagaran las luces, que aprendió a patinar con patines prestados, que sangra verde y gris.

«¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!».

La puerta se abre con un clic.

El rugido… el puto rugido…

Me golpea con toda su fuerza mientras mis patines se clavan en el hielo, agarrándose mientras salgo disparado de la zona de penalización, con cada músculo ardiendo. La energía estridente del público me recorre, empujándome como una puta corriente eléctrica mientras me dirijo en línea recta hacia Roberts.

Me ve venir.

Sus ojos se abren como platos.

Esa sonrisita arrogante flaquea por una fracción de segundo antes de que se deshaga del disco.

Demasiado tarde, colega.

Lo alcanzo en tres zancadas y lo estampo con fuerza contra la valla. Mi codo aterriza justo en su nariz, haciendo que su casco salga volando y gire por el hielo. El satisfactorio *golpe sordo* del impacto reverbera en mi hombro mientras el estadio estalla a mi alrededor.

—Ya no pareces tan duro, ¿eh? —gruño, lo bastante cerca como para ver el sudor perlando su frente.

Me empuja para apartarme, pero yo ya me he ido, siguiendo el disco mientras se desliza hacia mi defensa.

Hora de enseñarle a este niñato lo que significa de verdad el hockey de Iron Ridge.

Doy una vuelta, buscando un hueco cerca del centro. El peso de la responsabilidad se asienta sobre mí mientras leo la jugada que se está desarrollando.

Quedan cuatro minutos. Un gol por debajo. Para esto vivo.

—¡Aquí! —ladro, golpeando mi *stick* en el hielo. Logan Kane, el mejor puto defensa de toda la liga, me ve y me desliza el disco directo al *tape* de mi *stick* como si lo atrajera un imán.

Roberts está de pie, cargando contra mí de nuevo, pero está a punto de aprender que no se acorrala a un halcón en su propio nido.

Años de experiencia me han enseñado a ver los patrones, a sentir el ritmo del juego en mi sangre.

Levanto la vista y Ryder Scott, nuestro alero novato, está exactamente donde necesito que esté. El chaval tiene instinto. Si mantiene la cabeza gacha, podría cambiar toda nuestra temporada. Su pelo desaliñado asoma por debajo de su casco mientras se posiciona cerca de la portería, prácticamente vibrando de urgencia.

Los defensas no lo han visto. Error suyo.

Con un movimiento de muñeca, hago un pase milimétrico. El disco silba a través de un laberinto de *sticks* y patines, directo al *stick* de Ryder.

El tiempo se ralentiza.

El público contiene la respiración.

Ryder no duda.

Un toque, a la escuadra. Por donde anidan las arañas.

La luz roja parpadea. El Nido explota.

¡GGOOOOOOOOOOLLLLLL!

Una lluvia de confeti verde y blanco cae en las gradas mientras la sirena de gol resuena tan fuerte que no puedo oír a mis compañeros gritar mientras se abalanzan sobre mí. Mi corazón late al ritmo de las pisadas y los cánticos atronadores.

El rostro de Ryder se parte en una sonrisa más ancha que la pista mientras me uno a nuestros compañeros para rodearlo.

El chaval se merece este momento. Ha estado currando desde el campamento de entrenamiento en pretemporada, echando horas extra, absorbiendo cada consejo como una esponja.

—Menudo tirazo, chaval —le digo, dándole una palmada en el casco.

Su cara está radiante, una mezcla de euforia e incredulidad. —Me lo has puesto fácil, capi.

—No está mal como remate para un novato. —Le doy otro golpecito en el casco con mi guante—. Sigue jugando así y puede que te deje invitarme a cenar.

—Capitán, ahora mismo te compraría un asador entero. —Sus ojos brillan con una mezcla de orgullo y alivio.

El primer gol del novato. Menuda forma de presentarse a esta ciudad.

Eso es lo que tiene este lugar. Una vez que eres uno de ellos, nunca te dejarán marchar.

Estos fans, mi gente…

Esto es más que hockey. Esto es la vida.

Esto es Iron Ridge.

Doy la última vuelta, mirando el reloj.

—¡Aún tenemos tiempo! —grito, apoyándome en mi stick y exigiéndole más a mis chicos—. Nada de prórroga. ¡Terminamos esto ahora!

Recibo un grito de aprobación mientras el entrenador Brady ajusta las líneas desde la banda, pero algo atrae mi atención hacia arriba.

Allí, en el palco de empresa, está nuestra nueva ejecutiva de marketing. *Sophia Hart.*

Es difícil no verla, de pie cerca del cristal con su portapapeles apretado contra el pecho. Su elegante traje de ciudad se ciñe a su cuerpo, esas anchas caderas se abren con una redondez que me seca la boca.

Es toda pulcritud, inmaculada y anormalmente perfecta. Precisión corporativa, podría llamarlo; nadie puede ser *tan* agradable a la vista.

Su brillante pelo rubio está recogido en uno de esos moños profesionales, pero unos cuantos mechones sueltos se rizan suavemente en la nuca, rozando su clavícula, tentando a mis ojos hacia la delicada curva donde el cuello se une al hombro.

Se inclina hacia delante, sus ojos avellana fijos en el hielo. No puedo evitar notar cómo su blusa de seda se adhiere a la curva de su pecho, insinuando unas curvas que no deberían ser tan distractoras.

No anima como el resto del público. No agita una bufanda ni golpea los puños contra el cristal. No… hay algo en la forma en que está allí, la sutil elevación de sus labios, que hace que apriete la mandíbula.

Está observando.

No el partido ni el estadio a su alrededor… No.

Me está observando *a mí*.

No importa lo elegante que se vea su traje bajo los fluorescentes, o cómo esos tacones hacen que sus piernas parezcan imposiblemente largas. No pertenece aquí. No en *mi* mundo.

Solo es la trajeada con tacones caros, traída para «arreglar» la marca de los Icehawks. Signifique eso lo que putas signifique.

No me importa lo guapa que sea.

No pertenece aquí.

Me concentro de nuevo en el hielo. Quedan dos minutos. Partido empatado 1-1. La energía en el pabellón es como los rayos que caen sobre los picos de las montañas que rodean esta pequeña ciudad antes de una tormenta.

Golpeo mi *stick* contra mis patines, la memoria muscular toma el control mientras me preparo para el saque neutral. Mis ojos se fijan en el punto, pero mi mente vuelve a ese palco de empresa. A esos

calculadores ojos avellana que estudian cada uno de nuestros movimientos.

¿Quiere una historia, Sra. Hart? Yo le daré una.

El silbato del árbitro atraviesa el caos. El disco cae. Y así, sin más, vuelvo al juego.

Este es mi hielo. Mi equipo. Mi ciudad.

Y estoy a punto de recordarles a todos por qué.

El disco golpea mi *stick* e instantáneamente la defensa de Denver se cierra. Pero bien podrían estar quietos. Una finta rápida a la izquierda hace que su primer defensa caiga al suelo. Su capitán se lanza, con el *stick* extendido, pero yo ya me he ido, colándome por el hueco que deja.

El rugido del público se desvanece en un ruido blanco. Solo existe el raspar de mis patines sobre el hielo, el peso del disco en la pala de mi *stick*.

En este momento, no soy el capitán con acuerdos de patrocinio y una letra en el pecho. He vuelto a esa calle, usando una pelota de tenis y un *stick* astillado sujeto con cinta adhesiva, soñando con este preciso momento.

De demostrar que un chaval del lado malo de Iron Ridge podría conseguirlo. Eso es algo que estos grandes ejecutivos de empresa no entienden.

Eli Thompson creyó en mí cuando nadie más lo hizo. El mayor héroe de los Icehawks me dio una oportunidad cuando estaba a una mala decisión de tirarlo todo por la borda.

Estoy aquí por él, por la oportunidad que me dio su programa juvenil, el que he heredado.

Avanzando por el hielo, veo al portero de Denver ponerse en posición de mariposa. Pero le veo el gesto, esa ligera inclinación a la izquierda. Error de novato. Me está regalando la escuadra derecha, probablemente ni se da cuenta.

Armo el tiro y golpeo el disco.

El disco sale disparado de mi *stick* y, una fracción de segundo después, el agudo repiqueteo del caucho contra el metal activa la luz roja detrás de la red, la sirena suena y el estadio enloquece de repente…

Puta magia en estado puro.

Mis compañeros se me echan encima, chocando contra mis costados con gritos y vítores. Guantes y *sticks* cubren el hielo mientras el mundo a mi alrededor tiembla.

El Nido ha estallado en un caos absoluto.

«¡Los Icehawks ganan! ¡Los Icehawks ganan!».

Apenas se oye al presentador del estadio por encima del ruido. Confeti verde y blanco llueve desde las vigas, cubriendo el hielo como nieve recién caída. Dieciocho mil aficionados están de pie, sus gritos son lo suficientemente fuertes como para hacer temblar todo el puto planeta.

Ridge, nuestra mascota halcón, se desliza en tirolina por el estadio ondeando una enorme bandera de los Icehawks desde las vigas mientras *«Immigrant Song»* resuena por los altavoces. El bajo vibra en mi pecho, mezclándose con el latido de mi corazón.

Entre el montón de mis compañeros, vislumbro rostros en la multitud. Niños apretados contra el cristal, con los ojos muy abiertos con el mismo fuego que yo tenía a su edad. Todos llevan mi camiseta, soñando el mismo sueño que yo una vez soñé.

Los veteranos se secan las lágrimas, las familias se abrazan y saltan.

Por un momento, caigo en la cuenta.

Por esto es por lo que juego. No solo por las victorias, sino por el niño que pisa el hielo por primera vez y encuentra su lugar en el mundo.

Por el programa juvenil que me lo dio todo, y lo único en este mundo que protegeré con uñas y dientes.

Mis ojos se desvían hacia el palco del propietario donde veo a Eli Thompson, con el puño en alto. Incluso desde aquí, puedo ver esa orgullosa sonrisa partiendo su curtido rostro. La misma que lucía cuando me entregó por primera vez un equipo de hockey de verdad hace tantos años.

—¡Capitán! —Jonesy choca contra mí de nuevo, levantando hielo —. ¡Vaya puto tirazo!

Lo agarro por el cuello, riendo mientras más compañeros se amontonan. Connor, Logan, Ryder… somos un amasijo de camisetas

y gritos, bebiendo de la locura que acabamos de crear.

La Copa Stanley todavía se nos ha escapado, pero ¿esta noche? Esta noche Iron Ridge es el puto amo del mundo.

Me libro de la celebración, girando sobre mis patines en un arco lento hasta que me encuentro de nuevo frente al palco de empresa.

Desde el hielo, mis ojos se encuentran con los de Sophia Hart, e incluso desde esta distancia, puedo verlo. Esa compostura perfecta e imperturbable que ha mantenido desde que entró por la puerta hace dos días… se ha resquebrajado.

Levanto el puño, apretándolo con fuerza en el aire, un desafío deliberado.

Que traiga sus elegantes planes de marketing y sus ideas de renovación corporativa. Puede tomar sus notas, redactar sus informes y proponer sus flamantes nuevas publicaciones de Instagram.

Pero esto es el hockey de Iron Ridge.

Esto es real, crudo y sin filtros.

Y mientras yo lleve la C en esta camiseta verde y gris, así es como se va a quedar.

Acerco el emblema blasonado en la camiseta a mis labios, besando la insignia de mi equipo mientras mis ojos permanecen fijos en los de Sophia.

Sí, Sophia Hart, intenta cambiarnos. Te reto.

Capítulo Dos

Sophia

Sentada en la sala de juntas mientras los altos cargos se reúnen alrededor de la larga y pulida mesa, intento concentrarme en las estadísticas de mi tableta, pero todo se vuelve borroso.

Cifras de asistencia, ventas de *merchandising*, interacción en redes sociales.

Incluso a través de la neblina de los nervios, veo que todo va a la baja.

Todo excepto un único punto brillante: *Blake Maddox*.

La adrenalina del partido de anoche todavía me corre por las venas mientras estoy aquí sentada, esperando a que empiece la reunión de la junta. Los peces gordos del Icehawk Stadium llegarán en cualquier momento, esperando que les dé la solución a todos sus problemas.

Miro hacia la pista de hielo de abajo e intento hacer unas cuantas respiraciones profundas y tranquilizadoras.

El pabellón está vacío ahora, pero juraría que aún puedo oír los ecos del partido de anoche. El golpear contra las vallas, la música a todo volumen, el tipo con aspecto de halcón que se deslizaba en tirolina desde el techo…

Fue un festival. Un espectáculo como nunca antes había visto.

Vuelvo a mirar la tableta y ahí está de nuevo. La solución a todos sus problemas.

Blake Maddox.

El capitán, el héroe, el rostro intocable del hockey de Iron Ridge.

Lástima que también esté a punto de convertirse en mi mayor dolor de cabeza.

Me obligo a tomar un sorbo de agua del vaso que tengo delante. No puedo dejar de fijarme en la comida dispuesta en el centro de la mesa.

Hay una bandeja de fruta fresca tan perfectamente dispuesta que podría ser la portada de una revista, brillantes cruasanes apilados en una bandeja de plata y una montaña de bollos glaseados con sirope de arce que parecen tan decadentes que prácticamente gritan: *«Somos lo bastante ricos como para tomar postre a las nueve de la mañana»*.

No he tocado ni una sola cosa, aunque no es que nadie se haya dado cuenta. Los hombres que van entrando poco a poco en la sala están demasiado ocupados ajustándose las corbatas y sirviéndose del bufé en el que no se ha reparado en gastos.

El Gran Mike Hawthorne, el propietario e inversor principal de los Icehawks, refunfuña sobre las *estúpidas* sanciones de anoche mientras coge un bollo pegajoso del tamaño de mi cara. Greg Mathers, el director financiero, selecciona con cuidado un trozo de una especie de quiche artesanal, murmurando algo sobre cómo las acciones del árbitro afectan al presupuesto mientras le da un bocado.

Incluso Dave Carlson, el exdefensor, coge una magdalena y se la zampa de dos bocados antes de haberse sentado del todo. Unas cuantas figuras más entran en la sala y, con cada nuevo traje que se acomoda alrededor de la mesa, yo estoy aquí sentada como un conejo deslumbrado por los faros de un coche, agarrando mi tableta como si fuera un salvavidas.

Esto me viene tan grande que ni siquiera tiene gracia.

Enderezo la espalda, recordando a mi madre entrando en salas como esta. ¿Cuántas veces la había visto, una mujer sola entre trajes, corbatas y barbas pobladas, captando la atención sin más

armas que su pura determinación y una inteligencia afilada como una cuchilla?

—Intentarán hacerte sentir pequeña —me dijo una vez—. *Ahí es cuando tienes que echarle más cojones que nadie.*

El recuerdo me saca una sonrisa.

¿Echarle cojones? Puedo hacerlo.

—Gracias a todos por su puntualidad —anuncio a la sala, fijándome en el único asiento vacío al final de la mesa—. Parece que solo estamos esperando a una persona más, ¿no?

El reloj de oro de Michael Hawthorne refleja la luz cuando se inclina hacia delante, apoyando ambos codos en la mesa. —Ah, no espere por ese, señorita Hart. Maddox nunca aparece después de un día de partido.

Aprieto los dientes y agarro con más fuerza la tableta que tengo en el regazo.

¿El jugador estrella ausente? Desde luego.

Tenía que ser. El jugador que, según ellos, es el alma de esta franquicia, aquel cuyo rostro está pegado en cada escaparate de Iron Ridge y cuyo nombre está en la espalda de la camiseta de cada niño, no se puede molestar en asistir a una reunión que afecta directamente al futuro del equipo.

Frunzo los labios, tragándome la frustración. —Bueno, supongo que procederemos sin él entonces.

El Gran Mike se ríe por lo bajo y le murmura algo a Greg sobre que eso es *«típico de Maddox»*, mientras Greg sonríe con suficiencia y bebe un sorbo de café.

Inspiro hondo y cuadro los hombros mientras muestro mi presentación en la pizarra blanca a mi lado. Puede que Maddox no crea que esta reunión merezca su tiempo, pero me niego a que su ausencia me haga descarrilar.

Porque, a diferencia de él, yo no puedo permitirme el lujo de saltarme las partes difíciles.

Toco la pantalla para mostrar la primera diapositiva. —Bien, como todos ustedes saben, los Icehawks han sido el corazón de Iron Ridge durante cuarenta años. Pero para sobrevivir los próximos cuarenta, necesitamos evolucionar.

Hago una pausa y tomo aire, evaluando la mesa en busca de alguna señal de ánimo.

El Gran Mike coge otro bollo y sorbe su café ruidosamente. Greg se queda mirando la bandeja de bollería como si fuera su última cena y Tim Riley, el «especialista» de relaciones públicas, se está revisando el estado de las uñas, que probablemente se destrozó durante el emocionante partido de hockey de anoche.

A lo largo de toda la mesa, ni un solo par de ojos está puesto en mí.

—Para impulsar la interacción fuera del hielo, mi propuesta es sencilla, pero eficaz: mostraremos el lado humano del hockey. Contenido entre bastidores con nuestros jugadores, sus personalidades, sus historias. Empezando por nuestro capitán.

Greg mastica su tercer bollo, y unas escamas doradas caen de sus labios mientras espeta desde el otro lado de la mesa: —¿Y cuánto nos va a costar esta «evolución»?

—Para una transformación digital completa… Videografía profesional, creación de contenido, gestión de redes sociales…

—Apenas cubrimos gastos tal como estamos —me interrumpe Greg—. ¿Y quiere usted fundirse el presupuesto anual en… cómo lo ha llamado? ¿*Creación de contenido*?

Me quedo mirando la avalancha de hojaldre que cae de su boca. La lucha por no dejar que mi cara se transforme en la expresión universal de *«qué asco»* es real.

Afortunadamente, Dave Carlson se reclina en su silla con los brazos cruzados. —Mire, señorita Hart. Jugué aquí quince años. Esta ciudad no necesita vídeos sofisticados ni lo que coño sea un *TikTok*. Necesitan placajes duros y jugadas que ganen partidos.

—Con el debido respeto, señor Carlson, esa mentalidad es exactamente por la que estamos perdiendo a los aficionados más jóvenes. Nuestra investigación demuestra…

—¿Investigación? —se mofa Dave—. Le diré lo que necesita Iron Ridge. Necesitan que su equipo juegue al hockey, no que se pavonee para las cámaras.

La silla del Gran Mike cruje cuando se inclina hacia delante, y su caro traje se estira sobre sus anchos hombros.

Perfecto. El hombre que me contrató para hacer exactamente lo que estoy proponiendo va a venir a mi rescate. El hombre que tiene el poder en toda esta operación pondrá a todos estos detractores en su sitio y conseguirá que me escuchen.

—Permítame ser meridianamente claro, señorita Hart —dice, inclinándose en su silla justo enfrente de mí—. No somos una *startup* que quema capital riesgo. Los Icehawks están perdiendo dinero a espuertas. Y la trajimos aquí para ayudar a solucionar ese problema.

O… quizá no.

Se me hace un nudo en la garganta.

Las cifras vuelven a pasar por mi mente. El descenso de las ventas de *merchandising*, los contratos de patrocinio pendiendo de un hilo, las putas bandejas de lujo en las reuniones de la junta.

—Si no hay un cambio de rumbo serio —continúa Mike, golpeando su reloj contra la mesa pulida—, nos enfrentamos a recortes de personal. O quizá a algo peor.

El peso de sus palabras me golpea. Y con fuerza.

Esto ya no es Seattle, donde tenía planes alternativos y contactos. Iron Ridge es mi oportunidad de demostrar que todos se equivocaban: mi antiguo jefe, que dijo que era «demasiado ambiciosa»; los ejecutivos de la cadena, que me descartaron; todos los hombres que me sugirieron que me ciñera al «contenido de estilo de vida» y dejara que los chicos se encargaran de las páginas de deportes.

La voz de mi madre resuena de nuevo en mi cabeza. Ella siempre fue mi mayor apoyo.

—Eres una mujer. Intentarán hacerte dudar de ti misma. No se lo permitas.

Me levanto, alisándome la americana y secándome la humedad de las palmas de las manos al hacerlo. —Señor Hawthorne, entiendo la presión financiera. Pero los aficionados al deporte moderno no solo compran entradas para los partidos, invierten en historias.

Paso las diapositivas de mi presentación hasta las métricas de interacción.

—Miren a los equipos de la NHL que están prosperando ahora mismo. No solo venden hockey, venden personalidades, trayectorias, conexiones emocionales. Cuando los aficionados se sienten personalmente implicados con los jugadores, compran camisetas. Llenan los asientos. Traen a sus familias.

La sala permanece en silencio por un momento, y como el maldito «halcón» en que me convertí cuando acepté este trabajo y puse mi vida patas arriba al mudarme a la otra punta del país para demostrar mi valía, me aseguro de aprovechar mi oportunidad.

—Los Nashville Predators duplicaron sus ingresos por redes sociales el último trimestre con contenido entre bastidores —continúo, con la voz cada vez más alta y fuerte—. La venta de entradas de los Carolina Hurricanes subió un veinte por ciento después de su serie de perfiles de jugadores. Esto no es solo palabrería de *marketing*. Es una estrategia probada.

De repente, la sobrecargada bandeja de comida en el centro de la mesa ya no acapara toda la atención.

La expresión del Gran Mike no cambia, pero capto una ligera inclinación de su cabeza. La primera señal de que podría estar escuchando de verdad.

Sigo hablando. —Miren, lo entiendo. Iron Ridge *adora* el hockey. Lo veo cuando camino por Main Street, cuando estuve en el palco anoche y animé al equipo hasta la victoria. Pero lo adorarán aún más cuando vean las historias reales detrás de los jugadores a los que animan.

Los labios de Greg Mathers se curvan en una sonrisa socarrona. —Una estrategia fascinante, señorita Hart. Dígame… ¿cómo piensa exactamente llevar a cabo esos… perfiles íntimos de jugadores cuando nuestro capitán trata la atención mediática como si fuera la peste?

Se me tensa la mandíbula.

La silla vacía de Blake Maddox bien podría tener un cartel que dijera: «Demasiado importante para reuniones de marketing». No es un puto buen comienzo.

—A propósito de eso —interviene Dave, cruzándose de brazos—. Blake tiene una política estricta con la prensa de «solo partidos». La

tiene desde que lo nombraron capitán. Buena suerte si quiere conseguir que hable de lo que desayuna, y mucho menos de su vida personal.

Golpeteo la tableta con el lápiz digital, sintiendo cómo la irritación crece en mi interior.

Aunque tienen razón.

El capitán de los Icehawks es famoso por esquivar entrevistas, llegar tarde a los actos de prensa obligatorios y dar respuestas monosilábicas que hacen que los periodistas quieran tirarse de los pelos.

Y, aun así, es la piedra angular de toda mi estrategia.

Al igual que mi madre, que se abrió camino como la mejor agente deportiva del país a pesar de ser mujer, ya he lidiado con atletas testarudos. Si Blake cree que su actitud taciturna va a desbaratar mis planes, está a punto de descubrir lo persistente que puedo llegar a ser.

He luchado demasiado como para dejar que un jugador de hockey poco cooperativo —sea capitán o no— se interponga entre mi objetivo de demostrar que mi estrategia funciona y yo.

El recuerdo de anoche me viene a la mente. Esa mirada desafiante desde el otro lado del estadio, como si me estuviera retando a intentar cambiar su preciado equipo.

Pues bien, capitán Maddox, a este juego podemos jugar dos.

Me yergo y sostengo la expresión de suficiencia de Greg.

—Dejen que yo me encargue de Blake Maddox.

* * *

Tras seis horas encerrada en mi despacho peleándome con hojas de cálculo después del dolor de cabeza de reunión de esta mañana, la necesidad de estirar las piernas me quema casi tanto como las ganas de una dosis de cafeína muy necesaria.

He oído hablar bien del salón de los jugadores, así que me dirijo primero hacia allí.

Los pasillos del estadio Icehawk son largos, repletos de objetos de épocas pasadas. Mis tacones resuenan sobre el suelo de hormigón mientras examino las viejas fotos del equipo colgadas en la pared. Recuerdos de partidos reñidos, los escasos momentos de gloria de

esta enorme franquicia que nunca ha saboreado lo que la mayoría consideraría «éxito».

Estoy casi en el salón de los jugadores cuando una carcajada me atrae hacia la pista de entrenamiento cercana. A través del cristal, veo a un grupo de niños con equipaciones desiguales de los Icehawks dando vueltas por el hielo. Se les tambalean los cascos, agitan los palos sin control…

Y ahí está Blake Maddox, en medio de todo.

Se arrodilla y le hace un gesto a un pequeño jugador para que se acerque. Los patines del niño raspan el hielo y las enormes manos de Blake se mueven con rapidez, atándole los cordones sueltos mientras el crío se apoya en su hombro para mantener el equilibrio.

—Ya está, campeón. —La profunda voz de Blake se oye a través del cristal que separa el pasillo de la pista. Le da una palmadita en el casco al niño—. Ahora, enséñame otra vez ese cruce. Con los dos pies esta vez.

El mismo hombre que la noche anterior estampó a Roberts contra la valla, ahora guía a un niño de siete años que se tambalea a través de unos ejercicios básicos con una paciencia infinita.

¿Pero no pudo ir a la maldita reunión de esta mañana?

—¡Dobla las rodillas! —Blake patina hacia atrás, demostrando el movimiento que pide—. Como si estuvieras sentado en una silla. ¡Así! ¡Lo tienes, lo tienes!

Los niños están pendientes de cada una de sus palabras. Cuando otro se cae, Blake le ayuda a levantarse con una mano firme. Esos dedos enormes y capaces que probablemente podrían abarcar toda mi cintura si le dejara.

No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi cara cuando le da una palmada en la espalda al niño y le hace intentarlo de nuevo. Cuando otro chico cercano clava un ejercicio, la sonrisa de orgullo de Blake ilumina toda la pista.

Y, joder… menuda sonrisa.

Devastadora. Como si debiera venir con su propia etiqueta de advertencia: *Precaución: puede provocar ovulación espontánea.*

Le transforma toda la cara, suavizándole esos pómulos afilados y haciendo que sus ojos de acero gris brillen de una manera que me

provoca un calor que se acumula en el bajo vientre.

Nunca he visto nada igual.

Este no puede ser el mismo gruñón que evita a los medios de comunicación del que me advirtió la junta. El Blake Maddox del que he oído hablar no revuelve cascos ni choca los cinco con los niños ni luce esos muslos impresionantes en ropa de entrenamiento ni…

Mierda.

Me ha visto a través del cristal.

En cuestión de segundos, ha salido del hielo patinando, su ancha figura abriéndose paso entre los niños, que se dispersan como patos en un lago helado. Sale de la pista de entrenamiento y se quita el casco, con su desordenado pelo rubio ceniza húmedo de sudor mientras se acerca a grandes zancadas hacia mí, apartándose la melena alborotada de los ojos.

Oh, Dios… ¿Por qué ha sido tan sexi?

—Señorita Hart —dice, con un tono cortante mientras me mira de arriba abajo como si hubiera entrado en *su* reino sin ser invitada—. Si está aquí para criticar mi forma de patinar, llega unos veinte años tarde.

Hay que reconocer que, incluso para ser un gilipollas, es muy, *muy* guapo.

Su camiseta de entrenamiento se le pega al pecho, empapada en sudor, lo que debería ser totalmente asqueroso, pero de algún modo… es como un glaciar humano que lleva lo de estar sudado como si fuera un anuncio de colonia.

—Desde luego —replico, cruzándome de brazos, negándome a dejarme intimidar por ese dios del hockey de metro noventa y tres en ropa de entrenamiento empapada en sudor—. Porque parece que *eso* lo tiene bajo control.

Él enarca una ceja.

—¿Ha sido sarcasmo?

—Es usted perspicaz.

Niego con la cabeza, tratando de ignorar cómo la camiseta de entrenamiento de manga corta no hace absolutamente nada para ocultar la forma en que se le flexionan los bíceps al cruzarse de brazos sobre su ancho pecho.

Su boca se curva en una sonrisa irónica que es a partes iguales molesta y… vale, de acuerdo, *perturbadora*.

—Y yo que pensaba que usted era todo positividad. El *espíritu de equipo* y todo eso.

Estoy aquí de pie, intentando no quedarme mirando el tatuaje de los Icehawks en su antebrazo. *Genial.* Ahora me pregunto si el tatuaje de los Icehawks es parte de algún ritual de iniciación de Iron Ridge, o si es solo otra excusa para lucir esos brazos.

Sea como sea, está funcionando.

Hay otro tatuaje asomando por su manga; algo oscuro que desaparece bajo la tela, haciéndome preguntar hasta dónde se extenderá.

Deja de pensar en sus tatuajes, Sophia. Por el amor de Dios, contrólate.

—Para su información, estoy aquí porque esto… —Señalo con un gesto a los niños que se agitan por el hielo, uno de los cuales acaba de caerse de bruces por tercera vez—. podría ser lo más atractivo que tienen los Icehawks en este momento. Pero supongo que el *compromiso con la comunidad* no era una de sus prioridades esta mañana cuando se saltó la reunión de la junta.

La mandíbula de Blake se tensa y juraría que sus hombros se ensanchan.

—Esto no tiene nada que ver con los Icehawks.

—Llevan *literalmente* camisetas de los Icehawks —señalo, inclinando la cabeza hacia el niño que se esfuerza por levantarse—. ¿Estoy alucinando? ¿Es una ilusión? ¿Es *usted* una ilusión?

Me mira con los ojos entrecerrados, fingiendo aburrimiento a pesar de acercarse más, su sola presencia haciendo que se me acelere el pulso.

—Es usted muy audaz para alguien que lleva aquí, ¿cuánto, tres días?

—Dos y medio —replico, manteniéndome firme—. Y si se hubiera molestado en aparecer por la reunión, sabría que estoy tratando de ayudarle. Ayudar a este equipo a conectar con sus fans. Pero en lugar de eso, aquí está, señor Maddox, el rey de la pista, evitando todas las conversaciones difíciles.

Su cabeza se inclina ligeramente, su mirada recorriéndome de una manera que hace que se me revuelva el estómago.

—¿Cree que la estoy evitando?

—Bueno, desde luego no me está facilitando la vida.

Se acerca aún más, y el calor que desprende hace que se me sonrojen las mejillas.

—Quiero dejar una cosa clara, señorita Hart. Estos niños no son una estratagema de marketing. No están aquí para vender entradas ni para mejorar sus hojas de cálculo.

Un atisbo de sonrisa irónica juega en la comisura de sus labios, y me doy cuenta de que me ha pillado nerviosa.

—Típico. Ustedes, los de las empresas, piensan que todo es una campaña. Esto no es para aparentar. Es para ellos. —Sus ojos me barren, dejando un rastro de fuego a su paso—. Parece que tiene mucho que aprender sobre Iron Ridge, *Sophia*.

—Sí… bueno… —balbuceo, sonando más como una adolescente con una rabieta que como una profesional orgullosa—. Pues parece que *usted* tiene mucho que aprender sobre el trabajo en equipo, *capitán*.

Por un momento, nos quedamos mirándonos fijamente.

Luego él retrocede, lanza su casco de nuevo al banco y vuelve al hielo, tendiendo una mano a sus soldados caídos esparcidos por la pista, sin apartar la vista de mí ni una sola vez.

—Y que conste —grita por encima del hombro, su voz resonando en la pista—. que está soñando si cree que voy a dejar que las cámaras se acerquen a estos niños.

Hace una pausa, girándose ligeramente como si se le acabara de ocurrir algo.

Esa sonrisa irónica regresa.

Maldita sea esa sonrisa.

—Si planea volver a sermonearme sobre el trabajo en equipo, señorita Hart, quizás pueda guardárselo para esta noche. Estoy seguro de que a *todo* el equipo le encantará escuchar sus opiniones en la fiesta.

Parpadeo.

—¿Fiesta?

—Sí. En el salón de los jugadores. Ya sabe, donde ocurre el *trabajo en equipo* —dice, cogiendo un montón de conos junto a la red de entrenamiento—. Intente no perderse de camino, señorita Hart. ¡Y no olvide su máscara!

Me quedo allí plantada, mirándolo como si acabara de entrar en un universo paralelo.

¿Qué fiesta? ¿Y por qué necesitaría una máscara? Oh, Dios… Esto *es* algún extraño ritual de hockey, ¿verdad?

Puede que necesite buscar esto en Google.

Y así, sin más, se ha ido, patinando lejos de mí como si fuera el dueño de la pista, del pueblo y, al parecer, de mis planes para la noche.

Capítulo Tres

Blake

La jodida máscara estúpida me pica en la cara mientras me apoyo en la barra y observo cómo se desarrolla la fiesta. Logan ya lleva tres copas y está a mi lado soltando mierda sobre el partido de anoche.

—Mira, lo único que digo es que si Roberts vuelve a intentar esa mierda...

—¿Harás qué? —le corta Connor, estirando el brazo por delante de mí para coger su cuarta cerveza. No es que las esté contando, pero como empiece a picarme después de la quinta, se la guardaré—. ¿Recibir otra penalización como Blake? Muy listo.

Paseo el dedo por el borde del vaso, medio escuchando, medio ignorando su habitual rifirrafe. El salón de jugadores está a reventar esta noche, con la música lo bastante alta como para dar a todo el mundo la ilusión de tener conversaciones privadas.

La tradicional fiesta de máscaras transforma nuestro lugar de reunión habitual en algo sacado de un sueño cada año. Las arañas de cristal arrojan una luz melosa por todo el salón, tiñéndolo todo de dorado. Serpentinas verdes y doradas cuelgan de las vigas vistas, y alguien ha esparcido pétalos de rosa dorados con purpurina por los sofás de cuero.

Un cuarteto de jazz toca en una esquina, y sus suaves notas envuelven a las parejas que ya se balancean y bailan en la improvisada pista de baile con vistas a la pista de hielo que hay debajo.

Los habituales objetos de recuerdo deportivos se han cubierto con seda, transformando nuestro santuario de jugadores en algo casi mítico. Incluso Logan parece menos intimidante con su máscara de lobo, aunque la forma en que nuestro enorme defensa se alza sobre todos los demás lo delata.

A través de mi máscara veneciana, entreveo rostros familiares ocultos tras plumas y purpurina. Hay algo en el anonimato de las máscaras que hace que todo parezca posible, incluso peligroso.

Como que quizá, solo quizá, la gente pueda asumir riesgos que de otro modo no asumiría.

Connor se deja caer a mi lado, jugueteando con una ficha de póquer entre los dedos. —Ryder intentó hacer un *toe-drag* en el último entrenamiento —dice, con un tic en los labios como si intentara no reír—. Casi se cae de culo.

—¡No es verdad! —se oye la voz de Ryder desde atrás. El novato empuja a Connor en el hombro mientras se cuela entre nosotros y coge una copa de champán—. Lo clavé.

Connor resopla. —Te clavaste contra la valla.

—No le hagas caso —interviene Logan desde el otro lado de la sala, repantigado en uno de los sofás de cuero como si el local fuera suyo—. Al menos el chaval tiene ambición. Dios sabe que al resto de vosotros os falta.

Connor me da un codazo y veo cómo pone los ojos en blanco detrás de la máscara. —Está empezando a sonar como el entrenador Brady.

Le devuelvo la sonrisa burlona mientras el grupo estalla en una mezcla de quejidos y risas, pero, incluso con todo el ruido, lo oigo: el suave crujido de la puerta al abrirse al otro lado de la sala.

Mis instintos se activan incluso antes de darme la vuelta, y todos mis músculos se tensan con una extraña e inexplicable atracción.

Está aquí.

No sé cómo lo sé, pero lo sé.

La puerta se abre de golpe y todo se detiene.

Sophia Hart entra deslizándose con un vestido que de alguna manera hace que me piquen los dedos por tocarla. Seda de un profundo color esmeralda se ciñe a cada una de sus curvas, atrapando la luz a cada paso. Una delicada máscara dorada enmarca esos penetrantes ojos avellana, con cristales esparcidos por ella como si fueran estrellas.

Parece intocable. Como una reina presidiendo su corte. Mi reina.

No. No es mi nada.

Aprieto con más fuerza mi vaso de güisqui. Logan silba en voz baja a mi lado y tengo que reprimir el impulso de darle un codazo en las costillas.

—Joder, la tía nueva de *marketing* está cañón esta noche —murmura Connor, y algo caliente y territorial ruge en mi pecho.

Se mueve entre la multitud como si fuera la dueña del lugar, deteniéndose para charlar con Dave cerca del bufé. La abertura de su vestido revela un destello de su pierna y pillo al nuevo fichaje del entrenador Brady mirándola descaradamente.

Mi mandíbula se tensa. Todos los tíos de esta sala tienen los ojos puestos en ella.

Ella no se da cuenta, pero yo sí.

Y me está costando cada gramo de contención no arrancarle esa máscara de la cara, estamparla contra la pared más cercana y recordarles a todos con quién cojones se están metiendo.

—¿Vas a hablar con ella, Capi? —me empuja Logan, sonriendo detrás de su sencilla máscara negra—. ¿O solo vas a fulminar con la mirada a todo el que la mire?

Me bebo el güisqui de un trago, ignorando el ardor.

—¿Qué pasa, Maddox? —insiste Connor, apoyándose en la barra a mi lado—. La estás mirando como si te hubiera robado tu *stick* favorito.

—Quizá solo está admirando las vistas —bromea Ryder, sonriendo por encima del borde de su copa de champán—. Digo yo que se arregla muy bien.

—Cállate, novato —mascullo, apretando con más fuerza mi vaso vacío.

Connor sonríe como el metemierda implacable que es. —Oh, vamos. No es *para tanto*, ¿verdad? Déjame adivinar... ¿Sigue en tu lista negra por llevar la voz cantante esta mañana?

—Se dice en el vestuario que tenía a Big Mike comiendo de su mano —dice Ryder, sin ayudar en absoluto.

Mi mandíbula se tensa. —No pinta nada aquí.

Logan suelta una carcajada. —¿Ah, sí? Pues no lo parece, tío. Parece la dueña del local.

Sophia se ríe por algo que dice Dave y el sonido llega a través de la sala. Los diamantes de sus orejas captan la luz cuando echa la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto la elegante línea de su garganta.

Joder.

Mis dedos aplastan el vaso vacío. Debería apartar la mirada. Debería recordar todas las razones por las que es un problema: sus planes para cambiar a mi equipo, su mentalidad corporativa, su habilidad para sacarme de quicio.

Está aquí para arreglar lo que no está roto. Para convertir a este equipo en algo que no es.

Pero joder si no quiero...

—Estás muy jodido —añade Connor, riendo en voz baja.

—He dicho que te calles.

Un repentino *clin, clin, clin* de un vaso al ser golpeado atrae la atención hacia el centro del salón. Big Mike está de pie cerca de la barra, levantando su copa, y su voz profunda y grave resuena por encima de la música.

—¡Bien, amigos, escuchad! —No se me escapa que es el dueño de los Icehawks, a pesar de la máscara. Casi nadie en todo el país tiene su corpulencia. Su sonrisa es pícara, como se nota por el brillo de sus ojos bajo su propia máscara—. Como siempre, esta noche es una noche de tradición, así que ya sabéis lo que eso significa. Si sois un Icehawk, o si salís con uno, tenéis que participar.

La sala estalla en murmullos.

El entrenador Brady, de pie a su lado, sonríe con suficiencia. —Así es. Así que para nuestras caras nuevas de esta noche, permitidme que os presente el *Baile de Máscaras de Medianoche* anual.

Más murmullos. Alguien silba desde el fondo de la sala.

Logan gime a mi lado. —Dios, otra vez no.

Connor le da un codazo. —Estás cabreado porque siempre te toca la abuela de alguien.

—Fue *una vez* —gruñe Logan.

Big Mike sonríe. —Con la máscara puesta, elegid pareja. Una regla: no se puede hablar. Solo dejaos guiar por la música. —Su mirada recorre la sala—. Nunca se sabe con quién acabaréis hasta que la música se detenga a medianoche. Entonces, y solo entonces, podréis revelarle vuestro rostro a vuestra misteriosa pareja de baile.

Las luces se atenúan y la música de jazz cambia a algo *más lento, más sexi*.

Joder. Odio esta mierda.

Un murmullo de movimiento se extiende mientras la gente se da la vuelta, escudriñando la sala, eligiendo. El anonimato de las máscaras lo hace todo aún más peligroso.

Debería dar un paso atrás.

Pero no lo hago.

Porque Sophia ya se está moviendo hacia la pista, con su delicada máscara dorada ocultando lo suficiente de su expresión como para que me muera de ganas por saber qué está pensando.

Juraría que mantendría las distancias con ella. Que no me importa la entrada que había hecho en *mi* equipo.

Pero entonces un capullo se mueve hacia ella.

Un engreído jugador de segunda, todo encanto y bravuconería, que le tiende la mano como si tuviera una puta oportunidad.

Ni de coña, capullo. No va a pasar.

Antes de que pueda pensar, ya estoy en movimiento. Rápido.

Me abro paso entre la multitud y mi mano se cierra sobre la suya, firme, decidida, *mía*. Una sacudida de calor me recorre el brazo y su jadeo agudo atraviesa el aire. La atraigo hacia mí y su delicado cuerpo casi tropieza conmigo por la fuerza.

El novato se queda helado, veo cómo se le mueve la mandíbula. Ha abierto la boca detrás de la máscara como si fuera a decir algo.

Le lanzo una mirada que lo deja helado.

Sophia exhala un suspiro largo y tembloroso mientras mis dedos se enroscan en los suyos, atrayéndola hacia el centro de la pista de baile antes de que tenga la oportunidad de darse cuenta de lo que está pasando. Su máscara se inclina hacia arriba, y unos penetrantes ojos avellana brillan tras ella.

No la suelto. Mi agarre solo se hace más fuerte, el calor de su mano enciende algo primario en mi pecho.

Mía.

Deslizo mi mano alrededor de su cintura, acercándola más mientras la música sube de ritmo. Estoy lo bastante cerca como para oír la brusca inspiración que toma cuando mis dedos se hunden en la seda de la parte baja de su espalda. Lo bastante cerca como para saber que está tan afectada por esto como yo.

Se balancea contra mí, su cuerpo cálido a través de la seda de su vestido. Dejo que se acomode, con mi agarre firme. Lo justo para recordarle que ahora está en mis brazos.

Empieza una nueva canción. Lenta. Íntima.

Su otra mano encuentra mi hombro, pero duda; sus dedos se ciernen sobre mi traje antes de presionar ligeramente.

Por un momento, creo que podría decir algo. Pero no lo hace.

No *puede*.

No con las reglas. Ella no es de las que rompen las reglas.

Pero yo sí.

Inclino un poco la cabeza, con mis labios cerca de su oído. —¿Quién se supone que es usted esta noche?

Ella exhala una risa suave, con algo tembloroso. —Alguien que no recibe órdenes de un desconocido.

Mi agarre en su cintura se tensa. *Joder.*

Ni siquiera sabe a quién está provocando.

Deslizo mi pulgar sobre la seda en la parte baja de su espalda, apenas rozándola, pero lo suficiente para hacerla temblar.

Lo siente. Me siente.

—Curioso —murmuro, con voz baja y grave—. Sigue mis pasos a la perfección.

Ella ladea la cabeza, lo justo para que yo capte el más mínimo indicio de una sonrisa burlona bajo su máscara. Atrevida. Me gusta.

—Eso es porque no sé quién es usted.

Suelto una risa grave y oscura. —Siempre podría intentar adivinarlo.

—¿Y estropear el misterio? —Sus uñas se clavan en mi hombro.

Dejo que el silencio se alargue, que el calor se enrosque entre nosotros, lento y peligroso.

Entonces me inclino, lo justo para que mis labios casi rocen su mandíbula.

—Permítame adivinar, entonces. —Mis labios se demoran cerca de su sien, el aroma de su piel llena mis pulmones—. Es usted la mujer que cree que puede entrar en mi mundo y cambiarlo todo.

Sus dedos se aprietan ligeramente en mi brazo. —Y usted es el hombre que cree que lo posee.

Mis labios se curvan. —Lo poseo.

Ella exhala, sus dedos se aprietan un poco más. —*Cree* que lo posee.

—No tiene ni idea de con quién está tratando.

—Puede. Pero usted tampoco.

Una mano roza mi antebrazo: es Connor, que pasa con su propia pareja misteriosa. Se inclina ligeramente y murmura: —No os encariñéis, parejita. Esas máscaras se quitan a medianoche.

Como si yo no supiera ya quién es ella.

Sophia se tensa ligeramente ante las palabras de Connor, sus dedos se flexionan contra mi hombro. El recordatorio de que esto es temporal. De que cuando el baile termine, volveremos a pelearnos, a fingir que no sentimos este calor latente entre nosotros.

¿Pero ahora mismo?

Es mía.

Y no voy a dejar *nunca* que lo olvide.

El reloj sobre la barra cuenta hacia atrás, y cada segundo que pasa aumenta la tensión entre nosotros.

Cuanto más tiempo la abrazo, más difícil se me hace ignorar la forma en que encaja contra mí. La forma en que su cuerpo se mueve en sincronía con el mío, como si estuviera destinada a estar aquí, en mis brazos, y en ningún otro lugar.

Mis dedos se flexionan contra la seda de su cintura, luchando contra el instinto de sujetarla con más fuerza, de mantenerla aquí *solo* un poco más.

No debería querer esto.

Pero, *joder*, cómo lo quiero.

Su respiración es superficial ahora, su pulso martillea bajo las yemas de mis dedos mientras mi pulgar roza la curva expuesta de su columna, tan jodidamente cerca del nacimiento de su culo.

Suave. Liso. Demasiado jodidamente tentador.

El mundo se encoge. La fiesta se desvanece. Solo somos ella y yo, perdidos en la atracción de algo que ninguno de los dos debería querer mientras el reloj sigue su cuenta atrás.

Entonces...

Clin, clin, clin.

Un vaso golpea una botella.

La voz de Big Mike retumba por encima de la música. —Bueno, amigos. Ha llegado la medianoche.

Un murmullo recorre el salón. Risas. Emoción. Anticipación.

Los dedos de Sophia se enroscan en mi chaqueta, agarrándola con fuerza. Como si no quisiera que esto terminara, como si se aferrara para conseguir más.

Big Mike sonríe. —Hora de la revelación.

Sus ojos se clavan en los míos, inquisitivos, vacilantes... como si cada puta fibra de su ser ya lo *supiera*.

Levanto una mano hacia el lazo de la parte de atrás de mi máscara.

La seda se afloja. El reloj da la medianoche.

Sus labios se separan, entonces...

—¡Muy bien, amigos! ¡Fuera máscaras!

Capítulo Cuatro

Sophia

El vozarrón de Big Mike rompe la tensión. —¡Muy bien, todo el mundo! ¡Fuera máscaras!

Me tiemblan los dedos mientras busco el lazo en la nuca de mi antifaz. La seda se siente resbaladiza y, por un momento, me pregunto si estoy imaginando la tensión enroscada entre el hombre que está a centímetros de mí y yo. Sus anchos hombros lo tapan todo.

El brillo de los candelabros, las parejas que se mecen en la pista de baile, las risas que brotan desde la barra, de la gente que observa cómo se desarrolla todo esto.

Incluso el suave murmullo del jazz se desvanece bajo el sonido de los latidos de mi propio corazón.

Un fuerte *estruendo* de un trueno retumba por los altavoces, aumentando el drama mientras los antifaces empiezan a caer a nuestro alrededor; los graves reverberan en mi pecho.

Me estremezco y su mano —la que todavía está firmemente plantada en mi cintura— se aprieta.

Sea quien sea, su tacto es cálido, reconfortante e irritantemente embriagador.

La música de la banda crece con un floreo dramático mientras tiro de los cordones para soltarlos. Mi antifaz se desliza justo cuando lo

hace el suyo, la seda cae de su rostro. Su estúpidamente atractivo y engreído rostro.

Sus ojos de acero gris se clavan en los míos y, por un momento, me olvido de cómo respirar.

—Sabía que era usted. —El corazón se me estrella contra las costillas como si intentara escapar.

Sus labios se curvan en una lenta y arrogante sonrisa. —¿Qué pasa, señorita Hart? ¿Decepcionada?

Doy un paso deliberado hacia atrás, pero su mano no abandona mi cintura. Si acaso, su manaza de hombre se aprieta, devolviéndome a su órbita. A mi cuerpo, traidor como siempre, no parece importarle.

—En absoluto —replico, levantando la barbilla—. Simplemente me sorprende que se haya decidido a aparecer por algún sitio esta noche. Debe de ser un nuevo récord.

Él resopla una risa, grave y áspera. —Y yo que pensaba que usted estaría demasiado ocupada tramando su próxima gran adquisición como para disfrutar de una pequeña tradición.

—¿Eso lo dice el tipo que ni siquiera se molestó en presentarse a la reunión que *literalmente* define el futuro de este equipo? —disparo, con la voz más afilada ahora—. Dígame, capitán. ¿Es usted siempre tan participativo o solo elige cuándo le conviene?

Blake se inclina, su rostro imposiblemente cerca. Lo bastante cerca como para sentir el calor que irradia, oler el ligero toque de whisky y algo inherentemente *suyo*.

Se me corta la respiración cuando su mano se desliza un poco más abajo. Apenas. Lo bastante cerca como para casi sentir sus dedos en mi culo.

No sé qué es peor: que se detenga justo antes de ser inapropiado o la forma en que mi cuerpo me traiciona deseando que no lo hiciera.

El pulso se me dispara y, por una fracción de segundo, lo odio. O quizás me odio a mí misma.

O quizás… ya no sé ni qué demonios siento.

—Cuidado, señorita Hart —gruñe, con un tono peligrosamente aterciopelado—. Empieza a sonar celosa.

—¿Celosa? —me río, aunque suena más a un chillido desesperado que a la risa resuelta que pretendía—. ¿De qué, exactamente? ¿De su arrolladora personalidad?

—O tal vez —dice, con una mueca en los labios—, es porque no le gusta lo bien que se siente en mis brazos.

El calor me sube a las mejillas. —Delira usted.

—Y, sin embargo, sigue aquí —replica él con suavidad, bajando la mirada a mis labios durante medio segundo de más.

—¡Blake! —La mano de Big Mike le da una palmada en el hombro, rompiendo cualquier hechizo que nos hubiera atrapado.

La mandíbula de Blake se tensa y deja escapar un bufido grave mientras finalmente se aleja de mí. —Sí, sí. Vaya sorpresa.

La carcajada de Big Mike llena el espacio, casi engullida por el suave murmullo del jazz y el animado cotilleo de nuevas conversaciones ahora que el baile ha terminado.

Una copa de champán choca contra un vaso cerca, y un destello de luz cálida y dorada parpadea sobre los afilados rasgos de Blake cuando un camarero pasa con una bandeja de plata llena de bebidas.

Big Mike aprieta el hombro de Blake, sujetándolo como un padre orgulloso que acorrala a su hijo más rebelde. —Sabe, Sophia tiene grandes ideas para el futuro de este equipo. Es lista como ella sola, ¿no le parece, Maddox?

Blake fuerza una sonrisa tensa, de esas que no llegan a los ojos. —Claro. Lista.

Reprimo una sonrisa. Está que trina, puedo sentirlo. *Bien*.

Big Mike no parece darse cuenta de su irritación. O tal vez sí y simplemente no le importa.

Detrás de nosotros, las parejas giran bajo las guirnaldas de luces que cuelgan bajas sobre la pista de baile. Un invitado pasa rozándome, su antifaz de lentejuelas brilla a la luz de las velas mientras coge una copa de champán.

—Tenemos suerte de tenerla —continúa Big Mike, dirigiéndome una calidez que me hace erguirme un poco—. Le diré una cosa, Sophia, no suelo traer a nadie que genere *tanto* revuelo en la junta directiva desde el principio. Después de nuestra reunión de hoy,

tiene a Greg hablando de TikTok como si fuera la segunda venida de Gretzky. Joder, eso ya es un maldito milagro en sí mismo, ¿verdad, Maddox?

Big Mike le da a Blake una sonora palmada en la espalda mientras nos dirigimos a la barra. Blake coge la bebida más cercana y casi se la bebe de un trago.

—Y no se preocupe, capi. Para cuando vuelva del viaje, Sophia tendrá a todo este club pensando a lo grande. Ideas frescas, caras nuevas en las gradas. Ya es hora de que nos pongamos al día con el resto de la liga.

—Estoy deseando verlo.

Blake está estrangulando esa pobre copa como si le hubiera insultado personalmente la comida de su madre. Su voz destila un sarcasmo que Big Mike o no capta o decide ignorar.

Sea como sea, yo estoy radiante.

Una pareja pasa a nuestro lado tropezando, riendo, con los antifaces ligeramente torcidos. En algún lugar de la sala, Logan está enfrascado en una conversación con una mujer que lleva un elaborado antifaz de plumas de pavo real, mientras que Connor ya ha encontrado el camino a la mesa de póquer de altas apuestas cerca del fondo.

El Salón de Jugadores está a rebosar, pero yo solo siento *esto*, la tensión lo bastante densa como para entrelazarse con el aire que nos separa.

Decido aprovechar el momento y me vuelvo hacia Big Mike con una sonrisa radiante. —Estoy deseando trabajar con el equipo. Ya tengo algunas ideas que creo que a Blake le van a *encantar*.

Sus ojos se clavan en los míos y, ay, la mirada que me lanza podría derretir la pista de hielo que hay debajo. Prácticamente puedo oír las palabras que se está guardando.

—Oh, de eso estoy seguro —dice Big Mike, ajeno a la guerra silenciosa que se libra entre nosotros. Otro camarero se acerca con una nueva ronda de bebidas y todos cogemos una—. Ustedes dos van a formar un equipo cojonudo, lo presiento.

A Blake le tiembla el labio, pero consigue mantener una expresión neutra. Apenas. —Ya veremos.

—Oh, lo sé —Big Mike le da otra palmada en el hombro—. Muy bien, los dejo. Blake, no me la asuste ahora.

Mientras Big Mike se reúne con la multitud, miro a Blake, dejando que mi sonrisa se transforme en algo un poco más afilado. —Bueno, eso ha sonado prometedor. Un *equipo cojonudo*, ¿eh?

Blake exhala por la nariz, una risa corta y sin humor. —No deje que se le suba a la cabeza.

—¿Por qué no? —ladeo la cabeza, con un tono ligero, burlón—. Creía que habíamos tenido un *comienzo fulgurante*.

Sus ojos grises se oscurecen, su voz baja. —No tiente a la suerte, *señorita Hart*.

—Y *capitán Maddox* —replico dulcemente, agitando las pestañas y acercándome lo suficiente para que mi hombro roce el suyo—. No olvide quién canta las jugadas fuera del hielo. Que se divierta en su viaje, *capi*.

Él resopla, murmura algo entre dientes sobre *«fichaje estrella mis cojones»* y se marcha a grandes zancadas, dejándome allí, victoriosa y quizá, solo *quizá*, un poco sin aliento.

* * *

Los Icehawks perdieron.

Lo supe en cuanto abrí mi bandeja de entrada esta mañana y vi el resumen pospartido. Pero es aún más evidente en el *tono* de Iron Ridge hoy.

Todo el pueblo parece… distinto. Como si le hubieran succionado la energía, reemplazada por una frustración silenciosa que persiste como una tormenta a punto de estallar.

La gente de Iron Ridge *siente* las derrotas de su equipo de hockey, especialmente cuando el partido ha estado reñido. Y conociendo a Blake Maddox…

Va a estar insoportable cuando el equipo llegue esta noche.

Exhalo, volviendo a centrarme en la vista *muy* diferente que tengo delante.

Mi despacho es una fortaleza de paredes de cristal en la última planta del Icehawk Stadium, el punto más alto de todo el edificio. Abajo, el pueblo de Iron Ridge se extiende en una escena de postal perfecta.

Montañas nevadas, calles sinuosas, la imponente y antigua torre del reloj en la plaza. Incluso la pista de entrenamiento al lado del centro del pueblo está a la vista, la superficie brillando bajo el sol de la mañana.

Es el escenario *ideal* para un renacimiento del hockey en un pueblo pequeño.

Si consigo sacarlo adelante.

Golpeteo el bolígrafo contra mi bloc de notas, mirando las representaciones digitales de las próximas ideas de campaña en mi tableta. Algunas son decentes. Unas pocas son *buenas*. Pero ninguna parece lo bastante *grande*. Ninguna parece la *correcta*.

Unos golpes secos suenan en mi puerta.

Greg Mathers no espera una invitación, simplemente *entra*, dejando caer una gruesa carpeta sobre mi escritorio con un *golpetazo* que me da un vuelco el estómago.

Su traje gris marengo es impecable, combinado con una corbata azul marino que grita *«yo soy el que hace los recortes de presupuesto aquí»*. En una mano, agarra una taza de café con el logo de los Icehawks, de la que sale vapor como si estuviera cogiendo fuerzas para arrasar con cualquier resistencia que yo pudiera oponer.

—Tiene algo aquí, Hart.

Parpadeo. —¿Perdón?

Él apoya una mano en la carpeta, dándole un golpecito. —Esto. Esto es lo que buscamos. Tenemos que hacer esto.

Mi espalda se tensa. Solo hay una cosa que podría ponerlo tan entusiasta.

Miro la carpeta como si estuviera a punto de autodestruirse. Lo sé porque yo también lo sentí. Durante días, he estado analizando a la competencia, buscando ideas, inspiración para poner las cosas en marcha aquí en los Icehawks.

Lenta y cuidadosamente, cojo la carpeta y abro la primera página. Y, efectivamente…

El programa juvenil de Blake.

El Programa de Hockey Juvenil de Iron Ridge, en negrita en la parte superior. Mis propias notas garabateadas en los márgenes, el

bolígrafo rojo subrayando los temas clave. Crecimiento personal. Superación de la adversidad. El poder crudo y emocional de las historias *reales*. Los niños de este pueblo y sus historias son el corazón de mi idea más grande.

Greg sigue hablando, ajeno a cómo se me ha *caído el alma a los pies*.

—Esto tiene *todo* lo que los de la central han estado pidiendo —dice, señalando el documento como si contuviera el sentido de la vida—. Es conmovedor, es crudo, es *humano*. Y lo mejor de todo… Maddox está en el centro.

Trago saliva, con la garganta repentinamente seca. —A Maddox… no le va a gustar esto.

Greg suelta una carcajada. —A Maddox no le gusta *nada* que no sea el hockey y dar puñetazos, pero él es la *marca*, Hart. Le guste o no, es *nuestro* para promocionarlo.

Miro el documento fijamente, con el pulso martilleando en mis oídos.

Es esto. *Esta* es la propuesta que podría cambiar mi carrera. Es el tipo de narrativa emocional en la que *destaco*. Es la razón por la que Big Mike me contrató. La razón por la que mi madre se negó a que me dedicara a otra cosa que no fuera esto.

También es lo *único* que hará que Blake Maddox me odie más de lo que ya me odia.

Greg da una palmada en el escritorio y se pone de pie con una sonrisa. —Concertaré una reunión con Big Mike. Lanzaremos esto antes de que acabe el mes.

Asiento automáticamente, agarrando los bordes de la carpeta con tanta fuerza que mis nudillos se quedan blancos.

Blake me va a matar.

¿Y la peor parte?

Que *sigo* queriendo ver qué cara pone cuando esté furioso.

Capítulo Cinco

Blake

El baño de vapor es asfixiante, denso por el calor y el persistente aroma a eucalipto y sudor. La temperatura me quema la piel, tengo los músculos tensos y doloridos por el partido de ayer, pero no me muevo.

Estoy sentado en el banco, con los codos en las rodillas, observando las gotas de condensación que resbalan por las paredes de azulejos y gotean en el suelo con ritmos desiguales.

Dos a tres. Perdimos.

El suave zumbido de los conductos de vapor llena el silencio, pero no logra acallar la tormenta que tengo en la cabeza.

El entrenador Brady nos puso a parir después del partido. Cuando hemos vuelto aquí hace unas horas, ha hecho lo mismo antes de mandarnos a casa para que «hiciésemos un buen examen de conciencia».

Nos ha hecho pedazos y yo me he llevado la peor parte.

Con razón.

Jugué como una mierda. Lento. Torpe. Desconcentrado. El tipo de actuación que te revuelve el estómago cuando piensas en ella.

Pases fallidos. Sanciones estúpidas. Una puta pérdida de balón que nos costó el gol del empate y nos mandó a la prórroga. Para

entonces ya habíamos perdido la cabeza, pero el gol de la victoria no hizo más que añadir leña al fuego.

Me paso una mano por la cara, apretando la mandíbula.

No es solo la derrota lo que me pesa en el pecho; es *ella*.

Ese puto baile. Ese vestido. Ese aroma que persiste, todavía lo bastante fuerte como para ponerme dura la polla dondequiera que vaya.

Gruño y me doy una palmada en la frente, intentando deshacerme de esos pensamientos.

La suave presión de su cuerpo de infarto contra el mío, la forma en que sus dedos dudaron antes de posarse en mi hombro. El calor de su aliento cuando me incliné hacia ella.

Cierro los ojos, exhalando bruscamente por la nariz.

¡Joder! ¡Para ya!

Está metida en mi cabeza, colándose en sitios donde no pinta nada.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas. Debería estar concentrado en el equipo, en nuestro próximo partido, en arreglar la mierda que cagué anoche. En cambio, estoy atrapado reviviendo destellos de seda esmeralda y unos traviesos ojos avellana, y eso me está cabreando.

Basta ya.

Me levanto del banco y cojo una toalla blanca y limpia de la pila que hay cerca. El vapor se adhiere a mi piel mientras me la enrollo en la cintura, anudándola a la altura de las caderas.

Necesito quitarme esta frustración de encima durmiendo. Quizá si cierro los ojos, pueda resetear. Ahogar la derrota. Ahogar el recuerdo de *ella*.

Voy hacia la puerta y la abro con una mano...

Y me quedo helado.

—No me jodas.

Allí plantada, en *mi* espacio, donde no debería estar, está la jodida Sophia Hart. El vapor la envuelve como si hubiera salido de un puto sueño.

O quizá de una pesadilla. Según se mire.

Furioso, salgo del baño de vapor y dejo que la puerta se cierre de golpe a mi espalda. El aire fresco del pasillo me golpea como un bofetón en la cara. Siento un hormigueo en la piel, todavía ligeramente humeante, con la humedad adherida al pecho, goteando en lentos y perezosos riachuelos por mis abdominales.

Pero nada de eso importa.

Sophia se ha quedado parada a mitad de un paso, con sus labios rosados entreabiertos y esos penetrantes ojos avellana bajando *instintivamente* hacia la toalla que llevo anudada a las caderas.

Sus pupilas se dilatan. No mucho. Solo una fracción.

Pero lo *veo*.

Sube la mirada de golpe. Demasiado rápido, demasiado deliberadamente. Como si intentara fingir que no estaba mirando. Como si *no* acabara de comerme con los ojos, de pie, medio desnudo y chorreando en un pasillo.

Me muevo un poco, ajustándome la postura, y el nudo de la cintura se afloja. No mucho. Solo una fracción.

Lo suficiente para que el rastro de gotas de agua resbale por mis abdominales, llegue a las duras líneas de la V que está tentando la vista de la señorita Hart en este momento, arrastrándola más abajo, más abajo, más abajo...

Sus largas y oscuras pestañas parpadean, y se le escapa un casi imperceptible jadeo. Sus labios se entreabren un poco antes de que los vuelva a sellar de golpe.

Una lenta y perezosa sonrisa tira de mis labios.

Porque, joder... cómo odia haberse dado cuenta.

—¿Qué coño haces aquí, Hart? —Mi voz es áspera, con un toque de diversión mezclado con la frustración persistente del partido de anoche—. Espero que solo hayas venido por las vistas.

Levanta la barbilla, brusca y rápidamente, y echa los hombros para atrás como si se preparara para la batalla. Pero ahí está... ese suave y revelador sonrojo que le sube por el cuello.

El que quiero perseguir con mi boca.

Joder. Mierda. *No.*

Doy un paso adelante. Lo justo para que el calor que emana de mí, el vapor residual que se adhiere a mi piel, la roce.

Inspira, apenas perceptiblemente, como si intentara no darse cuenta. Pero se *da* cuenta.

Veo cómo se le crispan los dedos, como si se estuviera conteniendo físicamente de ajustarse la blusa.

—Créeme, Maddox —espeta, cruzando los brazos con fuerza sobre el pecho como si pudiera bloquear físicamente los últimos cinco segundos—. Si quisiera unas vistas, escogería unas con menos *arrogancia.*

Resoplo una carcajada. —¿Y aun así, aquí estás... plantada fuera del baño de vapor como una puta acosadora?

—No soy... —Exhala bruscamente, interrumpiéndose y echando los hombros hacia atrás como si se estuviera sacudiendo mi presencia de encima.

Bajo la mirada, recorriendo su atuendo a pesar de mi buen juicio.

Lleva una de esas chaquetas entalladas que probablemente se supone que deben parecer profesionales, pero el color burdeos intenso contra su piel hace que se me seque la boca. La blusa de seda de debajo es de color crema, y con los brazos cruzados así...

Joder.

La forma en que está de pie, toda a la defensiva e irritada, le junta los pechos, creando una sombra de escote en la que no debería fijarme en absoluto.

Pero lo hago. Porque soy un idiota que no puede mantener los ojos donde deben estar.

—Mis ojos están aquí arriba, *capitán.* —Escupe mi título como si fuera veneno.

—Solo intento averiguar si te has arreglado especialmente para nuestro pequeño encuentro en el pasillo. —La obligo a mirarme a la cara, odiando que me afecte lo más mínimo—. La chaqueta es nueva.

Entrecierra los ojos. —¿Siempre haces inventario de lo que visten las mujeres?

—Solo las que aparecen sin invitación en mi vestuario. —Me ajusto la toalla, notando cómo su mirada vuelve a bajar antes de subir de golpe—. Así que, ¿cuál es la verdadera razón por la que estás aquí,

Sophia? Porque ambos sabemos que no es por mi encantadora personalidad.

—Yo... eh, yo... —Baja la mirada a sus zapatos—. Solo quería asegurarme de que te enterabas de esto por mí, no por otra persona.

No me gusta cómo suena eso.

La diversión se desvanece un poco y mi sonrisa se tensa. —¿*Enterarme de qué?*

Ahora me sostiene la mirada, firme, sin inmutarse.

—La junta ha aprobado mi propuesta hoy. —No parpadea—. Vamos a crear contenido con el programa juvenil.

Así, sin más, el calor de mi pecho cambia. La diversión se agria y se convierte en algo más frío. Aprieta con más fuerza la carpeta que sostiene, como si se preparara para el impacto.

Debería.

Porque acaba de joder con lo único que *no* le pertenece.

—Más te vale estar de coña, Sophia.

Sophia no se inmuta. No retrocede. *Debería*, porque el pulso me martillea como un puto tambor de guerra.

Levanta la barbilla con aire desafiante. —No lo estoy.

De repente, es todo orgullo y terquedad envueltos en una puta chaqueta.

Está *orgullosa* de esto.

El aire chisporrotea entre nosotros, denso con algo más caliente que el baño de vapor que acabo de dejar. Todavía tengo la piel húmeda, el calor sigue emanando de mí en oleadas, pero esto...

Esto es el verdadero fuego.

—No tienes ni puta idea de esos críos —espeto.

Sophia se cruza de brazos y me devuelve la mirada con la misma fuerza. —Sé que merecen que se cuenten sus historias. Que se les vea.

Me río. Una risa fría. Cortante. Del tipo que hiere. —¡No necesitan ser tu próxima puta campaña de marketing!

Aprieta los labios en una línea firme. —No se trata de eso y lo sabes.

Me acerco más, lo suficiente como para ver la rápida inhalación que intenta disimular. La toalla me cuelga baja, mi cuerpo todavía arde por el vapor, pero ella se mantiene firme. No se mueve ni un ápice.

Nunca lo hace.

Respira con dificultad. Casi tan agitada y pesada como yo.

Y, joder, mi cuerpo lo sabe.

Si inclinara la cabeza, podría saborearla. Si me pegara a ella, solo medio centímetro, podría sentirla contra mí, esas curvas ridículamente suaves encontrándose con mis duros músculos, calor contra calor.

Ella no retrocede.

Yo tampoco.

—El Programa Juvenil de Hockey de los Icehawks no es para exhibirse —digo, bajando la voz—. Es un espacio seguro. No necesitan puta *visibilidad*, Sophia. Necesitan una *oportunidad*.

Su nuez sube y baja al tragar, pero aprieta la mandíbula como si estuviera luchando contra algo.

Quizá lo mismo que yo.

—¿Y qué hay de los críos como tú?

Todo mi cuerpo se pone rígido.

Sus palabras me golpean como una carga contra las costillas.

Ella no lo *sabe*. No *puede* saberlo.

Trago saliva, con la mandíbula trabajando a toda máquina como el chicle del entrenador Brady, pero no digo ni una puta palabra.

Porque, ¿qué coño se supone que tengo que decir? *¿Sí, yo era uno de ellos? ¿Uno de los críos pobres y cabreados que no tenían nada más que un par de patines de mierda y un sueño?*

Ni de puta coña.

No le debo esa parte de mí.

Así que, en lugar de eso, lo ignoro, ignoro el nudo apretado en mi pecho, y me inclino aún más. Justo hasta que tiene que echar hacia atrás su estúpida y bonita cabeza para mirarme a los ojos, haciendo que su jodida y sedosa melena rubia se revuelva en un desastre.

—¿Tantas ganas tienes de cambiar este equipo, Hart? —Siento que arrugo la nariz, que mi labio superior se tuerce en una mueca—.

Pues cambia tus hojas de cálculo. Pero deja a *mi* equipo en paz de una puta vez.

Ella no se inmuta. No aparta la mirada.

En lugar de eso, levanta una sola ceja y, joder, *sonríe con suficiencia*.

—¿De *verdad* crees que esto va solo de ti? —Su voz es suave contra mis labios, tan cálida que prácticamente puedo saborearla—. Capitán Maddox, puede que seas la cara de esta franquicia, pero ¿sabes qué? *No te pertenece.*

La ira que me recorre es candente.

No solo por ella. Sino por la puta *verdad* en lo que está diciendo.

No soy el dueño de este equipo. No soy el dueño del programa juvenil. ¿Y ahora? ¿Ahora, diez días después de haber entrado por la puerta, le han dado las llaves?

Esto no va sobre ella. Va sobre el equipo. Los críos. El puto programa. Si sueno cabreado, es porque lo estoy. No porque esté demasiado cerca, no porque su perfume se me esté metiendo bajo la piel. No porque todavía pueda sentir su cuerpo contra el mío por ese puto baile.

A la mierda.

Voy a darme la vuelta para coger mi bolsa, decidido a largarme de aquí. Pero una mano en mi hombro me detiene.

—Blake, lo entiendo. Quieres protegerlos. Pero quizá dejar que se les vea no sea algo malo. Quizá ayude a más críos, críos exactamente como ellos, en todo el país, a encontrar su camino hacia el hockey.

Críos como ellos.

Se me revuelve el estómago.

Porque *yo* era un crío como ellos.

Me paso una mano por la cara, exhalando lentamente. En serio, nunca se rinde. —Si de *verdad* quieres ver de qué va este programa, pásate por el Festival de Invierno este fin de semana. Entonces entenderás por qué tu idea no vale nada para estos críos.

No dice nada de inmediato.

Solo me mira. Todavía demasiado cerca. Todavía jodidamente tentadora.

Mis dedos se flexionan a mis costados, desesperados por tocar, por agarrar, por tirar.

Quiero estamparla contra la pared, sujetarle las muñecas por encima de su cabeza y ver cuánto tiempo esa boquita afilada suya puede mantener la pelea cuando mis manos estén sobre ella. Cuando mis dientes estén en su garganta. Mi boca en su coño.

Joder.

Mi polla dolorida se contrae solo de pensar en ella jadeando debajo de mí. Arqueándose. Retorciéndose. Rindiéndose.

Porque esa es la peor parte.

Sé que lo haría.

No importa cuántas réplicas ingeniosas lance, no importa cuánto quiera fingir que es inmune a esto, está tan excitada como yo.

Debería dejarla ir. Debería largarme de una puta vez antes de hacer algo de lo que *no pueda* arrepentirme.

Mejor aún, debería inclinarla y azotarle el culo por volverme así de loco.

En lugar de eso, bajo la mirada, recorriendo sus curvas como un puto muerto de hambre.

En lugar de eso, tomo una respiración profunda y me obligo a retroceder. Mis uñas se clavan en mi palma, mi autocontrol pendiendo de un puto hilo.

—Pásate por allí, Sophia. Pero puedes dejarte tus putas cámaras en casa.

Luego, antes de que pueda abrir la boca, antes de que cambie de opinión, me doy la vuelta y me marcho.

Capítulo Seis

Sophia

Pongo un pie en la calle principal y, por un segundo, siento como si me hubieran dejado caer en medio de una postal navideña.

Toda la plaza del pueblo está iluminada como si hubiera salido de una película de sobremesa, con guirnaldas de luces doradas que se entrecruzan sobre mi cabeza y que bañan todo a mi alrededor en un cálido y festivo resplandor.

Delicados copos de nieve caen del cielo cada vez más oscuro, de un color gris pizarra, posándose como azúcar glas sobre los adoquines desgastados bajo la torre del reloj. Una ráfaga de viento transporta el aroma de las castañas que crepitan en sus sartenes de hierro desde los puestos situados justo a la entrada, mientras que los dulces espolvoreados con canela humean en los carros de madera de los vendedores.

Los niños corretean entre los puestos, riendo y lanzándose bolas de nieve a espaldas de sus padres, con las manoplas volando mientras se atacan sin el menor remordimiento. Las parejas pasean de la mano, envueltas en bufandas enormes y abrigos acolchados, bebiendo de tazas humeantes de chocolate caliente.

Es perfecto.

Demasiado perfecto.

Un poco demasiado idílico para una chica que se ha pasado toda su carrera en frías salas de juntas de altos rascacielos, donde lo único festivo del invierno es el champán carísimo de las fiestas de empresa.

¿Esto? Esto es pura magia de pueblo, de esa que se pasa de la raya.

Y puede que…, solo puede que…, me esté encantando.

—¿Ya estás abrumada?

Me giro y veo a Natalie Hayes, la fisioterapeuta principal de los Icehawks, sonriéndome bajo la capucha de su elegante plumífero de color crema. Sus ojos verde esmeralda prácticamente brillan bajo el resplandor de las luces del festival de invierno, y lleva un vaso de sidra para llevar que huele increíble, sintiéndose completamente en su salsa.

—Oh, Dios… Me alegro tanto de haberme encontrado contigo hoy —digo, dedicándole a Natalie una sonrisa de agradecimiento—. Estaba totalmente preparada para deambular por este sitio sola como una turista perdida.

Me hundo las manos enguantadas en los bolsillos del abrigo, inhalando el aire fresco del invierno.

Ella sonríe con aire de suficiencia, ajustando la forma en que sujeta su vaso de sidra. —Sí, no te ofendas, pero tienes toda la pinta de ser una turista perdida.

Suelto una risa. —No es mi culpa que este pueblo parezca hecho para una película de Navidad.

Natalie observa la escena que tenemos delante. —¿Un poco sí, verdad?

Sonrío, pero la verdad es que estoy *muy* aliviada de habérmela encontrado antes.

Había sido por casualidad. Natalie y yo nos topamos donde ella estaba curando las contusiones del partido de anoche, y me comentó de pasada que iría al festival. Cuando me invitó a acompañarla, dudé. Los eventos de pueblo no son *exactamente* lo mío, pero algo en su energía afable y natural me hizo decir que sí antes de que pudiera pensármelo dos veces.

—Vamos, chica de oficina. Primera regla del Festival del Hielo y Fuego: tienes que tomarte un chocolate caliente antes que nada.

Nos abrimos paso por el bullicioso mercado del festival, esquivando a familias abrigadas y a grupos de adolescentes acurrucados bajo guirnaldas de luces blancas parpadeantes.

Natalie nos dirige hacia un puesto de madera con un cartel pintado a mano que dice *El famoso cacao caliente de Maggie*, pero la cola tiene al menos diez personas.

Suspira dramáticamente. —Normal. Todo el mundo se vuelve loco por el chocolate caliente de Maggie.

Me meto las manos enguantadas más adentro en los bolsillos. —Más le vale la pena.

—Oh, la vale. Maggie le echa algo *especial*. —Natalie me mira, con una mirada inquisitiva—. Y bien, ¿qué tal va todo? Todo el mundo ha estado hablando de ti.

La cola avanza un poco y Natalie se quita un guante para echarse vaho en la palma de la mano.

Me encojo de hombros, cambiando de peso mientras echo un vistazo al festival. —Es diferente. Estoy acostumbrada a mercados más grandes, presupuestos más grandes, equipos más grandes, y muchísima más burocracia.

Natalie canturrea con complicidad. —Bueno, bienvenida a Iron Ridge. Aquí hacemos las cosas un poco diferentes.

Enarco una ceja. —¿Como los festivales de invierno obligatorios?

—Como *disfrutar* de los festivales de invierno. —Me guiña un ojo y luego ladea la cabeza—. He oído que tu madre es agente deportiva. Debió de ser guay crecer así.

Resoplo. —«Guay» no es la palabra que usaría. Más bien *intenso*.

Se le iluminan los ojos como si fuera a preguntar algo más, pero antes de que pueda hacerlo, llega nuestro turno en el mostrador y se bebe la sidra que tiene en la mano de un trago gigante.

—Vaya, impresionante —río.

Natalie se encoge de hombros y sonríe. —Maggie, esta es Sophia. Es nueva en el pueblo.

Una mujer mayor, envuelta en un grueso abrigo de lana, me sonríe radiante, con las mejillas sonrosadas por el frío. —Pues entonces, te

espera una sorpresa. Los primerizos reciben el cacao *especial*.

Antes de que pueda preguntar qué significa eso, vierte un chocolate caliente espeso y aterciopelado en dos pesadas tazas de cerámica, de cuya superficie sale un vapor que parece sacado de un sueño. Les pone una cantidad indecente de nata montada y luego las espolvorea con cacao en polvo y virutas de chocolate negro. Le sigue un chorrito de caramelo y, como al parecer en este pueblo no hacen nada con moderación, una nube de azúcar casera, tostada allí mismo con un pequeño soplete.

Parpadeo ante la obra maestra que tengo delante. —Por Dios. ¿Esto es una bebida?

Natalie se ríe. —No. Esto no es solo una bebida… Esto es una bebida que *te cambia la vida*.

Nos alejamos del puesto, acunando nuestras tazas, y doy mi primer sorbo.

Joder. Santo cielo.

Es como beber pura felicidad derretida. Un cacao profundo y rico, de esos que perduran en la lengua con el equilibrio justo entre dulce y amargo. El caramelo añade una calidez exquisita, mientras que la nube se derrite en la bebida, haciendo que cada sorbo sea más cremoso que el anterior.

Hago un sonido que sin duda haría que este festival acabara con una calificación para mayores de dieciocho. —Vale. *Vale*. Esto es ridículo.

Natalie sonríe con suficiencia. —Te lo dije.

Doy otro sorbo y mis hombros se relajan. —Y bueno, ¿cuánto tiempo llevas con los Icehawks?

—Tres años —dice, lamiéndose un poco de nata montada del labio —. Empecé de prácticas y luego me contrataron a tiempo completo después de sacarme el título de fisioterapeuta.

—¿Y te gusta?

Canturrea, dando otro sorbo a su chocolate caliente. —Es un gran equipo. Gente estupenda.

La forma en que lo dice… como si hubiera algo más que quisiera decir, pero no lo hace.

Antes de que pueda insistir, el sonido de vítores llega desde unos metros de distancia. Nos giramos y vemos a una pequeña multitud reunida cerca de una fogata chisporroteante, donde un par de jugadores de los Icehawks charlan con los aficionados, firman autógrafos y beben tazas humeantes de sidra.

Ryder Scott, de quien he aprendido rápidamente que es el novato de oro del equipo, está sentado en el brazo de un banco de madera, riéndose mientras hace equilibrios con las diminutas manoplas de un niño sobre sus enormes manos. Logan Kane, hecho un armario enfundado en una parca, está de pie con los brazos cruzados, asintiendo mientras un grupo de lugareños mayores habla animadamente sobre *«los viejos tiempos»* del hockey de Iron Ridge.

Y justo a su lado, el entrenador Brody escucha atentamente, con un vaso de sidra en una mano y la otra hundida en el bolsillo de su abrigo.

Los ojos de Natalie se posan en él y, por un brevísimo segundo, algo parpadea en su rostro. Observo cómo él mira en nuestra dirección y ella finge inmediatamente estar muy interesada en su chocolate caliente de nuevo.

Mis labios se curvan. *Interesante.*

—Así que, ¿de verdad te gusta trabajar aquí?

Toda su cara se sonroja. —¿Q-qué? No. Oh, Dios, no. Es mi jefe.

—Mmm. —Levanto las cejas, haciéndome la inocente—. ¿Estás segura?

Sus ojos se mueven de un lado a otro como si buscara una vía de escape. Y cuando el altavoz cobra vida, anunciando el comienzo del partido de hockey, la ha encontrado.

—¡Ah! ¡Vamos, el equipo de Blake está a punto de jugar!

Nos dirigimos hacia la pista de práctica al aire libre en la parte trasera del festival; el ruido de los puestos y las conversaciones alrededor de las fogatas se desvanece en el fondo.

Guirnaldas de luces blancas brillan sobre la pista de hielo, donde un equipo de niños con camisetas de los Icehawks se desliza por la pista, con los palos repiqueteando mientras calientan frente a otro equipo con camisetas rojas.

Las risas resuenan, el vaho del aliento de los niños se condensa en el aire gélido mientras parecen estar pasándoselo en grande.

Pero no los veo a ellos.

Lo veo a *él*.

La última vez que vi a Blake estaba mojado, semidesnudo y furioso.

¿Ahora?

Está arrodillado, ajustando el casco de un niño con manos cuidadosas. Le da una palmada firme en el hombro, diciendo algo que debe ser alentador, porque el niño sonríe y se va patinando como si le acabaran de entregar la Copa Stanley.

Trago saliva, cambiando de peso.

Este no es el arrogante y gruñón capitán del equipo con el que me he pasado la última semana discutiendo.

El partido empieza y Natalie anima al Equipo Juvenil de los Icehawks a mi lado. Es solo un partido amistoso, pero todo el pueblo de Iron Ridge está al lado de la improvisada pista, animando y aplaudiendo.

Pero lo único que puedo hacer es mirar fijamente al hombre que grita instrucciones al otro lado de la pista.

Blake lleva una chaqueta de los Icehawks de color azul marino ajustada sobre sus anchos hombros, unos guantes negros que flexiona mientras gesticula hacia los niños, cantando jugadas con esa voz profunda y autoritaria que hace que apriete los muslos. Un gorro de lana gris cubre su desordenado pelo rubio, pero sé exactamente cómo es por debajo… húmedo, revuelto por el vapor, por el sudor, por la frustración.

Por *mí*.

Doy un sorbo lento a mi chocolate caliente, como si eso fuera a extinguir el recuerdo de él acercándose a mí anoche, del *calor* que emanaba de su piel húmeda, de sus labios flotando tan jodidamente cerca de los míos que podía saborear su ira.

Me digo a mí misma que solo lo estoy observando porque es trabajo. Porque vine a ver de qué va realmente este programa, tal como él me dijo que hiciera.

Esa es la única razón por la que lo estoy mirando fijamente.

Natalie canturrea a mi lado. —Deberías verlo durante un partido de verdad.

Me obligo a parpadear, mis dedos se aprietan alrededor del vaso de papel hasta que el cartón cruje. —Oh, me lo imagino.

Y vaya si puedo, demasiado bien.

Porque la última vez que lo vi así de intenso, así de concentrado, así de incisivo, me estaba mirando *directamente a mí*. Diciéndome que mantuviera mis manos lejos de *su* equipo, de *sus* chicos.

¿Pero al verlo ahora? ¿Al ver lo bueno que es con ellos?

Trago saliva, presionando el borde del chocolate caliente contra mis labios para ocultar la forma en que mi pulso se acelera.

Quiero decir, no estaba equivocada. La gente se volvería loca con esto. ¿Un jugador de hockey estrella adorado por *todos* sus fans, que además es un auténtico modelo a seguir para los niños que lo quieren?

Quizá haya más en todo esto de lo que me había dado cuenta.

El partido pasa volando.

Los niños son rápidos, deslizándose por el hielo con más energía que algunos profesionales que he visto. Sus camisetas les quedan grandes, algunos apenas mantienen el equilibrio, pero sonríen, sin miedo, completamente metidos en el juego.

Blake no para de moverse. Camina a lo largo de las vallas, cantando jugadas, dando una palmada en la espalda a un niño cuando hace un buen pase, refunfuñando cuando fallan un tiro fácil. Es firme, pero paciente.

Y de alguna manera, verlo así hace que sienta una extraña opresión en el pecho.

—Blake los tiene finos este año —retumba una voz grave detrás de mí.

Doy un respingo y casi derramo lo que queda de mi chocolate caliente por mi abrigo.

Un hombre de hombros anchos con una sudadera desgastada de la Taberna Ridgeview está a nuestro lado, sus ojos grises arrugados por la diversión.

Natalie sonríe. —¡Eli! ¡Zorro viejo!

Eli Thompson, leyenda de Iron Ridge. Ex-«enforcer» de los Icehawks convertido en dueño de una taberna, alcalde no oficial del vestuario. He visto su cara pegada en casi todas las paredes del estadio de los Icehawks esta semana.

Asiente a Natalie y luego se vuelve hacia mí, evaluándome. No con hostilidad, pero sí con agudeza. Como si estuviera atando cabos.

—Sophia Hart, ¿verdad?

Parpadeo. —Encantada de conocerle, Eli. Me sorprende que sepa quién soy.

—Es un pueblo pequeño, cielo. Todo el mundo sabe de todo.

Natalie pone los ojos en blanco. —No dejes que te asuste. A Eli le gusta fingir que es misterioso, pero en realidad es un cotilla de narices.

Eli sonríe con suficiencia y luego señala la pista con la cabeza. —Blake ha hecho un trabajo cojonudo con ellos, ¿eh?

Algo en su voz me hace dudar. —Claramente se lo toma en serio.

—Sí, bueno. *Él* lo haría.

Frunzo el ceño. —¿Blake siempre ha dirigido el programa?

La sonrisa de Eli se crispa. —Lo asumió. Quiero decir, era básicamente su destino heredar el papel que tanto significó para él.

¿Que tanto significó para él? ¿Qué se supone que significa eso?

Pero antes de que pueda preguntar, un fuerte silbato corta el aire y una gran ovación se levanta alrededor de la pista. Estallan los aplausos y yo me uno, girando la cabeza hacia la pista y…

Blake se mueve hacia nosotros, con los ojos fijos en mí como un puñetero misil. —Muy bien, señorita Hart. Es hora de su iniciación en Iron Ridge.

—¿Q-qué?

Blake sonríe con suficiencia, pero antes de que pueda preguntar qué demonios está pasando, una bola de nieve le da de lleno en el pecho.

Apenas reacciona. Se limita a cambiar de peso, a quitarse una mota de hielo de la manga y a mirarme a los ojos con una cantidad infernal de satisfacción burlona.

—¡Venga, métete aquí! ¡Espero que sepas esquivar, cielo!

Otra bola de nieve se estrella contra el pecho de Blake.

Trago saliva, mirando la pista de hielo, donde los niños ya están recogiendo puñados de nieve que han echado en el centro del hielo, sus ojos juguetones brillando con picardía.

Oh. Oh no.

—Ni hablar —digo rápidamente, levantando las manos—. Llevo ante.

Blake se limita a sonreír. Una sonrisa lenta, arrogante y francamente peligrosa.

—No por mucho tiempo.

Capítulo Siete

Blake

La nieve vuela en todas direcciones. El aire fresco se llena de risas, gritos y el *sonido sordo* de las bolas de nieve al chocar contra las chaquetas acolchadas mientras el caos se desata a mi alrededor.

Entonces, la primera bola de nieve me da de lleno en la puta nuca.

No es un lanzamiento suave y descuidado. Oh, no. Este ha sido un tiro de francotirador, con una puntería perfecta, y la fuerza justa para que un chorro de hielo se me cuele por el cuello de la chaqueta.

Me doy la vuelta de golpe, dispuesto a liarla parda.

Un grupo de niños sonrientes se dispersa por la pista de hielo, con las cabezas echadas hacia atrás por la risa y sus manos cubiertas con manoplas ya recogiendo más munición.

—¿Así tratáis a vuestro héroe? —les grito, sacudiéndome la nieve de la espalda—. ¿En serio?

Me vuelvo hacia Sophia.

Está de pie al borde de la pista, como si estuviera por encima de toda esta locura, abrazada a su caro abrigo como si fuera un chaleco antibalas. Tiene los labios fruncidos de esa manera particular que me dice que está a unos diez segundos de darse la vuelta y escapar.

Ni de coña.

—Ya estás dentro, preciosa —digo, sonriendo de oreja a oreja mientras tiro *de* ella. Tropieza y sus botas resbalan ligeramente sobre la nieve compacta—. No puedes echarte atrás. Ahora eres una Icehawk.

—Perdona —farfulla, forcejeando contra mi agarre, pero yo solo la sujeto con más fuerza.

Sus ojos echan chispas; mitad indignación, mitad otra cosa. Algo que me envía una oleada de calor directa a las entrañas.

—Yo no participo en ejercicios espontáneos de trabajo en equipo —bufa.

Sonrío con suficiencia, ignorando la forma en que se me oprime el pecho al ver lo jodidamente guapa que está bajo las luces del festival, con las mejillas sonrosadas por el frío y pequeños mechones de pelo escapándosele de la capucha.

—Pues qué pena. Porque estás participando en uno ahora mismo.

Le suelto la muñeca medio segundo, lo justo para agarrarla por la parte de atrás del abrigo y echármela al hombro.

Chilla, con los puños golpeándome la espalda.

—¡Bájame, pedazo de animal!

Me río entre dientes, ajustando mi agarre mientras me adentro más en la zona de guerra.

—¿Qué pasa, *señorita corporativa*? ¿Te da miedo un poco de nieve?

Antes de que pueda lanzar una respuesta —probablemente una que me despellejaría vivo—, una bola de nieve con una puntería perfecta le *golpea* justo en el hombro, esparciendo una nube de pelusa blanca sobre sus brillantes ondas.

Sophia ahoga un grito, su cuerpo se tensa contra el mío.

La dejo deslizarse de mi hombro, sonriendo mientras se pone en pie con una expresión de puro horror en la cara.

—Oh, no —digo burlonamente—. ¿Alguien ha mojado tu elegante ante?

Entrecierra los ojos y el fuego brilla en las profundidades de su mirada avellana.

—Tú.

Se agacha tan rápido que apenas tengo tiempo de darme cuenta de lo que está pasando antes de que…

Zas.

Una bola de nieve explota directamente contra mi cara, salpicándome la piel de hielo y pelusa.

Joder.

El campo de batalla se queda en silencio.

Entonces Connor suelta un *grito* de júbilo.

—¡Joder, Maddox! ¡Te ha dado de lleno!

Logan suelta un silbido bajo.

—Tengo que admitir que estoy impresionado.

Incluso el entrenador Brody, a quien he oído murmurar algo sobre ser *«demasiado viejo para estas mierdas»*, ha hecho una pausa en mitad de un lanzamiento de bola de nieve para sonreírme con aire de suficiencia.

—No te la esperabas, ¿eh, capi?

Sophia se endereza, sacudiéndose la nieve de la manga. Luego sonríe con suficiencia.

Oh, ni de coña.

Me paso el guante por la cara, sacudiéndome el frío. Mis labios se curvan mientras me agacho, recogiendo un puñado de nieve fresca.

—No deberías haber hecho eso, preciosa.

—Blake… —Su sonrisa engreída vacila—. ¡Blake, no!

Echa a correr. Y yo, joder, la *persigo*.

La nieve explota a mis pies mientras salgo tras Sophia, mis botas crujiendo sobre el hielo compacto.

Es rápida, eso se lo concedo.

Esquiva a los asistentes del festival, pasa como una exhalación junto a Logan, que ya está ocupado lanzándole bolas de nieve a Connor en un lado de la cabeza, y evita por los pelos la caótica guerra anual de bolas de nieve que tiene lugar entre los Icehawks y una pandilla de niños de mi programa juvenil, hiperactivos por el azúcar.

¿Pero yo?

He pasado mi vida persiguiendo discos por el hielo. La *señorita ejecutiva* no tiene ninguna oportunidad.

Me lanzo, agarrándola por la cintura justo cuando se da la vuelta para lanzarme otra bola de nieve.

—¡Oh, Dios mío!

Chilla mientras la hago girar en un círculo cerrado, lanzándonos a ambos en medio de la locura. La nieve estalla a nuestro alrededor cuando una bola de nieve perdida se estrella contra el suelo cerca de nosotros. El frío me pica en la cara, pero apenas lo siento porque Sophia está en mis brazos, retorciéndose, sonrojada, riendo.

Y joder si esa maravillosa y puta risa no me da una patada directa en el pecho.

—¡Eres una auténtica amenaza! —jadea, sin aliento, retorciéndose contra mí.

Sonrío con suficiencia, agarrándola más fuerte.

—Para ti, *Capitán* Amenaza.

Zas.

Una bola de nieve me pasa zumbando *junto* a la oreja, rozando la cara de Sophia.

El puro instinto se apodera de mí y me levanto del hielo.

—Vale. ¿Quién ha tirado esa?

Un eco salvaje de risas resuena por todo el festival de invierno y agarro a Sophia por la cintura, atrayéndola hacia mí justo cuando otra bola de nieve le pasa zumbando junto a la mejilla.

Ahoga un grito, sus dedos se aferran a mi chaqueta, y ni siquiera lo pienso antes de girar, protegiéndola contra mi pecho, recibiendo yo el golpe.

Golpe tras golpe, los recibo todos, moviéndome rápidamente para ponernos a ambos a salvo detrás de las vallas de la pista. Ella cae con fuerza y yo tropiezo, aterrizando de bruces justo encima de ella como un pingüino borracho.

Su respiración se entrecorta.

Sus manos están atrapadas entre nosotros, con las palmas apoyadas en mi pecho y los dedos clavados en mi chaqueta.

Sus ojos están muy *abiertos*, los labios entreabiertos.

—Eres tan irritante. Esto es ridículo. ¿Por qué me has arrastrado a esto?

Le sonrío desde arriba, todavía con la respiración entrecortada.

—Admítelo, te lo estás pasando bien.

Sus ojos se abren de par en par, tanto que puedo ver cada pequeña mota en las profundidades avellana. *Preciosa.*

—¿Bien? ¿Crees que esto es divertido?

—¡Pues claro! Pero te he salvado el culo.

Me empuja el pecho. Craso error.

Porque ahora me está tocando.

—¿Ah, sí? —bufa, intentando sin éxito parecer indiferente—. ¿De qué, exactamente? ¿De unos *niños*?

Su voz es cortante, pero sus manos siguen en mi pecho. Y mi cuerpo está reaccionando antes de que mi cerebro pueda procesarlo.

Joder.

Su aliento es cálido contra mis labios, nuestras narices casi se rozan.

Mis manos se flexionan contra la barrera detrás de ella, mis nudillos rozan la piel expuesta de su muñeca. Una conciencia de todo su cuerpo me golpea, tan rápida, tan jodidamente fuerte, que por medio segundo, pienso en inclinarme hacia ella.

Me olvido del programa. Me olvido de que está aquí para destruirlo. Me olvido de que podría arruinar cada pensamiento lógico que he tenido sobre mantener mi distancia de exactamente *esto*.

Entonces, *ZAS*.

Una bola de nieve se estrella contra un lado de mi cabeza, mandando el momento directamente al infierno.

—¡OH, MIERDA, CREO QUE LE HE DADO AL CAPITÁN!

Jodido Ryder.

Sophia resopla. Una risa real y sin filtros que me golpea más fuerte que la bola de nieve.

Maldigo, sacudiéndome el hielo del pelo, luego la agarro de la mano y tiro de ella.

—Muévete, preciosa —gruño, arrastrándola conmigo mientras el caos estalla de nuevo—. Vámonos de aquí antes de que acabemos los dos enterrados en hielo.

Sus dedos se aprietan en los míos, y joder si no me gusta cómo se siente eso.

Demasiado.

Demasiado.

Sophia jadea a mi lado, su mano todavía envuelta en la mía mientras nos escabullimos entre dos puestos de madera lejos de la pista, escondiéndonos en un callejón estrecho fuera de la vista de la interminable hilera de puestos que rebosan de la fiesta.

La nieve se adhiere a su abrigo, derritiéndose contra el cálido rubor de su piel, su pelo rubio alborotado por la persecución, despeinado y tan jodidamente bonito que duele.

Y se está *riendo.*

No la risita contenida y pulcra que he oído antes…

Una risa real, sin aliento, que le nace del vientre.

Del tipo que le sacude los hombros y hace que todo su cuerpo se incline, desequilibrado, hasta que se apoya en la pared de madera como si la necesitara para mantenerse en pie.

Le brillan los ojos, tiene las mejillas sonrosadas por el frío y hay copos de nieve atrapados en los mechones dorados de su pelo, derritiéndose antes de que tengan oportunidad.

Joder, se me olvida cómo respirar de lo jodidamente guapa que es.

—Lo de ahí atrás es una locura. No puede ser legal.

Sonrío de oreja a oreja.

—Te lo estabas pasando bien. No mientas.

Apoya una mano en la pared, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, fingiendo fulminarme con la mirada como si no acabara de estar corriendo por un paraíso invernal partiéndose de risa.

—No lo hacía. —Su mirada tiene tanto calor como una bola de nieve—. Estaba corriendo para salvar mi vida de tu turba de admiradores.

—Pues parecía que te lo pasabas muy bien desde donde yo estaba. —Doy un paso más cerca, observando cómo se le entrecorta la respiración—. Todas esas sonrisas. Esa risa.

—Puro terror. En serio, ¿qué clase de capitán incita un disturbio en su propio festival de invierno?

—Quizás el tipo de capitán que quería cinco minutos a solas contigo.

La luz burlona de sus ojos se apaga, reemplazada por algo más profundo, más oscuro. Más peligroso. Se pasa la lengua por el labio inferior y todo mi cuerpo se tensa en respuesta.

—¿Cinco minutos? —Su voz se vuelve grave, enviando electricidad por mi columna vertebral—. Eso es… eficiente.

—Me apaño con cinco minutos.

Otro paso más cerca. El espacio entre nosotros se reduce a nada más que aliento compartido y una tensión crepitante.

La nieve cae con más fuerza ahora, creando una cortina blanca que nos oculta del resto del festival. Del resto del pueblo. Del resto del puto mundo entero.

Solo estamos nosotros, escondidos en este estrecho callejón donde las luces del festival no pueden alcanzarnos.

Su cuerpo se acerca, como si ni siquiera se diera cuenta de que lo está haciendo. Como si algo magnético nos estuviera atrayendo.

Debería dar un paso atrás.

Debería…

Pero entonces… sus ojos bajan hasta mi boca.

Y estoy jodidamente *perdido*.

La agarro por la cintura, tirando de ella el último centímetro hacia adelante, y apenas tiene tiempo de tomar una bocanada de aire antes de que estrelle mis labios contra los suyos.

Emite un sonido. Algo entre un jadeo y un gemido, y es lo más sexi que he oído en mi vida.

Joder, sabe *deliciosamente*. A cacao y aire invernal, y un poco a esa puta arrogancia que he estado muriendo por borrarle de la cara desde el momento en que la vi en mi pabellón.

Mi lengua se mueve sobre la suya mientras sus manos se aferran a mi chaqueta, agarrándome como si no quisiera soltarme.

No creo que pueda soltarla.

La presiono contra la pared de madera, profundizando el beso, dejando que abra la boca para mí, lamiéndola, saboreando su boca mientras gime contra mis labios, sus uñas comienzan a clavarse en mi pecho.

Joder. Quiero más.

Deslizo mi mano por su costado, agarrándola por la cintura, apretando su cuerpo con más fuerza contra el mío.

¿Puede sentir lo duro que estoy?

¿Se da cuenta de lo que me ha estado haciendo todo este tiempo? Volviéndome loco con sus putas ideas estúpidas y su maldita lengua afilada, poniéndome a prueba a cada paso e intentando con todas sus fuerzas quitarme todo.

Y ahora, está aquí mismo, sin aliento y sonrojada, sus irritantes curvas presionadas contra mí como si ese fuera su sitio, como si siempre hubiera sido su sitio.

Como si quisiera esto tanto como yo.

Como… como…

—¿Manzana de caramelo?

Y así, sin más, el momento se hace añicos.

Nos separamos de golpe, los labios de Sophia todavía entreabiertos, sus ojos abiertos y atónitos, dilatados por algo que me niego a llamar lujuria.

Una vendedora del festival está en la entrada del callejón, completamente ajena al *crimen* que acaba de cometer. Está haciendo equilibrio con un carrito de manzanas bañadas en caramelo y nos sonríe como si fuéramos una pareja feliz disfrutando del espíritu navideño.

—No, gra…

—Sí, claro. Por qué no. —Sophia se vuelve hacia la vendedora y sonríe.

Por supuesto.

Yo aquí de pie, ajustándome el bulto de los pantalones y todavía recuperándome de su sabor, pero según ella, es un momento tan bueno como cualquier otro para tomarse un puto postre.

Porque ella es Sophia Hart.

Y nunca puede dejarme tener la puta última palabra.

Me paso una mano por la mandíbula, tratando de tragar la frustración que se retuerce, intensa y caliente, en mis entrañas.

Si hubiera tenido aunque solo fuese medio segundo más, la habría tenido gimiendo mi nombre contra esa pared. ¿Y en su lugar? Está pidiendo una puta manzana de caramelo.

Creo que me voy a morir.

Sophie se aclara la garganta, todavía con aspecto aturdido a pesar de la estúpida manzana en su mano.

—N-nosotros, uh… deberíamos…

—Sí —gruño—. Deberíamos volver al festival.

Capítulo Ocho

Sophia

Puede que de verdad tenga una conmoción cerebral. Es la única explicación.

Tengo la mente hecha un completo lío. El pulso se me ha desbocado como si quisiera atravesarme el pecho. ¿Y la boca? Me hormiguea, y mucho, gracias por preguntar.

Miro al frente, apenas consciente de las luces del festival, de la bulliciosa multitud o de los puestos del mercado cubiertos de nieve.

Solo lo veo a *él*.

Blake Maddox acaba de besarme.

No, la verdad es que me ha *devorado*. Me ha presionado contra una pared, me ha robado hasta el último pensamiento lógico de la cabeza y me ha dejado con un billete de ida a las olimpiadas del «¿pero qué coño acaba de pasar?».

Y a mí… no me ha disgustado.

Por eso hago lo único razonable que puede hacer una mujer en mi situación. Le doy un mordisco agresivo a mi manzana de caramelo. El azúcar ayuda con los mareos, ¿no?

Error.

El dulzor no consigue ahogar el regusto que me ha dejado. El calor, el áspero roce de su barba incipiente contra mi mandíbula, la forma en que él...

No. No, no, NO.

Tiro la manzana a la papelera más cercana y camino a toda prisa en dirección contraria como si huyera de la escena de un crimen. Blake me sigue de cerca y pronto el murmullo del festival vuelve a envolvernos: las luces parpadeantes, el olor a comida deliciosa, la nieve…

Las parejas deambulan entre los puestos, riendo, abrigadas con bufandas enormes, y en algún lugar a lo lejos, una banda de música de viento metal toca una melodía alegre y jazzística.

Mientras tanto, ¿Blake y yo?

Somos dos adultos perfectamente racionales que acaban de comerse la boca detrás de un puesto del festival, y a ninguno de los dos se nos ocurre ni una puñetera palabra que decir al respecto.

No pasa nada.

Todo va bien.

Abro la boca, sin tener ni idea de lo que voy a decir. ¿Una broma? ¿Algo informal del tipo *«Oye, lo del beso, ¿quieres hacer como que no ha pasado»*?

Antes de que pueda decidirme, un grito fuerte resuena entre el gentío.

—¡Maddox! ¡Maddox! ¡Tenemos un problema!

Levanto la cabeza de golpe justo a tiempo para ver a Ryder y Logan corriendo hacia nosotros, ambos sin aliento.

Blake se tensa a mi lado, saliendo de cualquier espiral melancólica posmorreo en la que estuviera sumido.

—¿Qué demonios pasa? —pregunta Blake.

Ryder hace una mueca. —Eh… es un poco difícil de explicar.

Logan se cruza de brazos. —Digamos que los niños se han tomado algunas *libertades creativas* con las reglas de la guerra de bolas de nieve, y ahora hay… —hace un gesto vago—. Un levantamiento.

Parpadeo. —¿Un *levantamiento*?

Ryder suspira, frotándose las sienes. —A ver, *no pasa nada*, probablemente. Solo que… quizá quieras encargarte antes de que se involucren los bomberos.

Blake maldice en voz baja, pasándose una mano por la cara como si ya se arrepintiera del infierno que le espera. —Estos putos críos,

te lo juro.

Entonces, por fin, *por fin,* me mira.

Su mirada se encuentra con la mía, indescifrable, como si quisiera decir algo, pero no supiera por dónde empezar.

Se me revuelve el estómago.

Aprieta la mandíbula. Flexiona los dedos.

Y entonces, como una especie de figura paterna jugadora de hockey, me da una palmadita en el puto hombro.

—No te metas en líos.

Mi cerebro hace cortocircuito. Juro por Dios que el alma se me sale del cuerpo mientras me da la espalda y desaparece entre la multitud, caminando a grandes zancadas junto a sus compañeros de equipo de vuelta hacia la pista de hockey.

Ehhh… *¡¿qué?!*

¡¿Qué soy, una de sus malditas crías?!

Claro, besémonos como si el mundo se acabara, como si fuéramos a despedazarnos, como si fuéramos animales salvajes en celo, ¿y luego qué?

¿Una palmadita en el hombro y a otra cosa?

¡¿Me estás tomando el pelo, Maddox?!

Paso pisando fuerte junto a una hilera de puestos del festival relucientes, echando humo, con el cerebro hecho un lío.

Debería escribir un correo. Un correo electrónico muy duro.

Uno con viñetas. Quizá una presentación de PowerPoint entera sobre la estúpida palmadita en el hombro de Blake Maddox y por qué es un crimen contra la humanidad.

Estoy a mitad de mi diatriba interna cuando un olor extraño, a humedad, me llega a la nariz. ¿Eso es… heno?

Antes de que pueda procesarlo, algo pequeño y rápido choca contra mi espinilla. Suelto un gritito y casi tropiezo con… *¡¿una cría de cabra?!* El pequeño diablillo me mira, masticando con aire satisfecho el cordón de mi abrigo mientras intento arrancárselo de sus malditos dientes.

Antes de que pueda discutir con el ganado, una voz grita: —¡Sophia! ¡Oye!

Natalie está apoyada en la valla de un puesto del zoo de contacto, riéndose despreocupadamente mientras una segunda cría de cabra intenta comerse su bufanda.

¿Podría este día volverse más raro? ¿Qué demonios está pasando?

Voy a abrir la boca, pero antes de que salgan las palabras, otra mujer aparece a su lado. Sostiene un conejo gris y peludo y me mira como si me acabara de pillar saliendo a hurtadillas de la habitación de hotel de un desconocido a las tres de la mañana.

—Esta es Mia, es una de nuestras auxiliares de veterinaria locales, y este es su puesto —dice Natalie, quitándole la bufanda a la decidida cabra—. Y tú pareces haber visto un fantasma. Un fantasma muy alto y jugador de hockey, ¿me atrevería a adivinar?

Los ojos de Mia brillan con diversión mientras acomoda al conejo en sus brazos. —Ahhh, ¿esta es la ejecutiva de marketing? La que Blake ha estado…

—Ni se te ocurra —levanto una mano, pero mis mejillas me traicionan al arder.

—Tiene razón… ¿Por qué *parece* que acabas de liarte con un jugador de la NHL detrás de un puesto de granizados? —la sonrisa de Natalie se ensancha.

—Yo… eso no es… —me aliso el pelo, lo que probablemente me delata aún más—. Ha habido una guerra de bolas de nieve.

Mia carraspea, examinándome como a uno de sus especímenes felinos bajo un microscopio. —Pelo alborotado. Labios hinchados. La ligera expresión de aturdimiento, de «*dónde estoy*». Ajá. Clásico síndrome posmorreo.

—ME HAN DADO CON UNA BOLA DE NIEVE —suelto de sopetón ante la cara de asombro de lo que solo puedo describir como una desconocida a la que no había visto en mi vida.

Un vendedor del festival que pasaba por allí se detiene literalmente a mitad de camino, mirándome de reojo antes de seguir su camino. La cría de cabra también parece escéptica.

—Ajá —Mia intercambia una mirada con Natalie—. ¿Así es como lo llamáis los jóvenes ahora?

Natalie le da a la cabra un trozo de heno fresco, todavía sonriendo como si hubiera ganado algo. —Está claro que nos necesitas más de

lo que creíamos. Tú, yo, Mia y un montón de cócteles. ¿Noche de chicas en el Summit Café pronto?

—Normalmente no… —dejo la frase a medias, distraída por un movimiento al otro lado del paseo. Un destello de hombros anchos y rasgos rudos.

—¿Estás diciendo que no? —Mia entrecierra los ojos.

Parpadeo distraídamente. —Yo… solo quería decir…

Natalie jadea, llevándose la mano al pecho. —Mia. Nos está rechazando.

Mia asiente solemnemente. —Trágico. Primero Blake, ahora nosotras.

—Ay, Dios mío —gimo, frotándome las sienes—. ¡Vale! ¡Sí! Noche de chicas. ¿Contentas?

Natalie sonríe, victoriosa. —Extasiadas.

Mia sonríe. —No te preocupes. Te corromperemos como es debido.

Asiento, apenas procesando a qué estoy accediendo mientras veo a Eli Thompson al otro lado del paseo.

—Eh. Tengo que irme —suelto, ya retrocediendo—. Hablamos pronto y Natalie, gracias por enseñarme la ciudad… *¡Mia, deja de sonreírme así!*

Mia sonríe como el Gato de Cheshire. —No prometo nada.

Gimo y pongo los ojos en blanco, girando sobre mis talones y dirigiéndome directamente hacia el hombre que tiene todas las respuestas que necesito ahora mismo. Está claro que Eli *conoce* a Blake. Y si mi madre me enseñó algo, es que cuando tienes un problema, vas directamente a la cima.

¿Y quién es el mayor héroe que han tenido los Icehawks? ¿Quién entiende al equipo mejor que nadie?

—¡Eli! —le sonrío alegremente mientras está de pie cerca de un puesto de madera de cata de whisky.

Por lo que he oído estas dos últimas semanas, este hombre es una leyenda de los Icehawks. Un *enforcer* retirado con una cara tallada en piedra y una presencia que hace que la gente se calle y escuche. Es el tipo de hombre que sabe todo lo que pasa en este pueblo… probablemente incluso antes de que suceda.

Se da la vuelta, con los ojos agudos bajo unas cejas curtidas, y una pequeña sonrisa tira de su boca como si ya supiera exactamente por qué estoy aquí.

—Siento no haber podido hablar con usted antes como es debido. Me… arrastraron.

Resopla una breve carcajada. —Sí, lo vi. Menuda guerra de bolas de nieve la de este año.

Ignoro la forma en que se me encoge el estómago al pensar en lo que *vio.*

Concéntrate, Sophia.

—Estaba pensando… —empiezo con cuidado, observando su rostro —. Antes ha dicho algo sobre que el programa juvenil significaba algo para Blake. ¿A qué se refería?

Eli no responde de inmediato.

En cambio, me estudia, con una expresión indescifrable pero sabia, como si estuviera decidiendo cuánto quiere decir.

Entonces simplemente se ríe entre dientes. Un sonido profundo y bajo que es más divertido que despectivo. No es una carcajada completa. Más bien como un hombre que recuerda algo privado. Algo importante.

Y eso solo aumenta mi curiosidad.

—Mire —insisto, cruzando los brazos sobre mi abrigo—. Si se supone que debo trabajar con este equipo, entonces debería entender qué es importante para ellos. ¿Por qué le importa tanto el programa juvenil?

Eli exhala lentamente, su aliento una suave neblina en el frío.

—Escuche, Sophia. Esa no es una historia que me corresponda contar a mí —dice simplemente.

Contengo un gemido. —¿En serio?

Su sonrisa se acentúa. —Si de verdad quiere entender a Maddox… —cambia su peso, mirando brevemente hacia la calle principal—. Pásese por el Ridgeview Tavern mañana por la noche. Estaré allí. Creo que podría ayudar a explicar algunas cosas.

Eli me dedica una última sonrisa de complicidad antes de volverse hacia el puesto de whisky, dando claramente por terminada la conversación.



El Ridgeview Tavern es más ruidoso de lo que esperaba.

No de una manera abrumadora, como un club de una gran ciudad, sino de una manera de risas profundas, choque de vasos y alguien gritando sobre el partido de la semana pasada.

Es el tipo de lugar que se siente *vivo*.

Una enorme chimenea de piedra domina una esquina, con las llamas danzando detrás de la rejilla. Las paredes exhiben décadas de historia del hockey: discos firmados, fotos antiguas, palos gastados montados como trofeos.

Una camiseta de los Icehawks cuelga en un lugar de honor sobre la barra, la firma sobre el número desvaída, pero todavía visible. La propia barra del bar está pulida, con grifos de cerveza artesanal local y botellas de whisky que parecen llevar allí más tiempo del que yo llevo viva.

Esto no es solo un bar.

Es historia. Es pertenencia. Es todo por lo que Iron Ridge vive y muere.

La taberna bulle de vida. Un grupo de clientes habituales se agolpa alrededor de una mesa, sus risas salpican el rock clásico que suena suavemente de fondo. Dos hombres mayores en la barra debaten lo que parecen antiguas estadísticas de los *play-offs*, mientras que una pareja más joven comparte unas alitas de aspecto delicioso en un reservado de la esquina bajo un periódico enmarcado que declara: «IRON RIDGE CONSIGUE LA NUEVA FRANQUICIA».

No se trata de un bar de deportes cualquiera con recuerdos pegados en las paredes. Cada foto cuenta una historia. Cada palo montado probablemente marcó un gol legendario. Los gastados suelos de madera han absorbido miles de celebraciones y condolencias.

Por primera vez desde que llegué a este pueblo, dudo.

Sé cómo entrar en salas de juntas. Sé cómo presentar ideas, captar la atención, vender una visión.

¿Pero esto?

Esto no es un negocio. Esto es personal.

Me quito los guantes y me los meto en los bolsillos del abrigo mientras recorro la sala con la mirada.

Veo a Eli detrás de la barra y algo hace clic. Este es *su* bar. Esa es su camiseta sobre la barra, y probablemente son sus discos de partidos ganados los que *él* ha firmado.

Le sonrío y él saca un vaso de la nada, agarrando una botella de whisky y señalando un taburete vacío. Cruzo la sala, serpenteando entre las mesas, esquivando a una camarera que hace equilibrios con una bandeja de cervezas rebosantes y me acomodo en el taburete justo en frente de la barra.

—Bienvenida a Ridgeview —dice Eli, colocando el vaso bajo frente a mí con un suave golpe—. La esperaba, Sra. Hart.

Doy un sorbo al whisky: suave, intenso, con un toque de vainilla. No es el material de consumo masivo al que estoy acostumbrada en los bares de empresa.

—¿Cómo sabía que vendría? —pregunto.

Las comisuras de los ojos de Eli se arrugan. —Porque desde donde estoy, veo que es lo suficientemente inteligente como para saber que este equipo es algo más que estadísticas y métricas de redes sociales.

Saca un álbum de fotos desgastado de debajo de la barra, con el cuero agrietado por la edad, los bordes gastados como si lo hubieran hojeado mil veces.

Desde algún lugar de la barra, una voz ronca gime: —Oh, Dios, ya ha vuelto a sacar el maldito álbum de fotos.

Otra voz interviene, igualmente exasperada. —Que alguien le corte el grifo antes de que empiece a contar la historia de «cuando me rompí la nariz en los *play-offs* y aun así marqué el gol de la victoria».

Eli ni siquiera levanta la vista mientras abre el álbum. —Si a vosotros, viejos cabrones, no os gustan mis historias, ya podéis iros a la cafetería a tomar un vaso de leche caliente y a echar una siesta.

Una ronda de risas entre dientes recorre la barra.

Me esfuerzo por no sonreír mientras Eli pasa la primera página.

—¿Ve esto? —señala una foto en blanco y negro de unos hombres quitando nieve de lo que parece un estanque helado—. Ahí es donde empezaron los Icehawks. Sin un estadio de lujo. Sin palcos corporativos. Solo gente que amaba el juego lo suficiente como para quitar nieve con una pala a las cinco de la mañana para que sus hijos pudieran jugar.

Bebo mi whisky mientras las páginas pasan ante mis ojos, cada una revelando otro trozo de historia. Jugadores con uniformes antiguos. Celebraciones de *play-offs*. Eventos comunitarios.

—Este pueblo se estaba muriendo entonces —continúa Eli, limpiando un vaso—. La acería cerró. Las tiendas echaban el cierre. ¿Pero el hockey? El hockey le dio a la gente algo en torno a lo que unirse. Algo en lo que creer.

Un vitoreo estalla desde la mesa de la esquina: alguien está contando una historia sobre un legendario gol de la victoria.

—¿Ese programa juvenil que tanto le interesa? ¿El que Blake cree que intenta arruinar? —la voz de Eli se vuelve más baja—. No se trata de crear contenido para la galería, Sra. Hart. Para algunos de estos chicos, es lo único estable que tienen. El único lugar al que pertenecen.

Pienso en la pista de entrenamiento, en Blake enseñando a ese niño pequeño a frenar correctamente. En el orgullo en los ojos del niño cuando por fin lo consiguió. En el partido del festival de invierno de ayer.

—Los Icehawks no son solo un equipo de hockey —dice Eli, rellenando mi vaso—. Son el corazón de Iron Ridge. Siempre lo han sido.

Vuelvo a mirar la taberna, viéndola con otros ojos. Cada foto, cada palo montado, cada camiseta… no son adornos. Son pedazos de la vida de la gente. Sus esperanzas. Sus sueños. Su identidad.

De repente, mi estrategia de marketing me parece vacía, superficial.

He estado planeando intentar vender un producto cuando esto nunca ha tratado de productos en absoluto.

Paso el dedo por el borde de mi vaso de whisky, reuniendo valor. —No me malinterprete… esta lección de historia es fascinante, Eli. De verdad que lo es. Pero ¿qué tiene que ver con Blake? ¿Por qué lucha con tanta fuerza para que no cuente las historias de estos niños?

Los ojos azul hielo de Eli se clavan en los míos, y por un momento, veo un destello de ese legendario *enforcer* que solía proteger a sus compañeros en el hielo. —Como ya le he dicho, esa no es una historia que me corresponda contar a mí, Sra. Hart. Pero sí le diré esto: algunos de nosotros entendemos ese programa mejor que otros porque lo hemos *vivido*. Por eso necesitaba ver esto, para ver más allá de la oficina con paredes de cristal en la que ha estado viviendo.

Pasa otra página del álbum, y alcanzo a ver a un Eli mucho más joven, arrodillado junto a lo que parece un adolescente con un familiar pelo rubio ceniza. La foto está gastada, arrugada, como si la hubieran manoseado innumerables veces.

Estoy segura de que es un… *¿Blake?* más joven.

Antes de que pueda verlo mejor, Eli cierra el álbum con un chasquido decidido. —A veces, las mejores historias son las que no se cuentan. Al menos hasta que llega la persona adecuada para contarlas. Si de verdad quiere cambiar el programa juvenil, Sra. Hart, hágalo bajo la dirección de Blake Maddox. Si lo hace a sus espaldas, puede que nunca se lo perdone.

Doy otro sorbo de whisky, dejando que el calor se extienda por mi pecho mientras la comprensión empieza a aflorar.

Blake no solo está protegiendo a esos niños del mundo exterior, está protegiendo algo mucho más personal.

La pregunta es: ¿qué demonios voy a hacer con la junta ya respirándome en la nuca?

Capítulo Nueve

Blake

Estoy perdiendo la cabeza. Oficialmente.

Han pasado dos días. Cuarenta y ocho horas. Dos rotaciones completas de la puñetera Tierra desde que besé a Sophia Hart, y todavía la siento.

Eso es un problema.

Pongo mi orgullo y mi tesoro, el precioso Range Rover Sport, en marcha, agarrando el volante como si estuviera a punto de estamparlo contra las vallas. El rugido del motor vibra bajo mis palmas, pero mi pulso es un puto desastre.

No he dormido en dos noches, no he comido nada que sepa a comida de verdad, y ¿la poca cordura que me quedaba? Estoy bastante seguro de que abandonó mi alma en el instante en que los labios de Sophia se separaron de los míos.

Todo es culpa suya.

La forma en que se derritió contra mí antes de apartarse, empujando mi pecho y dejándome colgado.

Frunzo el ceño ante mi reflejo en el retrovisor. —Saca la cabeza del culo, Maddox. Tienes partido mañana.

Dieciocho mil aficionados abarrotarán The Nest mañana por la noche, esperando que su capitán dé la talla después de nuestra vergonzosa derrota fuera de casa.

El último partido… Estuve distraído. Fuera de ritmo. Todo el equipo lo notó. Cuando la cabeza de tu capitán no está en el partido, se propaga por la alineación como una grieta en el hielo.

No puedo permitirme volver a estar así mañana.

El todoterreno se desliza por el pueblo, los neumáticos crujiendo sobre las carreteras cubiertas de nieve mientras Iron Ridge se despierta a mi alrededor. Es temprano, las farolas todavía parpadean, pero eso no detiene a los chavales del programa juvenil, que ya están en el estanque helado cerca del estadio, abrigados con chaquetones y equipo de hockey, dándole al disco antes de ir al colegio.

Jackson Maze lanza un *slapshot*, su postura sólida a pesar de que sus patines le quedan por lo menos una talla grande. Mikey Harris, el más pequeño del grupo, se lanza delante sin dudarlo, con las manos engullidas por los guantes, el palo un poco corto, un poco gastado.

Pero no le importa.

A ninguno de ellos.

Porque aquí fuera, en este hielo, no son solo niños de hogares rotos o familias con dificultades. Son jugadores de hockey.

Mi pie se alivia del acelerador. El olor a rollos de canela recién hechos llega desde el Summit Café a la vuelta de la esquina, y llamo a los chicos.

—Buenos días, chicos.

Todos se giran, sonriendo como si acabara de caminar sobre las aguas.

—¡Es el capitán Maddox! —un chaval saca pecho, golpeando el hielo con el palo—. ¿Has visto ese tiro?

Apoyo el codo en el marco de la ventanilla, impasible. —No está mal. Pero lo pararía con el guante fácilmente.

Conmoción. Pura conmoción e indignación.

—¡Mentira!

—¡Ni de coña!

—¡Sal aquí y demuéstralo!

Sonrío con suficiencia, y es agradable tener algo que no sea el pensamiento de *sus* labios dando vueltas por mi mente.

Estos críos. *Ellos* son la razón por la que lucho por este programa. La razón por la que no dejo que los ejecutivos y sus faldas de tubo ajustadas y afiladas intenten convertirlo en un truco de relaciones públicas.

Por muy devastadores que sean sus ojos avellana y su boca.

—Quizá la próxima vez, chicos —les digo, poniendo el todoterreno de nuevo en marcha—. ¡Nos vemos en el entrenamiento después del cole. Sed buenos!

Mientras me alejo, mis ojos se clavan en el Estadio Icehawk, que se alza contra el cielo matutino. Mi hogar. Mi santuario.

Sophia Hart me está volviendo loco, y si no me la quito de la cabeza antes del partido de mañana, estoy jodido.

—Hora de volver al trabajo —murmuro, entrando en mi plaza de aparcamiento reservada.

Apago el motor, exhalando lentamente por la nariz. El frío me muerde en cuanto abro la puerta, pero apenas registro su agudeza. Estoy demasiado metido en mi cabeza.

Me echo la bolsa al hombro y entro, saludando a algunos empleados de las instalaciones mientras recorro los pasillos. Todo es rutinario. Familiar. Automático. Pero sé, *joder*, sé que en cuanto la vea, todo el infierno se desatará de nuevo en mi cabeza.

Necesito cafeína. Y quizá un puto milagro para superar el día de hoy.

La Sala de Jugadores está vacía cuando entro, y el cálido aroma a café, huevos y algo dulzón con sirope de arce me golpea de inmediato. El lugar está decorado como un hotel de cinco estrellas porque, bueno, lo *es*. Especialmente antes de un día de partido.

Una enorme pantalla plana está encendida y emitiendo *SportsCenter*. Los resultados de anoche aparecen en la parte inferior de la pantalla: Washington consiguió otra victoria, los Rangers lo lograron por los pelos en la prórroga, Boston desperdició una ventaja de tres goles y la cagó.

Satisfecho con esos resultados, voy directo a por la comida, lanzando mi bolsa en una de las sillas. Puede que los Icehawks se dejen la piel en el hielo, pero fuera de él vivimos como reyes.

Una barra de chef está dispuesta con tortitas proteicas calientes, huevos y una selección de bollería recién hecha traída directamente del Summit Café. Cojo un sándwich de desayuno con beicon y sirope de arce, mi favorito.

Todavía está muy caliente, metido entre un bagel tierno y dorado.

Luego, un café solo del tamaño de mi cabeza. Combustible para el día.

O, más importante, combustible para evitar que le pegue un puñetazo a la pared, porque la última vez que estuve en este mismo lugar, la tenía a *ella* en mis brazos.

Me quedo helado, mi agarre se tensa alrededor de la taza de café. *Mierda.* No puedo ir a ningún lado sin constantes y tormentosos recordatorios de ella.

Es tan estúpido, pero de repente puedo *verlo* de nuevo. La forma en que encajaba contra mí, la seda de su impresionante vestido esmeralda rozando mis manos, la inclinación de su barbilla cuando dejé que la guiara por la pista.

Esa noche fue el comienzo de este lío. El momento en que la irritación se convirtió en algo que no sé cómo cojones manejar.

—Joder, tío. ¿Quién te ha meado en el batido de proteínas?

Connor. Por supuesto que llegan todos ahora.

Abro un ojo para verlo entrar, lanzando su bolsa de deporte al sofá antes de coger un plato. Logan está justo detrás de él, cogiendo un plátano de la barra y entornando los ojos hacia mí como si ya sospechara algo.

—Parece que te ha atropellado un camión —observa. Una pausa. Una sonrisita—. O… —se apoya en la barra, sonriendo como el cabrón engreído que es.

Gruño, dándole un bocado salvaje a mi sándwich. —Que te jodan. No empieces.

Ryder entra a continuación, tenedor en mano, ya a medio comer un plato de huevos porque el chaval es un triturador de basura humano. Mastica, despacio, con las cejas arqueadas.

—La besaste, ¿verdad?

Frunzo el ceño. —No.

Los críos de la pista exterior al estadio aparecen ante mis ojos. *«¡Mentira!».*

Logan resopla, pelando su plátano. —Colega. Se te ve en la cara.

Lo fulmino con la mirada, pero es demasiado tarde. Han olido sangre.

No les doy la satisfacción de entrar en su estúpido juego. En su lugar, me meto el último trozo de sándwich en la boca y me aparto de la barra, cogiendo mi bolsa del sofá como si la conversación hubiera terminado.

No ha terminado.

Sus risas me siguen fuera de la sala, y para cuando llego al gimnasio, ya estoy a un comentario equivocado de explotar.

Por suerte, el gimnasio está vacío, a excepción del constante *plac, plac, plac* de mis puños golpeando el saco pesado después de cambiarme rápidamente.

Una vez que empiezo, no paro. No puedo parar.

Me duelen los nudillos. El sudor me corre por la espalda, empapando la cinturilla de mis pantalones cortos. El *golpe* rítmico del impacto resuena a mi alrededor, pero no hace nada para acallar el caos en mi cabeza.

Más fuerte.

Golpeo de nuevo, ignorando el agudo escozor en mis nudillos.

Más fuerte.

Más fuerte.

—Vale, tranquilo, Mike Tyson. Ese saco no ha insultado a tu madre.

Me doy la vuelta bruscamente, con el pecho agitado y el sudor corriendo por mi cuerpo. Connor está a unos metros de distancia, con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia dibujándose en su rostro.

—Lárgate. —Cojo mi botella de agua, le quito el tapón y bebo un largo trago.

—No puedo —dice arrastrando las palabras, acercándose—. Es demasiado fascinante verte *aniquilar* esa cosa. —Ladea la cabeza, estudiándome como si estuviera uniendo las piezas—. Así que. ¿Quién te tiene tan alterado?

Exhalo bruscamente, rotando los hombros. —No es nada.

Connor suelta un silbido bajo. —Uf. Vaya evasiva más dura, tío.

—Joder, déjalo ya.

Sonríe, apoyándose en el soporte de las pesas. —Nop.

Le lanzo mi mejor mirada de «te voy a matar», que ahora mismo tiene todo el poder intimidatorio de un gatito enfadado.

Connor da una palmada. —Vale, analicémoslo. Estás más tenso que la cuerda de un violín. No le has dicho más de dos palabras a nadie desde ayer. Acabas de intentar *asesinar* un saco de boxeo. Eso significa una de tres cosas: una, perdiste un montón de pasta apostando por Boston anoche…

Le lanzo una mirada asesina.

—Vale, descarta esa. —Enumera con los dedos—. Dos, recibiste una mala noticia de verdad, en plan de las que te arruinan la vida.

Silencio.

Su sonrisa se ensancha. —O tres… esto es por una mujer.

Mi mandíbula se tensa.

Connor chasquea los dedos, sonriendo. —Ohhh, mierda, *es* por una mujer.

Maldigo en voz baja, lanzando mi botella de agua al banco.

Connor se ríe. —Tío, me *encanta* tener razón.

Frunzo el ceño y me seco el sudor de la cara con una toalla limpia. —¿Vas a callarte pronto?

Connor niega con la cabeza, todavía sonriendo. —Nop, creo que voy a disfrutar esto un minuto.

Le lanzo una mirada, pero él se limita a observarme, con esa sonrisita todavía presente, pero con algo más afilado detrás de ella ahora.

Entonces, para mi sorpresa, su tono cambia.

—Mira —se encoge de hombros, cruzando los brazos—. Si te está jodiendo tanto la cabeza, tienes dos opciones: afrontarlo o mandarlo todo a la mierda.

Parpadeo. ¿Connor Walsh, dando consejos?

En serio. ¿Quién ha echado algo en el agua? Porque este pueblo se ha vuelto completamente loco últimamente.

Continúa antes de que pueda responder. —Pero si estás golpeando cosas y contestando mal a la gente en lugar de dormir, entonces ya sabes cuál de las dos *no* quieres hacer.

Niego con la cabeza. —¿Desde cuándo das consejos de galleta de la fortuna?

Connor solo sonríe con suficiencia. —Desde que he estado exactamente en tus zapatos. La diferencia es que yo dejé que mi mierda se pudriera e hice un desastre. Si pudiera volver atrás… —Exhala bruscamente, rotando los hombros—. Haría las cosas de otra manera.

Siento una opresión en el pecho, pero reprimo la sensación, tragando saliva.

Connor coge un rollo de esparadrapo del banco. —En fin, ¿qué sabré yo? Solo soy un portero con demasiado tiempo libre. Pero si sigues así de cabreado cuando acabe el entrenamiento, quizá sea hora de que dejes de mentirte a ti mismo y hagas algo al respecto.

No respondo.

Porque *no* tengo una respuesta.

En su lugar, cojo mi toalla y me la echo al hombro. —¿Hemos terminado con esta sesión de terapia? El entrenador Brady nos está esperando.

Nos dirigimos a la puerta, pero quince minutos después, mientras nos deslizamos por el hielo, las palabras de Connor todavía resuenan en mi mente. *Afróntalo o manda todo a la mierda.*

Capítulo Diez

Sophia

No me estoy escondiendo.

Estoy *gestionando estratégicamente mi carga de trabajo* desde los seguros y cerrados confines de mi despacho.

Hay una diferencia.

Si me estuviera *escondiendo*, no tendría el portátil abierto, las hojas de cálculo cuidadosamente codificadas por colores, un cuaderno nuevo lleno de las últimas iniciativas de relaciones públicas y un informe muy importante sobre la participación de la comunidad que, definitivamente, estoy leyendo y no solo subrayando con agresividad para distraerme.

Le doy un sorbo a mi latte: chorrito extra de caramelo, espuma extra, de todo extra. Ya está tibio, pero esa no es la cuestión. La cuestión es que estoy *bien*. Soy profesional. Estoy *concentrada*.

Como diría Ross Gellar de *Friends*, estoy *bien*.

El móvil me vibra.

Mamá: *¿Y qué si todavía no has dejado tu huella? Eso solo significa que aún no han visto lo que de verdad puedes hacer.*

Frunzo el ceño y dejo caer el móvil boca abajo sobre el escritorio.

Para ella es fácil decirlo. Mi madre es una leyenda. Una mujer capaz de negociar un contrato de cien millones de dólares antes de su primera taza de café por la mañana.

Es del tipo de mujer que se hace dueña de cada habitación en la que entra, y durante la última semana, me he estado desahogando con ella sobre la oposición de la junta, la resistencia, la forma en que este equipo funciona como una jodida fortaleza con Blake Maddox montando guardia.

¿Lo que *no* he mencionado?

Que dejé que el capitán del equipo me empujara contra una pared y me besara como si estuviera intentando reescribir mi ADN.

Sí. Ese pequeño detalle todavía no ha salido a relucir en nuestras charlas de madre e hija sobre la carrera profesional.

Giro la silla hacia la ventana y mi mirada se desvía automáticamente hacia la plaza del pueblo.

Y ahí está.

El lugar exacto donde mi cerebro hizo cortocircuito, mi dignidad se desmoronó y Blake me destrozó con la boca.

El festival ya no está: ni luces centelleantes, ni remolinos de nieve, ni una alegre banda de música tocando melodías festivas para distraerme. Solo el camino de adoquines desnudo y la *muy normal, muy inocente* caseta de madera donde perdí el control sobre la realidad.

Entonces, como si el mismísimo universo se hubiera confabulado para atormentarme, la puerta de mi despacho se abre de golpe sin un solo toque.

—Vale, esto empieza a ser triste.

Genial. Natalie.

—Ahora no. Estoy ocupada.

Entra como si fuera la dueña del lugar, cierra la puerta tras de sí y se deja caer dramáticamente en la silla frente a mi escritorio. Sus agudos ojos verdes recorren mi impoluto espacio de trabajo.

Su sonrisa se ensancha aún más.

—Oh, claro que vamos a hablar de esto *ahora* —me dice, con la voz demasiado divertida.

Se inclina hacia delante y me quita el subrayador de la mano como si fuera una niña a la que no se le pueden confiar los rotuladores.

—Han pasado días y te estás escondiendo aquí como un cangrejo ermitaño.

—Estoy trabajando.

Natalie enarca una ceja. —Cariño, estás coordinando los colores de unas hojas de cálculo.

Le arrebato el subrayador. —Se llama organización.

Echa un vistazo a la pestaña abierta en mi pantalla. —Y este nuevo sistema tuyo… *¿Hacer un seguimiento de la interacción social de los Icehawks según los emojis que usan los fans en la sección de comentarios?*

Dudo. —…Son datos importantes.

Natalie se cruza de brazos. —Claro. Y no tiene absolutamente nada que ver con evitar a cierta amenaza de un metro noventa y tres que juega al hockey y te besó hasta dejarte tonta en el festival, ¿verdad?

Me tenso. —Literalmente, no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Natalie resopla. Luego, como es lo peor, se estira sobre el escritorio, coge una de mis trufas de chocolate negro y se la mete en la boca como si no acabara de atacarme personalmente.

¡Eh!

—Mmmm… este chocolate está bueno —dice, masticando pensativamente—. Has estado comiéndotelos a solas por el estrés, ¿a que sí?

—Yo… *No*.

Coge otro. —Mentirosa.

La fulmino con la mirada. —Me costaron veinte dólares.

—Y respeto tus mecanismos de defensa, pero tenemos que hablar de esto. Y si vas a darte un atracón, te recomiendo los éclairs de Clara de Summit.

—No hay nada de lo que hablar. Y *la verdad* es que suenan increíbles.

—Oh, lo son. Ligeros, esponjosos, rellenos con la cantidad justa de crema. Como comerse un abrazo en forma de postre.

Me quejo. —Para ya.

Natalie me clava una mirada repentinamente seria. —Sophia. Llevas días encerrada aquí. No has bajado a la pista, no has dicho ni una palabra sobre tu *momento-que-no-fue-nada* con Blake en el

festival, y ahora te estás bebiendo un latte de siete dólares como si contuviera las respuestas a tus crisis personales.

Aprieto la taza con más fuerza. —Podría ser.

Suspira, exasperada, y se recuesta en la silla, estudiándome como si fuera un rompecabezas especialmente difícil.

—Te *gusta*.

Me atraganto con el sorbo de café. —¿Yo…? ¿Qué? No. En absoluto.

Natalie se limita a sonreír. —Ay, tía. Esto es *mucho* peor de lo que pensaba.

Antes de que pueda protestar, la puerta vuelve a abrirse de golpe.

Big Mike.

Y Greg.

Y ambos parecen demasiado satisfechos consigo mismos.

Greg da una palmada. —Genial. Está aquí. Coja el abrigo.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

Big Mike sonríe. —La necesitamos junto a la pista.

Natalie, que de repente está bebiendo de *mi* puto latte, sonríe por encima del borde. —Oh, esto va a estar bien. ¡Nos vemos!

Greg y Big Mike me guían directamente hacia la pista, moviéndose demasiado bien para ser dos hombres gigantes con traje.

Greg me sonríe mientras nos acercamos a las vallas. El equipo ya está en el hielo, y puedo oír al entrenador Brody ladrando instrucciones.

—Hemos tenido una idea divertida —dice Greg, con su voz de ejecutivo demasiado alegre.

Big Mike asiente con entusiasmo. —Sí. La liga nos está presionando otra vez para que mejoremos nuestra presencia en internet. No estamos dando la talla en este momento. Y ese es su trabajo, ¿verdad? ¿Para eso la contraté?

Clavo los talones en el suelo, lanzándoles a ambos una mirada muy escéptica. —Eh, sí, supongo. Pero quizá uno de ustedes debería definir «divertida» antes de que me comprometa a lo que sea que sea esto.

Pero Big Mike, que ya está llamando a alguien al otro lado del hielo mientras llegamos a las vallas, no espera a que yo acepte

nada.

—¡Maddox! Ven aquí. Te necesitamos.

Me quedo helada. *Oh, no.*

Desde el otro lado de la pista, Blake patina hacia nosotros, lento y tranquilo, su zancada potente y sin esfuerzo. Dios me ayude. Ha sido imposible quitármelo de la cabeza y ahora, después de *días* de evitarlo, ahí está.

Ancho de hombros. Seguro de sí mismo. Con una arrogancia pecaminosa.

El corte de su camiseta se estira sobre sus hombros, la tela se aferra a los músculos de una manera que es verdadera, objetivamente, injusta. Su aroma masculino, una mezcla de hielo fresco y puro calor viril, me llega incluso desde aquí, haciendo que mi pulso se acelere traicioneramente.

No sé qué esperaba al ser arrastrada hasta aquí, pero desde luego no era *esto*.

Esto debería ser ilegal.

La mirada de Blake encuentra la mía, y por una fracción de segundo, algo parpadea tras esos ojos grises como la tormenta.

Es rápido, apenas perceptible. Pero lo *veo*.

Sorpresa.

Luego algo más agudo.

¿Cabreado? ¿Molesto? ¿En conflicto? No sé distinguirlo.

Lo único que sé es que el peso de su mirada me inmoviliza en el sitio, presionando mi piel como un tacto del que no puedo escapar.

Entonces, tan rápido como apareció, la vacilación se desvanece, sepultada bajo esa sonrisa exasperante y arrogante que le sienta demasiado bien.

—Buenos días, señores. —Su voz es suave, tranquila. Demasiado controlada. Asiente a Greg, luego a Big Mike, ignorándome por completo—. ¿Cuál es la gran idea?

Exhalo bruscamente y pongo los ojos en blanco.

Porque *claro.*

Puede que Blake Maddox se tambalee durante medio segundo. Pero sigue siendo el mismo capullo exasperante y demasiado

confiado que me besó hasta dejarme sin aliento y se marchó, sin darme nada más que una palmada en el hombro.

Gilipollas.

Big Mike sonríe a Blake, pero me da una palmada en la espalda a *mí*. —Vas a darle a la señorita Hart una clase de patinaje. Enséñale los trucos del oficio.

Me atraganto con mi propio y absoluto horror. —¡¿Va a hacer qué?!

Greg asiente, como si fuera algo completamente razonable de pedir. —Sí. Será genial para la interacción. Grabaremos algunas imágenes y podrá publicarlas más tarde, Hart. Mostrar una cara diferente del equipo, una verdadera *camaradería* entre bastidores.

Blake se cruza de brazos, odiosamente complacido con este repentino acontecimiento. —¿No sé, jefe? ¿Cree que podrá con ello?

Odio lo mucho que siento ese desafío justo entre mis costillas.

—¿Que si puedo con ello? ¿Qué, porque soy una chica?

Blake levanta las manos. —No he dicho eso.

—Es lo que querías decir.

—No es verdad.

—¡Argh! ¡Esto no puede estar pasando!

Big Mike apenas presta atención a mis *muy* razonables objeciones. Ya le está sonriendo a Blake, dándole una palmada en el hombro. —¿Y bien, Maddox? ¿Estás de acuerdo?

Blake, de repente odiosamente relajado, no duda. Ni *siquiera* finge considerarlo.

—Oh, estoy de acuerdo.

Ya está. Dimito.

Me mudo a otro país, empiezo una nueva vida en algún lugar muy, muy lejano donde el hockey no exista.

Blake hace un gesto hacia el hielo, el cabrón más engreído del mundo. —Después de usted, *cariño*.

Lo fulmino con la mirada mientras me quito las botas y me las cambio por un par de patines prestados porque, *por supuesto*, ya tenían unos esperándome. El metal frío muerde el suelo de goma mientras me los ato, cada tirón de los cordones es una sesión de desahogo agresiva y *asesina*.

Un jurado justificaría un asesinato ahora mismo. Estoy segura.

En el momento en que piso el hielo, me arrepiento de todo. Me arrepiento de haber solicitado este trabajo, de haberme mudado a este estúpido infierno obsesionado con el hockey. Me arrepiento de cada decisión que he tomado en mi vida y que me ha llevado a estar aquí, tambaleándome como un cervatillo recién nacido, mientras Blake-jodido-Maddox me agarra por la cintura como si fuera lo único que me impide acabar comiendo hielo.

—Mierda —gimoteo, sintiendo de repente las piernas temblorosas. Me agarro a los brazos de Blake, que, por desgracia para mí, son duros como una roca—. Resbala más de lo que parece.

Blake se ríe entre dientes. —Sí, eso suele pasar en el *hielo*.

Le lanzo una mirada asesina lo mejor que puedo sin caerme de culo. —Oh, ja, ja. Graciosísimo. Deberías dejar el hockey y hacer monólogos.

Su sonrisa condescendiente se acentúa. —¿Y perderme *esto*? Ni de coña.

El agarre de Blake se tensa en mi cintura, firme y seguro, sus dedos se flexionan ligeramente como si supiera exactamente cómo mantenerme erguida. Incluso cuando mis piernas se han convertido en auténticas traidoras bajo mi cuerpo.

—Tú relájate. Yo te sujeto.

No me atrevo a moverme.

Apenas *respiro*.

Porque, *por supuesto*, se le da bien esto.

Por supuesto que es el tipo de hombre que puede sostenerme como si no pesara nada, como si no le costara ningún esfuerzo mantenerme firme cuando mi mundo entero se desliza bajo mis pies.

Un rápido vistazo hacia las vallas confirma mi temor. Greg, con el móvil en la mano y una expresión demasiado satisfecha por todo esto, está grabando cada doloroso segundo.

Y luego está el resto del equipo. No son mucho mejores.

Se beben botellas de agua, se cruzan de brazos y prestan demasiada atención a la forma en que Blake me está sosteniendo en este momento.

Intento retroceder, crear algún tipo de espacio, pero Blake no se mueve.

—Mírame a mí, Hart. —Su voz es tranquila, pero firme—. No a ellos. Si te concentras en ellos, te caerás de culo.

Resoplo. —No es que me estés animando mucho ahora mismo. Espero que no entrenes a esos niños con ese tono.

Su sonrisa es exasperante. —Vale. ¿Quieres que te anime? Deja de resistirte. Le estás dando demasiadas vueltas.

—¡¿Darle demasiadas…? *Blake*!

Me suelta. ¡Me suelta, joder!

Siento una *punzada* en el estómago cuando la sólida calidez de las manos de Blake desaparece de mi cintura.

—Confía en mí, Sophia. Puedes hacerlo.

—Blake, no...

El pánico me atenaza la garganta, pero antes de que pueda agitar los brazos como una idiota, mis patines se deslizan —se *deslizan de verdad*— sobre el hielo, y el impulso me lleva hacia adelante con una facilidad sorprendente.

Se me escapa un chillido de sorpresa mientras me tambaleo, agitando los brazos. De alguna manera, no me caigo de bruces. Es un milagro.

Desde las vallas, algunos de los chicos lanzan silbidos y vítores exagerados.

—¡Así se hace, Hart! —grita Ryder, golpeando el cristal con su palo junto con el resto del equipo.

—Blake, te odio. ¡Te *odio*! —grito, con los patines todavía deslizándose por su cuenta.

Blake, patinando hacia atrás frente a mí, me sonríe directamente. —¿Ves? Te dije que podías hacerlo.

Mis patines me llevan hacia adelante más rápido de lo que estoy preparada, el impulso se apodera de mí y, *mierda*, no sé cómo parar.

—Blake —le advierto, agitando los brazos—. ¿Cómo…? ¡¿*Cómo paro*?!

—Dobla las rodillas —me instruye, patinando hacia atrás frente a mí, como si todo esto fuera un gran juego—. Desplaza el peso. Inclina el…

—¡Tarde… *demasiado tarde*!

El pánico me atenaza la garganta mientras las vallas se precipitan hacia mí, y hago lo único que mis traicioneros instintos de supervivencia me permiten: giro y me lanzo directamente contra él.

Choco contra el pecho de Blake, agarrándome a su camiseta en un intento desesperado por mantenerme en pie. Él suelta un gruñido bajo, sus brazos me rodean de golpe, su fuerte cuerpo absorbe el impacto mientras giramos, sus patines dibujando un arco afilado en el hielo.

Todo se ralentiza.

Por un horrible momento, suspendido en el tiempo, lo siento todo.

Sus brazos alrededor de mi cintura. Su cuerpo bajo el mío. El calor de su aliento, todavía un poco agitado, calentando mi oreja.

¿Y lo peor de todo? La forma en que sus manos se quedan quietas, firmes en mis caderas, como si no tuviera intención de soltarme nunca.

—¿Estás bien, cariño?

Su voz es grave. *Demasiado* grave.

Lo *siento* más de lo que lo oigo, su agarre me estabiliza, me mantiene erguida cuando mis piernas aún tiemblan bajo mi cuerpo.

Pero no puedo estar *agradecida*.

No cuando toda la plantilla de los Icehawks está mirando.

No cuando Logan ya está silbando desde el banquillo, Ryder le está dando un codazo a Connor como si esto fuera lo mejor que ha visto en su vida, y Greg… oh, Dios, *Greg* todavía está grabando esto.

La mortificación me inunda. Reacciono de forma exagerada al instante.

—¡Esto es culpa *tuya*! —suelto, empujando su pecho.

Blake parpadea. —¿Culpa mía? ¿Q-?

—¡Me has soltado! ¿Quién suelta a una patinadora principiante? Eso es… —Señalo frenéticamente el hielo, donde mi dignidad se está *derritiendo sobre la superficie*—. ¡Eso es negligencia como entrenador!

Sus labios se crispan. *El gilipollas está intentando no reírse.*

Vuelvo a empujarlo, desenredándome, todavía sin aliento, todavía ardiendo, pero necesito salir de aquí como sea.

La voz de Blake me sigue mientras salgo furiosa del hielo, cojeando como una niña pequeña mientras las risas se extienden por los lados de la pista.

—Cariño, si no te conociera… —Su tono es divertido, burlón, pero algo más se esconde bajo él. Algo más oscuro. Algo que hace que mi pulso se dispare.

—…pensaría que solo querías que te cogiera.

Me giro bruscamente para fulminarlo con la mirada.

Pero lo único peor que Blake Maddox cogiéndome en el hielo…

Es el hecho de que puede que no se equivoque.

Capítulo Once

Blake

No la estoy acosando. Eso sería inquietante.

Y yo no soy un jodido pervertido.

Solo estoy aquí sentado en mi camioneta, aparcado fuera de su piso, mirando el resplandor de su ventana como un completo puto lunático.

Me paso una mano por el pelo y suelto el aire con la fuerza suficiente para empañar el parabrisas.

Debería irme a casa. Debería estar en la cama, preparando el cuerpo para el partido de mañana. Debería estar concentrado en el libro de jugadas, en mis cambios de línea, y *no* en el hecho de que Sophia Hart está ahora mismo al otro lado de esa ventana, probablemente maldiciendo mi nombre por cómo me he comportado hoy.

En vez de eso, sigo aquí sentado. Sigo pensando en ella. Sigo rememorando cómo se cayó sobre el hielo, de culo, justo delante de los chicos.

Mierda.

De verdad que soy un gilipollas.

Me lo ha estado diciendo todo este tiempo, pero, como siempre, no la he escuchado.

La solté. Dejé que se cayera y, cuando se levantó a toda prisa, sacudiéndose el hielo del culo y lanzándome una puta *mirada fulminante*, yo… me reí.

Como un capullo.

En mi defensa, no fue a propósito. Simplemente *pasó*. Un reflejo. Una reacción instintiva al verla toda azorada, sonrojada y cabreada.

Quiero decir, eso es lo que hacemos, ¿no?

Nos peleamos. Discutimos. Reñimos.

Joder. Empieza a sonar como si fuéramos un puto matrimonio.

A pesar de todo, aquí estoy. A punto de hacer algo que no he hecho nunca.

Echo los hombros hacia atrás, con la mandíbula tensa y el pulso hecho un desastre irregular de frustración y… joder, ni siquiera lo sé.

Pedir perdón no es lo mío.

No porque crea que siempre tengo razón; no es así. Pero es que no la cago de esta manera. Ya no, al menos. Ya tuve mi ración de niño, cuando vagaba por las calles en lugar de estar en casa preparándole la cena a mamá.

Hoy en día, no suele importarme lo suficiente como para tener que arreglar las cosas.

¿Pero Sophia?

Uf. Por alguna puta razón, la idea de que siga enfadada conmigo me revuelve las tripas.

Me froto la cara con la mano, rascándome un poco la piel para sentir algo que no sea pavor.

Llama ya, Maddox. Acaba con esto de una vez.

Antes de que me lo pueda pensar mejor, salgo de mi Rover y el viento, de esos que te encogen las pelotas, me azota la piel con una ráfaga. Mis botas crujen sobre el pavimento helado y cada paso me acerca más al nuevo infierno al que estoy a punto de entrar.

Dudo medio segundo ante su puerta y resoplo por la nariz.

Cierro los ojos con fuerza y llamo. Fuerte.

Una pausa.

Luego, unos pasos ahogados.

La puerta se abre de golpe.

Y joder.

Está ahí de pie, solo con un albornoz puesto.

Me olvido de cómo respirar.

Porque está ahí, de pie, mirándome y parpadeando, envuelta solo en un suave albornoz blanco, con el pelo rubio y húmedo recogido en una especie de moño deshecho y la humedad todavía aferrada a su piel, como si acabase de salir de la ducha.

Y, *joder, qué guapa está.*

Voy a abrir la boca para hablar, pero su sola imagen prácticamente me deja sin aire.

Lleva el albornoz bien atado a la cintura, pero es *corto*. Lo justo para revelar la tersa y desnuda longitud de sus muslos, tonificados y jodidamente *irresistibles*, con una única gota de agua recorriendo el interior de uno de ellos.

La polla se me contrae contra la cremallera.

Tiene las mejillas sonrosadas, la piel húmeda, los labios suaves y entreabiertos, como si estuviera a punto de mandarme a la mierda, como siempre hace. Huele a *vainilla* y a algo dulce, algo cítrico y fresco, como si hubiera estado sumergida en algún aceite corporal caro que hace que le brille la piel.

Quiero pasarle la lengua por encima.

Entonces abre la boca…

Y arruina el momento.

—¿Qué coño quieres?

Me paso una mano por el pelo, soltando el aire bruscamente, arrepintiéndome ya de todas las decisiones que me han traído hasta aquí. —Sí. Créeme, yo tampoco quiero estar aquí.

Entrecierra los ojos. *Con recelo.* Como si intentara averiguar qué es lo que quiero *de verdad*.

Cambio el peso de un pie a otro, con las manos metidas en los bolsillos. —He, eh... He venido a disculparme.

Sophia ladea la cabeza despacio, como si acabara de presenciar un puto *milagro*.

—Perdona, ¿qué?

Aprieto los dientes; todo mi cuerpo lo rechaza a nivel celular. —No debería haberte soltado de esa manera.

Entonces, una expresión de jodida y excesiva satisfacción se extiende por su rostro.

Sophia no solo sonríe con suficiencia. Se regodea. Como si acabara de servirle su marca favorita de engreimiento bañado en chocolate con caramelo salado en una bandeja de plata.

Le brillan los ojos de victoria mientras se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados bajo el pecho, lo que los levanta por debajo del albornoz. La tentación envuelta en esa actitud.

—Dilo otra vez.

Se me tensa la mandíbula. —¿Qué?

Ladea la cabeza, muy deliberadamente. —Discúlpate. Como es debido.

Suelto el aire mientras flexiono las manos en los bolsillos. —Sophia...

Tararea. —Mmm. Ya me lo parecía.

Alarga la mano hacia la puerta como si fuera a cerrármela en las narices.

Y una mierda.

—Vale —gruño, dando un paso al frente y deteniendo la puerta con la palma de la mano. Mi cuerpo aprisiona el suyo, el calor presionando entre nosotros. Se le entrecorta la respiración, pero no retrocede.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —Mi voz vuelve a ser grave—. He sido un capullo. No deberías haberte caído al hielo así. Y sí, puede que no debiera haberme reído.

Sus labios se contraen y veo que está alargando esto solo para verme sufrir. Sádica.

—Continúa —me provoca.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que podría partírsela. —*Y...* —Trago saliva con dificultad, forzando las palabras—. No volveré a dejar que te caigas.

—Ay, Dios mío. —Suelta una risa suave y se cruza de brazos. *Grave error.* El movimiento tira del albornoz, ciñéndoselo a la cintura y mostrando un poco más de ese muslo suave y desnudo.

Joder, joder y joder.

Bajo la mirada antes de poder evitarlo.

—No me lo puedo creer... —Alarga las palabras como si las estuviera saboreando—. De verdad te has disculpado.

Siento un tic en el ojo.

—No le des más importancia.

Se apoya en el marco de la puerta, todavía con los brazos cruzados, pero el albornoz se le desliza ligeramente por un hombro, revelando más piel dorada y recién calentada.

—Ah, no. Creo que ya es importante.

Frunzo el ceño e intento ignorar lo suave que parece su piel, lo jodidamente bien que huele. —¿Has terminado?

—Ni de coña.

Me paso una mano por la cara. —Sophia. Por favor.

Se muerde el labio y la mandíbula se me *bloquea*.

Esa boca.

Esa *puta* boca.

La forma en que sus dientes se clavan en su labio inferior… lenta, insinuante, como si supiera *exactamente* lo que me está haciendo.

Es el tipo de boca hecha para la perversión. Hecha para mí.

Y apenas puedo contenerme.

—Oh, lo siento. —Parpadea inocentemente—. Es que nunca pensé que llegaría a ver este día. El grande y melancólico Blake Maddox, de pie en mi puerta, admitiendo que se había *equivocado*.

—Ten cuidado, cielo —murmuro en voz baja—. Si me presionas demasiado, *me retractaré*.

Su sonrisa es pura maldad. —Oh, te *reto* a que lo hagas.

Y joder, *joder…* eso es lo que hace que algo se rompa dentro de mí.

Me tiemblan las manos a los costados, mi autocontrol pende de un hilo.

Porque quiero retractarme. Quiero dar media vuelta, largarme de aquí, poner una puta distancia entre nosotros antes de hacer algo de lo que no pueda retractarme.

Pero entonces se mueve una última vez, y el albornoz se abre esa última pulgada.

Me *duele* la polla.

Doy un lento paso hacia delante, cerrando el espacio entre nosotros en un instante, lo suficientemente cerca como para ver cómo se le acelera el pulso en la base de la garganta, para sentir el calor que irradia su piel.

—¿Vas a invitarme a entrar o piensas hacerme suplicar aquí fuera en el frío toda la noche?

Sophia tararea, tamborileando con un dedo sobre su labio inferior, como si se lo estuviera *pensando*.

¿Y eso?

Eso es todo.

Antes de poder detenerme, doy un paso al frente y cruzo el umbral de su apartamento. El aroma de su champú, la humedad persistente de su ducha, el calor de *ella* me llenan los pulmones.

Presiono mi cuerpo contra el marco de la puerta, con los brazos apoyados por encima de su cabeza, acorralándola. Se le entrecorta la respiración, las pupilas se le dilatan, pero no retrocede.

Está esperando el siguiente movimiento.

Y yo estoy jodidamente *harto* de esperar.

—Dime que pare —ordeno, con la voz áspera, apenas contenida.

A Sophia le tiemblan las pestañas, sus pupilas se dilatan. —¿Y si no lo hago?

Un gruñido retumba en mi pecho mientras agarro el nudo de su albornoz y lo desato. Ella cae dentro de la casa y cierra la puerta de una patada detrás de mí.

Mis manos están en sus caderas antes de que pueda evitarlo, agarrando sus suaves curvas, arrastrándola hacia el interior de la habitación. Jadea, una palma se aplana contra mi pecho, pero no me aparta.

En cambio, sus dedos se curvan ligeramente, su respiración se entrecorta mientras la atraigo aún más cerca.

—¿Crees que esto es divertido? —Mi voz es áspera, pierdo el control—. ¿Que venga aquí como un idiota, a suplicarte?

Traga saliva, su lengua se desliza para humedecer sus labios. —Quizá un poco.

Le sujeto la mandíbula y *la beso*. Es duro, desesperado, nada suave ni dulce.

Sus labios se separan y mi lengua se desliza contra la suya. Es ridículo. Profundo y obsceno mientras mi mano libre se desliza por dentro del albornoz abierto, mi palma ansiosa encuentra piel suave y caliente.

Gimo contra su boca.

—Joder, estás muy suave.

Sus dedos se aprietan en mi sudadera, agarrando, tirando, como si *necesitara* tenerme más cerca. Su albornoz se desliza aún más, dejando al descubierto un hombro desnudo, más de su delicioso muslo y el borde de unas bragas de encaje negro que se ciñen a sus curvilíneas caderas.

Me separo lo justo para bajar mi boca por su garganta, mordisqueando y saboreando cada centímetro. Ella inclina la cabeza hacia atrás con un gemido entrecortado, su cuerpo finalmente se derrite contra el mío.

—Me has estado volviendo loco. —Mis labios se deslizan más abajo, mis manos agarran sus caderas como si no pudiera soportar la idea de dejarla ir—. Desde que me besaste en ese maldito festival.

Se estremece cuando le muerdo el cuello. —Yo...

Deslizo mi mano entre sus muslos y encuentro *calor*. Encaje. Encaje *húmedo*.

Todo mi cuerpo se tensa.

Sophia jadea, agarrándose a mis hombros, sus uñas se clavan a través de mi sudadera. *Joder*. La polla me late con tanta fuerza que juro que voy a estallar.

—Estás empapada por mí —gruño contra su garganta, presionando mi palma contra sus bragas, sintiendo el calor húmedo de su excitación—. ¿Quieres esto, eh? ¿Me quieres, cielo?

Gime, sus caderas se contraen contra mi palma. —Sí.

Sonrío, de forma oscura y peligrosa. —Nunca deberías haberme dejado entrar.

Dejando el jadeo intacto en sus labios, me pongo de rodillas y me sumerjo bajo la abertura del albornoz.

Presiono un beso justo encima de su ombligo, sintiendo cómo se contraen sus abdominales bajo mi boca, cómo le tiemblan los muslos mientras los separo más. Mis dedos encuentran los bordes de sus

bragas, amenazando con quitárselas y darme exactamente lo que quiero.

—Blake —jadea, con la respiración entrecortada, sus manos se aferran a mis hombros como si no supiera si atraerme más cerca o apartarme.

Pero no me aparta.

Nunca lo hará, joder.

Porque desea esto tanto como yo.

Y estoy a punto de demostrarlo.

Empujo a Sophia hacia atrás contra el sofá, y ella queda tendida debajo de mí, su albornoz ha desaparecido. Solo eso hace que mi polla lata dolorosamente, pero ¿ahora mismo? Mi atención está en otro lugar.

Sus muslos.

Sus putos muslos.

Me acomodo entre ellos, mis manos anchas se deslizan por sus muslos, sintiendo el suave calor de su piel, cómo tiembla bajo mi tacto. Sus piernas se separan lo suficiente para darme un atisbo del paraíso: tan húmedo, suave.

Excepto por un pequeño e molesto problema.

Un diminuto trozo de encaje todavía se interpone entre lo que quiero y yo.

Arrastro mi pulgar por el exterior de sus bragas negras oscurecidas, rozando la costura, observando cómo su cuerpo se estremece con la primera y sutil caricia sobre su clítoris. Flexiono los dedos sobre sus muslos. Se me hace la boca agua.

—Sophia. Estás tan mojada por mí.

Se le entrecorta la respiración, sus dedos se aprietan alrededor del cojín bajo ella.

Engancho mis dedos en el delicado encaje de sus caderas y, lentamente..., jodidamente lento, se las bajo por las piernas.

Jadea, sus caderas se levantan instintivamente, dejándome desnudarla ante mis ojos codiciosos.

Le sonrío directamente, guardándome las bragas de encaje arruinadas en el bolsillo. —Por cierto, no las vas a recuperar nunca.

Me mira fijamente, sin aliento. —¿Ahora coleccionas ropa interior?

—Cielo, me gano la vida coleccionando trofeos.

Abre la boca para responder, pero presiono un beso con la boca abierta en el interior de su muslo y, sea cual sea el comentario que estaba a punto de hacer... se *esfuma.*

—Blake...

—Shhh. —Le agarro los muslos, besándola mientras los separo más—. Solo necesito...

Joder, ni siquiera puedo terminar la frase. Porque ahora que está completamente expuesta, ahora que puedo ver lo que me ha estado ocultando tras esos comentarios sarcásticos y esas réplicas ingeniosas, mi cerebro se colapsa por completo.

Joder, joder y joder.

Está reluciente, con los pliegues húmedos abiertos para mí, un delicado rubor rosado, su clítoris ya hinchado, esperando mi boca.

Sus muslos tiemblan bajo mi agarre, su calor húmedo brilla en la penumbra. Es tan jodidamente perfecta que siento como si acabara de descubrir un tesoro perdido hace mucho tiempo.

Deslizo las palmas de mis manos por el interior de sus muslos, separándolos más, solo para poder mirar.

—Te lo juro por Dios, cielo —susurro, acercándome al olor de su coño empapado—. Vas a arruinarme.

Se le entrecorta la respiración, sus uñas me buscan, arañándome los brazos. —Blake, por favor...

Y ese pequeño «por favor», entrecortado y tan jodidamente desesperado... como si mi propia y preciosa niñita buena finalmente hubiera despertado...

Eso es todo lo que hace falta.

Me lanzo de cabeza, joder.

Mi lengua entra en contacto con su clítoris e instantáneamente jadea, agarrándome con fuerza. Deslizo la lengua lenta y profundamente por sus pliegues, saboreando mi primer gusto como si nunca fuera a tener este momento de nuevo.

Gimo contra ella, el calor sedoso de su coño húmedo cubriendo mi boca.

—Joder —gruño, la voz vibrando contra su pequeño y perfecto clítoris—. Sabes a miel.

Sus dedos se enredan en mi pelo, las uñas arañan mi cuero cabelludo mientras la devoro como un hombre que ha estado jodidamente hambriento.

La lamo, chupando y adorando cada maldito centímetro, rodeando su apretado agujero, chasqueándolo justo hasta que sus muslos tiemblan contra el sofá debajo de mí. Me abro paso bromeando hacia abajo, sujetándola, manteniendo sus muslos abiertos para mí, dejando que mi lengua penetre profundamente en su coño.

—¡Oh, Dios mío! —gime, sus manos agarran mi pelo como si fuera a morir si paro—. Ni se te ocurra parar. Joder, Blake... ¡Oh, Blake!

Gimo, restregando mis caderas contra el sofá solo para aliviar la presión que se acumula contra mis vaqueros. Estoy tan jodidamente duro por ella que es una *locura*.

Chupo su clítoris más, lamo su entrada una y otra vez, y luego lo hago de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, hasta que se retuerce debajo de mí, jadeando, suplicando mientras sus muslos aprietan mi maldita cabeza con tanta fuerza que podría salirse de mis hombros.

—¡JODER!

Está a punto de romperse, su voz completamente destrozada.

Tarareo contra ella, deslizando mis dedos por su calor húmedo, reemplazando mi lengua con dos dedos gruesos, curvándolos profundamente dentro de ella mientras le chupo el clítoris con fuerza.

Todo su cuerpo se tensa.

Entonces, se rompe.

Grita, arqueándose sobre el sofá, restregando su coño contra mi lengua mientras se corre con fuerza, empapando mi boca con su dulce y jodidamente perfecta excitación.

Me la bebo, hasta la última gota de pura y jodida perfección.

Sus manos caen de mi pelo, su cuerpo se desploma contra los cojines. Beso el interior de su muslo, luego presiono un último beso lento y sucio en su clítoris aún palpitante antes de finalmente retirarme.

Me levanto, estirándome como si no acabara de destrozarle toda su puta vida.

Sophia está destrozada. Sin fuerzas. Tirada en el sofá, con las mejillas sonrojadas, su pecho subiendo y bajando mientras lucha por procesar qué cojones acaba de pasar.

Me limpio la boca con el dorso de la mano, sonriendo como un hombre que acaba de ganar la Copa Stanley.

Parece destruida.

Absolutamente destrozada.

—Bueno —sonrío con suficiencia, ajustándome los pantalones, mi polla todavía doliendo detrás de mi cremallera—. Aunque lo diga yo... soy muy bueno pidiendo perdón.

Emite un sonido débil. Algo entre una risa incrédula y un gemido sin aliento, pero está demasiado ida como para articular palabras.

Ladeo la cabeza. —¿Necesitas un minuto, cielo?

Su mirada se agudiza, y ahí está: el fuego que nunca desaparece por mucho tiempo.

—Eres tan...

—¿Talentoso? —la interrumpo—. ¿Generoso? ¿Lo mejor que te ha pasado en la vida?

Su mano busca a tientas un cojín, y antes de que me lo vea venir... *ZAS*.

Un impacto directo en mi puta cara.

Capítulo Doce

Sophia

Gimo y hundo la cara en la almohada mientras un dolor muy particular se instala entre mis muslos.

Tengo agujetas en músculos que ni siquiera sabía que tenía. ¿Pero qué coño? Si ni siquiera *he hecho* nada.

Es como si hubiera hecho una sesión de entrenamiento de cuerpo entero en el gimnasio, solo que en lugar de pesas, he levantado a un capitán de hockey gigante de un metro noventa y tres, con una sonrisita de superioridad y el ego por las nubes.

Me palpitan los muslos. Tengo los abdominales *destrozados*. Mi voz está un poco ronca porque, por lo visto, soy el tipo de mujer que grita cuando tiene un orgasmo. Es bueno saberlo.

Mi móvil vibra con fuerza en la mesilla de noche, repiqueteando contra la madera como si tuviera tantas ganas de que me despierte como el resto de este pueblo de mala muerte.

Paso. Todavía no pienso enfrentarme al mundo real. No cuando todavía me duele el cuerpo en sitios donde no debería y mi piso aún huele a él.

Es un aroma tan intrínsecamente Blake Maddox que prácticamente *gruñe*. Está en mi piel. En mis sábanas. En mi puta alma.

Inspiro hondo y…

El arrepentimiento es instantáneo.

Porque ahora, además del dolor entre los muslos, me acabo de tragar hasta el fondo un recuerdo que probablemente debería estar intentando olvidar.

Abro un ojo, entornándolo ante la pálida franja de luz que se cuela por las persianas. Apenas ha salido el sol, el cielo todavía está manchado por el amanecer, pero Iron Ridge ya está despierto.

Puedo *oírlo*: portazos de coches en la calle, el eco lejano de un locutor de radio que predice «una noche apoteósica para los Icehawks». En algún lugar, un padre probablemente le está pintando la cara a su hijo pequeño mientras su mujer niega con la cabeza con el cansancio resignado de una viuda del hockey.

Porque es día de partido en Iron Ridge.

Mi móvil vuelve a vibrar.

—Maldita sea. Déjame en paz.

Lanzo un brazo, dándole un manotazo a ciegas, pero en lugar de tirarlo de la mesilla, veo que la pantalla brilla con una notificación de la cuenta oficial de Instagram de los Iron Ridge Icehawks.

Con una sensación de pavor que me hiela los huesos, cojo el móvil y lo desbloqueo. Ahí, en una gloriosa alta definición, hay un vídeo.

Un vídeo muy concreto. Un vídeo que pensé que *yo* era la encargada de subir a las redes sociales del club.

¿El pie de foto añadido al vídeo?

Blake Maddox le da una lección de patinaje a la nueva directiva de los Icehawks… ¿y de algo más?

Me atraganto con mi propia saliva y le doy al botón de bajar el volumen con tanta fuerza que casi se me rompe el móvil.

Le doy al play, horrorizada, viendo cómo la grabación, que ya es viral, se reproduce ante mí.

Me quedo mirando horrorizada cómo las reacciones aparecen ante mis ojos mientras Blake tiene las manos firmemente en mi cintura, estabilizándome en el hielo como si de verdad le *importara una mierda.* La cámara le muestra sonriéndome con suficiencia y satisfacción, como si yo fuera su nuevo juguete favorito.

Apenas puedo seguir viendo cómo Blake me suelta. Por un momento, parezco feliz. Los emojis de corazón parpadean ante mis ojos y, de repente, empiezo a agitarme como un cervatillo, moviendo

los brazos y las piernas en un intento desesperado y *fútil* de mantenerme en pie.

Aparecen reacciones de risa por toda la pantalla.

Solo puedo mirar cómo me estampo contra el hielo en una espectacular, trepidante y aplastante caída de bruces.

No sé por qué lo hago, pero miro la sección de comentarios para intentar aliviar el escozor de la vergüenza.

«La mira como si ella fuera el disco. ¡Y está a punto de lanzarla directa a su cama!».

«Me juego los ahorros de mi vida a que nuestro chico se fue a casa con ella anoche».

«QUÉ QUÍMICA. HE MUERTO».

Lanzo el móvil al otro lado de la cama y me dejo caer de nuevo sobre las almohadas.

Vale. *Vale.* No pasa nada. ¿Esto es algo totalmente normal en el nuevo mundo? Todo el mundo se distraerá con el partido de hoy y esto no llegará a nada. ¿Verdad? ¡¿VERDAD?!



El estadio es pura electricidad. Un mar rugiente de gris y verde, banderas ondeando, bufandas en alto, un pueblo entero perdiendo la puta cabeza por su equipo.

Quedan cinco minutos de partido y los Icehawks van ganando tres a cero contra Montreal. La energía es *salvaje*.

Doy un sorbo lento a mi cóctel, la ácida mezcla de frambuesa y limón burbujeando en mi lengua. Pero en mi copa hay algo suntuoso y caro que capta la luz.

Agito la copa ante mis ojos, frunciendo el ceño mientras sigo las pequeñas motas que flotan en el líquido.

Copos de oro. Hay copos de oro en mi bebida.

—Joder —murmura Natalie a mi lado, con los ojos clavados en el hielo—. Es su segundo gol de la noche. El chaval está que se sale.

Se refiere a Ryder, que acaba de colar otro disco en el fondo de la red, provocando el delirio en todo el estadio.

A nuestro lado en el palco corporativo, Eli Thompson prácticamente levita de su asiento, con las manos en el aire y la cerveza peligrosamente cerca de la bandeja medio vacía de minihamburguesas de wagyu en la mesa del bufé.

—¡ASÍ SE HACE, RYDER! ¡QUÉMALOS HASTA LOS CIMIENTOS!

Big Mike, que ya lleva demasiadas copas, hace un gesto de desdén con la mano. —Relájate, Thompson. El partido aún no ha terminado.

—Bah —se burla Eli, quitándole importancia con un gesto—. Está más que sentenciado… ¡SENTENCIADO!

Enarco una ceja, sorbiendo mi bebida. —¿No es eso lo que dijo el entrenador de Los Ángeles la última vez?

Eli sonríe, echándose un cacahuete a la boca. —Exacto. ¿Y dónde está ahora? *En el paro*.

Natalie me da un codazo de repente, apartando mi atención del hielo.

—Mira —señala hacia la multitud.

Tardo un segundo en encontrar lo que está viendo. Y entonces, allí, en medio de la sección 102, está Mia de pie, agitando una enorme pancarta hecha a mano como si fuera lo más normal del mundo.

¡RYDER ES MI MEJOR AMIGO!

Está cubierta de corazones rojos y purpurina, como si hubiera asaltado una clase de manualidades de infantil y se hubiera vuelto loca. Cuando Ryder patina cerca de la valla, la ve. Su sonrisa es instantánea. Radiante. Como si ella fuera la única persona que existe en todo el pabellón.

Golpea la valla una vez con el palo, sonríe a Mia y articula algo que no alcanzo a entender, luego se aleja patinando, todavía sonriendo como un idiota.

Parpadeo. —¿Eso es… mono?

Natalie suspira tan fuerte que lo siento en el alma.

—Sería más mono si no estuvieran tan negados. Sinceramente, es agotador ver a dos personas tan obsesionadas la una con la otra que no se lanzan de una vez.

Asiento con un murmullo, volviendo a sorber mi bebida, todavía asombrada de estar consumiendo *oro. ¡Oro!*

Lo sé. Es comestible. Y probablemente sean solo esas virutas elegantes que ponen en los pasteles y demás hoy en día para parecer muy sofisticado y rico.

Pero aun así.

Greg, mientras tanto, apenas ha mirado el partido. Está pegado a su móvil, sin duda rastreando las cifras de interacción de ese estúpido vídeo como si fuera el *mercado de valores*.

Cada vez que mi móvil suena en el bolsillo trasero de mis vaqueros, sé que es otra oleada de caos por culpa de ese maldito vídeo.

No miro. Me niego a mirar.

Me concentro en el hielo mientras corren los dos últimos minutos del partido. Los Icehawks tienen el control total, manteniendo a raya a Montreal. Logan aplasta al tipo más grande del hielo y el disco se desliza hacia nadie menos que Blake Maddox.

El estadio entero contiene la respiración.

Incluso Eli interrumpe a mitad de su perorata sobre los árbitros mientras miro hacia el Megatrón sobre el centro del hielo.

¡Tres segundos!

Blake se desliza por la línea azul, suave como el pecado, tranquilo como si nada con el disco en su palo como si fuera una extensión de su cuerpo. Incluso en medio del caos que lo rodea, sus afilados ojos grises se alzan… directos hacia *mí*.

Ni siquiera tengo tiempo de procesar la forma en que se me contrae el estómago antes de que me guiñe un ojo. Y a falta de un segundo en el reloj, el cabrón marca.

El pabellón explota.

—¡JA! ¡ESE ES MI PUTO CAPITÁN! —grita Eli, completa y absolutamente desquiciado—. ¡QUE ALGUIEN ME TRAIGA OTRA CERVEZA!

Natalie me mira como si acabara de presenciar un milagro.

—Vale —dice lentamente—. Eso… ¿iba dirigido a *ti*?

Trago saliva, mirando hacia el hielo. Blake está radiante de alegría, patinando más allá del banquillo, y luego mira hacia arriba… justo al

palco corporativo y a mí de nuevo, solo que esta vez…

¡Me lanza un puto beso!

Natalie se atraganta con su bebida.

Siento cómo me arden las mejillas mientras Natalie sigue farfullando a mi lado. Le paso rápidamente una servilleta y prácticamente vomita en ella. Qué asco. La cara de Greg ha pasado de su habitual tono pálido de desaprobación a algo parecido a la fusión nuclear, con el móvil olvidado en su mano inerte.

—Acaba de… —empieza Greg, y luego se detiene, abriendo y cerrando la boca como si acabara de presenciar la segunda venida de Cristo.

—¡RONDAS GRATIS EN RIDGEVIEW! —la voz de Eli retumba desde algún lugar del pasillo detrás de nosotros mientras la música de celebración resuena a nuestro alrededor y él desaparece del palco corporativo—. ¡LA PRIMERA RONDA CORRE DE MI CUENTA! ¡CELEBRAD CON VUESTRO CAPITÁN EN LA TAVERNA RIDGEVIEW!

Voy a matar a Blake. Lenta. Dolorosamente. Justo después de averiguar por qué mi estómago está dando saltos mortales y mi corazón intenta escaparse por la garganta.

—Oh, Dios mío —jadea Natalie, recuperando finalmente el aliento —. Eso ha sido… ha sido…

—Nada —digo rápidamente. Demasiado rápido—. No ha sido nada.

—¿Nada? —Enarca una ceja perfectamente depilada—. Sophia, el capitán de los Icehawks acaba de lanzarte un beso en directo por televisión. *A todo el país.* ¡Ya eres viral!

Como si fuera una señal, mi móvil vuelve a vibrar. Y otra vez. Y otra vez.

Cierro los ojos y respiro hondo y de forma tranquilizadora. —Creo que voy a necesitar algo más fuerte que copos de oro en mi bebida esta noche.

—Menos mal que vamos a Ridgeview —sonríe Natalie, con un aspecto demasiado satisfecho con este giro de los acontecimientos.

Niego con la cabeza y me levanto para seguir a Natalie mientras coge su abrigo y me da el mío. Pero antes de que pueda dar un paso, Big Mike me sujeta del brazo.

—Sophia —dice, con un tono extrañamente serio después de una victoria tan contundente en casa.

Me detengo. —¿Qué pasa?

Exhala, pasándose una mano por la cara. —Sé que te ha costado adaptarte, pero… ese vídeo. El vuestro, de Blake y tú. Está petándolo.

¿De verdad? No me había dado cuenta.

Fuerzo una sonrisa educada, aunque se me revuelve el estómago. —Gracias por estar pendiente de las métricas de interacción.

—¿Estar pendiente? —Las cejas de Big Mike se disparan mientras se acerca, bajando la voz a pesar del ruido de los aficionados que despiden al equipo del hielo—. Chica, no lo entiendes. Llevamos años intentando impulsar la interacción real. No solo «me gusta» y «compartir», sino una inversión emocional real por parte de nuestra afición. ¿Recuerdas por qué te contratamos? Ahora, de repente, todo el puto internet quiere saber quién es la misteriosa mujer que consiguió que nuestro estoico capitán esbozara una sonrisa genuina.

Se me para el corazón.

—Así que lo estamos usando, aprovechando el impulso —continúa Big Mike, con ese brillo corporativo en sus ojos cada vez más intenso —. Te vamos a convertir en la cara de algo más grande.

—Perdone, ¿cómo dice? —Parpadeo rápidamente, intentando procesar sus palabras.

—Te he concertado una entrevista. Con uno de los chicos del programa juvenil de Blake. Seguiremos haciéndolo como querías. Solo que un poco diferente. Una historia muy conmovedora, exactamente el tipo de contenido que necesitamos y algo para lo que sé que serás perfecta.

Se me va el color de la cara. El programa de Blake. Lo único que él ha estado protegiendo firmemente de este tipo de exposición.

Y ahora, por un momento viral entre nosotros... no tengo más remedio que exponerlo.

Porque de repente, me quieren a *mí* delante de la cámara.

—Señor Hawthorne, no creo que…

—Querías dejar huella, ¿verdad? —me da una palmada en el hombro—. Pues aquí tienes tu oportunidad. No la cagues.

Se aleja, dejándome helada, con el subidón del cóctel completamente evaporado.

A través del cristal del palco corporativo, puedo ver a Blake al otro lado del pabellón, rodeado de sus compañeros de equipo, completamente ajeno a que acabamos de darle accidentalmente a la empresa exactamente lo que querían: una forma de entrar en su mundo cuidadosamente protegido.

Mierda. ¿Qué he hecho?

Capítulo Trece

Sophia

Debería estar preparando una estrategia para la entrevista más importante de mi carrera.

Debería estar preparando un plan infalible para conseguir la aprobación de la empresa para algo que no sea el preciado programa juvenil de Blake.

Debería estar en *cualquier otro sitio* menos aquí.

La mano de Natalie me presiona la espalda y me empuja hacia la Taberna Ridgeview mientras intento olvidarme de que mi móvil vibra en el bolso a un ritmo alarmantemente creciente.

Oh, Dios. ¿Por qué ha tenido que lanzarme un beso? ¡¿En qué demonios estaba pensando?!

El bar está hasta los topes de jugadores de hockey, aficionados ruidosos y testosterona suficiente como para que mis ovarios pidan la jubilación anticipada.

El ambiente es *eléctrico*.

Lo juro por Dios, todo el pueblo se ha metido aquí dentro. Hay camisetas grises y verdes por todas partes, mesas juntas para acomodar a la multitud ruidosa y medio borracha. El denso aroma del aire está cargado de cerveza, cera para madera y algo frito.

¿Y en el centro de todo?

Eli, el mismísimo y legendario Muro de Hierro, subido a una maldita silla, dirigiendo el cántico del equipo de los Icehawks a un volumen atronador y ensordecedor.

Su vozarrón se oye por encima del estruendo, e incluso los aficionados más reservados se ponen en pie para unirse. Todo el bar estalla en aplausos, pisotones, golpes de vasos y voces que retumban al unísono mientras Eli agita los puños. La pura fuerza del cántico hace vibrar los putos letreros de neón de cerveza que cuelgan sobre la barra de lo alto que suena.

La cerveza se derrama de las jarras y cae sobre el suelo pegajoso; el volumen es absolutamente increíble.

—Casi puedo sentir el suelo vibrar bajo mis tacones. —Se me escapa un escupitajo y le doy a Natalie en la mejilla al intentar alzar la voz por encima del ruido.

Natalie se limpia la mejilla con dos dedos, haciendo una mueca. —Genial. Llevo cinco segundos aquí y ya me has escupido.

Hago una mueca. —Lo siento, yo…

Un tipo con una camiseta de los Icehawks pasa a toda velocidad junto a nosotras, su cerveza se derrama peligrosamente cerca de mi abrigo. Natalie se pone delante de mí como si fuera un guardaespaldas.

—Vale, retiro lo dicho. El verdadero peligro aquí no es tu saliva, es morir a manos de un aficionado al deporte demasiado entusiasta.

—¿Qué está pasando? —siseo, agachándome mientras una servilleta perdida revolotea por el aire como una paloma desorientada.

Alguien, que solo puedo suponer que no está sobrio, se ha subido a la barra y está agitando su camiseta sobre la cabeza como si estuviera dirigiendo una sinfonía de caos. Una pantalla plana sobre la barra repite el gol final detrás de él, y todos tenemos el privilegio de volver a ver el momento en que Blake me guiña un ojo y me lanza ese estúpido y arrogante beso.

La multitud estalla como si acabara de ocurrir de nuevo.

Me muero un poco por dentro.

—Bienvenida a una fiesta de victoria de Ridgeview, nena. —Natalie se alisa el pelo, actuando como si esto fuera un jueves por la noche

cualquiera en Iron Ridge—. Estás experimentando la locura pura e inalterada inducida por el deporte.

Al menos ninguno está con el móvil. ¿Quizá nadie vuelva a ver el vídeo?

Entonces, un cántico especialmente agresivo estalla desde un reservado de la esquina, a rebosar de lo que solo puede describirse como enormes y risueños jugadores de hockey. Jugadores de los *Icehawks*. Las jarras chocan. Los hombros se sacuden. Las risas retumban como una tormenta que atraviesa la sala.

Y entonces, lo veo.

Blake, presidiendo el reservado de la esquina como una especie de dios del hockey. Su pelo rubio ceniza todavía está húmedo de la ducha de después del partido, y su ajustada camiseta henley se ciñe a esos hombros ridículos de una manera que debería ser ilegal.

—Oh, Dios —murmuro, viéndolo echar la cabeza hacia atrás riendo por algo que dice Logan—. Está aquí.

Natalie sigue mi mirada y sonríe con suficiencia. —Claro que está aquí. ¿Dónde si no iba a estar el capitán después de una victoria?

—¿Literalmente en cualquier otro sitio?

Se me encoge el estómago al ver también a Big Mike en la mesa. Justo al lado de Blake. Joder. La entrevista. El programa juvenil. *Joder. Joder, joder, joder.*

—¿Es demasiado tarde para fingir una intoxicación alimentaria?

Natalie enarca una ceja. —Cariño, si te vas ahora, te buscarán y te traerán de vuelta como si fueras un trofeo humano.

Trago saliva. —Estás exagerando.

Una voz retumba desde el otro lado de la sala.

—¡AHÍ ESTÁ!

Todo el bar se gira.

De repente, el mundo a mi alrededor estalla mientras mi nombre resuena, rebotando en las vigas de madera y haciendo temblar las interminables jarras de cerveza vacías que se acumulan en la mesa cercana.

Me quedo helada, mirando hacia la fuente de la llamada, con el corazón haciendo una rutina de gimnasia completa dentro de mi pecho.

—¡Eli! ¡Para ya!

El dueño del bar está encaramado en su maldita silla-trono, con una bota plantada en el asiento, sonriendo como si acabara de ganar la lotería.

—DAMAS Y CABALLEROS —brama, levantando un vaso de chupito como si fuera el Santo Grial—. ¡Es una tradición de Ridgeview iniciar a los nuevos miembros de la familia de los Icehawks! ¿Y después del partido de esta noche? —Su sonrisa se acentúa, claramente divertido por el beso al aire de su amado capitán—. ¡Creo que todos podemos estar de acuerdo en que la señorita Sophia Hart ya es una de los nuestros!

La multitud se vuelve loca.

Natalie aplaude, saltando sobre sus talones. —Oh, esto es *mucho* mejor que fingir una intoxicación alimentaria.

Una bandeja de chupitos idénticos y de aspecto amenazador aparece en todos los rincones del bar; un líquido ámbar oscuro se arremolina como si fuera una pesadilla. Capto un tufillo e inmediatamente me arrepiento de cada decisión que he tomado en mi vida y que me ha traído hasta aquí.

Eli levanta su vaso. —¡Chupitos Elección del Capitán para todos!

Un cántico estalla, profundo, atronador, lleno de un entusiasmo del tamaño de un jugador de hockey.

¡Elec-ción del Ca-pi-tán! ¡Elec-ción del Ca-pi-tán! ¡Elec-ción del Ca-pi-tán!

Natalie, ahora mi mala influencia oficial, me da un codazo. —*Tienes* que hacerlo. Es el chupito oficial de los Icehawks.

—¿El chupito oficial? —Levanto una ceja—. ¿De verdad tengo que hacerlo?

Sonríe. —Bueno, la alternativa es explicar por qué te estás acobardando delante de doscientos ruidosos aficionados al hockey…

Antes de que pueda formular un argumento, una nueva voz se abre paso a través del caos.

Blake.

Oh, por el amor de…

Giro la cabeza justo cuando se levanta del reservado, irguiéndose lenta y deliberadamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

El ambiente en la sala cambia. La gente se aparta instintivamente, abriéndole paso como si fuera el maldito rey de Iron Ridge. Sus ojos están fijos en mí, grises y tormentosos, y a pesar del caos que nos rodea, juro que puedo *sentir* su atención.

Ignoro el escalofrío que me recorre todo el cuerpo al sentir su mirada.

—Esta es una *pésima* idea —murmura cuando llega a nuestro lado.

No. Una pésima idea sería lanzarme un beso delante de una audiencia mundial, imbécil.

Eli resopla y se bebe de un trago el chupito que tiene en la mano. —¿Desde cuándo mandas tú por aquí, *capitán*?

La multitud murmura un coro burlón de «Uuuuh...», mientras Blake levanta la mirada para encontrarse con la de Eli, con una expresión de puro desinterés, como si toda esta escena fuera solo otra repetición cansina de un baile de victoria disfrutado demasiadas veces en este bar.

—Que yo sepa —dice Eli con tono arrastrado, recostándose en su silla con una despreocupación exasperante—, este es *mi* establecimiento. Lo que significa que *yo* pongo las reglas. —Me guiña un ojo juguetonamente—. Y las reglas dicen que los novatos beben.

Un fuerte rugido de aprobación estalla.

—Asúmelo, hijo. —Los ojos de Eli brillan con picardía—. En el hielo, tú eres el jefe. ¿Aquí dentro? Solo eres otra cara bonita que no aguanta el alcohol.

La multitud estalla en «uuhs» y risas, y me encuentro riendo tontamente a pesar de mis mejores esfuerzos por mantener mi compostura profesional. Los ojos de Blake se posan en los míos, y algo peligroso brilla en esas profundidades de color acero.

—¿Algo gracioso, señorita Hart?

—Oh, no —digo, levantando las manos—. No me metáis en vuestra pequeña lucha de poder masculina.

—Demasiado tarde. —Sus labios se curvan en esa sonrisa que me envía un pulso lento y eléctrico directamente a través de mí—. Además, no creo que pudieras soportarlo de todos modos.

El bar se queda en silencio. Incluso Eli se inclina hacia adelante, expectante.

Oh, esto es un *desafío*.

—¿Perdona? —Doy un paso más cerca, levantando la barbilla—. ¿Qué te hace pensar exactamente que no puedo con tu preciado chupito de hockey?

—Porque las de empresa como tú suelen preferir sus bebidas con sombrillitas —dice, con la voz cargada de desafío—. Esto no es exactamente un cosmopolitan, *cielo*.

Sin apartar la mirada, cojo el vaso de chupito más cercano. El líquido se agita ominosamente, y solo el olor hace que se me agüen los ojos, pero ni de coña me voy a echar atrás ahora.

—Mira y aprende, *capitán*.

Me bebo el chupito de un solo trago, con un movimiento suave, y…

Joder, *joder*. ¿Qué *lleva* esta cosa? Quema como fuego líquido. *Mierda*. Estoy bastante segura de que me acaba de salir pelo en el pecho.

Consigo mantener una expresión neutra mientras golpeo el vaso contra la barra y la multitud estalla.

—¡Síííííí! ¡Así se hace! —grita Eli, dando una palmada en la espalda a un miembro de la multitud mientras baja de la silla de un salto y se mete detrás de la barra para llenar más vasos de chupito, repartiéndolos por la sala mientras todos se los beben de golpe con júbilo.

Blake no parece impresionado.

Parece cabreado.

Afortunadamente, Natalie me agarra de la muñeca y me arrastra hacia la barra como una mujer con una misión.

—Vamos, campeona. Si puedes con eso, puedes con una ronda de cócteles.

Blake nos sigue.

Por supuesto que nos sigue.

Lo siento a mi espalda, un muro sólido de desaprobación taciturna que irradia cantidades de calor totalmente innecesarias directamente detrás de mí. Cada vez que me muevo, rozo su pecho, y o se está

acercando deliberadamente, o ya estoy sintiendo los efectos de ese chupito infernal.

Por cómo me da vueltas la cabeza, probablemente sean ambas cosas.

Natalie le hace una seña al camarero, con los ojos brillantes. —Dos Slapshot Specials, por favor.

—Tres —corrijo, sintiéndome audaz. Y sedienta.

Sonríe, encantada con mi descenso a la locura. Es agradable olvidar el estrés de Big Mike, pero antes de que pueda deleitarme con mi pequeño acto de rebelión, la voz de Blake retumba en mi oído.

—Con dos es suficiente.

Giro la cabeza y *oh*. *Grave error*.

Está demasiado cerca. Lo suficientemente cerca como para que el aroma a cedro y algo oscuramente masculino me envuelva como una manta cálida y prohibida, desencadenando el recuerdo muy específico de despertarme con su aroma persistente la otra mañana.

Delicioso.

Levanto una ceja, desafiando su dura mirada. —¿Ahora vas a controlar lo que bebo?

Su boca se inclina de esa manera lenta y engreída que me hace querer besarlo o tirarle una copa a la cara.

—Solo cuido de ti.

Antes de que pueda responder, el camarero desliza nuestros cócteles sobre la barra. Un líquido rosa brillante se arremolina en copas altas, adornadas con una única cereza marrasquino y una hoja verde brillante de menta fresca.

Me quedo mirando la copa. —¿Qué coño es esta cosa de la mansión de ensueño de Barbie?

Natalie agarra la suya y la levanta en alto. —¡Por los Icehawks! ¡Victoriosos de nuevo!

Choco mi copa con la suya y doy un sorbo: dulce, afrutado, con el toque justo para calentarme la garganta.

—Ohhh, Dios mío… —murmuro, tomando otro gran sorbo—. Esto está peligrosamente bueno.

Blake exhala como un hombre que intenta invocar la paciencia desde las profundidades de su alma.

Natalie me da un codazo, moviendo las cejas. —Sabe a error a punto de cometerse.

Sonrío con suficiencia, tambaleándome ligeramente mientras apoyo una mano en la barra. La noche se vuelve borrosa entre risas cálidas y confusas, *una ronda más* se convierte en *solo una más después de esa*, y el mundo gira de una manera alarmantemente agradable.

Entonces, un tirón brusco en mi cintura me provoca una descarga de calor.

Parpadeo y encuentro la mano de Blake agarrando mi cintura, sujetándome con firmeza como si fuera puro instinto.

Su ceño fruncido es absolutamente abrasador. —Vale, ya es suficiente.

—Estoy bien. —Le doy un golpecito en el pecho. No es mi movimiento más inteligente, teniendo en cuenta que es como pinchar una losa de granito—. Venga, tómate algo con nosotras.

Aprieta la mandíbula. —Has terminado.

Me inclino más cerca, agitando mis largas pestañas hacia él, enganchando un dedo en el cuello de su camisa, dejando que mi voz baje un poco. —*Por favor*… por mí.

Sus ojos se desvían hacia mi boca, y por una fracción de segundo, creo que he ganado. La comisura de sus labios se contrae, y un calor familiar brilla detrás de esa mirada tormentosa.

Victoria.

Sonrío con arrogancia, volviéndome ya hacia el camarero. —Tomaremos…

Blake se estira por delante de mí, su ancho pecho rozando el mío mientras se inclina sobre la barra. —Para ella, a mitad de carga a partir de ahora.

Me quedo con la boca abierta.

El camarero asiente como si esto fuera un comportamiento completamente normal, cogiendo ya una botella nueva.

Natalie estalla en carcajadas a mi lado, literalmente doblándose por la mitad, golpeando la barra.

—Oh, Dios mío, *creíste*… —jadea entre carcajadas—. De verdad creíste… —Otro resuello—. ¡Que podías salirte con la tuya *coqueteando*!

Me vuelvo bruscamente hacia Blake, boquiabierta como un pez. —Eres un *absoluto* capullo.

Su sonrisa es pura y arrogante satisfacción. —Bébete tu cóctel aguado, cielo. Luego te llevo a casa.

Empujo mi copa hacia Blake con una fuerza innecesaria, frunciendo el ceño mientras me levanto de la barra. —No necesito que me hagas de niñera, Maddox.

Blake no se mueve. No parpadea. Solo me observa con esa expresión indescifrable, la que me retuerce el estómago y hace que mi clítoris palpite al recordar esa lengua y cómo la sentí contra mi sexo ardiente.

Natalie, que ya va por la tercera copa, suspira dramáticamente a mi lado. —Oh, Dios mío, deja que el hombre te lleve a casa, nena. Obviamente se muere de ganas.

Giro la cabeza hacia ella. —¿Perdona?

Sonríe, removiendo su bebida ya a medio terminar con la pajita. —Cariño, el hombre te ha estado observando como una cámara de seguridad toda la noche. Aprovéchalo.

Blake exhala bruscamente, pasándose una mano por el pelo, con aspecto de estar a punto de rezar pidiendo paciencia.

—No me muero de ganas de hacer nada —murmura—. Simplemente no me apetece tener que recogerte de la acera cuando inevitablemente te tropieces con esos malditos tacones.

—Oh, bueno, gracias por tu preocupación —suelto con acritud, cogiendo mi abrigo de la silla—. ¿Y si digo que no?

Sonríe, lenta y perezosamente, como si ya supiera que ha ganado.

—No lo harás.

Entrecierro los ojos. —Eres tan arrogante.

Se inclina, lo justo para que mi pulso dé un respingo. —Y tú estás piripi en un bar lleno de aficionados al hockey que ahora mismo te adoran. —Sus labios se contraen—. ¿Crees que saldrás de aquí sin dar una vuelta de honor?

Se me cae el alma a los pies. Porque, oh, Dios. Tiene razón.

—Está bien. Acompáñame a casa, *capitán Sobreprotector.*

Blake no se regodea. Tampoco le resta importancia. Simplemente se encoge de hombros.

—Buena elección, cielo.

Y entonces, sin previo aviso, su mano encuentra la curva de mi espalda, guiándome hacia la puerta, la multitud abriéndose paso a nuestro alrededor, murmurando y susurrando mientras su amado capitán se va con la chica del vídeo viral que de alguna manera me ha convertido en su nuevo sabor favorito.

Me quedo helada en el momento en que salimos del bar.

Porque su palma está caliente. Grande. Injustamente agradable y cómoda contra mi espalda.

No me desagrada.

Y ahora, todo lo que pienso es…

No puedo resistirme a él por más tiempo.

Capítulo Catorce

Blake

Qué bien sienta ganar.

Joder, *esta noche* sienta de maravilla.

El partido ha sido brutal, los Icehawks han luchado con uñas y dientes, ¿y ese último gol? Es el tipo de momento con el que sueñan los chavales a los que entreno cada semana.

El público volviéndose loco, los chicos abalanzándose sobre mí en el hielo... Ha sido el tipo de subidón que se te queda grabado, que te deja la adrenalina a flor de piel mucho después de que suene la bocina final.

Y entonces, en medio de todo aquello, la he visto a *ella*.

Le he lanzado ese beso. Pura adrenalina, descontrolada, la típica del subidón de después de una victoria.

Ahora…

Sophia se aferra a mi brazo como si yo fuera su escolta personal, riendo tontamente como si el aire de la noche estuviera lleno de burbujas de champán, y, *joder*, ya no sé qué demonios está pasando.

—Blake, eres tan…, tan… *alto*.

Por lo visto, el frío cortante de la noche ha activado en ella un nivel de embriaguez aún más impresionante, como una especie de

juguete de cuerda defectuoso al que le acabaran de dar cuerda a toda velocidad.

La miro. —No es ninguna primicia, Hart.

Me mira entornando los ojos como si yo fuera un acertijo que intenta resolver desesperadamente. —No, pero como que *superalto*. In… innecesa… innecesariamente alto. —Gesticula con una mano, tambaleándose un poco mientras se tropieza con la palabra, que tiene demasiadas sílabas para ella en este momento—. Demasiada altura.

—Es el ron el que habla por ti.

Pone un puchero. De verdad que *pone un puchero*. —No estoy borracha.

Enarco una ceja. —Claro. Venga, sigue andando.

—No lo estoy —insiste, lo que sería más convincente si no se estuviera tambaleando como un maldito arbolito en medio de un vendaval.

Las calles de Iron Ridge están tranquilas, espolvoreadas con nieve recién caída. Unas lucecitas parpadean en los escaparates, con sus suaves halos dorados iluminando los cristales cubiertos de escarcha. La fiesta de la Taberna Ridgeview sigue en pleno apogeo, con ristras de luces cálidas que cuelgan entre los edificios antiguos que la rodean, brillando contra el cielo nocturno.

A medida que nos alejamos del caos del bar de Eli, las risas siguen saliendo de la taberna, con el rumor de las celebraciones postpartido que se prolongan hasta altas horas de la madrugada.

Sophia, ajena a todo salvo a su *gravísimo* alegato contra mi altura, deja escapar un suspiro dramático. —¿Sabes cuál es tu problema, Maddox?

Ah, esta va a ser buena.

—Ilumíname.

Se tambalea. La sujeto sin pensar, mi mano se curva alrededor de su cintura mientras tropieza contra mi pecho.

Cálida. Suave. *Joder*.

Sus dedos se enroscan en mi manga, anclándose como si yo fuera la única cosa sólida en el mundo. Podría dar un paso atrás. Podría poner algo de distancia entre nosotros.

Pero no lo hago.

—Tu problema —dice, parpadeando mientras me mira, completamente inconsciente de que la estoy sujetando por la cintura con *demasiada* fuerza—, es que eres todo… —Gesticula vagamente con la mano—. *Grande y melancólico*.

Reprimo una carcajada. —¿Melancólico, eh? ¿De verdad?

—Mmm —murmura dándome un golpecito en el pecho—. Como un trágico vampiro jugador de hockey. Probablemente inmortal.

Vale, ahora sí que me río.

—¿Un *vampiro*?

Asiente solemnemente. —Ya sabes… *Misterioso*. Demasiado atractivo para tu propio bien.

Suelto una risa seca. —¿Has terminado?

—Nop. —Levanta la cabeza, más dramática que el demonio—. ¿Brillas a la luz del sol, Maddox?

Resoplo. —Por el amor de Dios, mujer.

Oh, sí que está *muy borracha*.

Niego con la cabeza, apretando un poco más el agarre en su cintura cuando vuelve a tambalearse. —Te lo juro, Sophia. Eres peor que Logan después de unos chupitos de tequila.

Jadea, horrorizada. —Me *ofendes*. Retira eso ahora mismo.

Sonrío con suficiencia. —Ni de coña.

Me fulmina con la mirada, con las mejillas sonrosadas por el frío, o por el alcohol. Probablemente por ambas cosas.

Los copos de nieve se le enredan en el pelo, y el resplandor de las farolas hace que sus ojos parezcan más grandes, más cálidos. Sigue agarrada a mi manga, todavía pegada a mí como si yo fuera lo único que la mantiene en pie.

Y por un segundo —un segundo estúpido e imprudente—, me olvido.

Me olvido de que quería que se fuera cuando apareció por primera vez en Iron Ridge, de que la veía como una simple trajeada corporativa que venía a arruinar *mi* equipo. Me olvido de que se supone que es territorio prohibido, de que es demasiado refinada, demasiado de ciudad, demasiado *no para mí*.

Porque ahora mismo, aquí fuera en el silencio, no es nada de eso.

Ahora mismo, es solo suave y adorable y me mira como si yo pudiera ser algo más que una china en su zapato.

Mis dedos se crispan en su cintura.

—¡Estás pensando en besarme! ¿A que sí?

Su voz es pura travesura y deleite, cortando de raíz cualquier momento que estuviera a punto de ocurrir.

Parpadeo, sacado de mis propias malditas cavilaciones.

Sonríe, balanceándose ligeramente. —¡Lo *estás*! ¡Oh, Dios mío, Blake, te *gusto*!

—No me gus…

—¡Venga, pues! —Frunce los labios de la forma más exagerada y ridícula posible, acercando su cara a la mía como en una mala caricatura—. Bésame. Híncame esos *colmillos*, grandullón, vampiro gruñón.

Por el amor de Dios.

Me paso una mano por la cara. —Guau. Simplemente… guau.

Ella se limita a reír tontamente, encantada de haberse conocido.

Y como no soy idiota, ni un hombre dispuesto a aprovecharse de una chica que actualmente se balancea en la delgada línea entre el puntillo y la cogorza total, le cojo la mano.

—Vamos, Drácula. Te llevo a casa antes de que te arrepientas de esta conversación para siempre.

Vuelve a tropezar cuando tiro de ella, y esta vez, cuando se agarra a mi brazo, ni siquiera me molesto en quitármela de encima.

El peso de Sophia se desplaza contra mi costado, su agarre en mi manga se tensa mientras giramos hacia su calle.

El mundo a nuestro alrededor está ahora quieto y silencioso, la fiesta en la Taberna Ridgeview no es más que un zumbido lejano. La nieve cae en suaves copos, espolvoreando las aceras adoquinadas y los viejos porches de madera que bordean la calle.

Por primera vez en toda la noche, no se ríe.

Suspira, su aliento formando una nube blanca en el aire frío. —¿Alguna vez sientes que, hagas lo que hagas, nunca es *suficiente*?

La pregunta me pilla por sorpresa.

Bajo la mirada, pero no me está mirando a mí. Tiene la vista fija en el frente, perdida, con las pestañas cargadas de algo que no es

solo alcohol.

—Sí —digo tras una pausa—. Conozco esa sensación.

Murmura un «Mmm». —Mi madre era agente deportiva. Una de las primeras agentes femeninas en entrar en las grandes ligas. —Sus dedos retuercen distraídamente la tela de mi manga, y me pregunto si se da cuenta de que lo está haciendo—. Se abrió paso a la fuerza en un mundo que no la quería allí. Que no la respetaba. Pero a ella le daba igual. *Hizo* que la respetaran.

Me quedo callado, dejándola hablar.

Exhala otro suave aliento empañado. —Solía decir: «*Soph, si quieres algo, no te quedes sentada esperando a que alguien te lo dé. Cógelo*». —Traga saliva—. Me pasé toda la vida viéndola luchar por un sitio en la mesa, pensando que si trabajaba lo suficiente, si me *demostraba* a mí misma lo que valía, yo también conseguiría uno.

Algo se me oprime en el pecho. El recuerdo de esa primera reunión de marketing me golpea como un gancho al hígado.

La ignoré sin pensarlo dos veces. No necesitaba a otra trajeada corporativa intentando decirnos cómo «interactuar con los fans» o cualquiera que fuera la palabra de moda esa semana.

Mientras yo patinaba sin prisas sobre un hielo impoluto, ella había estado luchando por ese sitio en la mesa; el mismo sitio que yo había descartado despreocupadamente porque podía.

Y lo peor de todo es que conozco esa sensación exacta.

Esa presión de ser más, de demostrar algo; no solo a ti mismo, sino a todos los demás.

Aprieta la mandíbula. —Pero, en cambio, la junta me trata como una especie de marioneta de relaciones públicas. Una distracción. —Resopla, negando con la cabeza—. Como ese vídeo que nos hicieron grabar juntos. Como si solo estuviera… *ocupando un espacio* hasta que venga alguien más cualificado, alguien *masculino*.

Ni siquiera me doy cuenta de que he dejado de andar hasta que ella también lo hace.

Se deja caer en los escalones de la entrada y da una palmadita en el espacio a su lado como una invitación.

En contra de mi buen juicio, me siento.

—¿Y sabes qué es lo peor? Soy buena en mi trabajo. Realmente buena. Pero a veces me pregunto si algo de eso importa cuando todo lo que ven es…

—Una amenaza.

Se vuelve hacia mí; la sorpresa, clara en su rostro.

—Eso es lo que ven —le digo, mirándola directamente a los ojos—. Me has estado tocando las narices desde que llegaste.

Ella levanta la vista, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas por el frío, y, *joder*, qué guapa está. Parpadea, con los labios ligeramente entreabiertos, como si quizá no se esperara eso de mí.

Por un segundo, se me queda mirando.

Luego, una lenta sonrisa se extiende por su cara, temblorosa pero real. —Blake Maddox, ¿estás siendo amable conmigo?

—No te acostumbres.

Apoya la cabeza en mi hombro, un gesto tan natural que nos pilla a los dos por sorpresa. Es instintivo, la forma en que mis músculos se tensan, la forma en que mi pulso se acelera.

Está cálida contra mí, su pelo cae sobre mi manga y el aroma a vainilla y cítricos me envuelve.

Huele a hogar.

A algo con lo que podría pasar el resto de mi maldita vida.

—Quieren que haga una entrevista. Con uno de los chicos de tu programa. —Sus palabras empiezan a arrastrarse—. No quería, pero Big Mike…

Frunzo el ceño. —¿Qué?

Sophia murmura un «Mmm», con la cabeza todavía apoyada en mi hombro, su cuerpo desplomándose sobre mí como si el peso de la noche finalmente la estuviera venciendo.

—La entrevista —murmura, con voz suave y somnolienta—. Mañana. La han organizado en… —Tiene un hipo y todo su cuerpo se sacude con la fuerza del mismo—. Oh, no me acuerdo dónde. En algún sitio.

Sigue adelante sin frenar, agitando una mano perezosamente, dejando mi cerebro dando vueltas.

—La cuestión es que mañana tengo que estar fresca como una… como una… como esa cosa que tiene una cola.

¿*Fresca como una lechuga*?

Casi sonrío, pero la confusión supera a la diversión.

¿*Una entrevista con uno de los chicos de mi programa*?

¿Por qué demonios organizaría Big Mike algo así? Y, lo que es más importante, ¿por qué no lo sabría *yo*? Sabía que iban a por el programa para atraer espectadores y toda esa mierda, pero ¿una entrevista? ¡¿Para qué?!

Se me hace un nudo en el estómago, mi cerebro funciona a toda máquina, uniendo las piezas de algo que no encaja del todo.

Pero entonces Sophia se mueve de nuevo, balanceándose precariamente en los escalones, su aliento empañando mi brazo. —¿Blake?

—¿Sí?

Levanta la cabeza, parpadeando mientras me mira, con las pestañas pesadas. —Eres muy… robusto.

—Y alto. Por lo visto. Venga, vamos a meterte dentro.

Sonríe, orgullosa de sí misma por alguna razón, y luego suelta otro hipo *fuerte* antes de inclinarse tanto hacia un lado que tengo que sujetarla. Otra vez.

—Vale, ya basta —mascullo, poniéndola en pie de un tirón.

—Pero…

—Nop. Para dentro, Hart.

Pone un puchero, pero no se resiste mientras la guío hacia la puerta, con la mente todavía dándole vueltas a lo que acaba de decir.

Una entrevista con uno de los chicos del programa juvenil. Mañana.

No tengo tiempo para procesarlo.

Ahora mismo, mi único objetivo es meter a Sophia en casa antes de que se desplome en el maldito escalón de la entrada.

Apenas consigo entrar en su apartamento cuando ella se gira y se apoya contra mí, con las manos planas sobre mi pecho como si acabara de recordar algo de vital importancia para nuestra supervivencia.

—Espera —dice en voz baja, en un susurro—. Podrías quedarte a dormir.

Me quedo quieto.

Sus dedos juegan con el cuello de mi chaqueta, su tacto es ligero como una pluma, pero peligroso. Luego, su mirada desciende. Solo un rápido vistazo a mi boca, pero, joder, es suficiente.

Aprieto la mandíbula. Mi autocontrol pende de un maldito hilo.

—Sophia. —Mi voz es grave. Una advertencia que ella ignora por completo.

Se acerca más, su aliento cálido contra mi piel. —Venga… Quédate conmigo. Por favor…

Niego con la cabeza. —Estás borracha, cariño. Y mañana tienes que levantarte temprano.

Por lo visto, tienes que hacer una especie de entrevista.

—Estoy cachonda, *cariño* —bromea, con una voz que es pura seda y whisky.

Aprieto los dientes. —Creo que tienes que irte a la cama.

Sus manos se aferran a mi chaqueta. —Ven *conmigo*.

Quiero hacerlo. Dios, *quiero hacerlo*.

Huele a ese maldito cóctel —dulce, fresco, embriagador— y, por medio segundo, me permito imaginarlo. Solo una maldita probada. Una presión de mis labios contra los suyos.

Mi frente cae sobre la suya antes de que pueda evitarlo, mi agarre en sus caderas amenaza con romperse mientras lucho contra la imposible atracción que ejerce sobre mí.

Quiero inclinar su barbilla, reclamar esa boca inteligente y burlona, hacerla callar de la única manera que sé que funcionará de verdad.

Pero está borracha.

Está cálida y tambaleante y apenas se mantiene en pie, sus pestañas revoloteando como si el peso de la noche finalmente la estuviera arrastrando.

Y entonces, justo cuando me preparo para otra ronda tortuosa de sus interminables y malditas burlas, todo su cuerpo se afloja.

—Joder, mujer… —mascullo, moviéndome rápido para pasar un brazo por debajo de sus rodillas.

Murmura algo completamente incoherente contra mi pecho, medio dormida antes incluso de que cruce el apartamento hacia lo que supongo que es su dormitorio.

Unas mantas suaves y mullidas están enredadas en una cama enorme, del tipo que te hace querer hundirte en ella y no levantarte nunca. Hay un libro a medio leer en la mesilla de noche, con el lomo agrietado, y a su lado una taza de café con un ligerísimo cerco de caramelo seco en el fondo.

Unas lucecitas cuelgan por la ventana, parpadeando suavemente contra la nieve de fuera. Una manta de felpa está tirada a los pies de la cama, con aspecto de muy usada, y un único tacón ha sido pateado bajo el borde de la cómoda, como si una noche hubiera llegado a casa con prisa y nunca se hubiera molestado en moverlo.

No es nada extravagante. Nada de una pez gordo de ciudad.

Es cálido. Suave. *Suyo.*

La deposito con cuidado en el colchón y la arropo con las mantas, con el pulso todavía martilleándome en la garganta.

Debería estar inconsciente. *Debería* estar roncando. *Debería* estar dándome un maldito respiro.

En lugar de eso, me agarra la muñeca y tira.

Mi cuerpo la sigue antes de que pueda evitarlo, mis rodillas golpean el borde de la cama mientras ella abre un ojo y murmura: —Háblame.

Frunzo el ceño. —¿De qué?

Suspira, estirándose, poniéndose cómoda bajo las mantas. —De cualquier cosa. Me gusta tu voz.

Se me escapa una risa divertida. —¿Ah, sí?

—Mmm. —Su voz es suave, somnolienta—. Cuéntame sobre tu infancia. Háblame de Eli. Parecéis muy unidos.

Me reclino contra el cabecero, exhalando. —¿De verdad quieres oír hablar de eso?

—Quiero saberlo *todo* sobre ti.

—Todo, ¿eh?

Se revuelve entre las mantas, acurrucándose y calentándose mientras su cara descansa demasiado cerca de mi regazo para que yo esté cómodo.

Empiezo a hablarle del colegio, abriéndome paso lentamente hasta la parte más dura de mi vida.

—Iron Ridge era diferente entonces —murmuro, con la voz baja en la penumbra—. Más duro. Mi madre tenía tres trabajos solo para mantener las luces encendidas. Pasaba la mayor parte del tiempo en la pista de hielo porque…, bueno, porque la mitad del tiempo no teníamos calefacción, y al menos la pista tenía agua caliente.

Sus dedos se crispan, apenas rozando los míos.

Bajo la mirada.

Sigue despierta, a duras penas, con los ojos suaves y pesados, los labios ligeramente entreabiertos de esa manera de *casi*.

Sigo hablando.

—Empecé a meterme en peleas. A portarme mal. Toda esa mierda que te etiqueta como un chaval problemático. —Trago saliva—. Luego, un día, estoy ahí fuera con un palo de hockey de mierda que encontré en la basura de alguien. Solo golpeando piedras sobre el hielo, fingiendo que eran discos.

Sophia murmura un «Mmm», su aliento cálido contra mi brazo.

Debería parar. Se está quedando dormida. Desvaneciéndose.

Pero, de alguna manera, eso solo hace que sea más fácil seguir hablando.

—Eli me encontró allí. Me observó durante un rato. Luego me hizo un trato: podía unirme a su programa juvenil si mantenía mis notas y ayudaba a mantener la pista todos los días después del colegio.

Mi voz se vuelve más grave. —Lo cambió todo. Me dio un lugar al que pertenecer. Era alguien a quien le importaba una mierda.

Miro a Sophia.

Ahora está dormida, su rostro suave y pacífico, su respiración lenta y constante.

Exhalo lentamente, observándola. La forma en que su pelo se derrama sobre la almohada. Cómo sus labios se entreabren ligeramente con cada respiración. Cómo sus dedos siguen enredados en los míos.

Con una sonrisa, la suelto y salgo de la cama, volviendo a taparla con las mantas. Dando un paso atrás hacia la puerta, apago la luz y respiro hondo.

Una entrevista con uno de los chicos. Mañana.
Tengo que hablar con ella sobre eso. Sobre *todo*.
Pero por ahora…
Apago la luz y salgo al tranquilo pasillo, exhalando con fuerza.
Joder. Estoy metido en un buen lío con esta mujer.

Capítulo Quince

Sophia

En el instante en que mi consciencia emerge a la superficie, sé una cosa con certeza.

Me estoy muriendo.

Siento como si me hubieran sacado los ojos, los hubieran pisoteado y me los hubieran vuelto a meter del revés. La boca me sabe a arrepentimiento. El estómago se me revuelve al recordar ese extraño chupito de hockey del infierno y los múltiples cócteles rosas que, definitivamente, no necesitaba después.

Gimo, dándome la vuelta, totalmente preparada para morir en esta cama, pero mi nariz choca con algo *inesperado*.

Frunzo el ceño y abro un ojo; la tenue luz de la mañana que se filtra por las cortinas es suficiente para revelar el contenido de mi mesita de noche.

Y, vaya.

Algo huele bien.

Pero que *muy* bien.

Parpadeo, mirando la mesita con la vista aún borrosa. Al principio, supongo que estoy alucinando. Porque no hay ni una puñetera posibilidad de que lo que estoy viendo sea real.

Me incorporo demasiado deprisa. —Mierda, mala idea, mala idea.

El cerebro se me estrella contra el cráneo y aprieto los ojos con fuerza. Pero me obligo a concentrarme porque ¿esto? Esto merece toda mi *atención*.

Un detallado, exagerado y demasiado perfecto para ser casualidad lote de supervivencia reposa en mi mesita de noche. Hay un termo de café, claramente del Summit Café, que aún está caliente cuando lo cojo.

A su lado, hay un cruasán de chocolate cuidadosamente envuelto en papel de horno y atado con un lazo de cordel, como si fuera una especie de delicia artesanal reservada solo para auténticas chicas francesas.

Tomo un sorbo de café y trago a pesar del ardor en la garganta. Dios. ¿Cuánto bebí anoche?

Por suerte para mí, hay un vaso de agua *enorme* colocado con precisión junto a dos analgésicos, como si lo hubiera puesto en mi mesita de noche el puñetero ángel de la guarda de las resacas.

Pero, espera… hay una nota.

La miro fijamente un segundo, con el corazón martilleándome en el pecho. Cojo la pequeña nota con dedos temblorosos; el papel es grueso y tiene una letra desordenada por fuera.

Hablas en sueños, Hart. Y roncas. Sí que lo haces. SÍ que lo haces.

Bébete el agua. Tómate los analgésicos.

Y no hagas el ridículo en la entrevista de hoy.

-Blake

Suelto el aire bruscamente, apretando los labios mientras contemplo la nota que tengo en la mano.

Por supuesto, Blake Maddox no puede limitarse a ser dulce. También tiene que hacerlo de mala gana.

Tiene que insultarme mientras me cuida, como si le doliera hacer algo tan considerado. Como si no pudiera dejar el café y el cruasán sin asegurarse de que sé que, en su opinión, ronco como una motosierra.

Pero, a mi pesar, mis labios se curvan.

Porque esto… Esto es ridículo.

Me cuidó anoche. Y ahora, sigue haciéndolo esta mañana. No porque tuviera que hacerlo, sino porque quizá, solo quizá, *quería*.

La revelación cala hondo en mi pecho mientras cojo el termo, quito la tapa e inspiro profundamente.

En cuanto el aroma a café recién hecho me llega a la nariz, mis hombros se relajan y mi dolor de cabeza deja de martillear por un dulce y dichoso momento. Es del Summit Café, que se está convirtiendo rápidamente en mi café favorito del mundo.

Lo ha pedido exactamente como me gusta y tomo un sorbo. Un gemido bajo e involuntario escapa de mis labios.

Benditos seáis, dioses de la cafeína.

El calor se extiende por mi cuerpo al instante, aliviando el filo de mi resaca. Si esto es lo que significa tener una resaca brutal en Iron Ridge, puede que empiece a beber más a menudo.

Aún sonriendo, cojo el móvil, lista para enviarle a Blake algún tipo de agradecimiento. Probablemente algo sarcástico, solo para quitarle hierro al asunto. Porque me niego en rotundo a procesar lo que sea que *esto* signifique.

Pero en cuanto toco la pantalla, me quedo helada.

Tengo un aluvión de notificaciones.

Cientos.

Mensajes. Llamadas perdidas. Correos electrónicos. Las redes sociales explotando como los fuegos artificiales del cuatro de julio.

Entonces mis ojos se fijan en la hora en la esquina de la pantalla y escupo un sorbo de café por todo mi edredón nuevo.

—¡Joder! ¡Llego tarde!



Entro corriendo a la sala de entrevistas del Icehawk Stadium, con el pelo aún húmedo de mi ducha de récord mundial. La blusa está ligeramente mal abotonada y estoy segura de que uno de mis tacones está a punto de romperse…

Pero estoy aquí. A tiempo.

El equipo de producción bulle a mi alrededor, montando luces y micrófonos mientras Greg se afana con los ángulos de las cámaras.

—¡Ahí está! —La profunda voz de Big Mike resuena por toda la sala—. Nuestro fenómeno viral.

Me detengo, con la espalda rígida. —Siento llegar tarde. Estaba terminando la documentación del programa juvenil que me pidió...

Por no mencionar que la cabeza todavía me está *matando*.

—Oh, no se preocupe por eso ahora —dice Greg, desestimando con un gesto la carpeta que tengo en las manos—. Tenemos planes más importantes.

Siento un nudo en el estómago al fijarme en la disposición de las cámaras. Tres ángulos apuntando a las sillas de la entrevista, ninguno enfocado donde se sentará el jugador juvenil.

—Eh, ¿por qué...?

—La respuesta a ese vídeo patinando fue increíble —dice Big Mike, mostrándome su móvil e interrumpiéndome sin siquiera darse cuenta—. Aquí hay un filón. La interacción está por las nubes. La sección de comentarios se ha vuelto loca especulando sobre usted y Blake.

—Y entonces ese cabrón va y echa más leña al fuego lanzándole un beso —se ríe Greg, sonriendo—. Un clásico de Maddox.

—Ese no era el objetivo de...

—Sophia, escuche. Tenemos que aprovechar este impulso —interrumpe Big Mike—. Más contenido de usted y Blake. Cosas de entre bastidores. De ahora en adelante, viajará con el equipo, hará entrevistas... todo ese rollo.

—¿Viajar con el equipo? —Parpadeo—. ¿Qué hay de mis iniciativas de marketing? ¿Los programas de alcance comunitario de los que le hablé?

Big Mike me da una palmada en el hombro. —¡Esto *es* marketing, Sophia! Los fans la adoran. Es cercana, es un soplo de aire fresco… es exactamente lo que necesitamos ahora mismo.

Los miro a ambos, mientras la realidad me cae como un jarro de agua fría. No les importa mi experiencia ni mis planes para la transformación digital.

Solo quieren pasearme como si fuera una especie de Kardashian del hockey.

Ni siquiera he mirado el móvil esta mañana, pero la forma en que se ilumina cada pocos segundos me dice todo lo que necesito saber.

Aprieto la mandíbula mientras veo al equipo técnico ajustar una luz más para que dé en mi «mejor ángulo». Todo por lo que he trabajado, reducido a esto: ser la cara bonita que pueden usar para aumentar la interacción.

He pasado toda mi carrera demostrando que soy más que una mujer que trabaja en el mundo del deporte. Un título de Northwestern, campañas innovadoras, innumerables noches en vela perfeccionando propuestas... ¿y para qué me sirve? Para tener la oportunidad de ser la versión de los Icehawks de una influencer porque se me ocurrió caerme de culo delante de su capitán.

Mi teléfono vuelve a vibrar, probablemente otra notificación sobre el maldito vídeo. Cada aviso se siente como otro clavo en el ataúd de mi credibilidad profesional.

La documentación del programa juvenil que tengo en las manos —mi trabajo real, mi visión de un contenido con sentido— bien podrían ser páginas en blanco ahora.

—Empezaremos con algunos planos de reacción —dice Greg, señalando la silla—. Solo sonría y ponga cara de… ya sabe, *cercana*.

Cercana. Claro. Porque para eso fui a la escuela de negocios.

Pero mantengo una expresión neutra. Años viendo a mi madre moverse en este mundo me enseñaron cuándo elegir mis batallas.

—De acuerdo —digo, alisándome la falda—. ¿Dónde está el chico? Hagamos la entrevista.

Me acomodo en la silla de entrevistas mientras Jackson Maze, de trece años, se remueve nervioso a mi lado, con su camiseta de entrenamiento de los Icehawks un poco demasiado grande para su cuerpo larguirucho. Sus rizos oscuros asoman por debajo de una gorra del equipo muy gastada que parece haber sido firmada por todo el vestuario.

El pobre chaval está tan nervioso como yo. No para de mirar a las cámaras y de hurgarse las palmas de las manos.

—Tú haz como si no estuvieran ahí —le digo en voz baja, intentando poner mi sonrisa más tranquilizadora.

Pero algo me reconcome en mi confusa memoria de anoche. Una especie de destello en mi cerebro, medio enterrado bajo la niebla de un cóctel de más.

La voz de Blake, grave e íntima en la oscuridad de mi dormitorio…

El recuerdo me golpea con *fuerza*.

Blake me arropó en la cama. Lo recuerdo ahora.

Su voz profunda había tejido historias sobre su infancia en Iron Ridge mientras yo me acurrucaba contra él, esforzándome al máximo por mantenerme despierta solo para escucharle.

No eran historias *cualquiera*; eran sobre cómo él había sido *ese* niño, igual que Jackson. Un chico peleón del lado equivocado de la ciudad, metiéndose en peleas, con la ira consumiéndolo hasta que el hockey le dio un propósito.

Eli me encontró usando un palo de hockey roto…

Limpiar la pista, mantener buenas notas…

Vuelvo a mirar a Jackson, viéndolo bajo una nueva luz. La forma en que se comporta —orgulloso pero a la defensiva, como si esperara que alguien le dijera que no pertenece a ese lugar—. Igual que debió de sentirse Blake a su edad.

Algo se me asienta pesadamente en el estómago.

Y no creo que sea la resaca que vuelve a hacer acto de presencia.

Miro las cámaras. A Greg, frotándose las manos como un genio malvado ante la idea de que se avecina otro momento viral.

—¿Lista? —pregunta Greg desde detrás de la cámara, con los ojos ya mostrando símbolos de dólar.

No. No estoy lista en absoluto. No ahora que por fin entiendo lo que este programa significa de verdad, lo que Blake ha estado intentando decirme todo este tiempo.

Y entonces, como si lo hubiera invocado con pura fuerza de voluntad caótica, la puerta de la sala de entrevistas se abre de golpe con demasiada fuerza.

Blake Maddox entra con paso decidido, todo dominación y autoridad imponentes, su presencia absorbiendo de inmediato el aire de la sala.

El equipo deja de moverse. A Greg se le abre la boca como a un adolescente deslumbrado por su ídolo. Jackson prácticamente vibra de emoción.

¿Y yo?

Tengo pensamientos muy inoportunos sobre lo estúpidamente bueno que está ahora mismo, aunque al principio no me mira.

Su mirada se dirige directamente a Jackson, su expresión se suaviza de esa manera que hace que mi estómago haga cosas muy inoportunas.

—Tienes buena pinta, chaval.

Jackson prácticamente *resplandece* bajo el elogio de su héroe.

Pero cuando los ojos de Blake se clavan en mí, se vuelven de acero.

La cabeza me palpita, pero a través de la neblina de la resaca, se filtran más fragmentos de la conversación de anoche.

Y entonces… caigo en la cuenta.

Me enderezo, una decisión repentina cristalizando dentro del caos revuelto que es mi cabeza esta mañana.

Si quiero mantener a la junta directiva alejada del programa de Blake, necesito darles algo mejor. Algo a lo que no puedan resistirse.

Y tengo justo lo que necesito.

—¡Ah, Blake! Me alegro mucho de que estés aquí, ¿por qué no te unes a nosotros?

—¿Qué? —Prácticamente me escupe la palabra.

Se acabó el «lote de supervivencia».

—Ven, siéntate. —Doy una palmadita en la silla junto a Jackson, cuya cara se ilumina ante la sugerencia—. Comparte lo que el programa juvenil significa para ti.

Blake avanza con paso amenazador, su voz bajando a un susurro peligroso. —¿Qué coño estás haciendo?

Le dedico mi sonrisa más dulce, plenamente consciente de que cada cámara en la sala está capturando este momento con una gloriosa alta definición. Solo por un momento, esto no va de relaciones públicas. Va de asegurarse de que la junta directiva deje de fijarse en sus chicos y empiece a fijarse en él.

—Oh, ya sabes… —pestañeo para darle más efecto—. Simplemente contando una historia mejor.

Puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de que está atrapado.

Y Dios, es glorioso.

—Sophia... —La advertencia en su tono podría congelar el infierno.

—¿Por favor, Blake? —interviene Jackson—. Nunca hablas de cuando empezaste a jugar.

El rostro de Blake pasa por la furia, el pánico y la resignación antes de posarse en una rabia apenas contenida mientras se deja caer en la silla, fulminándome con la mirada.

Puede que vuelva a odiarme. Después de que anoche por fin pareciéramos dar algunos pasos adelante, aquí estamos de nuevo.

Pero pronto le demostraré *por qué* estoy haciendo todo esto.

Lo entenderá.

Hago una seña al cámara, que ha girado una de las cámaras para apuntar a Blake y Jackson ahora. Greg está prácticamente dando volteretas de la emoción.

Bien. Este no será el reportaje de relaciones públicas edulcorado que querían, pero podría ser algo mucho más importante.

Los nudillos de Blake se vuelven blancos en el reposabrazos. —Te arrepentirás de esto, Sophia.

O voy a ser un genio o una mujer muerta andante.

Porque con Blake no hay término medio.

—Ya veremos. Empecemos.

Capítulo Dieciséis

Blake

En cuanto Greg se calla y me deja marchar después de la entrevista, irrumpo en el despacho de Sophia y la puerta se estrella contra la pared con un golpe satisfactorio.

Todavía me hierve la sangre por esa entrevista trampa con Jackson. Esa en la que me han obligado a responder a preguntas que no había respondido jamás en la vida.

Y todo por *su* culpa.

—¿Qué coño ha sido eso?

Sophia levanta la vista de su escritorio, sin inmutarse lo más mínimo. No parece sobresaltada, no parpadea, ni siquiera tiene la decencia de parecer remotamente culpable después de la que acaba de liar.

El sol radiante de la mañana que entra por la ventana resalta los reflejos dorados de su pelo y, joder, lleva esa blusa de seda color crema con un escote que…

No.

Céntrate en el cabreo.

—La junta quiere un empujón de relaciones públicas. Quieren una estrella.

Su voz es tranquila, profesional. Parece tan malditamente satisfecha de sí misma, como si estuviera presentando unas

diapositivas en una reunión de marketing, no explicando por qué me acaban de tender una emboscada para una entrevista a corazón abierto sobre el trauma de mi infancia delante de todo internet.

—Entonces, ¿por qué estaba yo en esa sala? —apoyo las manos en su escritorio, inclinándome hacia delante, obligándola a ver lo jodidamente furioso que estoy—. ¿Por qué me he enterado de esta maldita entrevista y me la he encontrado por pura casualidad?

Una sonrisita asoma en la comisura de sus labios. —Blake…

Eso es todo. Solo mi nombre. ¿Pero la forma en que lo dice? ¿En voz baja, burlona, impregnada de algo que se desliza bajo mi piel como una mezcla de miel tibia y gasolina?

Aprieto con más fuerza el borde del escritorio, con los nudillos blancos, porque si no lo hago, podría perder la cabeza de verdad.

Se levanta, alisándose la falda de tubo, y joder…, no debería estar mirándola, pero lo hago.

La tela se le pega, resaltando cada una de sus malditas curvas, y juro por Dios que sabe exactamente lo que me está haciendo.

—¿Has terminado de fulminarme con la mirada? —pregunta, rodeando su escritorio, con la diversión aún brillando en su expresión demasiado satisfecha—. ¿O estás listo para escucharme?

No contesto.

Porque no me fío de que mi boca no haga alguna estupidez.

Es obvio que ha encontrado el paquete que le he dejado esta mañana.

Me pregunto si el café todavía estaba caliente cuando se ha despertado, si el cruasán de chocolate le ha ayudado con la resaca que sé que debía de tener.

Joder… El recuerdo de sus desvaríos de borracha medio dormida de anoche. La forma en que me miró, me suplicó que me quedara, que la abrazara y la besara.

Mierda. Amenaza con ablandar mi determinación.

—Has cruzado una línea hoy, Sophia —la obligo a apartar la mirada. Tengo que hacerlo—. No tenías ningún derecho a…

—¿Has terminado de fulminarme con la mirada? —pregunta, rodeando su escritorio—. ¿O estás listo para escucharme?

Sophia se acerca más y sus dedos juguetean con el cuello de mi camisa. El ligero contacto me envía una descarga eléctrica por la columna vertebral, y tengo que luchar contra el impulso de cogerle la mano y atraerla aún más hacia mí.

El familiar aroma de su perfume, ese toque de algo ligero y caro que he llegado a asociar con reuniones de la junta y discusiones acaloradas… ahora me afecta de otra manera.

—¿Quién es la superestrella del equipo, Blake?

Su aliento me abanica la garganta, caliente y peligroso, mientras yo sigo ahí de pie intentando luchar contra el instinto de agarrarla, de estamparla contra la superficie más cercana.

Me encojo de hombros, tratando de mantener una mínima apariencia de control. —Dímelo tú, Sophia.

Sus dedos se enganchan en mi cuello, dándole un tirón lento y deliberado. Sus uñas me rozan la garganta, apenas, el raspado es suficiente para enviar una sacudida aguda y caliente directa por mi columna vertebral hasta mi polla.

—Tú —susurra, sus labios rozándome ahora la mandíbula, su aliento abrasador contra mi pulso—. Tú eres la estrella, Blake. Y ahora, el foco está en ti, no en tu programa. Eso es lo que quieres, ¿no?

Mi cuerpo se paraliza.

Una parte de mí, en algún lugar profundo, enterrada bajo la necesidad que me araña el pecho, registra lo que está diciendo.

Trago saliva, mi determinación ya empieza a desmoronarse. —¿Qué estás haciendo, Sophia?

Murmura entre dientes, apretándose más, hasta que su cuerpo suave y cálido queda pegado al mío, hasta que puedo sentir los duros picos de sus pezones a través de su blusa, presionando contra mi pecho.

Sus uñas se deslizan por mi camisa, lentas, tentadoras, trazando cada músculo, cada hendidura, hasta que apoya la palma de su mano justo sobre mi estómago, sus dedos extendiéndose más abajo.

¿Su voz? Un puto ronroneo. —Te estoy dando lo que quieres, Blake. Lo que ambos queremos.

Cada caricia, cada puto aliento, un desafío. Un empuje lento y despiadado contra los límites de mi control cuidadosamente construido.

Está jugando al mismo juego que anoche.

Solo que ahora no hay nada que nuble su intención. Ni alcohol, ni palabras a medio pronunciar.

Ella quiere esto.

Y joder, yo también.

Su aliento roza mi mandíbula, luego baja, hasta que presiona un beso lento y con la boca abierta justo debajo de mi oreja.

Aprieto los puños. —Sophia.

—Es difícil pensar con claridad, ¿verdad? —su lengua chasquea contra mi piel. Provocadora. Saboreando—. De eso se trata, ¿sabes? Toda esta tensión, todas las peleas… cuando podríamos simplemente… *sentir.*

Su mano baja más, deslizándose por mi pecho, dejando un rastro de fuego a su paso, hasta que su palma ahueca mi polla a través de mis vaqueros.

Un gemido áspero y entrecortado se me escapa de la garganta antes de que pueda evitarlo.

Exhalo bruscamente, apenas aguantando. —¿No estás borracha?

Se inclina, su boca flotando sobre la mía, su lengua moviéndose justo sobre mis labios, lo suficiente para saborear, para provocar, para destrozarme por completo.

—No, Blake —suspira, su voz goteando pecado—. No lo estoy.

Sus dedos presionan con más fuerza, amoldándose a la gruesa longitud de mi polla mientras empieza a acariciarla, haciendo que apriete la mandíbula y que mi control se rompa hilo a puto hilo.

—¿Significa eso que ahora conseguiré lo que quiero? —susurra, burlona, sabiendo exactamente lo mucho que me está presionando —. ¿O debería esperar otra cesta de magdalenas en mi escritorio más tarde?

No pienso.

Actúo.

En un segundo, estoy estampando mi boca contra la suya, haciendo que se calle la puta boca durante dos malditos segundos, y

al siguiente, tengo dos puñados de sus caderas, haciéndola girar tan rápido que jadea, sus palmas golpeando el escritorio para sujetarse mientras la inclino sobre él.

Su culo se presiona contra mi polla, su calor abrasándome a través de mis vaqueros, y suelto un aliento ronco y entrecortado, con el pulso a mil por hora.

—Te vas a meter en un puto lío muy gordo, Sophia Hart.

Mis manos se deslizan por sus muslos, su cara presionada con fuerza contra una pila de carpetas en su escritorio. Tiro de ella hacia mí, dejándole sentir exactamente lo que me ha hecho.

—¿Sabes lo mucho que tuve que luchar para no darte esto anoche? —gruño, mi boca flotando sobre la piel suave y sensible de su cuello.

Ella mueve el culo contra mí, frotándose, su respiración acelerándose.

—Quizá deberías haberte rendido —susurra, inclinando la cabeza, dándome acceso mientras sus dedos se aferran al borde del escritorio.

—Quizá deberías dejar de ser tan jodidamente pesada.

Mi palma cae sobre su culo, el agudo *chasquido* llenando la habitación mientras ella jadea. *Joder.* El sonido prácticamente gotea de su boca, un gemido tan entrecortado, tan jodidamente sexi, que casi pierdo los estribos allí mismo.

—Ah. Te gusta eso, ¿verdad? —mi voz es áspera, medio gemido mientras calmo el escozor de su culo con la palma de mi mano.

Luego le doy otro azote.

Sophia ahoga su grito con el brazo, meneando las caderas lo justo para volverme loco. —Dímelo tú, Blake. ¿Me ha gustado?

Joder.

La agarro por el pelo, tirando hacia atrás, haciendo que arquee la espalda mientras pierde el control de su respiración. Su columna se curva perfectamente, su culo apretándose contra mi polla como si estuviera jodidamente hecha para esto.

Sus labios se separan, un gemido apenas contenido subiendo por su garganta, y joder, la necesito.

Me abro el cinturón de un tirón, aún agarrando su pelo con fuerza, mi cremallera sonando fuerte en el silencio de su despacho. Mi polla sale disparada, dura y ya palpitando, ya *doliendo,* desesperada por ella mientras le suelto el pelo y la empujo por la espalda, enviándola de nuevo a inclinarse sobre el escritorio.

Al caer de rodillas detrás de ella… las veo.

Sus bragas.

De encaje rojo.

Con un recorte en forma de corazón, *justo sobre su puto coño*.

—Planeaste esto —digo con voz ronca, agarrando la delicada tela, mis nudillos tensándose mientras doy un tirón al encaje, disfrutando de la forma en que su respiración se entrecorta cuando se aprieta sobre su clítoris.

Ella se ríe, en voz baja y entrecortada, sus manos agarrando el escritorio, su culo meciéndose contra mí como si me estuviera desafiando a perder el control.

—¿Lo hice, Blake? ¿Crees que yo te haría algo así?

Gruño y niego con la cabeza, agarrando sus bragas y arrancándoselas de un tirón seco. Se parten en dos, y dejo que la tela caiga al suelo de su despacho, olvidada y arruinada para siempre.

—Creo que has estado haciendo todo lo posible por llegar a mí —me arrodillo, mis manos abriendo su culo de par en par, mis pulgares presionando la suave carne de sus nalgas, exponiendo por completo su apretado agujero y su coño húmedo—. Y ahora que te tengo en mis manos, Sophia, no te voy a soltar nunca, joder.

Me inclino y su aroma me golpea como una droga. Embriagador. Intoxicante. Jodidamente dulce.

Gimo contra su piel, mis labios flotando, mi lengua saliendo, provocando el espacio justo antes de donde más me necesita.

Se mueve, necesitada, impaciente, y yo sonrío contra su muslo.

Deslizo mi pulgar a lo largo de sus pliegues resbaladizos, un gruñido retumbando en lo profundo de mi pecho.

—Estás jodidamente empapada, Sophia. ¿Todo esto es para mí? —no espero una respuesta, rodeando su clítoris con un toque ligero como una pluma, haciéndola retorcerse—. Mírate, inclinada sobre tu

escritorio como una pequeña zorra corporativa, desesperada por mi tacto.

Ella gime, empujando hacia atrás contra mi mano, ansiosa por más. —Sí. Para ti.

Me río, en voz baja y oscura, retirando mi mano lo suficiente para hacerla gemir.

—Pequeña avariciosa, ¿eh?

Presiono un último beso justo contra su clítoris, mi lengua moviéndose lo justo para hacerla dar un respingo hacia delante, un gemido ahogado escapando de sus labios.

Entonces le doy lo que quiere.

La *devoro*.

—Esto es mío ahora, Sophia. Cada centímetro de ti es mío.

Se lo doy. Lametones largos y lentos, mi lengua deslizándose desde la raja hasta el clítoris, lamiendo cada puta gota de sus jugos frescos, mis manos abriendo su culo más, sujetándola firme mientras ella se restriega contra mi boca, gimiendo y apretándose contra el escritorio.

Sus caderas se sacuden, sus muslos se aprietan, una súplica desesperada escapa de sus labios.

—Blake… Oh… Joder, qué bien *sientas*.

Muevo la lengua con más fuerza, enroscándola alrededor de su clítoris, chupando lo suficiente para hacerla gritar.

Necesito que se corra en mi boca.

Gimo contra ella, la vibración la lleva al límite, su gemido agudo y frenético. *Ahí está.* Todo su puto cuerpo se tensa y en un solo movimiento, me levanto, agarrando mi polla y empujándola hacia su agujero húmedo, el olor de su orgasmo goteando en mi cara.

—No tienes ni idea de lo que acabas de empezar, Sophia —me limpio la boca con el dorso de la mano—. Ahora que te tengo, no te voy a dejar nunca.

La agarro con fuerza y embisto a Sophia por detrás, mis manos agarrando sus caderas mientras veo su pálido culo rebotar contra mí.

La visión de mi polla desapareciendo en su coño es suficiente para volverme loco, pero es la forma en que ella me aprieta, tirando de

mí más adentro, lo que me tiene al borde.

Ella gime, empujando hacia atrás contra mí, respondiendo a cada embestida con una demanda codiciosa de más.

Puedo sentir que se está acercando de nuevo, su cuerpo tensándose, su coño empapado, resbaladizo y húmedo contra mi dureza. Me estiro, encuentro su clítoris y lo rodeo con mis dedos, presionando lo justo para hacerla llegar al límite.

—Eso es, Sophia —susurro, mi voz ronca por la necesidad mientras le froto el clítoris—. Déjame sentir cómo te corres por toda mi polla.

Se corre con un grito desgarrador, su puto coño apretándose con fuerza a mi alrededor, arrastrándome a través del orgasmo con ella.

—¡Joder! —la embisto una última vez, manteniéndome profundo mientras me corro, desatando chorro tras chorro de semen dentro de ella.

Doy un paso atrás, jadeando sin aliento. La visión de mi semen blanco y pegajoso goteando de su agujero me provoca algo primario, algo que siento como si un fuego en mi corazón acabara de encenderse.

Se vuelve para mirarme, sus ojos vidriosos de satisfacción.

—Por fin —dice, con una sonrisa burlona en sus labios—. Me has tenido toda la noche esperando por eso.

Me subo los vaqueros, todavía con la respiración entrecortada.

—¿Era este tu plan desde el principio? —pregunto, observándola enderezar su blusa, girando su falda al mismo tiempo—. ¿El programa juvenil, todo?

Ella sonríe, una curva lenta y seductora en sus labios. —No. Se me ocurrió en el momento. Pero, Blake, nada en los Icehawks es más grande que tú. Y ahora que te tienen a ti como su centro de atención, a *nosotros* como su centro de atención, dejarán en paz a esos chicos. Eso lo sé a ciencia cierta.

Nuestras miradas se cruzan.

Esto ha sido más que solo sexo.

Ha sido Sophia entregándose a mí, dejándome entrar en su mundo, obligándome a confiar en ella y finalmente consiguiendo que

renuncie a parte del control que he mantenido demasiado cerca durante demasiado tiempo.

—Tú los proteges a ellos, Blake. Y yo te protegeré a ti.

Capítulo Diecisiete

Blake

¿Lo que nadie te cuenta sobre ceder por fin a algo a lo que llevas resistiéndote demasiado tiempo?

Que lo cambia *todo*.

Estoy comprobando mi tarjeta de embarque cuando un movimiento en la entrada de la terminal me llama la atención. El tiempo parece balancearse, ralentizándose jodidamente mientras Sophia se desliza por las puertas correderas, con su pelo rubio atrapando la luz del sol matutino que entra por los ventanales.

Lleva uno de esos trajes de chaqueta que hacen que sus curvas sean irresistibles. Es de color gris marengo y está perfectamente entallado para ceñirse a cada una de ellas. Sus tacones repiquetean contra el suelo de baldosas a cada paso decidido.

Con solo una mirada a sus brillantes ojos avellana, lo sé: esa mujer sabe perfectamente lo que me provoca.

Pero yo sé lo que hay debajo. Sé a qué sabe, cómo se siente al enroscarse a mi alrededor.

Y lo *necesito* otra vez, tanto como necesito respirar.

Joder, claro que me la he follado.

Pero esto ya no va solo del sexo.

Ya no.

Está en la forma en que me desafía, en que me cala en seguida. En cómo manejó esa entrevista con Jackson, protegiendo lo que importa sin dejar de conseguir su reportaje y complacer a la junta.

Joder, hasta la forma en que se bebe el café me tiene hipnotizado.

Camina directa hacia mí, el contoneo de sus caderas es puro pecado en ese traje. La sonrisita cómplice que juega en la comisura de sus labios me dice que está contando cada latido acelerado de mi corazón desde el otro lado de la terminal.

El equipo ya está embarcando —oigo a Logan y al entrenador Brody haciendo el cabra en algún lugar detrás de mí—, pero no puedo apartar los ojos de ella.

—Capitán —los labios de Sophia se curvan en esa sonrisa que ha estado atormentando mis sueños desde que la tuve doblada sobre su escritorio hace dos mañanas—. Pensé que podrías necesitar esto para el vuelo.

Me entrega un café del Summit Café. Solo, exactamente como me gusta.

—Tu primer viaje fuera, ¿eh?

—Lo sé —me arregla la corbata y sus dedos se demoran—. Supongo que Big Mike necesitaba a alguien que se asegurara de que no perdieras el vuelo.

El impulso de besarla aquí mismo, delante de todo el mundo, me golpea como una carga contra las bandas.

He tenido muchas mujeres. Rollos de una noche, líos esporádicos, incluso intenté tener una relación una o dos veces. Pero ¿Sophia? Se me ha metido bajo la piel, en la cabeza. Haciéndome desear cosas que nunca antes había deseado.

Y eso me acojona vivo.

—¡Eh, Blake! —Connor agita la mano delante de mi cara—. Estamos embarcando.

Ryder silba por lo bajo y niega con la cabeza, mirando a Sophia con sorna. —No puedo creer que los de Marketing se unan a nosotros en el viaje.

—Cierra el pico, novato.

Para cuando subimos al avión, los chicos están eufóricos por nuestra última victoria, el caos habitual previo al vuelo zumbando a

nuestro alrededor.

La cabina se llena con la sonora carcajada de Logan mientras Connor relata las travesuras de anoche en el salón de jugadores después del entrenamiento. Ryder está ocupado lanzando minipretzels a los novatos y son estos momentos, volando con mis chicos a otra ciudad, a otro partido, los que me recuerdan por qué me enamoré del hockey.

Las bolsas golpean al meterlas en los compartimentos superiores, alguien ya está asaltando el minibar y el entrenador está dando la lata a la azafata sobre la «urgente» necesidad de proteínas extra en todas nuestras comidas de hoy.

Sophia, sin embargo, se detiene en la entrada, recorriendo el interior con la mirada como si hubiera entrado en el ático de un multimillonario en lugar de en nuestro transporte habitual del equipo.

—Esto es ridículo. —Sus largas y oscuras pestañas recorren los asientos de cuero de lujo, la brillante barra con paneles de madera surtida con licores de primera calidad y las enormes tarjetas de menú personalizadas colocadas en cada asiento—. ¿Viajáis así siempre?

Sonrío con suficiencia, lanzando mi bolsa en mi asiento de siempre en la parte trasera del avión. —¿Qué, pensabas que volábamos en turista?

Me lanza una mirada. —Simplemente supuse que era… no sé. Más normal. Esto es como un restaurante de cinco estrellas con alas.

Señalo el asiento de cuero vacío junto al mío, mis ojos se encuentran con los de Sophia de una manera que no deja lugar a dudas.

—Te sentarás conmigo.

Sus mejillas se sonrojan ante mi orden silenciosa, pero camina hacia mí de todos modos. *Buena chica*.

El contoneo de sus caderas atrae más de una mirada de agradecimiento de mis compañeros de equipo, que rápidamente fulmino con una mirada cortante.

Se desliza en su asiento, todavía mirando a su alrededor como si el lujo pudiera abofetearla si lo mira durante demasiado tiempo. El

reposacabezas tiene un pequeño logotipo de los Icehawks bordado y una manta gruesa está doblada pulcramente en cada asiento. Pasa los dedos sobre ella como si estuviera medio impresionada, medio molesta por lo irracionalmente cómodo que parece todo.

Pero entonces, sus ojos se fijan en el menú.

Su nombre está impreso justo en la parte superior con una elegante caligrafía, debajo del logotipo de los Icehawks.

—Es tu menú —le digo, respondiendo a la pregunta en esos labios deliciosos antes de que pueda formularla.

—¿Un menú personalizado? —Enarca una ceja, levantando el menú y hojeándolo—. Oh, Dios mío. ¿En serio tenéis platos con vuestros nombres?

Me recuesto, estirando las piernas. —¿Preferirías que los numeráramos como en el *Mr. Chen's* de la calle Mayor?

—Por favor, dime que tienes un plato con tu nombre…

Cojo mi propio menú del bolsillo, hojeándolo como si no lo hubiera memorizado ya después de años de viaje.

Paso a la página tres, dando un golpecito con el dedo en el papel satinado. —Aquí. El Especial de Blake. La mejor hamburguesa que probarás a diez mil pies de altura.

Deja escapar un suave jadeo de falso horror. —¿Le has puesto tu nombre a un *filete*?

Sonrío. —No fue elección mía. Los chicos votaron.

Sophia frunce los labios, todavía mirando el menú como si no pudiera creer lo que ve. —¿A que es solo un filete muy grande?

Enarco una ceja. —¿Celosa?

Su bufido es instantáneo. —No. —Pasa una página de forma espectacular, claramente tomándome el pelo en mi momento de pura autocomplacencia—. *¡Oh, Dios mío,* hay un cóctel de autor con mi nombre!

Antes de que pueda responder, Natalie aparece de la nada, deslizándose en el asiento de enfrente, bebida en mano y escuchando a escondidas con regocijo.

—Oh, por favor. No dejéis de ligar por mí. —Natalie sube los pies al asiento vacío a su lado—. Aunque debería recordaros que estoy

aquí para trabajar, no para arbitrar vuestras travesuras a diez mil metros de altura.

—¿No deberías estar vendando tobillos o algo? —Me muevo en mi asiento, inclinando mi cuerpo entre ella y Sophia.

Natalie lleva su camiseta de compresión con la marca Icehawks y los pantalones de yoga con el logo estampado en el muslo. Lleva el pelo recogido en esa práctica coleta que siempre usa durante la preparación de los partidos.

Natalie la ignora y hojea el menú de Sophia. —Uuuuh, Margarita Sophia Picante. Con un toque extra de picante.

Sophia se queda boquiabierta. —¡¿Perdona?!

Natalie sonríe. —Puede que yo hiciera la petición.

Sophia me da una palmada en el pecho, *fuerte*, y luego me menea las cejas. —¡Ves! *Sí* que tengo algo con mi nombre. —Mira a Natalie y le guiña un ojo—. Gracias, guapa.

Estiro las piernas mientras el avión despega, observándola por el rabillo del ojo, intentando sin éxito no mirarla fijamente.

Es preciosa. Siempre lo es.

Hoy hay algo diferente en ella. ¿Quizás es el vídeo viral? ¿Tal vez eso le ha dado un impulso de confianza?

O tal vez, solo tal vez, ¿es porque disfrutó de la sensación de mi mano golpeando su dulce y respingón culo?

Sophia y Natalie charlan sobre la dinámica del equipo mientras el entrenador Brody se deja caer en el asiento junto a Natalie, y empezamos a hablar sobre el reto de enfrentarnos a Chicago, el equipo más en forma de la liga.

La azafata nos trae las bebidas: mi habitual agua helada y esa ridícula margarita que Natalie conspiró para ponerle el nombre de Sophia.

—¿Agua? —Sophia frunce el ceño ante mi elección como si la ofendiera personalmente.

Me encojo de hombros. —Tengo un partido mañana. Guarda el whisky para el vuelo de vuelta.

Sophia coge su bebida y sonríe, esos ojos avellana fijos en mí mientras da un sorbo lento. Inclina la cabeza y prácticamente veo cómo el aburrimiento empieza a apoderarse de ella.

—Entonces, si te gano en algo, ¿consigo un plato con mi nombre?

No puedo evitar la risa que se me escapa. —¿De verdad crees que puedes ganarme en algo?

Sus labios se curvan en esa sonrisa peligrosa que me ha estado volviendo loco desde que entró por primera vez en mi pista. Mete la mano en su bolso de diseño y saca una baraja de cartas gastada.

—Por suerte para ti, estamos a punto de descubrirlo. He traído mi baraja de viaje.

Las cartas parecen muy usadas, con los bordes suavizados por innumerables partidas. Algo en ese detalle —nuestra refinada ejecutiva de marketing llevando una baraja de cartas destartalada— me pilla desprevenido. Justo cuando creo que la he calado, me lanza otra bola curva.

Observo a Sophia barajar las cartas.

—Entonces… ¿a qué juegas, cariño?

—Póquer. —Reparte con destreza y luego da un sorbo a su bebida —. ¿Qué me dices? ¿El perdedor tiene que llevar las maletas del ganador durante el resto del viaje?

Me reclino, estirando el brazo por el respaldo de su asiento, mis dedos rozando muy suavemente su hombro. Solo un ligero toque. Apenas perceptible.

Excepto que ella lo nota.

Lo veo en la forma en que respira un poco más profundo, en la forma en que su lengua se desliza de nuevo sobre su labio inferior.

—Cariño, apenas puedo dejar que lleves tu propio café, como para que lleves mis maletas.

Sus ojos se entrecierran, y ese fuego competitivo que he llegado a amar se enciende detrás de esos ojos avellana. —Mucha labia para un hombre que está a punto de ser barrido de la mesa.

Bajo la voz, solo para sus oídos. —Cariño… Venga… Déjame seco más tarde. Ahora no.

Se atraganta con su margarita, farfullando mientras intenta recuperarse.

Mientras jugamos, no puedo evitar fijarme en el entrenador Brody con Natalie. Él sigue encontrando excusas para tocarle el hombro o

inclinarse para susurrarle algo que la hace reír. Sus cabezas se juntan sobre bromas compartidas que no puedo oír.

Sophia chasquea los dedos delante de mi cara. —¡Eh, tú! —Capta mi sonrisa de suficiencia y sigue mi mirada hacia su amiga y mi entrenador—. Ojos en tu propio juego, señorito. Quiero decir, en tus propias cartas. Aunque por cómo estás jugando, quizás deberías ceñirte al hockey.

—Solo te estoy dando una falsa confianza, cariño.

—¿Ah, sí? —Sophia se muerde el labio inferior, intentando ocultar su sonrisa mientras pone sobre la mesa una escalera de color. Otra vez—. Entonces, explica cómo acabo de ganar mi *quinta* mano seguida. Léelas y llora, capitán.

Me inclino, lo suficiente como para oler el aroma cítrico de su champú. —¿Sabes lo que dicen de la suerte del principiante...?

—¿Principiante? —Observo cómo levanta esa ceja de una manera que de alguna manera logra ser tanto crítica como sexy a más no poder—. Que sepas que pagué un semestre entero de universidad jugando al póquer.

—Esa es una historia que necesito oír.

—Gana una mano primero —bromea, barajando ya la baraja con destreza—. Entonces quizás te lo cuente todo sobre mi juventud descarriada.

Pero de repente ambos nos distraemos al ver a Natalie y al entrenador Brody levantarse de sus asientos. Caminan juntos hacia la parte trasera del avión, y Sophia me da un codazo.

—Entonces… ¿crees que esos dos están follando a escondidas?

Resoplo, recogiendo las cartas. —Si no lo están, están a cinco segundos de hacerlo.

—Apuesto a que se lían antes de que aterricemos en Chicago. —Sophia vuelve a barajar, sus dedos bailan sobre las cartas.

—Bueno, no voy a apostar contra una mujer que aparentemente financió su educación superior a través de un imperio clandestino del póquer. Aunque he de decir que la imagen de ti dirigiendo un cartel universitario con tacones de diseño… eso me está haciendo cosas, cariño.

Sophia se ríe y se apoya en mí, su cuerpo cálido y suave, adormecido por la margarita y el acogedor ambiente de la cabina.

Con la manta sobre nuestras piernas, rozo con los nudillos su muslo, un toque sutil que podría ser inocente si no fuera por el calor que hierve a fuego lento entre nosotros. Cuando ella deja caer las cartas y se acerca más, aprieto mi mano, agarrando la cara interna de su muslo, muy cerca del calor de su centro.

Su respiración se entrecorta, casi imperceptiblemente, pero estoy atento a cada pequeña reacción que tiene.

—Te he echado de menos —susurro profundamente, inclinándome para inhalar el olor a pura lujuria.

—Yo también —susurra Sophia, sus ojos empiezan a vidriarse mientras mi mano se acerca más a su centro.

Mis dedos trazan hacia arriba, empujando bajo la manta que cubre nuestras piernas. Es un riesgo, pero la emoción me provoca una sacudida de excitación. A ella también.

—Blake —susurra, sus ojos se mueven nerviosamente a su alrededor—. No podemos hacer esto aquí.

—Shh, cariño. Relájate —murmuro, con la voz baja y firme. Quiero que confíe en mí, que se suelte y sienta esto conmigo.

Mis dedos rozan el borde de sus bragas, sintiendo el encaje bajo sus pantalones. Se retuerce ligeramente, atrapada entre el deseo y la precaución.

—La gente nos verá —susurra de nuevo, su voz teñida de una mezcla de miedo y excitación mientras muevo mis dedos sobre su clítoris.

—No si te quedas callada —respondo, mi voz un retumbo bajo en su oído.

Es un desafío, y sé que no se echará atrás.

Lo sé porque su culo se acaba de mover en el asiento. Se acerca más, su respiración es pesada mientras las luces atenuadas de la cabina crean el ambiente.

Buceando dentro de sus pantalones, aparto sus bragas, encontrándola ya empapada. Mis dedos se deslizan dentro de su coño, lentos y profundos, arrancándole un suave jadeo.

—*Blake*…

Es un susurro entrecortado, un gemido silencioso.

Sus uñas se hunden en mi muslo, una súplica silenciosa por más mientras meto mis dedos más adentro, curvándolos hasta que golpeo esa protuberancia dura que he estado buscando.

Me inclino, mi boca rozando su oreja. —Ya estás chorreando, nena. ¿Quieres correrte así?

Mi dedo frota contra su punto G, en círculos, aplicando la cantidad justa de presión.

Lentos, pero firmes, mis dedos la acercan al borde.

El avión zumba a nuestro alrededor, el sonido de los motores cubriendo los sonidos húmedos de mis dedos bombeando dentro de mi chica. Su cuerpo se tensa, su orgasmo creciendo con cada embestida.

—Eso es. Sé una buena chica y córrete para mí, cariño —susurro, mi voz es puro pecado—. Córrete aquí mismo, donde todos puedan verte.

Se aprieta alrededor de mis dedos, conteniendo un grito mientras todo su cuerpo tiembla en su asiento.

El rostro de Sophia se contorsiona en la lucha más sexy que he visto nunca.

Se muerde el labio, ahogando un gemido mientras su orgasmo la desgarra. Su silencio es pura tortura, haciendo que mi polla lata de necesidad. Sus sexis ojos se encuentran con los míos, un grito silencioso resonando entre nosotros.

Es agonía.

Es éxtasis.

Es la cosa más jodidamente caliente que he presenciado nunca.

Baja del subidón y sonrío con suficiencia, llevando mi mano a mi boca y limpiando mis dedos con la lengua.

—Buena chica.

Me inclino, atraído por el rostro sonrojado y los labios entreabiertos de Sophia. El sabor de su dulzura que persiste en mi lengua no es suficiente.

Necesito besarla, reclamar esa dulce boca.

Pero entonces, Natalie tropieza de vuelta por el pasillo, seguida por el entrenador Brody. Ambos se quedan helados cuando nos ven,

con los ojos como dos putos ciervos deslumbrados por los faros.

La pulcra coleta de Natalie está medio deshecha, mechones de pelo enmarcando su rostro. La corbata de Brody cuelga suelta, su cuello está arrugado.

Parece que han estado corriendo vueltas. En un puto baño de avión.

Los ojos de Sophia se abren de par en par al ver su estado desaliñado. Se acerca, su aliento me hace cosquillas en la oreja. —Oh, Dios mío, ¿acaso ellos…?

No puedo reprimir mi sonrisa de suficiencia. —Te dije que estaban a cinco segundos de hacerlo.

Sophia inclina la cabeza, considerándolos por medio segundo antes de fingir casualmente mirar su reloj. Se vuelve hacia mí con una expresión completamente impávida.

—Vaya. Diez minutos. Respetable. Pensé que duraría menos.

Suelto una carcajada, negando con la cabeza.

—Cariño, no sabrías lo que es un rapidito ni aunque te diera una palmada en el culo. Tardaste media noche solo en admitir que me deseabas.

Los ojos de Sophia se entrecierran, y entonces —sin previo aviso— coge uno de los cacahuetes de la servilleta de su bebida y me lo lanza directo a la cabeza.

Natalie, mientras tanto, sigue alisándose desesperadamente la coleta, con las mejillas al rojo vivo. Brody no mira a nadie a los ojos mientras se desliza en su asiento, de repente muy fascinado por su teléfono mientras el avión comienza su descenso a Chicago.

Reprimo otra risa, viendo como el tipo que predica disciplina y paciencia en el hielo acaba de pasarse diez minutos dándole lo suyo a la terapeuta de nuestro equipo en el baño de un avión.

Joder, ¿Brody piensa que cinco minutos en el banquillo de penalización es toda una vida? ¿Pero de repente le parece bien un «dos más dos» completo de sexo en pleno vuelo?

Sophia levanta su bebida, ocultando su propio resplandor postorgásmico detrás del borde. Aprieta los muslos bajo la manta, donde mi mano permanece encerrada entre sus piernas juntas.

El avión llega a los momentos finales de su descenso, la señal del cinturón de seguridad suena sobre nosotros. Me muevo en mi asiento, ajustándome discretamente.

La idea de tener a Sophia para mí solo en Chicago hace que mi cuerpo vibre.

Natalie se aclara la garganta. —Entonces… ¿buen vuelo para todos?

Sophia se atraganta con su bebida.

Le doy una palmadita en la espalda, conteniendo la risa. —Sí, se podría decir que sí.

Ahora todo en lo que pienso es que no puedo esperar a llevar a mi chica al hotel.

Capítulo Dieciocho

Sophia

Entro en el reluciente vestíbulo del hotel más lujoso de Chicago, todavía con el subidón de los cócteles del avión y de las manos exploradoras de Blake bajo la manta.

Los candelabros de cristal proyectan prismas arcoíris sobre los suelos de mármol, y un carrito de champán que pasa por allí nos llama como un espejismo.

Natalie y yo cogemos una copa cada una antes de que alguien pueda detenernos, y chocamos nuestras copas de cristal a modo de celebración, riendo como colegialas despreocupadas en su primer viaje de fin de curso.

—Bienvenidos al Waldorf, caballeros... y señoras. —La sonrisa del conserje podría iluminar toda la ciudad—. Sus habitaciones están listas.

Logan deja caer su bolsa de deporte con un golpe sordo que resuena en todo el vestíbulo. —¿Hay algún asador al que se pueda llegar a gatas?

—Tres, de hecho. —El conserje le entrega al entrenador Brody un montón de tarjetas de acceso—. Y nuestro spa ofrece un paquete de masaje deportivo diseñado específicamente para...

—¡Me lo pido! —grita Connor, consultando ya el menú del spa en su móvil.

Natalie se encoge de hombros a mi lado. —Vaya. Me facilita la vida como fisioterapeuta del equipo.

Me dirijo hacia la lista publicada junto a los ascensores, buscando la asignación de mi habitación bajo el logo de los Icehawks.

El champán se me agria en el estómago cuando veo mi nombre.

Habitación 1542: Sophia Hart y Timothy Riley (Relaciones Públicas)

—Tiene que haber un error.

Parpadeo con fuerza, pero las palabras ante mis ojos no cambian.

—¿Algún problema? —Blake se materializa detrás de mí, con una bebida deportiva roja en la mano. Siento su aliento cálido en mi nuca mientras lee por encima de mi hombro. Todo su cuerpo se pone rígido—. ¿Tim Riley? ¿Te han puesto con Tim, el puto Riley?

—Seguro que es solo un error administrativo...

—¡RILEY!

La voz de Blake retumba en el vestíbulo. Tim, un tipo larguirucho con gafas de hípster, levanta la vista de su móvil.

Ryder le da un codazo a Connor, y ninguno de los dos consigue ocultar su sonrisa. —Alguien se está poniendo territorial.

—Veinte pavos a que lo tira a la fuente. —La sonrisa de suficiencia de Connor hace que Blake gire la cabeza tan rápido que me preocupa que se haga daño.

Mientras tanto, Tim se acerca a nosotros arrastrando los pies, agarrando su móvil y su maletín como si fueran un escudo. Su nuez sube y baja al ver la expresión furibunda de Blake.

—Yo... yo no pedí este arreglo —chilla Tim, levantando las manos —. La central me envió la asignación de habitaciones esta mañana.

La mandíbula de Blake se tensa. Las venas de su cuello se marcan como ríos en un mapa.

No me avergüenza decir que... eso me provoca algo. Algo cálido y excitante.

Ryder se apoya en el pilar de mármol, disfrutando del espectáculo a tope. —Mierda... Riley se va a mear encima antes de que esto termine.

—Subo mi apuesta a cincuenta —interviene Connor con una sonrisa lobuna—. Y añado mis postres durante una semana si Blake

no sumerge a Tim de cabeza en esa fuente como si fuera su puto bautizo.

La mirada de Blake podría derretir el acero al volverse hacia ellos. —Cerrad la puta boca. Los dos.

Connor hace el gesto de cerrarse la cremallera de la boca. Ryder, de repente, parece muy interesado en una planta en una maceta.

Me aprieto los nudillos contra la boca para no reírme.

Tim se mueve nerviosamente, sopesando claramente sus opciones. —¿Eh... pu-puedo ir a recepción? ¿A ver si me pueden cambiar?

Blake no duda. Agarra el brazo de Tim —no con fuerza, sino con *firmeza*— y lo arrastra hacia el mostrador de conserjería. El pobre tipo tropieza con sus propios pies en el proceso.

—Búscale otra habitación —exige Blake, golpeando el mostrador con la palma de la mano como un jefe de la mafia que hace una oferta que *será* aceptada.

El conserje parpadea, sorprendido. —Lo... lo siento, señor, pero estamos completos para el fin de semana. El equipo de hockey está en la ciudad y todo eso.

Blake exhala bruscamente por la nariz. —Bien. Que se quede con mi habitación.

—¿El ático, señor? —pregunta el conserje, tecleando en el ordenador detrás del mostrador.

Blake resopla. —*Sí*, el puto ático.

Tim se gira. —¿Espera, qué...?

Blake lo interrumpe con una mirada fulminante antes de volverse hacia mí, con voz inflexible.

—Yo voy contigo, *Hart*. Cogeré tu bolsa, tú pide el ascensor.

Una sonrisa lenta y maliciosa se extiende por mis labios. Natalie me da un codazo en el brazo y enarca las cejas mientras se traga el resto de su champán.

—Bueno —murmuro, bebiendo de mi propia copa—. Esa es una forma de solucionarlo.

Tim asiente tan rápido que me sorprende que las gafas no se le caigan de la cara. —Guay. Guay, guay, guay. Yo... iré. ¡Al... ático!

Prácticamente corre a cogerle la llave de Blake al entrenador Brody y desaparece en el ascensor como si escapara de un secuestro.

Me vuelvo hacia Blake, con una ceja arqueada. —¿Era realmente necesario?

—Solo protejo lo que es mío. Venga, vámonos.

Todavía estoy tratando de procesar la exhibición territorial de Blake en el vestíbulo cuando nos dirigimos a la entrada del hotel. Las puertas automáticas se abren con un silbido y...

Flash. Flash. Flash.

—¡Blake! ¡Sophia!

Mis pasos vacilan ante el muro de cámaras y micrófonos que de repente nos plantan en la cara. Reporteros y aficionados vestidos con equipamiento de hockey abarrotan la entrada, con los móviles en alto. ¿Cómo sabían que estaríamos aquí? ¿No mantiene el equipo este tipo de cosas en privado?

—¡¿Estáis juntos oficialmente?!

Blake no se detiene, simplemente coge nuestras dos bolsas con una mano mientras me guía hacia adelante con la otra. Su mandíbula está apretada, sus ojos fijos al frente como si la prensa no existiera.

Está claro que está acostumbrado a escenas como esta. Yo... no tanto.

—Sophia, ¿eres tú la razón por la que Blake ha estado tan centrado esta temporada?

El calor me sube por el cuello. Intento recurrir a las lecciones de mi madre sobre cómo tratar con los medios: cabeza alta, una ligera sonrisa y seguir andando.

—Blake, ¿cómo de seria es la cosa? ¿Hay campanas de boda a la vista?

Esa pregunta me hace tropezar. Pero antes de que pueda reaccionar, el brazo de Blake se desliza por mis hombros, atrayéndome firmemente contra su costado. Las cámaras se vuelven locas, una ráfaga de clics llena el aire.

—Vamos, cariño. Vayamos a nuestra habitación antes de que nos claven el diente de verdad.

Se me corta la respiración. El tono posesivo de su voz, la forma despreocupada en que su agarre firme en mi cintura me reclama delante de todo el mundo... me recorre un escalofrío por la espalda.

Casi puedo ver los titulares de mañana formándose:

EL CAPITÁN DE LOS ICEHAWKS CONFIRMA SU ROMANCE CON LA DIRECTORA DE MARKETING

¿BLAKE MADDOX FUERA DEL MERCADO?

ALERTA DE PAREJA DE MODA: BLAKE Y SOPHIA CALIENTAN CHICAGO

El pulgar de Blake frota suavemente mi hombro mientras esperamos el ascensor. Su rostro está serio, completamente impasible ante el espectáculo que acaba de crear con su muestra de afecto tan pública hacia mí.

Este hombre va a ser mi perdición, lo juro por Dios.

Pero... ¿no es esto exactamente lo que quería?

Este circo mediático... es *perfecto*. Cuanto más se centren en Blake y en mí, menos atención prestarán a su programa para jóvenes. Igual que cuando lo metí en aquella entrevista con Jackson, creando una historia diferente que seguir.

Blake tiene razón. Es hora de darles exactamente lo que quieren.

Deslizo mi mano por la sólida cintura de Blake, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mi tacto. Poniéndome de puntillas, presiono mis labios en su mejilla sin afeitar justo cuando las puertas del ascensor se abren con un pitido.

La explosión de los flashes de las cámaras es cegadora. Los reporteros gritan preguntas a quemarropa. El brazo de Blake se aprieta a mi alrededor, y capto su mirada de sorpresa, una rara grieta en esa expresión controlada.

—¿Y eso a qué ha venido? —murmura mientras entramos en el ascensor.

Yo solo sonrío misteriosamente, viendo cómo las puertas se cierran sobre el frenesí mediático que hemos creado. Que persigan esta historia. Cada titular sobre nosotros es uno menos sobre el programa que Blake protege con tanta fiereza.

—Porque sí.

Pronto, la puerta se cierra detrás de nosotros con un suave golpe, y dejo caer mi bolsa, entrando en lo que debe ser la suite de hotel más lujosa que he visto en mi vida. Me quedo literalmente con la boca abierta.

—Oh. Dios. Mío.

Suelos de mármol se extienden ante mí, dando paso a ventanales que van del suelo al techo y que muestran el resplandeciente perfil de Chicago. La cama *king-size* parece que podría albergar a todo el equipo de hockey, cubierta con lo que debe ser el algodón egipcio más fino que he visto en mi vida.

Pero es el balcón lo que me deja sin aliento.

Un jacuzzi humeante se encuentra bajo guirnaldas de luces parpadeantes, el vapor se eleva en el suave aire de la tarde. Echo un vistazo al baño y me quedo helada: el oasis de mármol y cristal es más grande que todo mi apartamento en Iron Ridge.

—Un momento, ¿y esta *no es* la suite del ático? —Me doy la vuelta, haciendo un gesto hacia la ridícula habitación que nos rodea.

Blake se ríe, lanzando su bolsa sobre la cama como si fuera un día más en la oficina para él. —Cariño, nunca sobreviviría a un ático contigo.

—¿Perdona? —Pongo las manos en mis caderas, intentando parecer ofendida a pesar de la sonrisa que amenaza con escaparse.

Él sonríe, con ese brillo peligroso en sus ojos que hace que me tiemblen las rodillas. —Esta habitación tiene suficiente espacio. Por los pelos.

Resoplo, cruzándome de brazos. —¿Perdona, estás insinuando que necesito una cantidad de espacio irrazonable?

Blake se quita las zapatillas de una patada, estirándose como si fuera el dueño del lugar. Ese aire le sienta bien. —Estoy diciendo que si estuviéramos en un ático, encontrarías la manera de apoderarte de *cada* centímetro. El armario, el baño, *la cama*...

—Mis necesidades son importantes, muchas gracias.

Blake inclina la cabeza. —¿Así que planeas ocupar todo el espacio en esa cama?

La comisura de mi boca se curva. —Solo expongo los hechos.

Me acerco a la enorme cama en el centro de la habitación. El colchón debe estar hecho a medida, es más ancho que cualquier cama *king-size* que haya visto. Hay al menos ocho almohadas de gran tamaño dispuestas contra un cabecero de cuero capitoné que se extiende casi hasta el techo.

Presiono la palma de mi mano en el colchón, cede perfectamente, como si durmiera en una nube.

—Esta cama *es* ridícula —susurro—. Podría hacer ángeles de nieve en ella y nunca llegar a los bordes.

La voz de Blake baja, suave como el whisky oscuro. —Adelante, pues.

Miro por encima del hombro, captando cómo se le oscurecen los ojos mientras siguen cada uno de mis movimientos. Oh, está disfrutando de esto. Me inclino y me acomodo en la cama, gateando sobre mis manos y rodillas, dejándome caer de espaldas y estirando lentamente los brazos, dejando que mi cuerpo se hunda en el colchón ridículamente blando.

Me arqueo ligeramente, levantando el culo de la cama, haciendo que mis pechos resalten, solo porque *puedo*.

Blake exhala lentamente, su lengua se desliza sobre su labio inferior y, Dios, ¿la mirada en su cara? Es *lo más.*

—Los Icehawks no hacen nada a medias —dice, su voz un poco más áspera.

—Claramente. Solo las sábanas probablemente cuestan más que mi primer coche.

—Prueba con tus tres primeros coches —dice Blake con una sonrisa de complicidad.

¿El hecho de que haya renunciado al ático solo para compartir esta habitación conmigo? El corazón me da un vuelco peligroso en el pecho, porque ese es exactamente el tipo de cosas que hacen que sea cada vez más difícil no enamorarse de Blake Maddox.

Blake mira su móvil y gime.

—Bueno. De verdad que me tengo que ir. El entrenador Brody está esperando.

Levanto ligeramente las piernas, cruzándolas por los tobillos mientras me reclino contra las almohadas, observándolo mientras se

pasa una mano por el pelo, como si se estuviera *obligando* a no mirar.

—Pobrecito... ¿no quieres quedarte? ¿Probar esta cama?

Blake se queda quieto. Su garganta se mueve al tragar con dificultad mientras sus ojos van de mis piernas, a mis pechos, hasta mis labios y de vuelta.

El corazón me *late con fuerza* cuando da un paso hacia mí.

—Oh, claro que quiero —gruñe, su voz baja y oscura, el sonido produce un efecto delicioso en mis pezones—. Créeme.

Arqueo una ceja. —¿Y?

Blake se inclina, apoyando una rodilla en el borde de la cama, su mano se presiona en el colchón junto a mi cadera, sus labios a solo centímetros de los míos.

—Te diré una cosa... —Su aliento es cálido contra mi boca—. Quédate aquí mismo, cariño, y ya verás lo que pasa cuando vuelva.

Todo mi cuerpo se contrae, el calor de su mirada es suficiente para enviar una oleada de humedad directa a mis bragas.

Sonrío, amando cada segundo de este jugueteo sexual en el que nos estamos volviendo tan buenos. —Oh, pienso hacerlo.

Luego, con una lentitud deliberada que sé que lo vuelve loco, me levanto y camino hacia el balcón.

Me encojo de hombros para quitarme la chaqueta, dejándola caer al suelo. Mis pantalones le siguen, amontonándose a mis pies. Miro por encima del hombro, cruzando la mirada con Blake mientras alcanzo el bajo de mi top y me lo quito por la cabeza, revelando mi piel cálida ante sus ojos.

Sus ojos se oscurecen, siguiendo cada movimiento mientras me inclino y lentamente, *tan* jodidamente despacio... me bajo las bragas por las piernas.

La tela susurra contra mi piel, amontonándose a mis pies. Salgo de ellas y me meto en el jacuzzi, completamente desnuda mientras el perfil de la ciudad brilla sobre el balcón frente a mí.

Detrás, siento la mirada de Blake. Me doy la vuelta para confirmar mis sospechas, y está retrocediendo hacia la puerta principal, mordiéndose el puño.

Otra ola de calor me sube a la vagina con la emoción de todo esto.

—Qué mala eres, sabes —gruñe, observando cómo me ahueco los pechos y me pellizco suavemente un pezón.

—¿Qué pasa? ¿Sientes que te lo estás perdiendo?

Gruñe, sus ojos se abren como platos mientras me aprieto los pechos, hundiéndome lentamente en el agua para que desaparezcan de su vista.

—Espero que estés contenta. —Lo dice totalmente en serio. Más bien *cabreado*—. Ahora tendré que enfrentarme a la tormenta mediática que hemos creado abajo con una puta erección apretando debajo de la mesa.

Me hundo en las burbujas, con una sonrisa de suficiencia en la cara. —Pásalo bien en la reunión, capitán.

Blake sale hecho una furia antes de perder todo el control, pero no sin antes volver a cruzar la habitación, inclinarse, agarrarme la barbilla y murmurar: —Quédate ahí. Quiero que estés mojada, desnuda y pensando en mí cuando vuelva.

Riendo, me hundo más en el jacuzzi, dejando que los cálidos chorros me masajeen la tensión de los hombros mientras la puerta se cierra de un portazo. El perfil de Chicago brilla ante mí, un mar de luces parpadeantes contra el cielo que se oscurece.

El vapor se eleva a mi alrededor mientras inclino la cabeza hacia atrás contra el borde, permitiéndome relajarme por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo.

Esto es pura decadencia. El tipo de lujo que nunca imaginé que experimentaría cuando acepté este trabajo en un pequeño pueblo de hockey.

Y, sin embargo, aquí estoy, desnuda en un jacuzzi privado en una azotea, esperando a que el capitán de los Icehawks regrese y...

Mi móvil vibra en el borde a mi lado.

El corazón me da un brinco, esperando que el nombre de Blake aparezca en la pantalla. Tal vez se está saltando la reunión, cediendo a la tentación suprema.

Pero no es Blake.

Es Eli Thompson.

Eli: Necesito un favor. Llámame cuanto antes. Es urgente.

Frunzo el ceño, las gotas de agua me corren por los brazos mientras me siento más derecha.

¿Eli Thompson necesita un favor? ¿De mí?

Las burbujas se arremolinan a mi alrededor mientras miro el mensaje. Después de un momento de duda, cojo el móvil, con cuidado de no mojarlo.

Sea lo que sea, debe ser importante para que Eli se ponga en contacto así.

Pulso el botón de llamar, y empieza a sonar.

Capítulo Diecinueve

Blake

La prensa me machaca durante treinta putos minutos enteros.

Pregunta tras pregunta. Chascarrillo tras chascarrillo sobre lo que han visto antes junto a los ascensores. Para cuando escapo de ese circo mediático, me duele la mandíbula de apretar los dientes.

Atravieso el vestíbulo del hotel a grandes zancadas, con la mente fija en una sola cosa: volver a subir. A ver a Sophia. A ese jacuzzi donde la dejé desnuda y esperando.

—¡Blake! ¡Espera! —retumba la voz de Big Mike por el suelo de mármol.

Joder.

Él y Greg se materializan delante de mí, bloqueándome el paso hacia el ascensor. Sus caras lucen dos sonrisas idénticas que me revuelven el estómago.

—¿Has visto las cifras de las redes sociales? —Greg agita su móvil —. Eso que has hecho ahí fuera… Oro puro. ¡La interacción está por las nubes otra vez!

—¡La nueva pareja de moda de la NHL, tío! —Big Mike me da una palmada en el hombro—. Todos los patrocinadores quieren un trozo del pastel. La oficina de la liga ha llamado...

Los ignoro, recordando cómo Tim Riley se ha venido abajo durante la rueda de prensa. El pobre desgraciado parecía a punto de

desmayarse por segunda vez hoy mientras los periodistas lo rodeaban como tiburones, lanzando pregunta tras pregunta sobre Sophia y yo.

Ni siquiera han mencionado el partido de mañana contra Chicago.

—¿Es verdad que vivís juntos?

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—¿Y qué hay del vídeo viral patinando? ¿Podemos esperar ver más de eso?

Tim balbuceó. Sudó. Se atragantó con su propia lengua mientras Big Mike y Greg simplemente… miraban. Dejaban que se ahogara.

—…pensábamos en programar una entrevista conjunta… —sigue hablando Greg.

—No —lo corto, rodeándolos ya. La polla me palpita al recordar el aspecto de Sophia tumbada en esa bañera. La forma en que sus labios se curvaron cuando se quitó esas braguitas diminutas. Cómo brillaba su piel, húmeda, suave y…

—Pero las cifras...

—Luego —pulso el botón del ascensor con más fuerza de la necesaria—. Tengo que estar en un sitio.

Las puertas se abren y me meto dentro antes de que puedan detenerme de nuevo. Mientras el ascensor sube, me aflojo la corbata, mi mente se adelanta a lo que me espera arriba.

Eso, si sigue allí. Si sigue esperando. Si sigue húmeda.

Abro de golpe la puerta de nuestra suite del hotel y, joder, al instante se me corta la respiración.

Sophia está tumbada en la enorme cama como una diosa esperando su sacrificio.

Está desnuda, reluciente como un puto ángel. Cada centímetro de ella está a la vista, lista y esperándome solo a mí.

Apenas capaz de mantenerme en pie, me fijo en un rastro de agua que va desde el jacuzzi, cruza el suelo, y llega hasta el baño, prueba de su reciente capricho.

Pero ahora…

Ahora las sábanas blancas le cubren por debajo de las caderas, pero sus pechos y pezones erectos están al aire, provocándome mientras bebe de una copa de champán.

—Has tardado lo tuyo —dice en voz baja.

Su piel pálida prácticamente brilla bajo la tenue luz del techo y, joder, parece el tipo de mujer sobre la que los hombres escriben poesía. Y luego usan su pluma para apuñalarse en el pecho por no ser dignos de tal belleza.

No es que me queje. Para nada.

Echo los hombros hacia atrás, desabrochando el primer botón de mi camisa.

—Espero que estés contenta. La prensa no se callaba la puta boca sobre nosotros.

Sophia da otro sorbo a su champán, inclinando la cabeza con una leve sonrisa. —¿Y les has contado todo sobre cómo me hiciste tuya en un jet privado?

Dejo escapar una risa grave, acercándome más. —No, cariño. He pensado en omitir la parte en la que te corriste en mis dedos y gemiste mi nombre a diez mil metros de altura. No quería dañar tu *reputación profesional*.

Ella musita, dejando su copa en la mesilla de noche. —Qué considerado.

Su mirada baja a mis manos mientras me desabrocho otro botón, y luego otro.

Una de sus manos se desliza perezosamente sobre su estómago, atrayendo mi mirada hacia la suave curva de sus caderas. No hay duda, está completamente desnuda debajo de esa sábana.

Su otra mano descansa cerca de una bandeja con lo que parece pura decadencia a su lado. Una botella de champán fría que brilla con la condensación, un cuenco de fresas frescas y chocolate negro derretido, que todavía parece suave y cálido, listo para mojar.

Pero son sus ojos los que me cautivan.

Oscuros. Intensos. Sexis.

Exhalo lentamente, negando con la cabeza mientras contemplo el champán espumoso y las fresas más rojas que he visto en mi vida.

—Qué puto desperdicio —murmuro, acechándola hacia la cama.

Sophia levanta una ceja. —¿Perdona?

Me quito la camisa, mis músculos se tensan y mi pecho brilla bajo la luz suave. —Cariño, lo único que quiero eres tú.

Su sonrisa se acentúa, y da otro sorbo a su champán, observándome por encima del borde de la copa. —¿Ah, sí?

Asiento, quitándome los zapatos y desabrochándome el cinturón. —No necesito alcohol. No necesito fruta deliciosa. —Señalo la bandeja de manjares—. No, cariño… Tú eres el único capricho que anhelo.

Ella deja su copa, sin apartar los ojos de los míos. —Demuéstralo. ¿Por qué no le das un mejor uso a esa boca?

Un gruñido retumba en mi pecho mientras me quito todo menos los calzoncillos, con la polla ya dura y deseándola. —En realidad, creo que es tu turno de usar la boca.

Me subo a la cama a gatas, acechándola como a una presa. Ella me observa, su respiración se entrecorta cuando me inclino, capturando sus labios en un beso abrasador. Sabe a champán y a pura dulzura azucarada.

No me canso de ella. Nunca me cansaré.

Deslizo mis labios por su cuello, mordisqueando y chupando su piel cálida, el sabor del jacuzzi aún persistente mientras ella mete la mano entre nosotros, pasándola por debajo de la cinturilla de mi calzoncillo y agarrándome la polla con la mano.

Jadea, arqueándose hacia mí, su otra mano agarrando mi hombro. —Oh, he estado esperando esto, Blake.

Me la acaricia, larga y lentamente, mientras yo continúo mi descenso, prodigando atención a sus pechos, arrancándole un gemido desde lo más profundo cuando me llevo un pezón a la boca, haciendo girar mi lengua sobre la punta antes de mordisquear y balancear mis caderas, dejando que mi polla se deslice en su palma.

—No tienes ni idea de lo dura que ha sido esa rueda de prensa —gimo, ahuecando su otro pecho, dejando que su torso se arquee mientras le masajeo las tetas—. Pensando en ti aquí arriba, completamente sola…

—Blake —susurra, su voz quebrada por el deseo.

Levanto la vista, encontrando su mirada. —¿Sí, cariño?

Ella sonríe, sus ojos se suavizan. —Cállate.

Me río entre dientes y niego con la cabeza mientras Sophia se desliza por la cama, besándome el pecho y agarrándome los duros

bíceps por el camino.

Me quedo de rodillas, dejando que sus manos errantes recorran cada centímetro de mi cuerpo tonificado. Sus ojos se iluminan y la veo admirar mis tatuajes, trazando las líneas y lamiendo, chupando mis músculos mientras se desliza hacia abajo por el colchón.

Lentamente, clava sus ojos en mí mientras se coloca a la altura de mis muslos, su suave mano tirando de mi polla mientras saca la lengua para lamer la punta con suma delicadeza.

—Mmm…

La imagen es pura excitación sexual.

¿Y el sonido que hace?

Pura gloria.

Nunca he estado más cachondo, nunca he deseado nada más que su boca en mi polla. Pongo una mano en su nuca, guiándola hacia delante mientras sus labios rosados se envuelven alrededor de mi grueso miembro, tragándome.

Suelto un gemido grave y observo cómo mi polla desaparece.

—Joder, Sophia —murmuro, mi voz densa por el deseo—. Te ves jodidamente bien así.

Ella canturrea a mi alrededor, la vibración envía una sacudida de placer directa a mi centro. Aprieto mi agarre en su pelo, guiando sus movimientos mientras me la mete más profundo, su lengua girando alrededor de mi miembro.

—Eso es, cariño —la animo, mis caderas se levantan ligeramente para encontrarse con su boca—. Cómelo todo. Puedes hacerlo.

Ella gime de nuevo, sus ojos se humedecen ligeramente mientras me la mete más profundo, sus labios se estiran alrededor de mi polla. La visión de ella, tumbada en la cama, comiéndomela así, es casi demasiado.

Siento que mi orgasmo se acerca, mi cuerpo se tensa con la necesidad de liberarme.

Pero aún no estoy listo. Ni de coña.

—Sophia —gimo, con mi voz como un rugido sordo—. No tienes ni idea de lo que hemos empezado…

Se retira ligeramente, su lengua girando alrededor de la punta de mi polla. —¿A qué te refieres? —pregunta antes de metérmela hasta

el fondo de nuevo.

Siento su garganta contraerse a mi alrededor, la sensación envía olas de placer por todo mi cuerpo mientras lucho por articular las palabras.

—Los medios, los...

Me la mete más profundo, atragantándose ligeramente mientras siento mi polla pulsar en el fondo de su garganta. Aprieto mi agarre en su pelo.

—Están encima de nosotros. Ya no podemos escondernos, cariño.

Su cabeza sube y baja, el sonido de mi polla deslizándose contra sus putas amígdalas llena la habitación.

Se retira rápidamente, reemplazando su boca con su mano mientras desliza la palma sobre la sensible punta, mirándome con una lágrima acumulada en el rabillo de sus hermosos ojos.

—Que lo estén. No quiero esconderme, Blake. Solo te quiero a ti.

—Joder, cariño, eres demasiado buena. Estoy cerca, jodidamente cerca —le advierto, mi cuerpo se tensa mientras siento que mi orgasmo se acerca con cada húmeda caricia de su mano—. Si no quieres que me corra en tu boca, tienes que parar ya.

Pero ella no para.

En lugar de eso, vuelve a metérmela hasta el fondo, su lengua recorriendo la punta de mi glande, su mano agarrando con fuerza la base de mi polla.

—¡Joder!

Me acerco cada vez más al límite, y ella redobla su esfuerzo y me traga más profundo.

—¡Sophia, joder, sí! —gimo, mi cuerpo se convulsiona mientras me corro, mi polla pulsando en su boca mientras ella se traga hasta la última gota con un gemido sensual y satisfecho que solo hace que mi polla siga latiendo.

Se retira, con una sonrisa maliciosa en la cara mientras se lame los labios. —¿Te ha gustado? —pregunta, su voz un ronroneo sensual.

Me río, tirando de ella hacia mí y capturando sus labios en un beso profundo. —Cariño, eso ha sido jodidamente increíble.

Agarro a Sophia por la cara, besándola profundamente, saboreándome en su lengua. La mezcla de nuestros sabores es

embriagadora, y me sorprende lo mucho que lo disfruto.

La lanzo sobre la cama. —Abre las piernas, Sophia. Enséñame ese coño con el que me has estado provocando toda la puta noche.

Ella obedece, sus piernas se abren para revelar su brillante sexo. Me tomo un momento para apreciar la vista: recién depilado, suave y listo para mí.

Joder. Su clítoris está duro, suplicando mi tacto.

Extiendo la mano, rozándolo ligeramente. Ella se estremece al contacto, riendo contra la suavidad de las almohadas que la rodean.

Me agarro la polla, masturbándome, listo para darle otra vez. Esta mujer me provoca cosas que nadie más ha logrado nunca. Como asaltos consecutivos de pura felicidad.

Con los ojos fijos en los suyos, acerco mi polla a su calor. —¿Has estado pensando en esto toda la noche, verdad? En que te follara, en que te hiciera gritar mi nombre.

Ella gime, sus ojos se cierran mientras sigo provocando su clítoris con mi punta, haciéndola rodar sobre la humedad, sintiéndome jodidamente bien.

—Blake, oh, joder…

Me coloco en posición, justo entre sus piernas, la cabeza de mi polla presionando ahora contra su entrada.

—Vamos a darles algo de lo que hablar de verdad —gruño, deslizándome dentro de ella centímetro a centímetro, sintiéndola apretarse a mi alrededor—. ¿Lo sabes? Nunca te voy a dejar marchar.

Sus gemidos se hacen más fuertes, y le agarro el cuello, apretando ligeramente mientras me mira a los ojos. Nuestros cuerpos se mueven como uno solo, mis caderas golpeando contra las suyas, embistiendo más profundo con cada estocada.

—Eres mía, Sophia. Mía.

Ella jadea, sus ojos se abren de par en par ante la intensidad de mi reclamo. —*Sí.* Tuya, Blake. Soy *tuya*.

Las palabras escapan de sus labios como un secreto susurrado en mi oído. Nadie más puede oírlo, pero después de presenciar lo de hoy, todo el mundo lo verá.

La follo más duro, mi agarre en su cuello se tensa, sintiendo su pulso acelerarse bajo mis dedos. —Necesito oírtelo decir otra vez, Sophia. Dime que eres mía.

—Soy tuya, Blake. Solo tuya.

—Otra vez.

—¡Tuya! ¡Oh!

Me estrello contra ella, mis caderas chocando contra las suyas mientras ella se toca el clítoris, con el rostro en puro éxtasis.

—Así me gusta, cariño. Joder.

Sus palabras me llevan al límite. Me corro profundamente dentro de ella, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi liberación. La mesilla de noche, la bandeja de champán, toda la puta habitación tiembla a nuestro alrededor.

Ella me sigue, su orgasmo la desgarra, su coño se contrae alrededor de mi polla mientras me busca y se aferra a mí como si le fuera la vida en ello. Cabalgamos la ola juntos, gritando y gimiendo, nuestro placer llenando la habitación.

Luego, mientras bajamos del clímax, la acerco a mí, nuestras respiraciones se mezclan, nuestros corazones laten al unísono.

Puede que yo la haya reclamado, pero joder… ella me ha reclamado a mí de vuelta.

Ya no hay vuelta atrás.

Ruedo sobre mi espalda, mi pecho subiendo y bajando mientras intento recuperar el aliento. El perfil de Chicago brilla a través de las ventanas, la luz suave se arrastra por las sábanas arrugadas, iluminando el desastre que acabamos de hacernos el uno al otro.

—Guau, eso ha sido...

—Lo mejor —dice Sophia, moviéndose para darme un beso en la mejilla.

Se tiende sobre mi pecho, su piel todavía húmeda de sudor, su pelo un caos salvaje por culpa de mis manos rudas. Le paso los dedos por los mechones sedosos, deshaciendo los nudos que le he hecho. Pero algo en su expresión me hace detenerme.

Hay un brillo en sus ojos que no estaba ahí antes. No es miedo, definitivamente no es miedo después de lo que acabamos de hacer.

Pero algo… *calculador*.

Entrecierro los ojos al mirarla. —¿Qué trama, señorita Hart? He visto esa mirada antes.

Me sonríe, atrapando ese carnoso labio inferior entre sus dientes de una manera que me hace querer morderlo yo mismo. Su expresión es pura inocencia, pero yo la conozco mejor.

—Nada. —Su dedo se desliza por mi pecho hasta mis abdominales —. Solo estoy *radiante*.

Mentirosa.

Musito, dejando que mis manos recorran su espalda, deteniéndose en la curva de su culo.

—Sabes —le doy un apretón; no puedo evitarlo— que *tengo* un partido mañana. Debería estar descansando.

—Mmm. —Se mueve, presionando un beso lento y provocador en mi clavícula, su mano bajando sigilosamente, moviéndose con clara intención—. Deberías…

Resoplo. —Y, sin embargo, tu mano se mueve en la dirección opuesta al descanso, cariño.

Ella sonríe contra mi piel, su aliento caliente mientras sus labios rozan el lado de mi garganta. —Ambos sabemos que la recuperación es importante. Solo me aseguro de que tus músculos se mantengan relajados, capitán.

Le agarro el culo, dándole un firme apretón antes de darle una fuerte palmada, disfrutando de la forma en que jadea, su cuerpo sacudiéndose deliciosamente contra el mío.

Apoya la barbilla en mi pecho, con los ojos iluminados por la picardía. —¿Se supone que eso es un castigo?

Ahí es cuando lo veo. *Esa* mirada de nuevo. Como si estuviera disfrutando esto demasiado.

Como si me hubiera calado.

Como si supiera… si supiera que es…

¡Nah!

No lo sabe.

—Se suponía que era una advertencia —gruño, dándole la vuelta y aprisionándola debajo de mí.

Se muerde el labio. —Supongo que tendrás que azotarme más fuerte entonces, capitán.

Menea el culo en el aire y bajo la cabeza, sacudiéndola con diversión.

Sophia simplemente se ríe y aplasto su cuerpo con el mío.

No lo sabe. No *puede* saberlo.

¿O sí?

Capítulo Veinte

Blake

La bocina final resuena y todavía estoy en la cresta de la ola por ese último gol. Me arden las piernas, el sudor me corre por la espalda, pero joder si no sienta bien.

Dos goles, tres asistencias… Chicago no ha tenido ninguna oportunidad.

El vestuario estalla cuando entramos en tropel. Ryder tiene a Logan inmovilizado con una llave, los dos peleándose por el privilegio de ducharse primero como si fueran niños grandes.

—¡Suéltame, novato! —le espeta Logan, pero con una sonrisa—. He dejado K. O. a tres tíos esta noche. Me he ganado el primer turno.

—¿Ah, sí? ¡Pues mi asistencia ha sido pura seda! —Ryder esquiva otro intento de agarre de Logan.

Alguien lanza una toalla por la habitación. Le da a Connor en la cara y él responde lanzando sus guantes. El lugar entero se sume en un caos maravilloso, justo como debe ser un vestuario ganador.

Me estoy quitando la camiseta cuando mi mirada se cruza con la del entrenador Brody. Está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa de satisfacción. Ni discursos. Ni críticas. Solo esa mirada, como si estuviera viendo a través de mí.

Le levanto una ceja. *¿Qué mosca le ha picado?*

Una mano pesada me da una palmada en el hombro desnudo y, al girarme, me encuentro a Eli de pie, con una cara como si acabara de ganar la puta Stanley Cup.

—Estás jugando como un poseso, Maddox. Hacía tiempo que no te veía tan centrado. —A Eli se le arrugan las esquinas de los ojos, como un padre orgulloso—. Casi como si tuvieras algo, o alguien, que te estuviera metiendo caña.

Me guiña un ojo y yo le lanzo una mirada, pero no puedo reprimir una sonrisa. —El equipo está funcionando, tío. Todo está… encajando.

—Ajá —dice cruzando los brazos, nada convencido—. ¿No tendrá nada que ver con esa fiera de marketing que te tiene comiendo de su mano?

—No me tiene comiendo de la mano de nadie.

Sophia estaba guapísima esta noche.

Después de dejarla en el hotel esta madrugada, con la polla dolorida de pasar la noche enterrada en ella y la lengua casi desgastada de hacer que se corriera en mi cara una y otra vez, ha tenido la desfachatez de aparecer con una falda de tubo negra y ceñida que le marcaba cada curva.

La ha combinado con una blusa blanca elegante que ha hecho estragos en mi concentración durante la charla previa al partido. Sus piernas parecían infinitas con esos tacones de vértigo, y la forma en que se inclinaba sobre la valla durante el calentamiento…

—Tierra llamando a Blake. —Eli agita la mano delante de mi cara.

Sacudo la cabeza, intentando borrar la imagen de sus labios rojos formando mi nombre cuando me ha deseado suerte. El puto pintalabios me ha dejado una marca en la mejilla durante todo el partido.

Seguro que eso se hace viral.

—Tío, lo estás haciendo otra vez —se ríe Eli.

—¿Hacer el qué?

—Esa cara que pones cuando piensas en ella.

Cojo la toalla, ocultando mi sonrisa.

—No pongo ninguna cara —mascullo, pero Eli se ríe aún más fuerte.

—Claro, chaval —dice Eli entre risas—. Sigue diciéndote eso. Pero sea lo que sea que te hace jugar así, no te resistas.

Sacudo la cabeza, pero una calidez se extiende por mi pecho. Tiene razón. Ahora mismo somos imparables.

—¿Y cuál es tu excusa para parecer que te acaba de tocar la lotería?

Su sonrisa se ensancha, sus ojos brillan con algo que hace sonar las alarmas. —Digamos que… alguien me ha hecho un favor que no podía rechazar.

Antes de que pueda indagar más, listo para preguntarle si él es la razón por la que Sophia ha estado actuando de forma tan… sospechosa… una cerveza aparece delante de mi cara.

—Capitán, tú pagas la siguiente ronda. Ese último gol ha sido una pasada. —Connor choca su botellín contra el mío, sus ojos oscuros bailando con diversión—. Tío, si hubiera sabido que una ejecutiva de marketing cañón era el secreto de tu nivel de juego, habría estado pasando mi número al equipo de relaciones públicas hace años.

Logan sonríe de lado. —Ya ves, tío. Sophia te está dando mil vueltas, Maddox. Admítelo, ya te tiene calado.

—No me tiene calado —digo con cara de póquer, fulminando con la mirada a los gilipollas.

Ryder tose. —*La marca de pintalabios*.

Connor asiente y se ríe tan fuerte que derrama un poco de su cerveza. —¡Todavía la tienes!

Cojo mi toalla y se la lanzo a la cabeza. —Cállate la puta boca.

No es que se lo fuera a admitir a estos capullos, pero esta noche *sí* que ha sido diferente: más nítida, más concentrada. Cada pase conectaba, cada tiro encontraba su objetivo.

Y tener a Sophia mirando desde el palco… me ha provocado algo. Ha hecho que quisiera lucirme un poco.

No es que se lo fuera a admitir a los chicos en el vestuario.

—Solo estoy haciendo mi puto trabajo —me encojo de hombros.

—Oye, lo que funcione, capitán. Sigue así y puede que este año tengamos una oportunidad de ganar la copa.

Por una vez, me permito disfrutar del momento.

De todo. La victoria. El equipo. El cachondeo.

Y lo mejor de todo, *Sophia.*

¡~!

Abro la puerta de la habitación del hotel, todavía en la cresta de la ola por nuestra victoria contra Chicago. Llevo unas cuantas cervezas encima y me duelen los músculos de esa forma satisfactoria que solo llega después de dominar en el hielo.

Sin embargo, en lo único que he podido pensar es en volver a ponerle las manos encima a Sophia.

La puerta se abre de par en par y me quedo helado.

Globos. Cientos de ellos. Serpentinas grises y verdes caen del techo de un extremo al otro de la puta habitación.

Y allí, sobre la mesa de mármol en el centro de la sala, hay una pequeña tarta de chocolate con una sola vela, apagada.

Mis ojos reparan en una tarjeta escrita a mano apoyada en lo que parece ser una botella de whisky de primera. Del tipo que Eli guarda detrás de la barra para ocasiones especiales.

Y allí, en medio de todo, está Sophia, con un sexi camisón de seda y una sonrisa tierna que nunca antes le había visto. Le hace algo a mi corazón, me lo oprime de una manera que nunca antes me había pasado.

—Feliz cumpleaños, capitán.

Parpadeo con fuerza, intentando procesar lo que estoy viendo. ¿Cómo…?

—No pensarías que dejaría pasar esto, ¿verdad? —Da un paso hacia mí, y esa sonrisa se vuelve juguetona en las comisuras.

Exhalo lentamente, negando con la cabeza. —P-pero… ¿Cómo…? Nadie sabe mi verdadera fecha de cumpleaños.

—No creo que guardes tus secretos tan bien, señorito. —Sus brillantes ojos color avellana bailan con picardía.

Entrecierro los ojos cuando caigo en la cuenta. —Eli.

Ella asiente, sonriendo ahora de oreja a oreja. —Eli.

Mis ojos no dejan de moverse entre la tarta, el whisky, la decoración. Los putos globos. ¿Por qué hay tantos putos globos?

Nadie ha hecho esto por mí antes.

Las piezas encajan: su comportamiento sospechoso, esas conversaciones en susurros con Eli antes del partido, las extrañas

miradas que no dejaban de intercambiarse en el palco de visitantes.

Ese «favor» que Eli mencionó en el vestuario.

Me dejo caer en el borde de la cama, y el subidón de después del partido se evapora. Me paso los dedos por el pelo mientras el peso de este momento se asienta sobre mí.

La decoración, la tarta, el whisky… es demasiado.

—No celebro mi cumpleaños —mascullo, mirando al suelo.

Sophia se sienta a mi lado. —Eso ya me lo imaginaba. ¿Por qué?

Una risa sin humor se escapa de mi garganta. Intento ignorarlo, pero Sophia me mira como si no fuera a dejar que me librara sin contárselo.

—Porque el último cumpleaños que celebré… fue el día antes de que mi padre nos abandonara.

Sophia se queda inmóvil a mi lado. No dice nada, no presiona, solo me mira.

—Tenía diez años —continúo, incapaz de mirarla—. Un día, estaba allí… riendo, viendo mis partidos de hockey, llamándome su *campeón*. Al día siguiente, simplemente… se había ido.

La vieja herida late, incluso después de todos estos años.

—Ni siquiera se despidió —digo con un nudo en la garganta, las palabras espesas—. Sin previo aviso. Sin una pelea con mamá, sin un desenlace lento. Solo una silla vacía en la mesa y un armario al que le faltaba la mitad de la ropa.

Fuerzo una risa mientras niego con la cabeza, recordando las noches interminables de mamá llorando en su dormitorio.

—Recuerdo que pensé que tal vez volvería. Tal vez había una explicación. Una razón. Toda esa noche, me senté junto a la ventana, esperando que su camioneta regresara a la entrada.

Exhalo con fuerza, apretando la mandíbula. —Pero nunca lo hizo.

—Dejé de contar los cumpleaños después de eso —mascullo, frotándome la cara con una mano—. ¿Qué sentido tenía? El último que tuve fue el día antes de que se fuera. Tarta, velas, un palo nuevo que juró que me convertiría en el próximo Gretzky.

Se me hace un nudo en la garganta.

—*Ese* fue el recuerdo que me dejó. El último día que sentí que tenía un padre.

Trago saliva, mirando fijamente al suelo.

—Una semana después, recibimos una factura por correo. Una tarjeta de crédito al límite, a nombre de mi madre. Ella no lo sabía. No tenía ni idea de que él había agotado todo lo que teníamos antes de desaparecer. Apenas se mantenía a flote como podía, intentando mantener un techo sobre nuestras cabezas, y yo... —Niego con la cabeza—. Cogí el palo y lo vendí. Simplemente… dejé de preocuparme por los cumpleaños después de eso. Dejé de recordarlos.

—Blake, lo siento mucho —dice Sophia, colocando una mano cálida en mi hombro—. No lo sabía. Eli, él solo…

Me obligo a mirarla a los ojos. —¿Sabes lo que hizo? ¿Sabes lo que hizo Eli esa noche?

El recuerdo aparece ante mis ojos. Lo recuerdo exactamente.

Sentado allí, en el frío del invierno más duro de Iron Ridge, con mi camiseta demasiado grande tragándome, temblando y escuchando el silencio del hielo como si pudiera decirme qué coño hice mal.

Sophia está en silencio, observándome, esperando.

—¿Qué hizo? —pregunta finalmente, abrazándome.

—Me lanzó una camiseta. Me dijo que me levantara. Me dijo que los Icehawks me necesitaban. —Otra risa amarga se me escapa y niego con la cabeza—. La camiseta era demasiado grande. No me importó. El nombre más grande de la historia de los Icehawks estaba allí de pie diciéndome que me levantara. Así que me la puse.

—Ahí fue cuando empezó el programa juvenil, ¿no? —pregunta Sophia en voz baja.

Asiento, mis dedos se flexionan contra la colcha. —No oficialmente. Pero sí. Ese fue el momento en que todo empezó. Ese fue también el momento en que supe que quería ser ese tipo para alguien más cuando creciera. Que iba a ser como Eli, no como mi padre.

—Blake… —La mano de Sophia cubre la mía.

—Y Sophia, por eso odio a los medios. —La miro a los ojos, viendo la lágrima deslizarse por su mejilla, deseando tener la fuerza en este momento para levantar la mano y secársela—. Lo siento. Debería haber sido más sincero contigo.

—Blake, no tienes nada por lo que disculparte. *Nada.*

—No quiero su lástima. La de la prensa, la de los periodistas. No quiero que me conviertan en una historia lacrimógena.

—Si lo hubiera sabido… nunca te habría presionado para que hicieras esa entrevista.

Niego con la cabeza. —Lo volvería a hacer todo de nuevo.

—¿Qué?

Le aprieto la mano. —Porque lo hiciste por las razones correctas, Sophia. No me lanzaste a los medios. Me convertiste en el escudo. Pusiste la atención en mí, para que dejaran en paz a los críos. Y, cariño… —Mi voz se suaviza—. Eso significa más que cualquier regalo de cumpleaños que haya recibido nunca.

Y en ese segundo, *sé* que lo entiende.

Por qué lucho por el programa.

Por qué lo protejo de la directiva, de los medios, de cualquiera que no entienda lo que significa.

Por qué casi la pierdo a *ella* por eso.

La mano de Sophia está cálida contra la mía, su pulgar se mueve suavemente sobre mi piel. No sé cómo manejar esto. Nada de esto.

La sorpresa de cumpleaños. La forma en que me mira. Como si fuera alguien que merece la pena celebrar.

Debería decir algo, debería encontrar las palabras para decirle lo que esto significa para mí. Quizá si lo hubiera hecho con mi padre, no se habría ido.

Pero no puedo.

Siento la garganta apretada, el pecho demasiado lleno de emociones que no sé cómo procesar.

Entonces, suavemente, levanta una mano hacia mi cara, sus dedos rozan mi mandíbula mientras inclina mi barbilla hacia ella. Mi respiración se detiene cuando sus labios se presionan contra los míos.

Suave, lento, sin pedir más, solo estando justo *aquí*.

Me rindo a su beso, bebiendo el calor que me ofrece como un hombre sediento. Me pican las manos por atraerla más cerca, por reclamar más, pero estoy paralizado. Atrapado entre quererlo todo y no tener ni puta idea de qué hacer con nada de ello.

Entonces mi chica se retira, sus labios se curvan en esa sonrisa familiar. —Bueno, Blake Maddox, eres un hueso duro de roer, pero creo que finalmente he conseguido que admitas que ahora soy tu persona favorita.

Se me escapa una risa mientras niego con la cabeza. —Joder.

—Admítelo.

—Tan creída como siempre, ¿eh?

Ella sonríe. —No querría que te acostumbraras a que sea tierna, capitán.

Sus dedos recorren mi pecho, trazando los músculos todavía tensos del partido de esta noche. Joder, ahora parece que fue hace una eternidad.

Mi pulso se acelera mientras traza las líneas de mis abdominales, su toque ligero como una pluma pero concentrado, como si ya tuviera algo planeado.

Arqueo una ceja. —¿Y qué es todo esto, de todos modos? ¿Queda algún globo en Chicago?

Sophia tararea, inclinando la cabeza para mirar la decoración de la habitación del hotel. —Oh, ya sabes… solo algunos regalos para mi persona favorita.

—¿Ah, sí?

Ella asiente y se levanta bruscamente, cortándome con un movimiento de su pelo y un meneo de caderas.

—Sabes, estoy muy orgullosa de ti ahora mismo.

Frunzo el ceño. —Eh…

Se da la vuelta, sirviéndose un vaso de whisky como si no estuviéramos en medio de un momento íntimo. Da un sorbo lento y deliberado, dejando esta vez pintalabios en el borde del vaso en lugar de en mi puta mejilla.

Luego coge un pequeño mando a distancia de la mesita de noche junto a la cama y pulsa un botón.

Las luces se atenúan.

Una música suave resuena a través de los altavoces de la suite.

Camina alrededor de la cama con una sonrisa burlona lanzada perezosamente por encima del hombro.

—Por suerte para ti, señorito, no eres el único que ha planeado con antelación.

Mi cerebro todavía da vueltas por todo lo que ha pasado esta noche —el partido, la sorpresa de cumpleaños— pero ahora, *ahora* mi atención se centra en una sola cosa.

Ella.

Lenta, deliberadamente, busca el lazo del batín de seda que cubre su cuerpo. He estado tan distraído que ni siquiera me había dado cuenta de que es de satén azul de los Icehawks. Hace juego con los putos globos.

Sus dedos desatan el nudo. La tela se abre.

El batín se desliza por sus hombros, un susurro de seda que baja por sus brazos. Lo deja reposar en sus codos un segundo, lo justo para que me impaciente antes de que caiga a sus pies.

Y debajo…

Lleva *encaje verde oscuro*. Encaje *verde* de los Icehawks.

—Joder, Sophia…

Tiras de tela delicada y casi inexistente insinúan unas curvas que ya conozco demasiado bien después de anoche. Un sujetador transparente que se ciñe a sus pechos, con un escote lo suficientemente bajo como para poner a prueba mi puta cordura. Unas braguitas de encaje diminutas, con tiras finas que descansan en lo alto de sus caderas, sin dejar *nada* a mi imaginación.

Camina hacia mí, sus caderas se balancean. —Bueno, capitán… ¿te gusta tu regalo?

—Oh, me *encanta* mi regalo, cariño.

Su sonrisa crece, satisfecha. —¿Entonces por qué estás ahí sentado?

Joder. A la mierda.

Mis manos se aferran a su cintura, atrayéndola de golpe contra mí mientras aplasto mi boca contra la suya. Ella jadea, pero se convierte en un gemido cuando la devoro, besándola profunda, lenta y exhaustivamente.

Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando lo justo para hacerme gemir contra sus labios. Mis manos se deslizan hacia abajo,

agarrando su culo, levantándola del suelo mientras sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura y la lanzo a la cama.

Desenvuelvo mi regalo, pieza por pieza, saboreando la forma en que se deshace para mí.

Mientras nos entregamos el uno al otro de nuevo, ella me mira, con los ojos pesados, los labios hinchados por mi boca dura.

Y lo digo.

Las palabras que han estado en la punta de mi lengua, esperando el momento adecuado desde que la conocí.

Le paso un pulgar por la mejilla, abrazándola mientras murmuro: —Te quiero, Sophia.

Su respiración se entrecorta.

Entonces, sonríe.

—Yo también te quiero, Blake.

Y así, sin más, mi universo entero cambia.

Porque ahora, no hay vuelta atrás.

Soy suyo.

Y ya ni siquiera quiero luchar contra ello.

Capítulo Veintiuno

Sophia

Entro en la sala de juntas del estadio de los Icehawks sintiéndome… *bien*.

Rectifico.

Me siento de puta madre.

Desde que aterricé de nuevo en Iron Ridge la semana pasada, el trabajo con los Icehawks no es que vaya bien, es que está que arde.

Mi bandeja de entrada es un campo de batalla de solicitudes de entrevistas, acuerdos de patrocinio y oportunidades de relaciones públicas, cada una más ridícula que la anterior. *GQ* quiere hacer un reportaje sobre Blake. Una empresa de relojes de lujo prácticamente le está suplicando que lleve su marca.

La cosa se ha vuelto tan loca que una *influencer* con un millón de seguidores se coló anoche en mis mensajes directos solo para decirme: *«Tía, estás viviendo el sueño»*.

¿Y la verdad?

Pues sí. La verdad es que sí.

Entro en la reunión del lunes por la mañana con el tipo de confianza que solo te da saber que lo estás petando. El tipo de confianza que hace que mis tacones repiqueteen y mi café helado se balancee sin esfuerzo en una mano mientras me deslizo en mi asiento habitual en la larga mesa de conferencias.

Me he pasado toda mi carrera haciendo movimientos calculados, planeando con tres pasos de antelación, asegurándome de que tenía el control de mi trayectoria profesional.

¿Pero con Blake?

Con Blake, lo he apostado todo. Sin estrategia. Sin plan B. Solo puro caos lascivo envuelto en un capitán de hockey de metro noventa y tres con una lengua deliciosa que debería ser ilegal.

Cruzo las piernas mientras Big Mike se reclina con una mirada expectante. Greg, sin embargo, parece absolutamente eufórico. Lleva así semanas, pero pensaba que a estas alturas ya se le habría pasado su emoción infantil.

Se inclina hacia delante y coge una magdalena enorme de la bandeja de dulces colocada en el centro de la mesa de reuniones, la misma bandeja que me había asombrado en mi primer día.

Ya es prácticamente una tradición: Greg siempre coge la magdalena más grande.

Reprimo una risita ahogada mientras veo cómo se le iluminan los ojos como a un niño de cinco años en la mañana de Navidad, arrancando un trozo de la magdalena de chocolate y metiéndoselo en la boca.

Recorro la sala con la mirada y observo que todos los asientos están ocupados excepto uno: el mismo de siempre. La silla de Blake.

Pongo los ojos en blanco, pero esta vez no puedo evitar sonreír ante la ausencia de la estrella del hockey. Joder, ¿tan bajo están cayendo mis estándares profesionales?

—Muy bien, empecemos —dice Big Mike, dando una palmada al frente de la mesa—. Sophia, *señorita-mujer-del-momento*, creo que tiene algunas novedades para nosotros, ¿no?

Asiento y revuelvo mis papeles, aunque no los necesito. Tengo los números grabados a fuego en la cabeza.

—La interacción ha subido un cincuenta por ciento en todas las redes sociales. El vídeo más visto sigue siendo el de Blake enseñando los conceptos básicos de patinaje… —me aclaro la garganta—. A mí. Ya tiene más de dos millones de visitas.

Greg se atraganta con su magdalena. —¿Dos millones? Es una locura.

Me encojo de hombros, intentando restarle importancia. —Es lo que he estado diciendo desde el principio. A los aficionados les encanta ver el contenido de detrás de las cámaras. Se sienten más conectados con el equipo.

Big Mike se reclina en su silla, claramente satisfecho. —¿Y qué hay de las ventas de productos?

—Han subido un treinta por ciento desde que empezamos a destacar más a Blake —respondo, saltándome convenientemente la parte en la que *yo* formo parte de ese «impulso» tan significativo—. La nueva línea de camisetas con su número se agotó en cuestión de horas.

—Excelente —dice Big Mike, asintiendo con aprobación—. Esto es exactamente lo que necesitábamos.

Vuelvo a mirar la silla vacía de Blake y siento una punzada de algo… no exactamente culpa, pero casi. Odia ser tanto el centro de atención, pero lo ha hecho por mí. Por nosotros.

Greg se aclara la garganta. —¿Y qué hay del próximo evento benéfico? ¿Alguna novedad?

—Sí —digo, pasando a otra página de mis notas—. Hemos conseguido varios patrocinadores de alto nivel y los negocios locales están deseando participar. Esperamos una afluencia importante.

—Buen trabajo —dice Big Mike, con cara de estar sinceramente impresionado.

La sonrisa de Greg se ensancha más de lo que la he visto nunca, como si le acabara de tocar el gordo en Las Vegas. —Sophia, siga haciendo lo que está haciendo. Me encanta su trabajo, bien hecho.

Me remuevo en mi asiento, de repente demasiado consciente de los ojos expectantes de la junta sobre mí.

Big Mike me sonríe, pero, de algún modo, todos estos elogios, todo este reconocimiento profesional que estoy recibiendo no me sienta tan bien como debería.

—La interacción está por las nubes —coincide Big Mike—. La venta de entradas está en su punto más alto. El «*efecto Blake Maddox*» es oficialmente un fenómeno.

Frunzo el ceño. —¿El… qué?

La risa profunda de Big Mike llena la sala de juntas. —Usted. Él. A los fans les encanta. Las entrevistas, las fotos de detrás de las cámaras, los vistazos de ustedes dos… Joder, es como un puto *reality show* y el mundo está obsesionado.

Trago saliva. —Claro. Pero… no es eso lo que vine a hacer aquí. Vine para construir la marca, para…

Greg agita la mano con desdén, y las migas de la magdalena se esparcen por la pulida mesa. —Y lo *está* haciendo. Formando parte de la marca. Siga así. Lo que sea que esté haciendo con Maddox… siga haciéndolo.

Big Mike me guiña un ojo. Me *guiña* un ojo de verdad.

—Aunque quizá sea mejor omitir los detalles más *íntimos* —dice.

Una nueva oleada de náuseas me recorre.

Fuerzo mis labios en lo que *espero* que pase por una sonrisa, pero el nudo en mi estómago se aprieta mientras contemplo mi reflejo en la brillante mesa de conferencias.

Esto no es eso. ¿Verdad?

Esto debería sentirse como una victoria.

Entonces, ¿por qué siento que acabo de perder el control de la narrativa? La que yo decidí.

Vuelvo a mirar la silla vacía de Blake, pero esta vez no me hace sonreír.

Este era mi plan. Usar nuestra química para distraer a la junta, para desviar la conversación, para que dejaran a Blake en paz y se olvidaran del programa juvenil.

¿Pero ahora?

Ahora la conversación somos nosotros. Ahora *yo* formo parte de la marca.

Y, de repente, ya no estoy tan segura de que eso me guste.

Blake y yo *no* somos una marca.

Somos… otra cosa. Algo real.

Mierda… ¿Qué he hecho?



—¡Noche de chicas! —chilla Natalie, dando saltitos como un diminuto chihuahua ladrador.

Mia sonríe y me pasa un brazo por el mío mientras entramos en el Summit Café. —Ya era hora.

—¡No me puedo creer lo que Clara ha hecho con el local! No se parece en nada a como es durante el día —digo, sujetando la puerta de mi cafetería favorita.

El Summit Café es una visión acogedora, con luces parpadeantes y un aroma a canela y vainilla en el aire tan intenso que hace que mi alma cante. Hay una chimenea crepitante que añade calidez a la sala, y tantas risas en el ambiente que flotan a nuestro alrededor como un gran abrazo de oso.

—Joder, este sitio es mágico —susurra Mia, mirando a su alrededor.

Natalie sonríe. —Clara se ha superado.

Sigo a Natalie y a Mia hacia el reservado de la esquina. Está completo, con cojines de felpa y velas, y tiene un cartel de «reservado» que dice: *Para las Reinas de la Noche*.

Natalie está deslumbrante con su vestido cruzado de color verde esmeralda, ceñido a la cintura para resaltar sus deliciosas curvas. Sus tacones podrían matar a un hombre… si su actitud no lo hiciera antes.

Mia siempre es la viva imagen de la alegría, pero esta noche, con su vestido rojo de hombros descubiertos y su pelo oscuro cayéndole por la espalda en ondas, está absolutamente despampanante.

¿Y yo?

Llevo el favorito de Blake: un vestido lencero de seda color champán con delicados tirantes que se me resbalan de los hombros cuando me muevo. Amenazó con destrozarlo cuando llegara a casa

más tarde, pero por ahora, es mi armadura contra las docenas de ojos clavados en todas nosotras.

Natalie se ajusta el vestido y lanza una mirada de agradecimiento por la cafetería. —Nos lo merecemos, chicas.

Llega la primera ronda de cócteles y son tan impresionantes como nosotras. Mi bellini de frambuesa y melocotón brilla con escamas rojas flotando en el prosecco burbujeante. El clásico *dry martini* de Natalie parece sofisticado, como ella… *o no*.

Y el chocolate caliente con un chorrito de alcohol de Mia está coronado con nata montada y una pizca de canela.

—Por nosotras —digo, levantando mi copa.

—Por los líos —añade Mia con un guiño.

—Y por lo que venga después —termina Natalie.

Chocamos nuestras copas, riendo y bebiendo a sorbos todo a la vez.

Nuestro camarero regresa con una torre de exquisiteces que haría llorar de alegría a cualquier amante de los postres: *coulants* de chocolate rezumando delicia fundida, tartaletas de limón lo suficientemente ácidas como para hacerte fruncir la boca de placer y gofres rociados con caramelo tan dorados que parecen besados por el sol.

—Oh, Dios mío —jadea Mia—. Creo que me he enamorado.

—¿Del postre? ¿O de Clara? —bromeo.

—De todo —dice soñadoramente.

Veo a Clara detrás de la barra. Es un torbellino en movimiento mientras atiende con pericia el ajetreo de su primera noche temática en Iron Ridge. Lleva el pelo rubio recogido en un moño desordenado y el delantal espolvoreado de harina y azúcar.

A pesar del caos, nuestras miradas se cruzan y nos saluda con entusiasmo.

—¡Gracias! —gritamos al unísono, levantando nuestras copas en un brindis.

—¡Tiene una pinta increíble, guapa! —añade Natalie, su voz se eleva por encima de la suave guitarra acústica que suena en la esquina.

Clara sonríe y nos levanta el pulgar antes de volver a su torbellino de actividad.

—Es increíble —dice Mia, negando con la cabeza con admiración —. No sé cómo lo hace.

—Magia —responde Natalie con un guiño—. Pura magia. ¿Y pensar que sigue soltera? Venga ya, ¿qué esperanza nos queda a nosotras?

Mia y Natalie se ríen juntas, pero rápidamente su atención se centra en mí.

—Bueno, chicas —digo, dejando mi copa con un decidido tintineo —. ¿Cuál es el plan para esta noche?

—Oh, cotilleo de chicas, sin duda —dice Mia, con los ojos brillando de picardía—. Estuvisteis fuera demasiado tiempo y quiero todos los detalles jugosos sobre tú y Blake.

Natalie sonríe. —Sí, suéltalo, Sophia. Hemos visto cómo te mira. Hemos visto las publicaciones en la cuenta de los Icehawks. Venga, ¿todo esto es de verdad?

Mia tararea. —Porque parece *tan* delicioso.

Siento que un rubor me sube por las mejillas e intento disimularlo con una risa.

—No hay mucho que contar —digo despreocupadamente—. Solo estamos… viendo cómo van las cosas.

—Ajá —dice Natalie con escepticismo—. ¿«Viendo cómo van las cosas» mientras él prácticamente te desnuda con la mirada cada vez que estáis en la misma habitación?

Mia se ríe. —¡Ryder dice que la química cada vez que bajas a los entrenamientos está por las nubes!

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. —Vale, vale. Quizá haya algo más que eso.

Natalie se inclina hacia delante, sus ojos verdes brillando de curiosidad. —Cuenta, cuenta.

Bebiendo un sorbo de mi copa, intento apartar de mi mente los pensamientos de la reunión de la junta de hoy. Me ven a Blake y a mí como una herramienta de *marketing*, no como personas reales con vidas reales.

Pero no puedo decirles eso a los dos pares de ojos con forma de corazón que me miran ahora mismo, ¿verdad?

Al final no llamé a mi madre. Ya puedo oír su voz en mi cabeza, llena de decepción y preocupación por mi trabajo profesional. Ella querría que me defendiera, que exigiera respeto y autenticidad.

Pero no puedo pensar en eso ahora. Ni aquí, ni esta noche.

Necesito esta noche con Natalie y Mia.

—Bueno —empiezo, sintiendo una mezcla de emoción y nervios al pensar en Blake—. Es… diferente de lo que esperaba. Debajo de ese exterior duro hay alguien que realmente se preocupa por su equipo. *Y* por esta comunidad.

—Y por ti —añade Mia con una sonrisa cómplice.

Me encojo de hombros, intentando ocultar mi propia sonrisa. —Quizá.

Natalie enarca una ceja. —Oh, vamos, Sophia. Eso no es nada. ¡Queremos detalles! ¡Lo bueno!

—Vale —cedo, riéndome de sus expresiones ansiosas—. Pero solo si prometéis contar también vuestras propias historias algún día.

—¡Trato hecho! —exclaman a coro.

Pongo los ojos en blanco, intentando restarle importancia a todo el asunto antes de sumergirme en un relato de media hora de todo lo que pasó antes del viaje, después del viaje, hasta llegar a la forma en que me ayudó a abrocharme el vestido antes de salir esta noche.

Tengo cuidado de no ahondar demasiado en el pasado de Blake y paso por encima de los detalles que me confió sobre su odio a los cumpleaños.

—Así que, simplemente estamos… pasando tiempo juntos. Eso es todo —concluyo finalmente después de hablar durante lo que parece una eternidad.

Natalie resopla, claramente sin tragárselo. —Mmmm. No me lo trago. ¿«Simplemente pasando tiempo juntos»? Cariño, eso es lo que digo yo de este martini y, sin embargo, ya he pedido el cuarto.

Mia se inclina, con los ojos brillantes de picardía. —¿Es mandón en la cama? Apuesto a que es mandón en la cama.

La fulmino con la mirada, con las mejillas sonrojadas. —NO pienso tener esta conversación con vosotras dos.

Natalie sonríe más ampliamente. —Lo que significa que sin duda deberías tenerla.

Dejo escapar un gemido. —No es lo que pensáis. En realidad es… dulce. Muy atento. Siempre pendiente de mí.

Natalie y Mia intercambian una mirada y sorben de sus pajitas mientras la siguiente ronda de bebidas llega a nuestra mesa.

—No creo que nunca me haya sentido tan… no sé. ¿Segura? ¿Cuidada?

El silencio cae sobre nuestra mesa.

Luego, en perfecta sincronía: —Estás enamorada de él.

Jadeo, sintiendo como si me hubieran dejado sin aire. —Yo…

Mia enarca una ceja, con expresión satisfecha. —Oh, Dios mío. Lo estás totalmente.

Natalie me sonríe como si acabara de ganar la lotería. —¿Qué se siente al ver tu existencia entera cambiada por un jugador de hockey ridículamente bueno?

Sin mediar palabra, me bebo el resto de la copa de un trago, esperando que el alcohol adormezca el dolor de la expresión en sus caras.

No necesitan saber que ya le he abierto mi corazón. Blake lo ha cambiado todo. No me importa lo que piensen. Incluso ha cambiado mi forma de percibir mi trabajo, lo cual es algo *enorme* teniendo en cuenta la chica que era cuando me mudé a la otra punta del país para estar aquí.

Pero sigo sin estar segura de que eso sea bueno… aunque mi corazón dé un triple salto mortal cada vez que me mira, y mis entrañas se conviertan en caramelo caliente cada vez que está cerca.

Dios, ¿cuándo me he convertido en semejante cliché?

Unas horas más tarde, el aire de la noche me golpea la cara al salir del Summit Café, con la cabeza dándome vueltas, no por los cócteles, sino por la verdad que no puedo quitarme de encima.

Las farolas brillan sobre mí y la acera espolvoreada de nieve está cubierta con una fina capa de copos recién caídos.

El ronroneo de un motor familiar llama mi atención al final de la calle. El Range Rover de Blake está al ralentí junto a la acera, sus faros cortan la noche.

La puerta del copiloto se abre de golpe y ahí está él, con su metro noventa y tres apoyado en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Buenas noches, chicas. —Saluda con la cabeza a Natalie y a Mia, luego dirige su mirada hacia mí, observando mi vestido y mis mejillas sonrojadas—. ¿Te has divertido, cariño?

Detrás de mí, Natalie y Mia estallan en risitas, pasando a mi lado a trompicones para subir al asiento trasero de su todoterreno.

—Hola, Blake —ríe Mia.

—Gracias por traernos —arrastra Natalie las palabras, chocando las caderas con Mia en la parte de atrás y cerrando la puerta de un portazo con la esperanza de ocultar su diversión infantil.

Me río, pero me quedo helada al llegar a la puerta del copiloto. Una mano grande se posa en mi hombro antes de que pueda agarrar la manija.

—Te he echado de menos —gruñe Blake detrás de mí, su mano mantiene la puerta cerrada un momento más mientras su aliento calienta mi cuello.

Me doy la vuelta y lo miro, sonriendo.

La luz le da en la mandíbula, iluminando esa cicatriz que he trazado con mis dedos un millón de veces. Puede que sea el alcohol, pero la forma en que sus ojos se ablandan cuando se encuentran con los míos esta noche… es agradable.

—Yo también te he echado de menos —digo, inclinándome para darle un beso en los labios.

Le oigo inhalar profundamente mientras su nariz se presiona contra mi mejilla, y luego, cuando el beso se rompe, abre la puerta de un tirón y me deja entrar.

Está aquí. Como siempre, asegurándose de que llegue a casa sana y salva.

Igual que el café que me trae cada mañana, la forma en que me protege de los periodistas, cómo recuerda exactamente cómo me tomo la manzanilla justo antes de irme a dormir por la noche.

Mi corazón late con fuerza mientras Natalie y Mia intentan, sin éxito, abrocharse los cinturones de seguridad detrás de nosotros.

Oh, Dios. *Estoy* enamorada de Blake Maddox.

Sé que ya se lo he dicho, pero después de hoy, después de estar en esa reunión y enfrentarme al peligro de las decisiones que he tomado para ponernos en el punto de mira… para proteger a Blake y lo que tanto significa para él.

Estoy tan completa y aterradoramente enamorada de él que la idea de perderlo me deja sin aliento.

¿Y quizá eso es todo lo que importa?

Me deslizo en el asiento delantero, me estiro por encima de la consola para agarrar la pierna de Blake, le doy un fuerte apretón y le dedico una sonrisa.

—Conduce, capitán.

Capítulo Veintidós

Blake

Me apoyo en la valla, viendo a mis chicos batirse en la pista exterior. La torre del reloj de Iron Ridge se alza tras ellos, con la esfera brillando dorada contra el cielo invernal que se oscurece.

El vapor sale de los cascos de los jugadores mientras persiguen el disco por el hielo, patinando como lo han hecho desde el primer maldito minuto del partido.

El equipo contrario, con sus camisetas rojas, ha plantado cara, pero nuestros colores verde y gris dominan el hielo.

Mikey, nuestro defensa más pequeño, da un golpe con la cadera que enorgullecería a Connor. La multitud de padres reunidos alrededor de la valla vitorea, y sus aplausos se mezclan con el lejano tañido de la torre del reloj que marca la hora.

Empieza a nevar, y unos copos gruesos descienden para espolvorear el hielo. Las luces ensartadas alrededor de la pista exterior parpadean al encenderse, y una luz sutil baña la superficie de juego.

Esto del equipo juvenil es hockey en estado puro.

El tipo de hockey que hizo que me enamorara de este deporte. Sin marcadores de lujo ni palcos privados, solo unos críos dejándose la piel bajo un cielo abierto.

—¡Quedan dos minutos! —grito, golpeando la valla con el palo.

Puedo ver la determinación en sus caras. Estos momentos importan más que cualquier partido de la NHL: ver a estos chicos encontrar su confianza, su fuerza, su amor por el deporte.

El orgullo me hincha el pecho cuando Mikey intercepta un pase y se lanza por el hielo como un cohete. El chaval tiene fuego en las venas, igual que yo a su edad. Su madre hace turnos dobles en el restaurante para poder comprarle la equipación, pero nunca lo dirías por cómo juega: con la cabeza alta, los hombros hacia atrás, pura determinación.

—¡Bien jugado, Mikey! —Mi voz resuena por toda la pista mientras prepara una jugada para que Roger Jenkins tire a la perfección.

El *slapshot* de Roger resuena en la pista como un trueno. El disco encuentra el fondo de la red y la pequeña multitud de padres estalla. Su madre no ha podido venir hoy —otro contratiempo en su rehabilitación—, pero, aun así, Roger está jugando como un campeón.

Lei Tran pasa a mi lado como un rayo, sus patines apenas tocan el hielo. La señora Tran junta las manos en las gradas, rezando como siempre, rodeada de táperes con sus famosas galletas con pepitas de chocolate.

Puede que no entienda todas las reglas de este extraño deporte extranjero, pero sí entiende la sonrisa de su hijo cuando está en el hielo.

Mis chicos van ganando 3-0 a falta de cinco minutos. Los chavales lo están bordando, jugando como un verdadero equipo. Sin chulerías ni jugadas egoístas.

Solo hockey puro, como debe ser.

Un movimiento junto a la entrada me llama la atención y veo a Sophia entrando sigilosamente, como prometió que haría después de terminar en la oficina. El destello de una cámara me alerta y siento que aprieto los puños.

Un reportero de un medio nacional haciéndole fotos, igual que me las han estado haciendo a mí toda la tarde. Al menos solo somos ella y yo, no los críos. De momento. Esa fue la promesa de Sophia, y la ha cumplido. Mantener el foco de atención en el capitán y dejar que el programa siga siendo puro.

Al mirar a mi equipo —a mis chicos—, me doy cuenta de que me equivoqué al llevarle la contraria con esto. Su plan protegía exactamente lo que más importa, y les está permitiendo seguir brillando en el hielo.

Mikey vuelve a marcar y la pista estalla. Levanto el puño y suelto un grito de alegría que hace reír a Sophia mientras se me acerca por detrás.

Unos brazos cálidos me rodean la cintura, y ese familiar aroma a vainilla que me vuelve loco me envuelve.

—Hola, cariño —digo, reclinándome en su calor.

—Hola, tú —dice ella, cogiéndome de la barbilla y girándome para besarme.

Las cámaras destellan en alguna parte, pero, por un instante, no me importa.

Me aparto del beso y mis manos bajan para agarrar las suyas mientras contemplo su atuendo: un vestido de punto de cachemira de color crema que se ciñe a cada una de sus curvas, combinado con unas botas altas de cuero marrón. Su melena rubia cae en ondas sobre sus hombros, con un aspecto demasiado bueno para estar aquí fuera, pasando frío.

—Ten cuidado, cariño —gruño, recorriéndola con la mirada de arriba abajo como un animal salvaje—. Vas a distraer a mis chicos, que son muy impresionables, con esas pedazo de tetas.

—¡Blake Maddox! —jadea ella, dándome un manotazo en el brazo lo bastante fuerte como para que me escueza.

Mi sonrisa se acentúa mientras me froto la zona. —¿Qué? Es un hecho. Tienes unas tetas fantásticas.

Poniendo los ojos en blanco, Sophia se desliza a mi lado junto a la valla, con la mirada fija en la acción sobre el hielo y una expresión de pura terquedad decidida a ignorar mis sinceros cumplidos.

—¿Cómo va el equipo?

—Bien. Mejor que bien. Míralos. —Señalo hacia donde Mikey prepara otra jugada, con sus pases nítidos y seguros. Lei baja a recibirlo, buscando el siguiente pase.

Observa durante un momento y luego me dedica esa sonrisa tierna. —Tú has construido esto, ¿lo sabes?

No respondo de inmediato, con un nudo en la garganta mientras observo a estos chicos, mis chicos, dejándose la piel.

Porque sí, yo he construido esto.

Lo he construido de la nada, solo con esperanza, determinación y el recuerdo de lo que se sentía al ser ese crío enfadado sin ningún sitio al que ir después de que mi mundo se desmoronara.

Hasta que Eli me abrió esta puerta.

Más destellos llaman mi atención desde el aparcamiento. Un pequeño grupo de fotógrafos se ha reunido, con sus teleobjetivos apuntando en nuestra dirección. Aprieto la mandíbula, pero me obligo a mantenerme concentrado en el hielo.

—Ignóralos —susurra Sophia, apretándome la mano—. Solo están haciendo su trabajo.

Gruño, viendo cómo el equipo prepara otra jugada desde detrás de nuestra portería. Las cámaras siguen disparando y mis hombros se tensan con cada flash.

Pero Sophia tiene razón: ahora esto es parte del trato. Tengo que acostumbrarme.

Mientras se mantengan alejados de mis chicos, puedo soportar ser su chico de oro. La pareja de oro. Lo que sea.

Aun así, acerco a Sophia, protegiéndola de sus miradas con mi cuerpo. Hay algunas cosas que quiero guardar solo para nosotros, a pesar de que la directiva de la sede de los Icehawks le esté echando el aliento en la nuca a Sophia constantemente para que haya «más contenido».

Suena el silbato final y mi equipo estalla en vítores. Las camisetas verdes se amontonan en el centro del hielo, con los palos en alto. El orgullo me hincha el pecho mientras los veo celebrar su victoria por 5-0.

—Te dije que lo bordarían —le digo, volviéndome hacia Sophia con una sonrisa.

Pero ella no está mirando la celebración.

Tiene los ojos fijos en la pantalla de su móvil, con el pulgar congelado a mitad de un desplazamiento. Se le ha ido el color de la cara.

—¿Qué? —Su expresión hace que se me encoja el estómago.

Parpadea rápidamente y se guarda el móvil en el bolsillo. —Nada. Solo una… notificación.

Pero ahora la conozco mejor. Sé cómo se muerde el labio inferior cuando está preocupada. Cómo sus dedos juguetean con el dobladillo de su jersey. En estos últimos meses, me he memorizado cada gesto, cada microexpresión de esta increíble mujer.

Esto no es «nada».

—Sophia. —Me acerco más, bajando la voz—. ¿Qué pasa?

—De verdad, es que… —Se interrumpe y se obliga a esbozar una sonrisa radiante que no le llega a los ojos—. Los chicos han estado increíbles hoy. Deberías estar muy orgulloso. Vayamos a tomar algo al Ridgeview después, ¿qué te parece?

Aprieto la mandíbula. Algo no va bien.

—Claro.

El mismo instinto que me avisa de una carga inminente en el hielo me grita que algo va mal. Pero antes de que pueda insistir, Mikey patina hasta la valla.

—¡Entrenador! ¿Has visto mi gol? ¡Por toda la escuadra! ¡Tal y como dices siempre!

Le dedico una sonrisa forzada. —Claro que sí, chaval. Un tiro precioso.

Al final, salgo de la pista después de charlar con los padres unos minutos y encuentro a Sophia a unos metros de la entrada. Está de espaldas a mí, con el móvil en la mano.

Está otra vez enganchada a las malas noticias en el móvil, con los hombros tensos.

Algo *sigue* sin ir bien.

—Basta ya. —La cojo del codo, haciéndola girar hacia mí—. ¿Qué te tiene tan alterada?

Intenta guardar el móvil, pero le agarro la muñeca. Nuestras miradas se cruzan en una batalla silenciosa antes de que ella finalmente ceda y levante la pantalla, iluminándome los ojos con tanta intensidad que tengo que entrecerrarlos para poder leer.

Cuando lo consigo, el titular me golpea como un *cross-check* en el pecho:

La distracción de Blake Maddox fuera del hielo: ¿está perdiendo el norte la estrella de Iron Ridge?

Debajo, fotos nuestras. El beso en el hotel de Chicago. Ella en mis partidos. Nosotros en el entrenamiento. Incluso hay una de la otra mañana cuando salimos a pasear por los senderos de la montaña.

¿Y lo que es peor?

Cada foto está tergiversada para convertirla en algo frío y calculado, utilizada para servir al propósito de la historia, no para mostrar la realidad.

—Dicen que te estoy… —Se le quiebra la voz—. Que te estoy utilizando para darme publicidad. Que soy la razón de tus penalizaciones del mes pasado. Que la junta directiva me contrató para…

—Para.

El hielo me inunda las venas.

—¿Quién ha escrito esto?

—Primero lo publicó un blog de deportes, pero ahora está en todas partes. —Se desplaza por las notificaciones—. Twitter, Instagram, los principales medios impresos…

Mis dedos se cierran en puños. Sabíamos que la atención de los medios llegaría, pero ¿esto? ¿Este artículo de desprestigio tan directo? ¿Justo antes de jugar el último partido de la temporada regular en casa? ¿Justo antes de reclamar nuestro derecho a hacernos con la última plaza para los *playoffs*?

—Blake, te juro que yo no…

—Eh —digo, suavizando la voz—. No pasa nada, cariño. No pasa nada. No te estoy culpando.

Respira hondo, con los ojos brillantes. —Es que… todo este trabajo. Todo lo que he hecho. Quería proteger a los críos, el programa juvenil. Protegerte a ti y todo lo que pasaste para llegar a donde estás.

Le tiembla la voz y lo siento. Su dolor.

Es crudo, real, y me golpea directamente en el pecho.

—Pero aun así… no me están tomando en serio. Vine aquí para cambiar las cosas, para sumergirme en mi carrera y ser esa mujer que cambió el mundo. Igual que hizo mamá. Y ahora… *esto*.

Me acerco y le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Lo sé —digo, casi en un susurro—. Lo sé, Sophia. Es una puta mierda.

Y justo cuando estoy a punto de atraerla hacia mis brazos, lo oigo. El clic de una cámara. El zumbido de un obturador.

Me giro y ahí están.

Paparazzi. Malditos buitres. Alimentándose de nuestro momento privado.

—¡Eh! —Mi rugido resuena en el aparcamiento mientras el fotógrafo sale corriendo, su oscura figura se escabulle entre los coches como un suricato asustado y puesto de cocaína.

La cámara rebota contra su pecho mientras se aleja a toda prisa, montando una escena y atrayendo todas las miradas de reproche de los padres que solo intentan llevar a sus hijos a casa después de un puto partido de hockey.

Doy dos pasos para seguirle, con la sangre ardiendo, pero la mano de Sophia me detiene el brazo.

—No lo hagas. —Sus dedos se clavan en mi chaqueta—. Solo lo empeorarás, Blake.

Tiene razón. Joder, tiene razón.

Pero eso no detiene la rabia que me recorre.

Por eso he mantenido mi vida en privado, por eso he construido muros alrededor de todo lo que importa. A los medios, a los buitres, no les importa a quién hieren o qué destruyen con tal de conseguir su puta historia.

Acerco a Sophia, acurrucándola contra mi pecho. Nos quedamos así, y la abrazo todo el tiempo que ambos necesitamos. Su aliento es entrecortado y tembloroso contra mi cuello.

—Puedo con esto —susurra, pero oigo el temblor en su voz—. Quería ser fuerte. Así que lo seré.

—No. —Suena como una orden. Y quizá lo sea—. *Podemos* con esto.

El peso de lo que se avecina se me asienta en las entrañas como plomo.

Los artículos seguirán saliendo. Los fotógrafos seguirán cazándonos. Rebuscarán más a fondo, buscando trapos sucios,

escándalos, cualquier cosa que puedan convertir en ciberanzuelo.

Y al final, encontrarán la verdad sobre el programa juvenil. Sobre mi pasado. Sobre todo lo que he luchado por proteger.

Aprieto la mandíbula al ver otra sombra escabullirse entre los coches, el destello del objetivo de una cámara bajo la luz de una farola.

Esto no puede seguir así. Así no. Algo tiene que cambiar.

Capítulo Veintitrés

Sophia

Me despierto con el suave resplandor del amanecer colándose por las cortinas, con la cabeza todavía pesada por el drama mediático de ayer. La cosa se puso tan fea que anoche desterré el móvil a las profundidades del cajón de los calcetines.

El colchón se hunde a mi lado y el calor sólido y protector de Blake se desplaza mientras se inclina sobre mí. Las ásperas yemas de sus dedos me apartan el pelo de los ojos, y luego unos labios suaves y delicados me besan la sien.

—Buenos días, cariño.

Su voz tiene esa deliciosa aspereza mañanera que hace que se me encojan los dedos de los pies. Profunda, grave, cargada de sueño y de una seducción sexi.

—Mmm… ¿Es demasiado tarde para uno de tus famosos y apasionados *«acurrucamientos»* mañaneros?

Su mano se desliza bajo las sábanas y sus dedos recorren mi muslo desnudo.

—Depende —murmura, sus labios rozando el lóbulo de mi oreja—. ¿Hablamos del tipo de acurrucamiento *inocente*? ¿O del tipo en el que te inmovilizo en esta cama y te hago chillar como un gallo orgulloso despertando a todo el puto pueblo?

Entorno un ojo, esperando ver esa sonrisa socarrona que pone siempre que está a punto de dejarme sin sentido.

En lugar de eso, una taza humeante aparece delante de mi cara.

—Por desgracia, nena, tengo que ir a la pista.

Se sienta en el borde de la cama y vuelve a besarme mientras me incorporo y acepto la taza con un murmullo de agradecimiento.

Gruño y hundo la cara en la almohada mientras él se sienta en el borde de la cama.

Eres cruel a primera hora de la mañana, ¿lo sabías?

—Pero acabo el entrenamiento a las doce. ¿Nos vemos después en la sala de jugadores?

Suelto una risita y me inclino para darle otro beso, apartándome y tomándome un momento para mirarlo de verdad.

Es injusto lo arrebatador que está a primera hora de la mañana: todo pelo alborotado y ojos grises soñolientos. La forma en que se estira y bosteza, con los músculos de sus anchos hombros marcándose, hace que se me haga la boca agua como si estuviera mirando un bufé de desayuno.

Me pican los dedos por seguir el tatuaje de los Icehawks de su antebrazo, pero en lugar de eso me aferro a mi taza de café. El circo mediático de ayer se me revuelve en el estómago, amenazando con estropear este momento de paz.

Pero, ¿mi hombre sexi?

Nunca deja que me consuma en la agitación durante mucho tiempo.

La ducha empieza a sonar en el baño y mi móvil vibra desde su exilio en el cajón de los calcetines. Dejo el café en la mesilla de noche, lo saco y el nombre de mi madre aparece en la pantalla.

Me llevo el móvil a la oreja. —Hola, mamá.

—Cariño, acabo de ver los artículos. Solo llamaba para asegurarme de que estás bien.

Mierda.

Hay una suavidad en su voz que no me espero, y eso por sí solo me pone en alerta.

Me preparo para el sermón. El de controlar la narrativa, adelantarse al ciclo mediático y convertir la mala prensa en una

ventaja.

Mi madre ha forjado su carrera gestionando circos mediáticos deportivos como este y, de hecho, me sorprende que haya tardado tanto en llamarme.

Me froto la sien, ya agotada. Más café. Necesito más café.

—Estoy bien. No es más que ruido. Ya pasará.

—¿Estás segura?

Curiosamente, su tono no es acusador. Es de complicidad.

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer? Este es el trabajo, ¿no? Medios de comunicación, manipulación, control de crisis. Es parte del paquete.

Ella emite un murmullo de una manera que he visto mil veces antes: labios apretados, ceño ligeramente fruncido. No necesito ni verla para saber la expresión de su cara ahora mismo.

La misma que ponía cuando yo era niña, sentada en el sofá, viéndola hacer magia con las relaciones públicas con sus clientes de alto perfil. Atletas, entrenadores, ejecutivos deportivos, no importaba quién fuera, mi madre tenía las respuestas.

—Esto no es solo manipulación mediática, Sophia —dice finalmente—. Eres tú. La forma en que hablan de ti, de tu carrera, de tu relación… No se trata de tu trabajo. Te están convirtiendo *a ti* en una historia.

Se me forma un nudo en la garganta.

Sé que tiene razón. Lo he sabido desde que volvimos de Chicago. Fue entonces cuando las cosas empezaron a sentirse diferentes. No solo por la ciudad, sino también en la sala de juntas.

Pero, ¿oírselo decir a otra persona? ¿Y no solo pensarlo yo?

Escuece.

Fuerzo una risa seca. —Sí, bueno, supongo que es lo que me pasa por enamorarme del jugador estrella.

—¿Te hace feliz?

Las palabras de mi madre me dejan sin aliento.

Parpadeo y me siento erguida en la cama. —¿Qué?

—Blake —dice mamá, simplemente—. ¿Te hace feliz?

Abro la boca para responder, pero estoy completamente aturdida.

Mi madre *no* es de las que se entretienen con tonterías sentimentales. Ella es todo estrategia, todo enfoque en la carrera, todo *«mantén tus emociones a raya»* porque así es como sobreviven las mujeres en esta industria.

Así que el hecho de que me pregunte esto… me descoloca por completo.

Levanto la vista.

A través de la puerta entreabierta del baño, el vapor se arremolina en el aire y veo a Blake. Está completamente desnudo, chorreando en la ducha, tan descarado como siempre.

Entonces, se da cuenta de que lo estoy mirando, con el móvil pegado a la oreja.

Su boca se inclina en esa sonrisa socarrona que antes me volvía loca. *Odiaba* esa mirada. Luego, como es un payaso, coge un bote de champú y finge cantar en él como si fuera un micrófono.

Siento un nudo de calidez en el pecho.

Dios, cómo amo a este hombre.

Exhalo una risa suave y respondo sin pensar. —Por supuesto que sí.

—Hace que me sienta… segura. Y vista. —Mi voz baja un poco, y la honestidad de la confesión me sorprende incluso a mí—. Como si no tuviera que demostrar mi valía todo el tiempo. Simplemente… *me entiende*.

Hay una larga pausa al otro lado de la línea.

—Entonces me alegro por ti, cariño.

—¿De verdad?

—Por supuesto —dice mamá con ligereza—. Blake es un jugador muy bueno. Pero, lo que es más importante, parece un hombre muy bueno. Desde que ha empezado a tratar con los medios, lo que, por cierto, *gracias.*

Frunzo el ceño y me enderezo. —¿Espera, estás… estás de verdad aprobando esto? ¿*Tú*? ¿La mujer que me dijo que las relaciones eran distracciones? ¿Que el amor y la ambición no se mezclan?

Otro murmullo. —Puede que fuera un poco demasiado rígida con eso cuando eras más joven. Ahora soy mayor y las cosas se ven… diferentes.

Vuelvo a parpadear. ¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con mi madre?

—Siempre me dijiste que trabajara el doble —digo con cuidado.

—¿Y tu trabajo te hace feliz?

Se me hace un nudo en la garganta. —Antes sí.

—Entonces quizá sea hora de dejarlo.

Casi se me cae el móvil. No puede ser mi madre la que habla, la misma mujer que luchó con uñas y dientes durante décadas en la industria deportiva dominada por los hombres.

—Sophia, escucha. He aprendido que el respeto solo importa si se da por las razones correctas. De lo contrario, no es más que una correa. —Su voz se suaviza—. Sophia, cariño, eres demasiado maravillosa para rendirte sin más. No dejes que te pongan una correa.

—Me pasé toda mi carrera pensando que tenía que ser el doble de despiadada, el doble de perfecta, el doble de intocable. Todo porque era mujer. Y lo conseguí. Pero, ¿echando la vista atrás? Sacrifiqué más de lo que debería. Y no quiero que te despiertes un día dándote cuenta de lo mismo.

Me quedo mirando la pared, completamente anonadada.

—Gracias, mamá.

Después de colgar, me planto delante del espejo de mi dormitorio. Por extrañas que fueran, las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza.

Porque tiene razón. Eso es exactamente lo que está pasando.

No solo el frenesí mediático, no solo las expectativas de la junta, sino todo.

Esta carrera por la que he luchado tanto tiempo… se está convirtiendo en lo que más temía.

Respiro hondo y profundo. La reunión diaria de la junta directiva empieza en una hora. He pasado meses luchando por demostrar mi valía, desviviéndome por demostrar lo que valgo.

¿Para qué?

¿Para que puedan reducirme a la novia publicista de Blake?

Mi reflejo se endurece. No. Ni de puta coña.

Hoy eso cambia.



El sol brilla en un día de invierno luminoso y hermoso en Iron Ridge, pero, aun así, la sala de juntas nunca ha parecido tan reluciente.

Por supuesto, la habitual disposición elegante y profesional se mantiene. La larga mesa de roble, los ventanales del suelo al techo con vistas a la torre del reloj de Iron Ridge, incluso la comida en la mesa está ahí.

Pero hoy, está *a rebosar.*

Más que de costumbre.

Y mientras entro con los hombros hacia atrás, el rostro decidido después de hablar con mi querida madre esta mañana, mis ojos se fijan en algo que hay sobre la mesa, delante de mi sitio habitual.

Qué cojo…

Un enorme ramo de rosas de un rojo intenso descansa frente a mi silla de siempre, la fragancia es tan fuerte que casi me tumba. A su lado hay dos botellas de vino sin abrir, una de tinto y otra de blanco. Una pequeña tarjeta blanca se apoya entre ellas.

«Para la mujer que ha cambiado las reglas del juego».

Greg sonríe como un padre orgulloso mientras irrumpe en la sala de juntas. —¡Sophia! ¡Bienvenida! Pensé que podíamos celebrarlo un poco. No sabía cuál era tu marca favorita, así que te he traído las dos.

Se ríe y saca una silla junto a Big Mike, que asiente con aprobación desde la cabecera de la mesa.

—Te lo mereces. Hoy tenemos que hablar de grandes cosas.

Dejo mi bolso y pongo mi mejor sonrisa falsa.

—Vale… gracias por el vino y las flores.

Recorro la sala con la mirada, con el pulso acelerado. Hay demasiada gente aquí. Más de la que suele haber.

Y no solo los ejecutivos habituales de los Icehawks. No. Más trajes. Nombres más importantes.

Gente que no reconozco. Gente que *sí* reconozco. Ejecutivos de la NHL.

Se me cae el alma a los pies.

Greg da una palmada. —Lo primero de todo, enhorabuena, Sophia. Ya lo hemos hablado, pero las cifras están *más allá* de todo lo que imaginábamos, y no dejan de subir.

Greg empieza un aplauso lento que se extiende por la sala como una ola en un estadio. Del tipo que hace que me den ganas de meterme debajo de la mesa y esconderme con las pelusas.

Antes de que me dé cuenta, toda la sala ruge con aplausos y me mira boquiabierta como si acabara de inventar el juego.

Big Mike se ríe, reclinándose en su silla. —Sí, sí… El Efecto Blake Maddox es imparable.

Greg sonríe radiante. —Estamos haciendo historia. ¿Y ahora?

Señala a los ejecutivos de la NHL, que me miran como si fuera el último trozo de pizza en una fiesta de fraternidad, y no estoy del todo segura de si debería hacer una reverencia o salir por patas.

—Es hora de subir de nivel.

Oh, Dios.

No me gusta cómo suena eso. No es *esto* lo que había planeado cuando he entrado furiosa en la reunión hace unos minutos, encendida después de que mi madre me hiciera entrar en razón.

Greg se inclina hacia delante, con las manos extendidas sobre la mesa. —Sophia, ya no eres solo una parte de la marca de los Icehawks.

Big Mike asiente, ahora serio. —La NHL ha estado observando todo lo que ha estado sucediendo aquí en los Icehawks. Y por muy impresionados que estén, quieren convertirte en la cara oficial de la liga.

Se me corta la respiración.

—¿Que *qué*?

Los ejecutivos de la NHL intercambian miradas de satisfacción, del tipo que se dan los hombres cuando un trato ya está cerrado. Me pregunto cuánto se ha embolsado Greg por este montaje publicitario.

Big Mike hace un gesto a la sala. —Nunca se ha hecho antes. Una mujer como cara de la liga. Es algo revolucionario. —Me mira y sonríe—. Su madre estaría orgullosa, Sra. Hart.

Greg malinterpreta mi asombro. —Piénsalo, Sophia. Alfombras rojas. Campañas nacionales. Entrevistas exclusivas. Ya hay en marcha un acuerdo de marca con *Chanel*.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Esto es otro nivel —continúa Greg, prácticamente vibrando de emoción—. Blake y Sophia: *la pareja de oro de la NHL*.

Me agarro al borde de la mesa. El ambiente en la sala cambia.

No les importa mi trabajo. No les importan mis estrategias de marketing. No les importa el hockey.

Quieren el show de Maddox-Hart.

El respeto solo importa si se da por las razones correctas. De lo contrario, no es más que una correa.

¿Y esto? Esto no es respeto.

Es una puta *correa*.

El arañazo de mi silla contra el suelo atraviesa la sala de juntas como si fueran uñas arañando una pizarra.

Todas las cabezas se giran bruscamente hacia mí, pero apenas me doy cuenta. La adrenalina corre por mis venas. Me tiemblan las manos, pero mi voz es firme como el hielo.

—A ver si lo he entendido bien. —Planto las palmas de las manos en la mesa y me inclino hacia delante—. Vine aquí para renovar la marca de los Icehawks. Para construir algo real y dar a esta ciudad un verdadero impulso.

Miro a mi alrededor, a los trajes de cinco mil dólares y los llamativos relojes de oro.

—Y, ahora, ¿me estáis diciendo que mi trabajo es sonreír a las cámaras y hacer el papel de novia de Blake Maddox?

Greg agita la mano con desdén, con esa sonrisa condescendiente todavía pegada a la cara. —Soph, vamos. Le estás dando demasiadas vueltas.

—¿Que le estoy dando demasiadas vueltas? —Mi risa sale aguda y amarga—. ¡No estaría en esta situación si fuera un hombre!

La sala se sume en un silencio sepulcral.

Greg y Big Mike intercambian una mirada que hace que me hierva aún más la sangre.

Greg se aclara la garganta y se ajusta la corbata. —Debería sentirse halagada. Las mujeres matan por oportunidades como esta. —Señala a los ejecutivos de la NHL—. Nos ha oído mencionar lo de Chanel, ¿verdad?

Algo se rompe dentro de mí.

Todos esos meses de trabajo, *años* de trabajo para llegar hasta aquí, todas esas estrategias y planes, reducidos a esto: a no ser más que una mujer florero para su chico de oro.

Mis dedos encuentran mi tarjeta de identificación y la desengancho mientras niego con la cabeza.

—Buscad otra cara bonita. —Enderezo la espalda y me enfrento a cada mirada de asombro de la mesa—. Dimito.

Capítulo Veinticuatro

Blake

Estoy repantigado en mi sillón de cuero favorito, escuchando a medias el resumen deportivo que suena de fondo en la enorme pantalla.

Connor y Logan discuten sobre el partido de los Bruins de anoche mientras Ryder devora su tercera barrita de proteínas. El entrenador Brody garabatea jugadas en su portapapeles mientras coge el móvil de vez en cuando, sonriendo mientras teclea en la pantalla.

El logo de la ESPN parpadea en la televisión y, de repente, su cara llena la pantalla.

Sophia.

Me enderezo de golpe.

Está *radiante* en la foto, tomada en uno de nuestros recientes eventos de prensa, sonriendo de esa manera que tiene cuando está siendo educada pero calculando su próximo movimiento. Se la ve elegante, profesional y segura de sí misma con mi traje de chaqueta negro favorito.

Y entonces oigo las putas palabras.

—Sophia Hart, el nombre que está en boca de todos. ¿Tuvo talento alguna vez o simplemente se abrió camino en la industria a base de acostarse con peces gordos?

El ambiente de la sala *cambia*.

Connor se incorpora. Logan deja de hablar a media frase. Las bromas se apagan de forma abrupta y desagradable mientras todos nos giramos hacia la pantalla.

La voz del presentador rezuma falsa preocupación.

—Fuentes cercanas a la situación sugieren que la relación de la señorita Hart con el capitán del equipo, Blake Maddox, podría haber influido en su rápido ascenso dentro de la organización.

—¿Tuvo talento alguna vez o simplemente se abrió camino en la industria a base de acostarse con peces gordos? —se burla una tertuliana—. *Los números no mienten: la interacción en sus redes sociales se disparó después de que ese vídeo de patinaje se hiciera viral.*

La sala se queda en silencio. Mis nudillos se ponen blancos alrededor de los reposabrazos.

Otro tertuliano, un gilipollas engreído con un traje azul marino, se inclina hacia delante con una sonrisita.

—A ver, yo solo digo que pasa de ser una ayudante a dirigir toda la marca de los Icehawks en ¿qué…? ¿Unos meses? Venga ya. Las mujeres en el deporte saben cómo moverse. Especialmente con los hombres que mandan.

Todos los músculos de mi cuerpo *se tensan*.

—A la mierda con esto —dice Logan, lanzando su botella de agua al otro lado de la habitación—. No pueden simplemen…

—Apágalo —ladra el entrenador Brody, pero apenas lo oigo por encima del rugido en mis oídos.

Mi vista se clava en esa pantalla, en las palabras que se deslizan por el rótulo de la parte inferior en negrita y letras blancas:

SOPHIA HART: ¿TALENTO REAL O SOLO LA NOVIA DE BLAKE MADDOX?

A continuación, aparece alguien de su antiguo trabajo. Un gilipollas con pinta de baboso y un traje carísimo, que niega con la cabeza como si estuviera a punto de soltar alguna perla de sabiduría.

—Quiero decir, a ver, Sophia siempre fue ambiciosa. Sabía cómo jugar sus cartas. Sabía cómo acercarse a la gente adecuada. Y está claro que le ha salido bien la jugada.

Risas. Putas risas *de suficiencia* de los tertulianos.

—Capi —la voz de Ryder atraviesa la neblina—. Más vale que pares esto antes de que…

—¿Antes de qué? —mi voz suena extraña, mortalmente tranquila —. ¿Antes de que destruyan todo por lo que ha trabajado? ¿Antes de que la reduzcan a nada más que mi novia?

Connor da un paso al frente.

—Blake…

Pero ya estoy en movimiento, empujándolo para dirigirme hacia la puerta. ¿Estos buitres quieren una historia? Les daré una que nunca olvidarán.

—¿Adónde vas? —me grita Logan.

—A arreglar esto —la puerta se cierra de golpe detrás de mí con la fuerza suficiente para hacer temblar el cristal.

Sé lo que está pensando. He mantenido mi vida privada en *privado* durante años. Me he negado a que los medios de comunicación se acerquen, a que conviertan mi vida en su narrativa. Nunca les he dejado sacar un titular a mi costa.

¿Pero esto?

Esto es Sophia.

Y quemaré toda la puta industria hasta los cimientos antes de permitir que le hagan esto.

Saco el móvil del bolsillo y marco.

—Eli —mi voz sale atropellada mientras bajo las escaleras como una furia hacia el despacho de Sophia—. ¿Recuerdas que le contaste a Sophia lo de mi cumpleaños? Pues bien, ahora me toca a mí pedirte un favor.

—Te escucho, chico. ¿Qué pasa? —dice Eli al otro lado del teléfono.

¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?!

Que voy a ponerlo todo patas arriba en la sede de los Icehawks. Eso es lo que pasa.



Corro hacia el despacho de Sophia sin ni siquiera molestarme en llamar. Entro de golpe, con los pulmones desesperados por un respiro.

Pero está vacío.

La taza de café que le traje antes de que entráramos esta mañana está fría, intacta.

—Se fue hace una hora —la voz de Natalie desde el umbral me sobresalta—. Llorando, por lo visto.

Mis manos se cierran en puños.

—¿Dónde? ¡¿Adónde ha ido?!

—No lo sé… He estado intentando llamarla —Natalie levanta su teléfono, negando con la cabeza, con el pánico en los ojos—. No contesta.

La imagen de Sophia llorando me da directo en el corazón. *Joder.* Debería haber estado allí. Debería haber sabido que algo iba mal cuando no apareció en la sala de jugadores después de su reunión.

En lugar de eso, me senté allí viendo a esos cabrones destrozarla en la ESPN mientras ella lidiaba con esto… lo que sea que sea *esto*… sola.

—Esos gilipollas en la sala de juntas… —empieza Natalie.

—¿Qué ha pasado? —mi voz sale como un gruñido.

—No sé los detalles, pero Lucy, la chica de diseño gráfico, ha dicho que Greg y Big Mike intentaron convertirla en una especie de muñeca Barbie de la NHL. Se marchó.

El orgullo y la furia luchan en mi pecho.

Por supuesto que se marchó. Es demasiado lista para dejar que la reduzcan a una simple cazajugadores.

Pero la idea de que esté sola en algún sitio, sufriendo…

Ya estoy en movimiento, pasando junto a Natalie en dirección al aparcamiento.

—¡Blake! —grita Natalie a mis espaldas—. Cuando la encuentres…

—Arreglaré esto —prometo, sin detenerme.

Quince minutos después, llego a su apartamento en un tiempo récord y aporreo la puerta con el puño; mi pulso late con más fuerza que mis nudillos contra la madera.

—Sophia, abre la puta puerta.

Nada.

A la mierda. No voy a esperar.

¿Ser paciente cuando la mujer que amo está sufriendo?

Que le den por culo a eso.

Doy dos pasos hacia atrás, planto el pie justo al lado de la manilla y doy una patada con todas mis fuerzas. La puerta se astilla hacia dentro con un estruendo satisfactorio y una oleada de limón y puto cítrico me golpea en la cara.

Sophia salta del sofá, llevándose una mano al pecho.

—¡¿ACABAS DE ROMPERME LA PUTA PUERTA?!

Entro como una tromba, con el pecho agitado a cada respiración.

—Derribaría el puto mundo entero para demostrarte lo increíble que eres.

Las palabras mueren en mi garganta cuando veo su cara. Las lágrimas le surcan las mejillas, sus ojos están rojos e hinchados.

Y allí, junto a la ventana, hay una maleta hecha.

—Sophia, ¿qué coño está pasando? Natalie ha dicho…

—No, Blake —su voz tiembla, sus manos también mientras se limpia la cara—. No puedo… ahora mismo no puedo hacer esto.

La miro fijamente, a la forma en que se abraza a sí misma como si intentara mantener la compostura, como si, al soltarse, fuera a hacerse añicos.

—Te fuiste de la oficina —digo, dando otro paso hacia ella—. Saliste de esa sala de juntas y ahora… ahora estás aquí, haciendo las maletas. ¿Qué coño ha pasado?

Su garganta se mueve al tragar con dificultad.

—He dimitido.

—¿Has *dimitido*?

Asiente, dejando caer las manos a los lados.

—He entrado esperando una reunión de estrategia. Ya sabes, lo normal. Quizá incluso una discusión sobre los problemas de relaciones públicas, sobre la tormenta mediática y cómo eso está empezando a afectarme —su voz se vuelve afilada, sus ojos avellana brillan—. Pero no. Tenían *flores* esperándome, Blake. Flores. Y vino. ¡Como si acabara de ganar un puto premio por ser tu novia!

Me erizo.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa —exhala, con la frustración espesando su voz— que la junta directiva no solo me quiere como la cara de los Icehawks. Me quieren como la cara de la *puta liga entera*.

Echo la cabeza hacia atrás.

—¿Qué?

—Sí —suelta una risa aguda y amarga—. La pareja de oro de la NHL. Sophia Hart, la novia guapa, sonriendo en las vallas publicitarias mientras me pasean como si no tuviera nada más que ofrecer que un puto patrocinio de Chanel.

Me mira fijamente.

—¡Ni siquiera me gusta Chanel! Huele a orina de gato.

Exhalo con fuerza, con el orgullo y la furia luchando en mi pecho.

Por supuesto que se marchó. Por supuesto que no les dejó ganar.

He luchado cara a cara con esta mujer y ¿mira a dónde me ha llevado? A estar locamente enamorado de ella.

Pero la maleta sigue junto a la ventana.

—Vale. Así que has dimitido. Esa es mi chica —doy otro paso hacia ella—. Entonces, ¿por qué coño estás haciendo las maletas?

Ambos miramos la pequeña maleta. Quiero coger esa puta cosa y lanzarla por la ventana, verla explotar en el pavimento.

—¿De verdad te ibas a ir?

Asiente, pero hay vacilación en el movimiento.

—Yo… no lo sé. Una parte de mí no quería, pero…

Le cojo la cara entre las manos. Mis pulgares le secan las lágrimas y algo se me rompe en el pecho al sentir lo pequeña que es entre mis palmas.

—Entonces no lo hagas. Quédate. Conmigo.

—No sé quién soy aquí, Blake. Vine a demostrar mi valía y ahora solo soy…

La silencio con un beso, vertiendo en él todo lo que no puedo decir. Toda mi rabia hacia esos cabrones que la han herido, todo mi orgullo por lo que ha conseguido, toda mi necesidad desesperada de mantenerla aquí conmigo.

—No eres un peón de relaciones públicas —murmuro—. No eres una cara bonita a la que puedan vestir y pasear. Eres la mujer más lista y más dura que he conocido nunca. Construiste toda la puta marca de ese equipo con tus propias manos, Sophia. La hiciste *más fuerte*. La hiciste *mejor*.

—Los Icehawks van a llegar a los *play-offs* gracias a *ti*.

—Blake… yo…

Le levanto la barbilla, obligándola a mirarme.

—No te vas, cariño —no hay duda en mis palabras—. Ni de esta ciudad. Ni de esta vida. Y desde luego que no me dejas a mí.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Sophia—. ¿Dimito y luego dejo que los paparazzi nos sigan?

—Ni de coña.

Capturo sus labios en un beso feroz, guiándola hacia abajo, sobre los mullidos cojines del sofá. Mis manos enmarcan su cara cuando me aparto para mirarla a esos ojos avellana.

—Primero, necesito estar dentro de ti. Ahora mismo. Porque la idea de que te vayas… —mi voz se quiebra—. Nunca he estado tan jodidamente aterrorizado en mi vida.

—Blake… —sus dedos trazan mi mandíbula.

—Y luego —continúo, dejando un rastro de besos por su cuello—, tengo un plan.

—¿Un plan?

Se arquea bajo mi cuerpo mientras mis manos se deslizan bajo su camisa, encontrando las duras puntas de sus pezones. Dejo un rastro de besos por su cuello, saboreando el aroma de su perfume. Sus manos caen sobre mis brazos y sus dedos agarran la tela de mi camisa mientras empieza a tirar de ella, arrancándomela de los hombros.

—Sí —le muerdo la clavícula—. Eli no es el único que mueve los hilos en esta ciudad, ¿sabes?

Su maleta sigue en pie, como una acusación, junto a la ventana y la tiro de una patada mientras cojo a Sophia en brazos, llevándola hacia el dormitorio. Sus piernas se enroscan en mi cintura y puedo sentir su corazón acelerado contra mi pecho.

—Te quiero, Blake.

La deposito en la cama, me quito la camisa por la cabeza y miro a la mejor puta cosa que me ha pasado en la vida.

—Yo también te quiero. Recuerda, eres más que ellos, cariño.

Mis dedos encuentran sus bragas y se las bajo con un movimiento rápido.

—Y renunciaría a todo si eso significara que te quedarías aquí. Conmigo.

Me dejo caer sobre el colchón y la aprisiono bajo mi cuerpo.

—Blake —susurra Sophia, sin aliento, con los dedos aferrados a mi camisa.

La beso con fuerza.

No es dulce. No es lento. Es posesivo.

Me trago su gemido, dejando que mi lengua se deslice profundamente, incitándola a la sumisión. Mis manos se mueven, recorriendo sus costados, agarrando su cintura, atrayéndola contra mí para que pueda sentir exactamente lo que me provoca.

Mi polla está dura como una roca, latiendo dolorosamente contra mis pantalones. Me la saco, observando cómo los ojos de Sophia se oscurecen en el momento en que la ve.

—Ahora no, cariño —gruño, agarrando su muñeca con firmeza y sujetándola por encima de su cabeza.

Sus ojos se abren, con las pupilas dilatadas por el deseo, mientras le guío la otra mano por encima de la cabeza, sujetándosela contra la almohada.

Nuestros ojos se encuentran y su respiración se entrecorta.

Se retuerce bajo mi cuerpo, levantando las caderas para encontrarse con las mías, el calor de su coño deslizándose sobre mi polla. La fricción me provoca un espasmo de placer, pero necesito más. La necesito toda.

—¿Te gusta esto? —muevo las caderas, arrastrando mi polla contra sus húmedos labios, sin darle todavía lo que necesita.

Su cuerpo se estremece, arrancando una risa malvada y satisfecha de mi pecho.

—*Sí* —susurra, con sus ojos entornados, que nunca han parecido más sexis—. Blake… Por favor…

Me inclino y capturo su boca con la mía. Nuestras lenguas chocan y puedo saborear su necesidad, su desesperación. Refleja la mía, llevándome al borde del control.

—Dime —gruño, con los labios rozando la comisura de su boca—. Dime que no te vas.

Su cuerpo se arquea contra el mío como si ya se estuviera rindiendo. Me coloco en su entrada, pero aún no la penetro.

Necesito oírlo.

Necesito saber que nunca me dejará.

—Yo… —traga saliva, moviendo el culo sobre las sábanas para que mi polla se deslice arriba y abajo por su coño—. En realidad no me iba a ir.

Sonrío contra su piel, dejando caer las caderas para aplicar más presión.

—Claro que no lo ibas a hacer, joder.

Meto la mano entre nosotros, agarro mi polla, le rozo el clítoris y me deslizo hacia abajo hasta que estoy casi dentro de ella.

Vuelvo a levantar la vista.

—¿Sabes por qué? Porque eres mía, nena. *Mía.*

Me clavo en ella, llenándola por completo.

Su espalda se arquea y grita; su magnífico coño se aprieta a mi alrededor mientras yo muevo las caderas hasta que no queda nada que dar. Mi polla desaparece, llenándola mientras ella cierra los ojos con fuerza; sus profundos gemidos hacen que mi piel arda.

Cada embestida es una posesión, una promesa. Cada puto sonido sexi de sus labios es una rendición, una aceptación de lo que hemos encontrado el uno en el otro.

Nos movemos juntos. No solo en esta habitación, en este momento, sino dondequiera que vayamos. Para siempre.

Sus uñas se clavan más profundamente en mi piel y puedo sentir cómo se acerca su orgasmo, su cuerpo tensándose alrededor de mi polla. Es la liberación perfecta después de todo.

Me inclino, reclamando su boca en otro beso feroz, tragándome sus gritos mientras se deshace bajo mi cuerpo. Su coño me aprieta, jodidamente fuerte.

—¡Argh! ¡Joder, nena!

Me clavo en ella, implacable, duro y rápido. Su liberación desencadena la mía y me derramo dentro de ella, mi polla latiendo con cada ola de placer.

Jadeante y agotado, me dejo caer a su lado, atrayéndola a mis brazos.

Se acurruca contra mi pecho, su aliento cálido contra mi piel. Puedo sentir los latidos de su corazón, su satisfacción, su confianza.

Y ahora, con mi corazón ya expuesto ante la única persona que me importa más que nada, es hora de poner sobre aviso al resto del mundo.

Nadie se mete con Blake Maddox.

Pero más que eso…

Nadie se mete con su chica.

Capítulo Veinticinco

Blake

Estoy de pie en la barra del Ridgeview, tamborileando con los dedos sobre la madera pulida mientras veo entrar a los periodistas. El olor rancio a cerveza y a décadas de historia del hockey impregna la sala, pero hoy es diferente.

Hoy todo cambia.

—¿Estás seguro de esto, chaval? —pregunta Eli, limpiando vasos detrás de la barra mientras vigila a cada periodista y reportero que entra por la puerta principal de su bar.

—Nunca he estado más seguro de nada.

Excepto, quizás, de Sophia.

La imagen de su cara ayer en ESPN, esos buitres destrozando su carrera, ver el dolor que le causaron... y esa puta maleta, hecha y lista en su apartamento.

Solo de pensarlo, aprieto la mandíbula.

Me he pasado años protegiéndome, escondiéndome de los focos, manteniendo mi pasado enterrado. Pero han ido a por ella. La han hecho dudar de sí misma.

Y ahí es donde pinto la raya.

Los equipos de cámara se empujan para hacerse un hueco cerca de la diana, con un equipo que parece absurdamente fuera de lugar

contra las gastadas paredes de madera cubiertas de camisetas y recuerdos de los años gloriosos de los Icehawks.

—Oye, chaval, tengo que decir que… —Los ojos de Eli se arrugan con diversión—. Puede que seas el primer jugador de hockey en dar una rueda de prensa junto a una diana.

Hago girar los hombros, intentando deshacerme de la tensión. El corazón me martillea en las costillas, pero no es por la adrenalina habitual de antes de un partido que me inunda el sistema.

Esto es diferente. Es todo aquello de lo que he huido.

En algún lugar, puede que mi padre me esté viendo. No se me había ocurrido hasta que me he despertado esta mañana. Pero a la mierda. Que lo vea. Que vea en qué se ha convertido su hijo a pesar de él.

—No es una rueda de prensa —mascullo, viendo cómo más periodistas se abren paso por la puerta—. Eli, hoy es un ajuste de cuentas.

Él sonríe con suficiencia y me guiña un ojo.

Hay muchos contactos de Eli aquí: jugadores retirados, periodistas locales a los que de verdad les importa el juego y no las cifras que hay detrás. Gente que me conoce desde que era ese crío raro que podía golpear un disco más fuerte que nadie a quien hubieran visto.

Están todos aquí.

Ellos son los que contarán esta historia como debe ser.

La NHL nunca ha sido mi dueña. Los medios nunca me han controlado. ¿Pero a Sophia? La convirtieron en un titular.

Y yo se lo permití.

Nunca más.

La campanilla de la puerta suena por millonésima vez hoy, pero esta vez, el corazón se me para al levantar la vista.

Ahí está ella.

Sophia se queda paralizada en el umbral. La confusión en sus ojos da paso a la incredulidad, y luego a algo entre el pánico y la furia mientras recorre con la mirada la taberna abarrotada.

Probablemente debería haberla avisado.

Pero habría intentado disuadirme.

O, peor aún, no habría venido.

Todas las mesas están ocupadas. Parece que la he acorralado en una especie de emboscada mediática. Esto es todo lo que no necesita ahora mismo, todo de lo que intenta esconderse.

Lo entiendo. Me he pasado toda mi puta vida así.

Pero si consigo ir al grano, llegar a la entrevista, lo verá.

Verá que todo es por *nosotros.*

Connor y Logan ocupan su reservado de siempre en la esquina, con Ryder encaramado a una silla que ha arrastrado junto a ellos. Clara, de Summit, saluda desde su sitio cerca de la entrada, señalando una taza de café humeante que le ha guardado a Sophia.

Ha venido todo el puto pueblo. Sabía que lo harían.

Excepto los de los trajes.

Ni rastro de Big Mike o Greg por ninguna parte, que es exactamente como lo había planeado.

Los buitres corporativos no le pondrán las garras encima a esto. No lo retorcerán para convertirlo en otro truco de relaciones públicas o en una oportunidad de patrocinio.

Se trata de poner las cosas en su sitio, en nuestros términos. En *mis* términos.

Connor levanta su cerveza en un brindis silencioso mientras Logan y Ryder intentan, sin éxito, parecer despreocupados. Me cubren las espaldas, como siempre. Incluso el entrenador Brady ha aparecido, aunque intenta pasar desapercibido entre las sombras.

Sigo su mirada y veo que está dirigida a Natalie y Mia, en la barra, que me levantan los pulgares en señal de ánimo.

Las familias del programa juvenil ocupan la mitad de las mesas, no porque yo les pidiera que vinieran, sino porque se enteraron de lo que le pasó a Sophia y aparecieron por su cuenta.

Así es Iron Ridge. Protegemos a los nuestros.

Clara ve a Sophia y se levanta de un salto para darle el café —probablemente con un chorrito de algo más fuerte, conociendo a Clara— y la arrastra hasta el asiento libre donde quiero a mi chica.

Ha llegado el momento. Todo está listo.

Sin cámaras sofisticadas, sin logotipos corporativos, sin comunicados de prensa cuidadosamente elaborados. Solo nosotros, nuestra gente y la verdad.

Así es como debería ser. Como siempre debería haber sido.

Los equipos de cámara ajustan sus equipos. Los periodistas golpean sus bolígrafos contra los blocs de notas.

Los ojos de Sophia por fin se encuentran con los míos desde su asiento. Su expresión grita «*¿Pero qué cojones has hecho?*».

No puedo evitar la media sonrisa que se dibuja en mis labios. Sigue estando jodidamente guapísima cuando se enfada.

Eli se aclara la garganta a mi lado y se estira el cuello de la camisa mientras se prepara para subir al escenario improvisado que hemos montado cerca de la diana. El mismo sitio donde solía explicarme jugadas interminables cuando yo era demasiado joven para beber en su bar.

Vuelvo a cruzar una mirada con Sophia y le guiño un ojo. La mirada fulminante que me devuelve podría derretir el hielo.

Pero debajo de la rabia, veo algo más. Algo que me oprime el pecho.

Miedo.

No te preocupes, nena. Después de hoy, nadie volverá a cuestionar tu lugar aquí.

Avanzo entre la multitud hacia Eli, esquivando el intento de zancadilla de Connor y el codazo de Logan. El camino familiar hacia la diana parece diferente con todos los ojos del lugar fijos en mí.

Eli coge el micrófono que alguien ha conectado de forma chapucera al antiguo sistema de altavoces. El acople hace que media sala se estremezca. Típico de Eli, convertir mi momento cuidadosamente planeado en un circo.

—Damas y caballeros, bienvenidos a Ridgeview Tavern: hogar del whisky barato, las malas decisiones y, al parecer… —Eli me mira, con una ceja arqueada—, ahora también de las ruedas de prensa en directo.

Una oleada de risas recorre a la multitud. Incluso los labios de Sophia se contraen, aunque todavía me lanza esa mirada asesina.

Ocupo mi lugar junto a Eli, preparándome para lo que venga. Más de veinte años conociendo a este hombre me han enseñado a esperar lo inesperado, pero confío en él más que en nadie.

—¡Esta noche tenemos un invitado especial: el mismísimo capitán de los Icehawks, Blake «*Mad Dog*» Maddox!

Todo el puto local estalla. Silbidos, vítores y, por lo visto, ahora también un estúpido cántico de «Mad Dog» que Connor inicia desde el reservado de la esquina.

¡Mad-dog! ¡Mad-dog! ¡Mad-dog!

Le lanzo a Eli mi mejor mirada de capitán. Esa que hace que los novatos patinen vueltas extra y que los periodistas se replanteen sus preguntas.

—¿Mad Dog? —gruño—. ¿En serio?

Eli se limita a sonreír, esa misma sonrisa de cabrón que llevaba el día que me pilló robando discos de la pista de entrenamiento cuando tenía doce años.

El muy cabrón está disfrutando de esto. Vaya favor.

Frente a mí, pillo a Sophia escondiendo una sonrisa detrás de su taza de café. Al menos a alguien le hace gracia esto.

La voz de Eli se suaviza al inclinarse hacia el micro. —Algunos de vosotros, los veteranos como yo, quizás recordéis a un crío escuchimizado que solía rondar por la pista. Enfadado. Perdido. Buscando problemas. —Me mira—. Bueno, pues ese crío se convirtió en nuestro capitán.

La sala se queda en silencio. Incluso Connor calla su estúpido cántico.

—Por aquel entonces, ese crío pasaba más tiempo limpiando la pista que jugando en ella. —La risa ronca de Eli resuena a través del micro—. Pero tenía agallas. Aparecía cada mañana a las cinco, rascaba el hielo hasta que le sangraban las manos. Todo por tener la oportunidad de patinar más tarde ese día.

Cruzo la mirada con Sophia al otro lado de la sala. Traga saliva con tanta fuerza que lo veo.

—Deberíais haberlo visto entonces. —Eli me señala—. Delgado como un junco, pero con hambre. No solo de comida, aunque Dios sabe que me vació la despensa suficientes veces. Sino que tenía hambre de hockey. De algo más grande que él mismo.

Los periodistas se inclinan hacia delante, con los bolígrafos en ristre. Esta es la historia que han estado persiguiendo durante años,

pero nunca he dejado que nadie la cuente. Hasta ahora.

—Esa determinación, esas agallas…, lo convirtieron en el hombre que veis hoy. Vuestro capitán. Vuestro Mad Dog. —Eli hace una pausa y me mira con un brillo burlón en los ojos. Capullo—. Pero en todos estos años, nunca lo he visto tan decidido como ahora mismo. Y, amigos, no creo que tenga nada que ver con el hockey.

Se me oprime el pecho al oír las palabras de Eli.

Tiene razón.

Por primera vez en mi vida, algo importa más que el juego.

Me sudan las manos cuando Eli da un paso atrás y me pasa el micro.

Ha llegado el momento. Todo lo que he pasado años protegiendo, todo lo que he escondido…, estoy a punto de dejarlo todo al descubierto.

Agarro el micro con fuerza. —Eh, sí... hola. Bienvenidos.

Un aplauso educado.

Joder, qué momento más incómodo.

—Mirad, no hago ruedas de prensa. No trato con los medios. Al menos, no lo hacía. ¿Pero hoy? Voy a hacer una excepción, porque tengo algunas cosas que quiero decir.

Me aclaro la garganta, cambiando el peso de un pie a otro.

—No os voy a mentir: esta es la parte en la que normalmente dejo que mi *stick* hable por mí. O, ya sabéis, suelto un puñetazo.

Unas cuantas risas recorren la sala.

Odio esto. Odio que los ojos de los medios diseccionen cada movimiento que hago.

Pero entonces me imagino a *ella*.

Sophia.

Con los ojos rojos, una maleta hecha junto a la puerta. La forma en que casi lo abandonó todo por esta gilipollez.

Suelto el aire con fuerza.

Y entonces, empiezo a contar mi historia.

—Al crecer en Iron Ridge, mi vida empezó como cualquier otra historia. Familia feliz. Mamá, papá, una casita en Maple Street. Mi padre me llevó a patinar antes de que pudiera andar. Me puso un *stick* en las manos en cuanto pude tenerme en pie.

La multitud murmura con aprobación. Unos cuantos asentimientos de los veteranos que recuerdan aquellos días.

—Este pueblo... es especial. La forma en que el hockey corre por sus venas. Cómo todo el pueblo se paraliza para los partidos en casa. Cómo todo el mundo aparece con una cazuela cuando alguien lo está pasando mal. —Hago un gesto por la taberna, sabiendo que entienden a qué me refiero—. Joder, mirad este sitio. El Ridgeview Tavern está cubierto. Cada centímetro empapado de recuerdos. De historias. De sueños.

Connor levanta su cerveza y grita. Algunos otros lo imitan.

—Aquí aprendí a amar este deporte. Pasé horas en ese estanque helado junto al estadio. Debí de lanzar mil discos contra la puerta del garaje de mi padre. —Esbozo una sonrisa—. Siento esas abolladuras, señora Peterson.

Las risas recorren la sala. La señora Peterson, que sigue viviendo en esa casa después de tantos años, saluda desde su reservado en la esquina.

Mi sonrisa se desvanece. —Pero entonces...

La sala se queda en silencio. Hasta el tintineo de los vasos cesa.

—Las cosas cambiaron. El juego cambió.

Mis nudillos se vuelven blancos alrededor del micro. Oigo la brusca inhalación de Sophia desde el otro lado de la sala.

Mantente fuerte, cariño. Ya llego a esa parte.

—Tenía diez años. El día después de mi cumpleaños. —Las palabras ya me saben amargas en la lengua—. Y de repente, ¿esa historia feliz? ¿Esa pequeña y perfecta familia estadounidense de hockey? Todo se vino abajo.

Los bolígrafos de los periodistas rasgan frenéticamente sus blocs de notas. Esto es lo que han estado esperando. La historia original de Blake Maddox. El oscuro pasado que he mantenido enterrado todos estos años.

Pero por una vez, no me importa lo que escriban.

Porque esto ya no va de mí.

—¿Los años siguientes? Estaba cabreado. Con él. Con mi madre. Con el mundo. Empecé a meterme en peleas, a romper cosas, perdí todo lo bueno que tenía. —Niego con la cabeza, exhalando

bruscamente—. Pero si no fuera por un hombre, Eli Thompson, damas y caballeros, yo no existiría.

El aplauso golpea como una ola.

Eli tiene una cara de satisfacción de narices, pero se lo ha ganado. Lo digo en serio.

—Cada puta cosa buena que he tenido desde el día que mi vida cambió para siempre es gracias a él. —Me giro para mirar directamente a las cámaras—. Pero últimamente, hay una persona más que me ayuda a superar cada día. Y de repente, la familia del hockey que tanto amo no está jugando limpio.

La sala se queda en un silencio sepulcral.

Busco los ojos de Sophia entre la multitud y le dedico un pequeño asentimiento antes de volver a clavar mi mirada en la cámara. En cada periodista que publicó esos titulares de mierda.

—Y ya he tenido bastante.

Se me hace un nudo en la garganta. Me arde el pecho.

Un pequeño murmullo recorre la sala, pero no vacilo. Estamos en la prórroga, y es entonces cuando Blake Maddox sale a relucir.

—¿Para todos aquellos que piensan que Sophia Hart se aprovechó de mi nombre para llegar a la cima? Lo habéis entendido todo al revés. Renunciaría a *mi* nombre por el *suyo*. —Mi voz suena clara y fuerte—. He sido capitán de este equipo durante una década. Lo he dado todo por este deporte. Pero nunca he conocido a nadie más decidido, más brillante y más digno de este trabajo que la señorita Sophia Hart.

Los bolígrafos de los periodistas han dejado de moverse. Todos los móviles están levantados, grabando.

—Los Icehawks la trajeron por una razón. Y ha hecho un trabajo cojonudo. —Más vítores y gritos—. Para aquellos de vosotros que no la veis por lo que es, entonces no la merecéis.

Un murmullo se extiende. El tipo de sonido que hace la gente cuando sabe que está presenciando algo grande. Algo a lo que *no* se le puede dar la vuelta.

—¿Creéis que un par de panelistas engreídos y ejecutivos acabados pueden hundirla? ¿Creéis que unos cuantos titulares de

mierda son suficientes para desestabilizarme? ¿Para desestabilizarla a *ella?*

Mi voz baja, se vuelve más letal.

—Entonces, no conocéis a Sophia Hart.

Me inclino hacia el micro, lenta y deliberadamente. —Y desde luego, no me conocéis a mí.

Dejo que el silencio se alargue un segundo más, con el pulso firme, mi mensaje inconfundible.

Entonces me echo hacia atrás.

—Esta gilipollez se acaba ahora. ¿Los titulares? ¿El acoso constante? ¿Atacarla porque es una mujer? Esto es hockey, y toda esta mierda de circo está arruinando el deporte que amamos.

—No arruinéis el hockey con vuestros estúpidos egos. No tienen cabida en nuestro deporte, y la gente buena como mi novia de ahí no debería tener que aguantar vuestra mierda masoquista.

—Gracias a todos por venir.

Pasa un largo instante en la sala y, a continuación, se desata el puro caos de Iron Ridge.

Flashes de cámaras. Voces que se solapan. Los periodistas se apresuran, gritando preguntas, pero no respondo.

Porque no *necesito* hacerlo.

El mensaje está alto y claro.

Me abro paso entre la multitud, sin importarme a quién empujo. Mi atención se centra en una sola persona: Sophia. Tiene los ojos muy abiertos, brillantes de lágrimas mientras paso por encima de las sillas para llegar hasta ella.

Mis manos encuentran su cintura y la levanto, atrayéndola hacia mí.

El olor de su perfume me golpea mientras estampo mi boca contra la suya. Sabe a todo lo que nunca supe que necesitaba hasta que irrumpió en mi vida con sus planes de marketing y su determinación de arruinar mi mundo.

—Te quiero —susurro contra sus labios—. Para siempre.

La taberna estalla a nuestro alrededor. La voz de Connor es la primera en sonar, claro que sí, joder.

¡IR-ON RIDGE! ¡IR-ON RIDGE! ¡IR-ON RIDGE!

Otros se unen, y el cántico crece como un trueno. Incluso la voz ronca y de repente emocionada de Eli se une al coro mientras me guiña un ojo y asiente con un gesto que parece el de un padre orgulloso.

¡IR-ON RIDGE! ¡IR-ON RIDGE! ¡IR-ON RIDGE!

Mantengo a Sophia pegada a mí, con una mano enredada en su pelo mientras los cánticos resuenan en las paredes de madera. Levanto el puño en el aire con cada golpe del cántico y Sophia se ríe a mi lado.

Este es mi pueblo. Mi equipo. Mi chica.

Y ahora juegan según mis reglas.

Capítulo Veintiséis

Sophia

Una semana después, me meto otro bombón en la boca y dejo que el intenso relleno de caramelo salado me cubra la lengua mientras me reclino en la silla de mi despacho.

Mi silla de mi despacho.

Frente a mí, Mia y Natalie me miran con los brazos cruzados, con un aire de reprobación tan denso que casi puedo saborearlo a través de la sal marina de la trufa que estoy demoliendo.

—Así que —dice Mia arrastrando las palabras, y alarga el brazo por encima de mi escritorio para coger otro bombón de la caja a medio devorar—. A ver si lo he entendido bien. ¿Suplicaron?

Sonrío con aire de suficiencia y doy un sorbo a mi café. —No. Se *arrastraron*. Suena mejor así.

Natalie apoya los pies en el borde de mi escritorio, sacudiendo la cabeza como si este fuera el cotilleo más delicioso que ha oído en su vida.

—Increíble. ¿Big Mike y Greg? ¿Los mismos que intentaron convertiros en la respuesta de la NHL a Barbie y Ken?

—Los mismísimos.

Mia silba e intercambia una mirada con Natalie. —¿Y volvieron arrastrándose?

Separo los dedos un par de centímetros. —De rodillas.

Por supuesto, no fue exactamente así como ocurrió.

Los titulares pasaron de «*La Reina de Hielo seduce al capitán*» a «*La pareja de poder de la NHL permanece unida*». Los comentaristas deportivos que habían cuestionado mis credenciales de repente elogiaban mi «enfoque innovador del marketing deportivo».

Incluso mi excompañero, que me había puesto a parir en la ESPN, rectificó tan rápido que probablemente sufrió un latigazo cervical.

Es increíble lo que ocurre cuando el capitán más respetado del hockey le dice al mundo que se meta en sus asuntos.

Los paparazzi siguen al acecho, pero ahora mantienen las distancias. Se acabaron las emboscadas a la salida del Summit Café o las fotos furtivas a través de las ventanas de los restaurantes. Nos fotografían desde el otro lado de la calle, captando los momentos que decidimos compartir en lugar de robarnos los privados.

Dejé que la directiva se cociera en su propio jugo durante tres días enteros después de la rueda de prensa de Blake en la Ridgeview Tavern. Sus llamadas iban directas al buzón de voz mientras yo holgazaneaba en la cama de Blake, viendo cómo la narrativa de los medios de comunicación se transformaba en tiempo real.

A Blake todo el asunto le pareció divertidísimo.

Todavía no sé si porque me veía ignorar los desesperados mensajes de Greg en el buzón de voz o por el hecho de que me tuvo para él solo durante tres días enteros.

Probablemente por ambas cosas.

Sobre todo, teniendo en cuenta la forma en que me mantuvo ocupada.

Todavía tengo el cuerpo dolorido en sitios que no sabía que podían doler. Si no vuelvo a tener que apoyarme en la encimera de su cocina mientras él me pasa la lengua por cada centímetro como si estuviera realizando una cata muy exhaustiva, no pasará nada.

Rectifico.

Lo haría de nuevo sin pensármelo dos veces.

Pero, ¿qué es lo que él *no* sabe?

Que acepté el trabajo de nuevo.

Nunca se lo he dicho.

No porque lo mantuviera en secreto, sino porque después de aquella rueda de prensa, después de verle ir a la guerra por mí, necesitaba hacer esto por mi cuenta. Para demostrarme a mí misma que no era solo la novia de Blake Maddox que se aprovechaba de su nombre.

Natalie suspira dramáticamente frente a mí. —Tía, me alegro de que les hicieras sudar. Que lo alargaras de verdad. Que los hicieras *sufrir*.

—Oh, lo hice —digo, echándome hacia atrás con un pequeño y petulante estiramiento.

Cuando por fin contesté a la llamada de Big Mike, su voz se quebró de alivio.

—*Pon tú las condiciones* —me había dicho.

Y así lo hice. Control creativo total. El doble de mi salario original. Y lo más importante: el programa juvenil se mantiene privado, protegido, sagrado. Ni cámaras, ni campañas publicitarias, ni explotación de las historias de los niños para conseguir clics.

Greg lo firmó todo sin pensárselo dos veces. Incluso dijo que el equipo de hockey juvenil de los Icehawks entrenará y jugará todos sus partidos en la sede de los Icehawks de ahora en adelante. Seguridad total, privacidad e instalaciones de última generación para los chicos de Blake.

¿Y el hombre que lo hizo todo posible?

No podríamos ser más felices.

Lo que me recuerda…

Miro el reloj de la pared de mi despacho y casi me atraganto con el bombón.

—¡Mierda! ¡Tenemos que irnos, el partido empieza en veinte minutos!

Mia y Natalie se levantan de un salto mientras yo cojo mi blazer y mi bufanda verde y gris, y las tres corremos por los pasillos del Icehawk Stadium.

La energía prepartido vibra por todo el edificio, haciéndome sentir un hormigueo en la piel. Es el partido más importante de la temporada, no hay forma de que me lo pierda.

Lo primero que me llega es el olor, esa inconfundible mezcla de palomitas, perritos calientes y hielo que significa noche de partido. Dieciocho mil aficionados se acomodan en sus asientos sobre nosotras, sus pasos retumban a través del techo.

—¡Espera! —Agarro a Natalie del brazo antes de que lleguemos a las escaleras del palco de empresa—. Todavía no le he dicho a Blake que he aceptado el trabajo.

Natalie gime. —Tía, no puedes sin más…

Pero ya estoy corriendo de vuelta, bajando las escaleras directamente hacia el vestuario. Llego al final de las escaleras y un largo pasillo se extiende ante mí, bordeado de fotos de leyendas de los Icehawks.

Mis piernas martillean el suelo mientras nos acercamos a la puerta marcada con el logotipo del equipo.

Irrumpo en el vestuario y docenas de cabezas se giran a la vez.

Los ojos de Blake se clavan en los míos desde el otro lado de la sala. —¿Sophia? ¿Qué demonios haces aquí?

El entrenador Brody deja escapar un largo suspiro de resignación, masajeándose las sienes frente a la pizarra al fondo de la sala. —Joder… Tiene cinco minutos, Hart. Dese prisa, tenemos un partido que ganar.

Sonriendo nerviosa, serpenteo a través de un laberinto de jugadores de hockey medio vestidos, esquivando rollos de cinta adhesiva y equipamiento. Mi mano encuentra la muñeca de Blake y tiro de él hacia un rincón más tranquilo, tratando de no mirarle el pecho desnudo, increíblemente firme.

—He recuperado mi trabajo —suelto, atropellando las palabras.

Su expresión se suaviza. —¿Sí? ¿Con todo lo que querías?

Asiento, sonriendo. —Control creativo total. Mejor sueldo. Nada de gilipolleces en las redes sociales.

—Bien. —Aprieta la mandíbula y me coge las manos, apretándolas con fuerza—. Siempre que esto sea lo que quieres. Te apoyaré en todo, lo sabes.

—Lo sé. Estoy dispuesta a intentarlo de nuevo… En cierto modo, me gusta estar aquí.

Los labios de Blake se curvan en esa sonrisa socarrona que antes me resultaba tan exasperante, y que ahora…

No.

Sigue siendo irritante de cojones.

—Esto no significa que vayas a volver a cambiar las cosas, ¿verdad? Este sigue siendo mi equipo.

—¿Ah, sí? —Enarco una ceja, recorriéndole el pecho desnudo con el dedo—. Qué curioso, porque recuerdo perfectamente a alguien suplicándome que no me fuera la otra noche. Varias veces, de hecho.

Sus ojos se oscurecen. —Eso es jugar sucio, Hart.

—He aprendido del mejor, capitán. —Le doy una palmadita en la mejilla—. Ahora ve a ganarme un partido. A no ser que te preocupe estar… ¿distraído?

Algo cambia en sus ojos. Como si acabara de recordar que se ha dejado el horno encendido o algo así. Sus dedos se hunden en mi cintura, sujetándome un instante de más.

—Espera, ¿entonces estarás en el palco de empresa esta noche? ¿No en el asiento que os conseguí a ti y a las chicas en la Sección 114?

—Eh, sí, vamos a subir al palco ahora. Allí arriba hay mejores cócteles —le guiño un ojo.

Él asiente, pero no sonríe. De repente, todo su cuerpo se ha puesto tenso y sus ojos van de un lado a otro como si estuviera montando una jugada sobre el hielo.

—¡Hart! ¡Se acabó el tiempo! —brama el entrenador Brody—. ¡Lárguese de aquí!

Retrocedo tambaleándome y mi tacón se engancha en una bolsa de equipamiento. Agito los brazos, intentando recuperar el equilibrio antes de estamparme contra el suelo en medio del vestuario.

Me agarro a lo primero que encuentro, que resulta ser un suspensorio que cuelga de un gancho cercano.

Oh. Dios. Mío.

Mis dedos se aferran al elástico como si mi supervivencia dependiera de ello. En cuanto me doy cuenta de lo que estoy

sujetando, chillo y lo lanzo al otro lado de la sala como si fuera una granada.

—¡Buena suerte, chicos! —suelto, con la voz una octava más aguda de lo normal.

La risa de Logan resuena por toda la sala. —No necesitamos suerte, Sra. Hart. Pero, eh… ¿puedo recuperarlo? Lo he estado buscando. Es de partido.

¡¿DE PARTIDO?!

Un sonido de horror borbotea en mi garganta. Me miro la mano como si necesitara una desinfección inmediata. O eso, o me la corto.

Cuando por fin llego a la puerta, Connor se parte de risa y Ryder está doblado contra su taquilla. Lo último que veo antes de que la puerta se cierre de golpe es al entrenador Brody pellizcándose el puente de la nariz, murmurando una oración.

Después de una rápida carrera por los innumerables tramos de escaleras, me acomodo en mi lujoso asiento del palco de empresa entre Natalie y Mia, intentando concentrarme en la increíble selección de sushi, champán y fresas cubiertas de chocolate que tenemos delante.

Pero mi mente sigue volviendo a la extraña reacción de Blake sobre dónde estoy sentada.

¿Por qué le importa tanto dónde me siente? Lo va a petar sin importar desde qué ángulo le esté mirando.

El estadio vibra con la energía pura del último partido de la temporada regular. Cada uno de los aficionados golpea el suelo con los pies y grita mientras las luces previas al partido se apagan. Láseres verdes danzan sobre el hielo mientras *Ridge el Halcón* sobrevuela el estadio, arrastrando la bandera del equipo.

—Joder —susurra Mia mientras los Icehawks irrumpen en el hielo.

Blake los lidera, con la C de capitán reluciendo en su pecho. Incluso desde aquí arriba, está bueno de cojones.

Todas vitoreamos y jaleamos, y pronto, el disco cae.

Blake se transforma en una fuerza de la naturaleza. Envía al central de Nueva York contra las vallas con una carga que le rompe los huesos. Minutos más tarde, le da un pase imposible a Ryder para el primer gol.

No han tardado nada.

—¿Qué bicho le ha picado? —pregunta Natalie, con los ojos muy abiertos—. Nunca lo había visto jugar así.

Niego con la cabeza, todavía desconcertada por su intensidad de antes. ¿Por qué estaba tan obsesionado con la Sección 114?

Blake continúa su ataque durante el segundo periodo. Otra asistencia. Un gol en inferioridad numérica que pone al público en pie. Está en todas partes a la vez, dejando un rastro de destrucción a su paso.

En el tercer periodo, Nueva York parece conmocionada. El marcador sube a 4-0 cuando Blake le prepara a Logan un tiro directo que casi atraviesa la red, y la fiesta ya ha comenzado.

Eli se sube a su silla, agitando el puño en el aire. La corbata se le ha deshecho por completo, y definitivamente tiene un poco de whisky derramado en su camisa de vestir.

—¡Vamos a los play-offs, nena! —Abraza a Big Mike con un abrazo de oso que casi los tumba a los dos—. ¡Mis chicos van a llegar hasta el final!

—¡Eli, baja de ahí antes de que rompas algo! —Natalie intenta sonar severa, pero se está riendo demasiado.

Miro a Blake en el hielo. Él me guiña un ojo, y mi corazón se hincha. Dios, me encanta esta loca familia del hockey.

Los últimos segundos pasan y el estadio explota. Confeti verde y blanco llueve desde el techo mientras se asegura el puesto en los play-offs. Mia me agarra del brazo, saltando y gritando mientras Natalie nos abraza a las dos.

Presiono mi mano contra el cristal, viendo a Blake levantar su stick hacia la rugiente multitud. El orgullo y el alivio me inundan. Realmente lo ha conseguido. Los Iron Ridge Icehawks están en los play-offs.

El equipo se amontona sobre Blake en un abrazo grupal masivo, sus cascos chocan mientras saltan y vitorean. Connor salta a la espalda de Blake mientras Ryder y Logan lo emparedan por ambos lados.

Todo el estadio parece que va a explotar por el puro volumen de la celebración.

—*¡MAD DOG! ¡MAD DOG*!

El cántico se extiende entre dieciocho mil voces. Blake va a odiar eso.

Serpentinas verdes y blancas llueven, enganchándose en los patines de los jugadores mientras dan vueltas sobre el hielo. Se podría pensar que acabamos de ganar la Copa Stanley en lugar de asegurar un puesto en los play-offs.

Pero entonces Blake se libera del montón, deteniéndose en seco. Levanta la cabeza de golpe y sus ojos se clavan en mí a través del cristal. Algo en su expresión cambia, se transforma en pura determinación. Como si estuviera a punto de hacer algo monumental.

Mi corazón se acelera cuando me señala y curva la mano, haciéndome un gesto para que baje al hielo.

Parpadeo. Espera. ¿Qué?

—¡Ve! —Natalie me empuja hacia las escaleras mientras Mia prácticamente me levanta del asiento.

—¡Tu hombre te reclama! —Me impulsan hacia delante con una fuerza sorprendente.

Bajo las escaleras a trompicones, con la mente dando vueltas, y me estrello directamente contra Eli. Me agarra por los hombros, y el vaho a whisky sale de él.

—¿Estás lista para el para siempre, niña?

Se me corta la respiración. —¿Qué?

Él se limita a sonreír, con los ojos brillantes. —Sabía que ese chico me haría sentir orgulloso algún día. Ahora ve.

Avanzo a trompicones, con la mente a toda velocidad. ¿Qué demonios está haciendo Blake?

En el momento en que mi tacón toca el hielo, el volumen de la multitud se duplica. Blake patina hacia mí, con expresión totalmente seria. Tiene un micrófono en la mano.

¿Qué está haciendo? Se suponía que íbamos a acabar con toda esta atención mediática. Esto definitivamente se va a hacer viral.

Pero, ¿acaso me importa?

Sí. Porque lo quiero. Lo quiero tanto que duele.

Y no quiero volver a ese horrible lugar del que acabamos de escapar.

Tengo mi trabajo. Tengo a mi hombre.

No quiero…

Blake me coge la mano, sus dedos se entrelazan con los míos mientras se aclara la garganta.

El pulso me martillea tan fuerte que apenas puedo respirar. Todo el estadio está mirando, las cámaras parpadean, miles de voces rugen.

Mi corazón late contra mis costillas, mi cabeza da vueltas.

Y entonces Blake levanta el micrófono.

—Sophia Hart, me arruinaste la vida de la mejor manera posible…

Capítulo Veintisiete

Blake

Exhalo lentamente, asimilando este momento perfecto.

El rugido de dieciocho mil aficionados celebrando nuestra clasificación para los *playoffs* se convierte en un ruido de fondo mientras Sophia está de pie ante mí en el centro del hielo. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío y los ojos le brillan de confusión y emoción.

Todo ha cambiado desde que irrumpió en mi vida. La victoria de esta noche. Los *playoffs* por delante. Mi equipo más fuerte que nunca. Incluso los medios… Por fin me he adueñado de mi historia, de mi pasado, de todo lo que me hace ser quien soy.

Pero queda una última jugada por hacer.

¿Y esta jugada?

Es la más importante que he hecho en mi vida.

Miro al entrenador Brody, que está junto a la valla, y me dedica ese rígido asentimiento tan característico suyo. Ha ayudado a planear todo esto. El corazón me late con fuerza cuando levanto el micrófono y miro a Sophia a los ojos.

Las luces del estadio se reflejan en ellos, y esas motas doradas danzan mientras ella intenta averiguar qué estoy tramando. Tiene las mejillas sonrosadas por el aire frío que emana del hielo, y

algunos mechones de pelo rubio se le han escapado de su moño, habitualmente perfecto.

Lleva ese abrigo de lana negro que me encanta, el que es perfecto para este momento. Los vaqueros se le ajustan a las caderas y la bufanda de mi equipo —de rayas verdes y grises— la lleva bien ceñida al cuello.

—Sophia Hart, me has arruinado la vida de la mejor manera posible…

La multitud se calla, pendiente de cada palabra. Sophia abre los ojos como platos.

Incluso confundida y probablemente a punto de matarme por este espectáculo público, es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

El entrenador Brody se desliza silenciosamente detrás de mí y me pone la pequeña caja de terciopelo en la palma de la mano. Los focos del estadio se centran en nosotros, en el centro del hielo, creando nuestro propio momento privado frente a miles de personas en la más absoluta oscuridad de las gradas.

—Creo que en los últimos meses hemos demostrado que, sin importar los problemas que se nos presenten, ya sean capitanes gruñones, peleas de bolas de nieve que salen mal o el loco mundo de los medios de comunicación del hockey…

Respiro hondo para calmarme, porque, *joder*, el corazón me martillea con más fuerza que en el tercer tiempo.

—Sophia, sé que tú y yo podemos enfrentarnos a cualquier cosa. Y que damos lo mejor de nosotros cuando lo hacemos juntos.

La voz se me vuelve ronca.

—Cuando llegaste, pensaba que estaba casado con este deporte. Con lo único que de verdad me había importado.

Sophia parpadea rápidamente. Mi chica lista se ha dado cuenta de todo. Claro que sí. Habría sabido en el momento en que la arrastré hasta aquí que este era mi plan desde el principio.

Hora de rematar la faena.

—Así que, cariño, esta noche quiero asegurarme de que no te me escapes nunca.

Me arrodillo y el rugido de la multitud pasa de repente del silencio absoluto a una explosión de ruido ensordecedora.

Los flashes de las cámaras estallan a nuestro alrededor como relámpagos. Mis compañeros de equipo golpean el hielo con los palos. El mundo entero a mi alrededor estalla en pura euforia, pero no oigo absolutamente nada.

Solo la veo a ella.

A mi Sophia, la mujer más guapa del mundo, de pie con lágrimas en los ojos.

—Sophia, ¿quieres casarte conmigo?

El corazón se me para mientras espero su respuesta. Los segundos más largos de mi vida se alargan entre nosotros.

Entonces Sophia se lanza sobre mí con tal fuerza que mis patines casi resbalan.

—¡SÍ!

La fuerza de su cuerpo al chocar contra el mío me deja sin aliento, pero no me importa. La rodeo con mis brazos por la cintura y la levanto del suelo, haciéndonos girar en círculo mientras las lágrimas le corren por la cara. Su risa y su emoción resuenan por todo el estadio, mezclándose con los atronadores vítores de la multitud.

La música suena a todo volumen por los altavoces y más confeti llueve a nuestro alrededor.

La emoción me embarga el pecho.

Me coge la cara entre las manos y me da un beso profundo, allí mismo, en el centro del hielo. El sabor de sus lágrimas se mezcla con sus labios, y yo vuelco cada gramo de amor que tengo en devolverle el beso.

Me tiemblan las manos mientras busco a tientas la caja del anillo y saco el diamante de talla princesa que me pasé semanas eligiendo.

Las luces del estadio se reflejan en las piedras mientras se lo deslizo en el dedo: un ajuste perfecto.

La emoción del público se convierte de repente en risas, y me giro para ver a Ridge el Halcón patinando hacia nosotros, con su cabeza de halcón cómicamente grande moviéndose mientras lleva una enorme botella de champán.

—¡Madre mía! ¿Se supone que esto tenía que pasar? —pregunta Sophia, secándose las lágrimas de las mejillas.

—¡Esta parte no la he planeado yo!

La mascota casi se cae, sus patas con garras resbalan en el hielo. Connor y Logan se apresuran a sujetarlo antes de que se estampe de cara.

Sophia se echa a reír contra mi pecho cuando Ridge finalmente llega hasta nosotros, presentando triunfalmente el champán.

Las primeras notas de *I Will Always Love You* de Whitney Houston resuenan por los altavoces del estadio.

—¿En serio?

Lanzo una mirada a la cabina del DJ, donde Big Mike me levanta un pulgar con entusiasmo. La elección de la canción, tan dramática, es absolutamente ridícula, pero de alguna manera perfecta para este momento.

Ridge intenta descorchar el champán, pero la cabeza del disfraz no deja de estorbarle. Tras varios intentos fallidos más, Ryder patina para ayudar, y cuando el corcho salta, el champán sale disparado por todas partes.

La multitud enloquece mientras Ridge representa de forma dramática que dirige la música, agitando las alas al son de la potente voz de Whitney.

—Esto es una locura —susurra Sophia, apoyando su frente en la mía mientras el champán nos gotea del pelo. Su anillo capta la luz y proyecta pequeños arcoíris que danzan sobre el hielo.

—Bienvenida a la familia —murmuro, atrayéndola más cerca mientras Ridge dirige a todo el estadio en un coro desafinado. Mis compañeros de equipo se unen, cantando deliberadamente lo peor posible mientras nos rodean en el hielo.

Toda la escena es un completo despropósito, exactamente lo que cabría esperar de los Iron Ridge Icehawks. Pero al ver la radiante sonrisa de Sophia y sentir su cuerpo temblar de risa en mis brazos, no lo querría de otra manera.

La atraigo de nuevo a mis brazos, sujetándola con fuerza contra mi pecho mientras se examina la mano.

Me besa de nuevo, esta vez de forma lenta y dulce, llena de promesas de días felices por venir. Cuando se aparta, veo esa chispa familiar en sus ojos justo antes de darme una palmada en el pecho.

—No me lo puedo creer.

—Vas a ser mi mujer. —rozo mi nariz contra la suya—. La señora Maddox.

—¡No puedo creer que hayas hecho esto! —me golpea en el pecho —. ¡Delante de todo el mundo! ¿Qué ha pasado con lo de mantener las cosas en privado, eh?

—Hay cosas que merecen ser gritadas a los cuatro vientos. —la hago girar de nuevo, disfrutando de cómo se aferra a mis hombros —. O en el centro del hielo. Lo que sirva.

—¡Blake! —se ríe ella, y el sonido es pura magia.

—Tenías que ponérmelo difícil, ¿verdad? ¿Cambiándote de sitio para despistarme?

—¿Yo? ¿Difícil? —levanta una ceja—. Lo dice el hombre que acaba de pedirme matrimonio delante de miles de personas después de pasarse meses gritándole a las cámaras.

—No gritaba. *Gruñía*. —apoyo mi frente en la suya, compartiendo su risa—. Y ha valido la pena. Tú lo vales todo.

—Te das cuenta de que los medios no van a dejar este tema en paz, ¿verdad?

Le cojo la mano y la presiono contra mi corazón desbocado. —Que se queden con esta. Porque después de esta noche, eres mía. Para siempre.

Me agarra de la camiseta y me atrae hacia ella para darme un beso. La inclino en un gesto dramático, con mi brazo firme alrededor de su cintura mientras se arquea hacia atrás. Sus dedos se enredan en mi pelo, atrayéndome más cerca mientras se derrite contra mí.

—¡*Señoras y señores*! —la voz de Connor retumba a través de un micrófono robado—. ¡*Estamos presenciando un momento histórico aquí, en el centro del hielo*!

Siento que los labios de Sophia se curvan en una sonrisa contra los míos, pero aún no he terminado de besarla.

—¡*Maddox tiene el control total de la jugada*! —Connor continúa con su falsa retransmisión—. ¡*Fijaos qué estilo, amigos! ¡El capitán nos está demostrando por qué lidera a este equipo*!

Logan se une con efectos de sonido de la grada. —¡Uuuuuuuuuuh!

—¡*El beso continúa! ¡Qué aguante! ¡Qué pasión! ¡Esto podría ir a la prórroga, amigos*!

Sin romper el beso, Sophia levanta la mano y se quita la bufanda de los Icehawks del cuello. En un movimiento fluido, la lanza hacia atrás y aterriza perfectamente sobre la cara de Connor en mitad de su comentario.

—¡Mmmf! —la voz de Connor se ahoga bajo la tela.

Ryder se dobla de la risa. —¡Tiro perfecto! ¡Fichadla para el equipo!

El confeti sigue cayendo, creando un momento perfecto de bola de nieve mientras sostengo a mi futura esposa en brazos en el centro del hielo.

Los chicos nos rodean en tropel antes de que pueda llevarme a Sophia y llevármela a casa para sellar esta victoria. Y, por una vez, no me refiero al hockey.

Logan y Connor me cogen por las piernas mientras Ryder y el entrenador Brody me levantan por los hombros. Apenas tengo tiempo de estrechar más a Sophia en mis brazos antes de que nos eleven en el aire.

Más botellas se descorchan a nuestro alrededor, rociando champán en arcos dorados.

—¡Ni se os ocurra dejarnos caer! ¡Tengo una boda que planear! —advierte Sophia, pero sonríe tan ampliamente que deben de dolerle las mejillas.

Otra botella se descorcha, esta vez empuñada por Eli, que de alguna manera ha conseguido llegar al hielo con Natalie y Mia. Eli levanta la botella en un brindis, con el orgullo brillando en sus ojos mientras observa a su protegido conseguir por fin el final feliz que tanto ha estado promoviendo.

Los chicos nos lanzan más alto, y Sophia chilla.

En medio de todo, su mano encuentra la mía, apretándola con fuerza mientras flotamos por encima de todo: el hielo, el equipo, la multitud, todo lo que nos trajo a este momento perfecto.

—Te quiero, Blake Maddox —grita a mi lado.

—Yo te quiero más, futura señora Maddox.

Y ganar nunca ha sentado tan condenadamente bien.

Epílogo I

Sophia

DOS AÑOS DESPUÉS

Me despierto con el suave murmullo de la nieve contra las ventanas y la voz grave de Blake, que hace todo lo posible por susurrar.

Me estiro bajo nuestro mullido edredón y me doy la vuelta para encontrarme a mi maridazo tumbado sin camiseta en el asiento de la ventana, acunando a nuestro hijo de seis meses contra su pecho desnudo.

—Y cuando seas mayor —susurra—, te lo enseñaré todo sobre el hielo. Igual que me enseñó tu abuelo Eli.

A través de los ventanales de nuestra nueva casa en la cima de la montaña, Iron Ridge se extiende a nuestros pies, como una postal navideña hecha realidad. Las luces del estadio titilan en la distancia, y la nieve polvo recién caída lo cubre todo de un blanco impoluto.

Hace dos años, cuando me mudé a este diminuto pueblo desde la gran ciudad, nunca imaginé que esta vista sería mía. Que esta vida sería mía.

Un suave gorgoteo llega desde el otro lado de la habitación.

Los dedos de Blake trazan círculos en la diminuta espalda de Tommy mientras este resopla mientras duerme. Las mismas manos que antes agarraban un palo de hockey ahora manejan con pericia biberones y pañales.

¿Quién hubiera pensado que el temible capitán Maddox se retiraría en la cima de su carrera para convertirse en padre a tiempo completo mientras yo asumía el cargo de Directora Creativa en sus queridos Icehawks?

—¿Ya estás conspirando para convertirlo en jugador de hockey? —bromeo, acercándome a la ventana.

Blake sonríe con suficiencia sin abrir los ojos. —¿Admirando las vistas, Hart?

Maldita sea.

—Para ti, soy Maddox. —Me cruzo de brazos, fingiendo no estar nada impresionada por mi estúpidamente sexi marido—. Y para que te enteres, solo estoy admirando a mi marido retirado, que juró que iba a dormir hasta tarde por primera vez en veinte años, pero que en su lugar le está susurrando estadísticas de la NHL a nuestro bebé a las seis de la mañana.

—No son estadísticas —me corrige Blake, con la voz aún ronca. Abre un ojo perezosamente, y la diversión baila en sus profundidades grises como el acero—. Solo le estoy contando que nos vamos a asegurar de que sea el mejor patinador de Iron Ridge antes de que sepa andar.

Resoplo. —Una suposición muy atrevida, teniendo en cuenta que se ha pasado los últimos tres meses rodando como una tortuga panza arriba cada vez que intenta estar boca abajo.

Blake sonríe, y por fin se incorpora. Con la mano que le queda libre, tira de mí para sentarme en su regazo. —¿Dudas de mis habilidades como entrenador?

—Dudo que hayas entrenado a alguien con tanta baba —digo mientras nuestro hijo se mete el puñito en la boca.

Blake le besa la coronilla de su desordenado pelo oscuro, sin inmutarse por el hilo de saliva que ahora le cuelga de los dedos.

—No sé… —canturrea Blake—. ¿Has visto a algunos de los críos del programa juvenil esta temporada? Nunca he visto un grupo de

babosos más grande.

Le doy una palmadita en el pecho y me inclino para darle un beso. —Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, preciosa.

Nuestro hijo arruga su carita con furia, protestando por el impío nivel de demostraciones de afecto que acaba de presenciar. Se lo quito a Blake y lo sostengo por encima de mi cabeza, esquivando la baba antes de que me caiga en un ojo.

—Y feliz primera Navidad a ti, mi hombrecito.

—Tommy ha dicho que quiere tortitas —dice Blake, levantándose para rodearnos a los dos con sus enormes y protectores brazos.

—Pues tortitas serán —digo, acunando a Tommy en mis brazos y saliendo junto a Blake hacia nuestro maravillosamente cálido salón.

La habitación está deliciosamente caldeada gracias a nuestra chimenea de piedra, donde los calcetines cuelgan en perfecta simetría: el mío, el de Blake y uno diminuto para Tommy.

Nuestro enorme árbol de Navidad casi toca el techo abovedado, cubierto de adornos de cristal que atrapan el sol del amanecer. Los regalos se desparraman bajo el árbol en un mar de papel de envolver plateado y esmeralda; idea de Blake para que hiciera juego con nuestros pijamas navideños temáticos de los Icehawks.

El pelele de Tommy tiene diminutos palos de hockey estampados por todas partes, mientras que Blake y yo llevamos conjuntos de franela a juego con «Capitán» y «Directora Creativa» bordados en los bolsillos.

En un rincón, junto a la vitrina con las camisetas retiradas de Blake, se encuentra la mecedora antigua que Eli nos regaló cuando nació Tommy. Está cubierta con la manta tejida a mano que hizo mi madre, cuyo patrón incorpora tanto copos de nieve como diminutos discos de hockey.

Me apoyo en la isla de la cocina, ocultando mi sonrisa burlona tras mi taza de café mientras Blake intenta su espectáculo de excelencia doméstica unipersonal. Tommy balbucea felizmente contra el pecho de Blake mientras mi tozudo marido intenta batir la masa de las tortitas con la mano que tiene libre.

—Lo tengo todo controlado —insiste Blake, a pesar de que tiene la nariz espolvoreada de harina y Tommy intenta agarrar las varillas.

Nuestro golden retriever, Scout, da vueltas a los pies de Blake, con el rabo meneándose ante la expectativa de que la comida caiga al suelo.

Ya le he advertido a Blake tres veces que no deje el beicon tan cerca del borde de la encimera, pero al parecer, años de estrategia de hockey no se traducen en conciencia espacial en la cocina.

—Cariño, quizá debería…

—No. —Blake hace sonar la «o», haciendo que Tommy se ría—. Marqué el gol de la victoria en el séptimo partido de los *playoffs*. Puedo encargarme del desayuno de la mañana de Navidad.

Las palabras apenas salen de su boca cuando Tommy se lanza a por las varillas, haciendo que la masa salga disparada por toda nuestra flamante, y me atrevería a decir, *impoluta* cocina.

El brusco movimiento de Blake detiene su rítmico balanceo, y la cara de Tommy se arruga. El gemido que sigue dejaría en ridículo al público de cualquier estadio de hockey.

La masa gotea del techo mientras Blake permanece en medio del caos, con aspecto de estar totalmente derrotado.

—Llevé a un equipo de hockey profesional a la Copa Stanley —murmura, intentando consolar a nuestro hijo que llora—. ¿Cómo es posible que hacer tortitas sea lo que finalmente acaba conmigo?

—Mi capitán, tan grande y duro —bromeo, interviniendo por fin.

Le quito a Tommy de los brazos de Blake, acomodándolo en mi cadera, donde se calma de inmediato.

—¿Quizá deberías dedicarte a marcar goles y a enseñar a nuestro hijo a patinar?

Blake me acerca a él, con cuidado de no aplastar a Tommy entre nosotros. —Estás disfrutando demasiado de esto.

—Ajá. —Me pongo de puntillas para quitarle una mota de masa de la mandíbula con un beso—. Pero te quiero de todas formas.

—Y yo también te quiero a ti. —Blake me da un piquito en la nariz tan rápido que es casi injusto—. ¡Oh! ¡Quizá abrimos los regalos! ¿Antes de que lleguen los demás?

—Pues regalos serán —acepto, incapaz de contener mi sonrisa.

Nos instalamos en la alfombra cerca del árbol de Navidad, con Tommy acurrucado entre nosotros mientras Blake echa otro leño al fuego. Luego, coge un paquete grande con mi nombre, pero lo detengo.

—¡No! Abre el mío primero.

Señalo con la cabeza una pequeña caja envuelta en un papel cubierto con diminutas imágenes de Ridge, la mascota de los Icehawks.

Blake rasga el papel de regalo con una mano mientras sujeta a Tommy con la otra. Se le iluminan los ojos al ver el sencillo marco de madera, pero luego su expresión cambia al reconocer lo que hay dentro.

—¿Cómo has…?

Su voz se apaga mientras recorre el borde de la fotografía.

Un joven Blake mira desde detrás del cristal, quizá de doce o trece años, de pie junto a Eli fuera de la vieja pista. Ambos llevan camisetas iguales de los Icehawks; la de Blake es claramente demasiado grande, le llega más abajo de las rodillas.

Pero es la sonrisa lo que me conmueve cada vez: la pura alegría que irradia un crío que quizá acababa de encontrar su lugar en el mundo.

—Eli me ayudó —admito, observando la cara de Blake—. Dijo que ya era hora de que esta foto volviera a casa, a donde pertenece.

Blake traga saliva con dificultad, sin dejar de mirar la foto.

—Este fue el día que me dio mi primera camiseta de verdad. Dijo que me la había ganado después de seis meses limpiando esa maldita pista todas las mañanas.

Tommy intenta coger el marco con sus dedos regordetes, y Blake lo acerca para que pueda verlo.

—Ese es papá —le susurra Blake a nuestro hijo—. Y ese es el abuelo Eli, el hombre que le enseñó a papá todo sobre el hockey. Y el amor. Y la familia.

Me apoyo en el hombro de Blake, recordando aquel día en la taberna cuando Eli me enseñó esta foto por primera vez, ayudándome a comprender por qué el programa juvenil significaba tanto para Blake. Cómo la amabilidad de un hombre había cambiado

no solo la vida de Blake, sino las vidas de innumerables críos después de él.

—Gracias —murmura Blake, dándome un beso en la sien—. Por entenderlo. Por todo.

Suena el timbre justo cuando Blake coloca el marco en la repisa de la chimenea. Tommy se sobresalta con el sonido, con el labio inferior temblándole.

—Yo me encargo de él —dice Blake, cogiendo a nuestro hijo en brazos antes de que pueda empezar a llorar.

Abro la puerta y me encuentro con lo que parece ser toda la plantilla de los Icehawks en nuestro porche, con los brazos cargados de regalos, botellas y táperes.

—¡Feliz Navidad! —brama Connor, pasando a mi lado con una torre de cajas envueltas.

—¡Hemos traído mimosas! —le sigue Logan, haciendo malabares con botellas de champán.

Veo a Natalie bajo el brazo del entrenador Brody, ambos con jerséis navideños a juego. Su historia es maravillosa, llena de amor prohibido y romance en el trabajo, un poco como la de Blake y la mía. Me mira a los ojos y se encoge de hombros, pero su sonrisa podría iluminar toda la montaña.

—¿Dónde está mi ahijado? —pregunta Ryder a voces, ayudando a Mia a subir los escalones. Se mueve con cuidado, con una mano apoyada en su vientre ligeramente abultado. Abro mucho los ojos, y ella me hace un pequeño gesto de asentimiento que hace que mi corazón se dispare.

—¡Es mi ahijado! —protesta Logan, pasando a Connor a empujones.

—¡Ni hablar, Blake me lo prometió a mí! —replica Connor.

—Estoy bastante seguro de que ese honor me pertenece a mí —interviene Ryder, cruzándose de brazos.

Capto la mirada de pánico de Blake y no puedo evitar reírme. —Te dije que esto pasaría. Es lo que te pasa por no ser capaz de elegir solo a uno.

Antes de que los chicos puedan empezar una pelea en toda regla por el estatus de padrino de Tommy, Eli entra en escena y le quita a

mi hijo de los brazos a Blake. —Sí, bueno, es mi nieto. Así que todos vosotros podéis echar para atrás.

La habitación se queda en silencio antes de estallar en carcajadas, e incluso Blake se une mientras Eli bota a Tommy en su cadera con orgullo.

El salón se transforma en un caos. Un maravilloso caos navideño. Connor y Logan empiezan a discutir inmediatamente sobre los rasgos de Tommy.

—Esos son totalmente los ojos de Maddox —insiste Logan.

—Qué va, esa nariz es toda de Sophia —replica Connor, haciéndole muecas a Tommy, que se ríe en brazos de Eli.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándolos a todos. Natalie y el entrenador Brody colocan fuentes en nuestra mesa de centro. Mia y Ryder se acurrucan en el asiento de la ventana. Connor y Logan compiten para ver quién puede apilar más regalos sin que se caigan.

Esta gente…

Ya no son solo los compañeros de equipo de Blake. En algún momento entre aquella primera fiesta de máscaras y hoy…

También se convirtieron en mi familia.

Epílogo II

Blake

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Estoy de pie en el palco VIP que ahora lleva mi nombre en «El Nido», con el corazón latiéndome con la misma fuerza que el día de mi propio debut hace tantos años. El conocido rugido de los aficionados me llena los oídos, pero esta vez no es a mí a quien aclaman.

—¡Y ahora, haciendo su debut con vuestros Iron Ridge Icehawks, el número catorce, Tommy Maddox!

El pecho se me hincha de orgullo mientras mi hijo sale volando sobre el hielo, con su pelo oscuro asomando por debajo del casco, igual que hacía el mío. Sin embargo, tiene la elegancia de su madre, que se aprecia en la forma en que se desliza por la superficie ante mis ojos llorosos.

—Mira cómo va. —Sophia me aprieta la mano, con los ojos brillantes—. Igual que su padre.

La acerco más a mí, recordando todos esos años atrás cuando ella pisó por primera vez este mismo hielo. —Mejor. Tiene tu inteligencia.

Jackson Maze, ahora segundo entrenador después de que una cruel lesión truncara su carrera, le choca el puño a Tommy cuando

este ocupa su posición. Mikey Harris, nuestro pívot titular, pasa patinando a su lado con un gesto de cabeza. Ambos han crecido en el programa, igual que Tommy. Igual que yo.

Mi mirada se desvía hacia el asiento vacío de Eli a nuestro lado, ahora con una pequeña placa de bronce. Estaría orgulloso de ver esto, de cómo su legado sigue vivo a través de cada chaval que encuentra su hogar en este hielo.

El disco cae. Tommy gana el saque limpiamente y se lo pasa a Mikey en el ala. El público estalla y me siento transportado a mi propio primer partido, pero esta vez estoy viendo a mi hijo hacer realidad su sueño, rodeado de la familia que hemos construido, tanto dentro como fuera del hielo.

Tommy vuelve a tomar el control del disco y mi corazón se acelera más que en cualquiera de mis propios partidos. El público se pone en pie de un salto mientras él regatea a dos defensas.

—Ese es nuestro chico —susurra Sophia, apretándome la mano.

Lleva la camiseta de Tommy con el número catorce e, incluso después de todos estos años, sigue dejándome sin aliento. Su confianza irradia mientras se inclina hacia delante, completamente absorta en cada jugada, como debe estar cualquier directora ejecutiva de un equipo de hockey.

Así es.

¿Una mujer como directora ejecutiva de una marca de la NHL?

Mi chica es la primera.

Una pionera como ninguna. El mismo fuego que me desafió hace tantos años ahora arde con más fuerza mientras dirige toda la organización.

Me vibra el móvil. Es un mensaje de Sarah. Se me oprime el pecho al leerlo: «¡Dile a Tommy que lo estoy viendo! Te quiero, papá».

Dios, cómo echo de menos a mi pequeña. Está en la otra punta del país, en Georgetown, estudiando Derecho. No podría estar más orgulloso de que haya elegido su propio camino, aunque eso significara dejar atrás el hielo.

Siempre ha sido brillante como su madre, con una mente aguda que se cuestiona absolutamente todo. La última vez que hablamos,

dirigía una especie de sociedad de derecho medioambiental, luchando por una buena causa.

Esa es mi niña, nunca se echa atrás ante un desafío.

Ver a Tommy manejar el disco en la liga de los mayores hace que todo vuelva de golpe.

Mi primer partido. El rugido del estadio, el peso de esa camiseta sobre mis hombros. Años después, de pie en el centro del hielo como capitán, decidido a que Eli estuviera orgulloso.

Lo he conseguido todo con los Icehawks, incluido el mayor premio de todos.

Sophia.

Dios, aquel primer partido al que asistió. Se sentó en el palco de la empresa, con un aspecto pecaminoso con su traje de ejecutiva. Levanté el puño, arrogante y decidido a enseñarle lo que el hockey significaba de verdad.

En lugar de eso, ella me dejó noqueado con una ceja arqueada y esa maldita sonrisa.

Y aquí estamos. Nuestro hijo en el hielo. Nuestra hija cambiando el mundo. Y mi mujer, la mujer más poderosa del hockey.

La vida es jodidamente buena.

Agarro el muslo de Sophia, incapaz de resistirme a tocarla incluso después de todos estos años. La seda de su falda se desliza bajo mi palma mientras me acerco, rozando su oreja con mis labios.

—Después del partido, ¿te gustaría venir a casa conmigo, Sophia Hart?

Se estremece; ese mismo pequeño y delicioso temblor al que soy adicto desde nuestro primer baile.

Sus ojos color avellana brillan con travesura cuando se vuelve hacia mí.

—Vivimos juntos, idiota. Y no me llames así. Soy la señora Maddox.

—Joder, ya lo creo que lo eres.

Veinte años juntos y sigue volviéndome jodidamente loco. Ya sea dirigiendo reuniones de la junta o acurrucada en nuestro sofá con mi vieja sudadera de los Icehawks, es todo lo que nunca supe que necesitaba.

Mi mano asciende por su muslo y ella me la aparta con un manotazo juguetón.

—Compórtate, capitán. Estamos en público.

—Eso nunca nos ha detenido. —Pienso en aquella primera vez en el avión del equipo, en cómo se mordía el labio para no hacer ruido mientras yo…

—Blake. —Su tono de advertencia me devuelve al presente, pero me doy cuenta del sonrojo que le sube por el cuello—. Mira el partido de tu hijo. Si consigues mantener las manos quietas durante la próxima hora, te dejaré que me hagas polvo cuando lleguemos a casa.

—De acuerdo. Mantendré las manos quietas.

Me reclino en mi asiento, pero, terco como soy, mantengo la mano en su rodilla.

Solo para cabrearla.

Porque hay cosas que nunca cambian.

Siguiente en la serie...



Escabullirse con el gruñón entrenador de los Icehawks no es fácil... sobre todo cuando es él quien pone las reglas.

Se suponía que iba a ser una sola noche. Un error estúpido, imprudente y ridículamente sexy.

¿Pero ahora? Mi jefe, el exasperantemente atractivo y ridículamente prohibido entrenador del equipo de hockey de nuestro pequeño pueblo, no puede quitarme las manos de encima.

Este es el exjugador de hockey de 1,90 metros con una voz que derretía el hielo, el ceño fruncido permanente y una estricta política de no distracciones.

El mismo hombre que se pasea por la sede de los Icehawks como si fuera el dueño del lugar.

El mismo hombre que gruñó "nunca más" después de nuestro pequeño incidente en el baño turco.

El mismo hombre que ahora exige que me mude con él después de que se inunde mi apartamento.

¡¿Qué?!

Ahora estamos bajo el mismo techo. Viviendo bajo unas reglas ridículas que ambos sabemos que vamos a romper.

Nada de coqueteos. Nada de insistencias. Definitivamente nada de contacto.

Solo que ahora la mirada codiciosa de Hunter me observa como si estuviera a punto de perder el control. ¿Y cuando sus órdenes bruscas se convierten en algo un poco más sucio?

Ambos sabemos que guardar esto en secreto es una partida que estamos a punto de perder.

Coach's Temptation es un apasionante romance deportivo con poco drama, mucha chispa y bromas descabelladas. Presenta un romance laboral con diferencia de edad entre un exjugador de hockey gruñón convertido en entrenador y la heroína más joven y descarada que sabe exactamente cómo sacarle de quicio. Prepárate para sentirte como si la tocaras y morir, tensión sexual descomunal y un hombre que está a punto de perder el control.

¡Léelo aquí!

Muestra gratis:

Coach's Temptation (Español)

Capítulo Uno

Hunter

Juro por Dios que el capullo de mi capitán está intentando arruinar a este equipo.

Mi equipo.

Cierro la puerta de mi despacho de un portazo tan fuerte que la estantería de los trofeos tiembla. No los trofeos de encima, porque no hay ni uno, joder. Después de veinte años en este mundillo, sigue vacía.

Me laten las sienes mientras miro el vídeo del partido en la pantalla de mi ordenador. La pedida de mano de Blake en el centro de la pista de hielo se repite en bucle en todos los canales de deportes.

En serio.

En todos. Los. Putos. Canales.

Todas las páginas de cotilleos, todas las abuelas con cuenta de Facebook llevan veinticuatro horas flipando con esto. El mayor gruñón de la NHL acaba de declararse un hombre nuevo, y ahora la liga lo está devorando como si fuesen alitas gratis en la Ridgeview Tavern.

El puto mundo entero se ha vuelto loco.

No me malinterpretéis, me alegro por él. Blake se lo merece.

¿Pero su gran gesto romántico en medio de nuestro camino a los *playoffs*? El circo mediático que ha rodeado a mi equipo durante las últimas semanas es lo último que necesitamos ahora mismo.

Sobre todo ahora, teniendo en cuenta que, contra todo pronóstico, hemos llegado a los *playoffs*.

Hemos llegado a los playoffs.

Hemos llegado a los putos playoffs.

Se supone que no deberíamos estar aquí. Esto no debería haberle pasado a los Icehawks. Este equipo ha estado luchando por salir del hoyo, peleando contra todo pronóstico, demostrando durante años que todos los analistas se equivocaban.

¿Y ahora? Joder, lo hemos conseguido.

Me reclino en la silla, mirando al techo.

Veinte años.

Veinte años saliendo de los escombros de mi propia carrera como jugador.

Esa lesión de rodilla debería haberlo terminado todo. Recuerdo estar tumbado en aquella cama de hospital, mirando al techo, con las palabras del médico resonando: *«Nunca jugarás como profesional».*

Toda mi identidad, destrozada de un solo golpe. Demonios, todavía me duele la rodilla cuando llueve. Aunque nunca dejo que nadie se dé cuenta.

La rehabilitación fue un infierno. No la parte física, el dolor podía soportarlo.

No… ¿mi perdición? ¿La parte más dura de ese puto golpe en la rodilla?

Fue ver a mis compañeros de equipo seguir adelante sin mí. El día del *draft* llegó y pasó. ¿Mi nombre? No apareció por ninguna parte.

Mientras ellos vivían mi sueño, yo aprendía a andar de nuevo.

Pero supongo que hoy, al llegar a los *playoffs*, todo ha merecido la pena.

Cierro el vídeo de la pedida de mano de Blake. Ya he tenido bastante hoy de su cara de enamorado.

Me duelen los hombros de estar horas inclinado sobre las notas de estrategia. El reloj digital de mi escritorio marca las 23:47. El edificio está prácticamente vacío, la mayor parte del equipo está celebrándolo en la Ridgeview Tavern, probablemente pareciendo ya gorilas empapados en cerveza.

Bien. Se lo han ganado después de la victoria de esta noche.

¿Pero yo?

Me merezco quince minutos de puro silencio, vapor y soledad.

Salgo de mi despacho y recorro los pasillos oscuros hasta llegar a la sala de jugadores. Entro y la luz de la luna que ilumina el pequeño pueblo de Iron Ridge se filtra por los ventanales, proyectando largas sombras plateadas que se mueven lentamente sobre los sofás de cuero e iluminando la colección de camisetas enmarcadas de las paredes.

La chimenea de piedra está fría y apagada, pero incluso sin su calor esta noche, el espacio respira lujo. Desde la mesa de billar con el logo del equipo de los Icehawks hasta la cafetera de última generación que Connor casi hace explotar esta mañana, aquí dentro todo es de primera.

Pero esta noche… todo el puto lugar está vacío.

Ni jugadores, ni personal, ni distracciones.

Solo yo, el siseo de la sauna y un bendito silencio ininterrumpido.

Entro por la puerta de la sala de vapor con un gemido que me sale del alma, imaginando ya cómo el vapor caliente disolverá la tensión del día.

Blake Maddox, prometido… Joder.

Mi ropa cae sobre el banco, una prenda tras otra. Americana. Corbata. Camisa. Cada trozo de tela me quita de encima el peso de las expectativas, de la responsabilidad.

De ser el entrenador Hunter Brody.

El lujoso vapor me llama a través de la puerta de cristal esmerilado. Mi santuario. El único lugar en este maldito edificio donde puedo simplemente… respirar.

Cojo una toalla limpia de la pila que hay junto a la puerta y me la enrollo en la cintura, abriendo la puerta y…

—¡Joder, qué susto!

Se me para el corazón. En serio, se para.

Ya está. Así es como muero. No de un infarto por ganar un partido, ni en una final de la Stanley Cup, ni en una pelea campal, sino por una emboscada en mi propia sala de vapor por una fisioterapeuta de un metro sesenta y siete que bien podría ser la mujer más sexy del mundo.

Sí.

Natalie Hayes está tumbada en el banco superior como una especie de diosa, con kilómetros de piernas tonificadas extendidas ante ella. Una toalla blanca apenas cubre lo necesario, aferrándose a unas curvas que no deberían estar tan cerca de estar desnudas en la sede de los Icehawks.

El vapor se arremolina a su alrededor, haciendo que toda la escena parezca casi irreal. Como un sueño febril e imposible que no debería estar teniendo.

Un sueño *húmedo*, tal vez.

Su piel brilla bajo la luz tenue, húmeda y sonrojada, su clavícula reluce con una sola gota de humedad que desciende más y más.

Su pelo negro cae sobre sus hombros, húmedo por el vapor y apenas rizado sobre ellos, y tiene la cabeza echada hacia atrás contra la pared, exponiendo la elegante línea de su garganta.

La imagen me hace apretar los dientes hasta que rechinan.

—Natalie, ¿qué demonios está haciendo aquí? Me ha dado un susto de muerte.

Sus ojos se abren de golpe, esos ojos profundos de color esmeralda que amenazan con arruinar toda mi disciplinada vida.

—Vaya, hola, entrenador. —Sus labios se curvan en esa sonrisa devastadora que me atrapó desde el momento en que puso un pie en este club de hockey—. Lo siento. Odiaría tener que hacerle el boca a boca. Profesionalmente hablando, claro.

Jesucristo, soy su jefe. Su puto jefe.

Pero esos ojos podrían hacer pecar a un santo.

Su voz sale entrecortada y sorprendida. Sí, no me lo creo.

Se endereza, y el movimiento hace que esa maldita toalla se deslice una fracción. Lo justo para que la sangre se me dispare hacia el sur.

Cierro los ojos con fuerza. —Esto no está pasando.

—¿No lo está?

Natalie parpadea mientras me mira, muy lentamente, sus largas pestañas moviéndose como si supiera exactamente lo que estoy recordando. Exactamente cómo se veían esos ojos cuando estaba de rodillas, mirándome como si yo fuera lo único que había en su mundo el otro día en mi despacho.

—Tiene que irse.

Ni yo mismo me creo. Mi voz simplemente sale como si hubiera estado haciendo gárgaras con cristales.

—¿Tengo que hacerlo? —Se estira, con toda la gracia felina y la intención perversa. La toalla sube más—. Porque… ah… —Exhala un suspiro y lentamente desliza los dedos sobre la toalla, trazando la curva de su propio pecho—. Estoy bastante cómoda aquí mismo.

Se me tensan los músculos. La sangre me hierve. *Por todas partes.*

Estoy a un segundo de lucir el peor bulto de mi vida bajo la toalla.

El calor de la sauna no ayuda. Mi respiración se profundiza, pero no llega a donde tiene que llegar. Cada inhalación está impregnada del más mínimo rastro de champú de vainilla, algo más dulce y completamente peligroso.

—Natalie Hayes. Joder. Por favor… Es la fisio del equipo. No debería verla así.

—¿Quiere decir, verme así *otra vez*?

Esos ojos verdes bailan con desafío.

Sabe muy bien lo que me provoca cuando me mira así. Sabe exactamente cómo tocarme las narices hasta que exploto.

Y ya he explotado demasiadas veces.

El vestuario la semana pasada. Mi despacho después del partido contra los Rangers. Ese cuarto de material durante las fotos del equipo. En cada puto partido fuera de casa esta temporada, colándonos en habitaciones de hotel como niños en su primera excursión escolar.

Cada vez juro que es la última. Pero cada vez no puedo evitar sentir que me estoy metiendo más de lleno en lo que sea que haya entre nosotros.

—Natalie, esto no puede volver a pasar.

Es mi voz de entrenador. Mi voz de «no se discute». La que hace que defensas que parecen Hulk recuerden de repente sus modales.

¿Con ella?

Es tan efectiva como un silbato de plástico.

Apoyo los pies en el suelo, me cruzo de brazos. Cualquier cosa para no cruzar la sala y enseñarle exactamente lo que me hace ese gesto burlón de pasarse por los labios esa lengua tan condenadamente talentosa.

Y, sin embargo… ella solo sonríe.

—Su historial de cumplimiento es peor que nuestra conversión en el *power play*, entrenador. —Va contando con los dedos—. Ayer en su despacho. El martes en el cuarto del material. La semana pasada cuando decidió que mi mesa necesitaba una prueba de resistencia…

—Sí, sí, vale… Lo pillo.

Satisfecha de haber ganado la discusión —*otra vez*—, se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas. Suelta un largo y exagerado suspiro. La toalla se desliza y se pasa los dedos por la piel húmeda, echando la cabeza hacia atrás, pasándose la mano por la garganta, con un aspecto de lo más seductor y sexi.

—Mmmm… De hecho, me había olvidado del cuarto del material. Eso estuvo *tan* bien, entrenador.

—Natalie. —Se me quiebra la voz. Se me quiebra de verdad, como a un adolescente con granos al que le está cambiando la voz.

—¿De qué tiene miedo, Hunter? ¿Cree que no podrá parar?

Ella lo sabe mejor que nadie. Tenemos reglas en este equipo de hockey. Límites. Fronteras. Todas las que seguimos cruzando.

—Soy su jefe. Soy el entrenador principal.

—Técnicamente, el equipo es el dueño de mi contrato. Lo tengo aquí mismo en mi… ah, espera, no tengo bolsillos.

Sonríe con suficiencia y se lleva un dedo a los labios, volviendo a parpadear. *Qué descarada.*

—Soy demasiado mayor para usted.

—Me gustan los hombres mayores. Además, su resistencia es…

—Los *playoffs*…

—Empiezan la semana que viene. Y… madre mía… —Se levanta lentamente del banco, con la toalla apretada contra el pecho, ocultando esos deliciosos picos rosados que sientan demasiado bien contra mi lengua—. Parece terriblemente estresado. ¿Por qué no deja de ser tan gruñón y de hacernos perder el tiempo a los dos, eh?

Joder. Soy hombre muerto.

Debería darme la vuelta, salir por esa puerta y no mirar atrás.

Pero tengo los pies pegados al suelo, el corazón latiéndome como si acabara de patinar cien vueltas.

Natalie se acerca, sus caderas se balancean en una danza provocadora que hace que se me acelere la sangre. Esas piernas… tan sedosas, suaves y condenadamente largas. Van a ser mi perdición, lo juro por Dios.

—Natalie. —Es un gruñido bajo, una súplica, un intento desesperado de aferrarme a los últimos jirones de mi autocontrol.

—¿Sí, entrenador? —ronronea, sus dedos se mueven hacia donde está metida la toalla, colgando precariamente y aferrándose a la vida.

Trago saliva, con la boca de repente seca. —Esto es una mala idea.

—Las malas ideas pueden ser divertidas, Hunter. Creo que a estas alturas tanto usted como yo lo sabemos.

Está justo delante de mí, lo suficientemente cerca como para ver las gotas de sudor en su piel, oler el leve aroma de su pelo.

Mi mente es un caos.

Un caos desordenado con pensamientos de cada maldita cosa que se supone que tengo que hacer antes de los *playoffs*.

Veinte años.

Ese es el tiempo que he luchado para estar en los *playoffs* de la NHL.

Y ahora, cada maldita idea que se arremolina en mi cabeza es exactamente la razón por la que estoy a punto de *arruinar* todo ese trabajo.

Natalie da un último paso hacia mí, sus ojos nunca se apartan de los míos mientras sus dedos agarran el borde de la toalla. Trago

saliva con fuerza mientras el tiempo se ralentiza por completo, cada segundo una eternidad mientras espero lo inevitable.

Y entonces, con un simple movimiento de muñeca, la toalla cae al suelo.

—*Vaya*.

—Oh… Dios…

Me estoy ahogando, joder. Natalie está ahí, completamente desnuda, y juro por Dios que nunca he visto nada más perfecto en mi vida.

Es pura tentación, envuelta en peligro, y cada puto centímetro sexi de ella es una invitación temeraria que no puedo resistir.

Sus tetas son llenas y redondas. Sus pezones ya están duros, suplicando por mi boca.

Ya sé que la curva de su culo es una obra de arte, redondeado y firme, deseando ser agarrado y sostenido mientras la cojo por detrás. Una y otra y otra vez, tal como lo hemos estado haciendo durante semanas.

Pero ahora mismo, más que nada, necesito besarla. Necesito saborearla, sentir sus labios contra los míos.

Porque esta cosa… lo que sea que estemos haciendo aquí, vale la pena hacerlo.

Una última vez.

Me acerco más, con el corazón latiéndome en el pecho como un tambor.

—Natalie. —La agarro por la cintura, mi otra mano sube para sujetarle la barbilla, tirando de su cabeza para que me mire directamente. Se le corta la respiración con un gemido—. Esta es la puta última vez.

Y entonces, finalmente, la beso.

Jadea mientras tropezamos bajo el beso. La presiono contra la pared, sus muslos se aferran a mi cintura mientras caemos hacia atrás.

El vapor es sofocante, mi pulso ensordecedor. *A la mierda.* Bajo la mano, le agarro la parte de atrás de la rodilla y la engancho sobre mi cadera.

—La puta última vez.

Gime, y me trago el sonido, mi lengua recorriendo su boca, reclamándola, saboreándola…

Una. Última. Vez.

¡Sigue leyendo!

